

MAS ALLÁ *del* HORIZONTE



GALAXIA

R. HEINLEIN

He aquí uno de los más extraordinarios relatos de un mundo del futuro, a siglos de distancia del momento presente, cuando la Humanidad ha resuelto todos los problemas que la han angustiado desde los albores del Hombre sobre la Tierra.

La ciencia y la tecnología han resuelto casi todos los problemas para lograr el bienestar, la longevidad, la desaparición de la pobreza, la enfermedad, la guerra y el dolor.

En una Humanidad más allá de nuestros horizontes, es la casi realidad de la utopía soñada&Pero queda siempre por dar una respuesta concreta al «porqué» de la vida.



Robert A. Heinlein

Más allá del horizonte

Galaxia - 01

ePub r1.1

Titivillus 09.05.16

Título original: *Beyond this horizon*

Robert A. Heinlein, 1958

Traducción: Fernando M. Sesén

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





de

3^{er}

ANIVERSARIO

Más libros, más libres

CAPÍTULO I

TODOS ELLOS DEBERÍAN HABER SIDO FELICES

«Sus problemas estaban resueltos, la pobreza resultaba desconocida, la enfermedad, la invalidez, comprendiendo a los ciegos, lisiados e inútiles, no eran más que recuerdos históricos; las viejas causas de la guerra olvidadas. Ellos gozaban de más libertad de la que el Hombre jamás había disfrutado. Todos ellos deberían haber sido felices...».

Hamilton Félix subió hasta el décimo tercero nivel del Departamento de Finanzas, tomó la alfombra deslizante que conducía hacia la izquierda y se detuvo en una puerta cuyo membrete rezaba así:

OFICINA DE ESTADÍSTICA ECONÓMICA

Estudios de Análisis y Predicción

Director

PRIVADO

Hizo abrir la puerta con una clave conocida, esperó la comprobación en la antesala y la respuesta llegó prontamente, al descorrerse el acceso y saludarle desde el interior una voz amiga.

—Entra, Félix.

Entró, dirigió una mirada a su anfitrión e hizo notar:

—Tú haces el noventa y ocho.

—¿El noventa y ocho, qué?

—Noventa y ocho comprobaciones en los últimos veinte minutos. Es un juego que practico ahora.

Monroe-Alpha Clifford pareció chasqueado, cosa no rara en sus tratos con el amigo Félix.

—Bien, pero ¿de qué se trata? Tendrás en cuenta seguramente

los casos opuestos, supongo.

—Por supuesto. Noventa y ocho caras que parecen haber perdido a sus últimos amigos y siete que parecen felices. Pero, para llegar a esos siete, he tenido en cuenta a un perro.

Monroe-Alpha miró a su amigo, realizando un esfuerzo para determinar si estaba o no bromeando. Pero no pudo estar muy seguro; apenas si nunca lo estaba. Las advertencias de Hamilton nunca parecían ser hechas en serio, con frecuencia, más bien parecían estar carentes de sentido. Ni parecían tampoco seguir los seis principios del humor, teniendo en cuenta que Monroe-Alpha estaba orgulloso del sentido propio a tal respecto, ya que siempre adoptaba un aire pontifical hacia sus subordinados insistiendo sobre la necesidad de poseer el sentido del humor. Pero la fantástica mente de Hamilton parecía seguir un camino propio y diferente, tal vez autoconsistente; pero aparentemente sin relación alguna con el mundo circundante.

—¿Cuál es el propósito de esa preocupación?

—¿Es preciso que exista algún propósito? Acabo de decírtelo, lo termino de inventar.

—Pero tus números son pequeños para tener alguna significación. No puedes trazar ninguna curva de estudio con tan pocos datos. Además tus condiciones son incontroladas. Los resultados a que llegues no pueden significar nada.

Hamilton rodó los ojos cómicamente hacia atrás.

—Hermano Mayor, escúchame. Espíritu Viviente de la Razón, atiende a tu siervo. En tu mayor y más próspera ciudad, encuentro caras avinagradas con gestos de pocos amigos, en una razón de catorce a una... ¡Y dices que eso no tiene importancia!

Monroe-Alpha pareció disgustado.

—Vamos, Félix, no seas irreverente. La verdadera razón es la de dieciséis y un tercio a una; no habías tenido en cuenta al perro...

—¡Oh, olvídalo! —repuso su amigo—. ¿Cómo va la caza de los números? —Y comenzó a vagabundear por la habitación huroneando entre los diversos objetos, bajo la mirada vigilante de Monroe-Alpha, deteniéndose finalmente ante el enorme acumulador de integraciones—. Es ya casi tiempo de que hagas tus predicciones trimestrales, ¿verdad?

—No «casi», es el momento justo, amigo. Ha quedado

completado el primer informe cuando llegaste. ¿Quieres verlo? —Se acercó a la máquina y presionó un botón. Por un orificio surgió un fotostato. Monroe-Alpha lo tomó sin mirarlo. No tenía necesidad de hacerlo, a la máquina se le habían facilitado los datos adecuados alimentando con ellos el computador y sabía con absoluta certeza que la respuesta surgía correcta. Al día siguiente volvería a situar el mismo problema, aunque utilizando un nuevo procedimiento. Si las dos respuestas no estuvieran de acuerdo, dentro de los límites de error tenidos en cuenta, seguiría utilizando los propios números. Pero, por supuesto, aquello jamás ocurría. Las cifras sólo interesaban a sus superiores, para él sólo tenía interés el procedimiento seguido en los cálculos.

Hamilton se fijó en la respuesta del computador, con aire no profesional. Apreció, en parte al menos, la enorme masa de detalles que implicaba aquella simple respuesta. De uno a otro lado, dos continentes de seres humanos habían seguido sus acciones legales, comprando, vendiendo, fabricando, consumiendo, ahorrando, gastando, dando, recibiendo. Un grupo de hombres en Alcona, Pensilvania, había emitido unas acciones para subvencionar ulteriores investigaciones sobre un nuevo método de recobrar hierro de minerales de baja graduación. La emisión había sido bien recibida en New Bolívar donde había una superabundancia de crédito, a causa del éxito de las ciudades convertidas en jardines tropicales a lo largo del Orinoco (lo que dio origen al *slogan* publicitario de «Compre usted un trocito del Paraíso»). Tal vez fuese la astuta influencia holandesa en la mezclada cultura de aquella región. O pudo haber sido la influencia latina la que causó un torrente turístico sin precedentes por el Orinoco en el mismo período, yendo desde allí hasta Lake Louise, la Patagonia y Sitka.

No importaba. Todo el complejo de transacciones comerciales de toda índole aparecía en la respuesta que Hamilton tenía en la mano. Un chiquillo en Walla Walla había roto en secreto su alcancía y reuniendo sus pequeños fondos (con un ojo siempre puesto en la puerta, por si acaso) compró un delicioso objeto que no solamente *hacía* cosas, sino que también realizaba sus correspondientes ruidos. En algún lugar de los interiores de las oficinas donde se manejaban las ventas de aquellos aparatos, se habían perforado cuatro agujeros en un rollo de papel continuo, el artículo aparecía con el cálculo de

costo apropiado y continuaba reflejándose en la cadena sin fin de distribuidores medios, transportistas, productores, compañías de servicios, médicos, abogados, comerciantes, jefes y así sucesivamente.

Incluso las concatenaciones de la acción de aquel niño aparecieron en las manos de Hamilton como una partícula infinitesimal del fragmento de un dato, invisible incluso para el lugar que ocupase el quinto decimal. Monroe-Alpha no había oído decir nada sobre la acción del chico cuando situó el problema, ni normalmente lo habría sabido nunca, ya que existían millares y millares de acciones parecidas, como los había de empresarios con suerte o sin ella, listos o estúpidos, millones de productores, millones de consumidores y con todo ello, sus incontables y variados componentes económicos.

Todos aquellos símbolos, tanto los más claros y determinados, como los más oscuros e indeterminados y principalmente los que sólo eran abstracciones procedentes de compromisos firmados por hombres honestos, todos aquellos símbolos, como se dice, o más correctamente sus sombras reflejadas, pasaban a través del cuello de la botella formado por el computador de Monroe-Alpha y aparecían después en términos de velocidades angulares, dispuestos en forma tridimensional, con sus aditamentos electrónicos y sus complejidades propias del complicadísimo aparato. El conjunto constituía en sí una imagen estructural de la dinámica abstracta del flujo económico de un hemisferio.

Hamilton examinó el fotostato. La reinversión del capital acumulado pedía un incremento en el consumo de mercancías del 3,1% y un aumento mensual de doce créditos para cada ciudadano, a menos que el Consejo Político decidiese por otros medios la distribución del incremento social.

—Día por día, de todas formas, me hago más y más rico —dijo Hamilton—. Oye, Cliff, esta máquina tuya de fabricar dinero es realmente un precioso dispositivo. Es, realmente, la gallina que ponía los huevos de oro.

—Sí, ya comprendo tu alusión clásica —concedió Monroe-Alpha—, pero el acumulador no es en ningún sentido una máquina de producir. Es, sencillamente una máquina de contar, combinada con un predictor de integraciones.

—Ya lo sé, querido —repuso Hamilton, como ausente—. Oye, Cliff, ¿qué ocurriría si cogiese un hacha y redujese a astillas ese precioso juguete que tienes ahí?

—Te pedirían cuentas y tendrías que ser examinado por tal motivo.

—Vamos, no seas obtuso. ¿Que ocurriría con el sistema económico?

—Supongo que lo que quieres decirme es que no habría otra máquina capaz disponible para reemplazarla. Cualquiera de los acumuladores regionales, podría...

—Seguro. Pero quiero decir si mandáramos al diablo a todos ellos.

—Entonces, habría que volver a los tediosos métodos actuariales de computación. Se retrasarían los cálculos en varias semanas, con los errores acumulados que tendrían que repasarse en las próximas predicciones. El resultado sería malo.

—No tanto. Lo que quiero saber es esto: si nadie computara el importe del nuevo crédito necesario para hacer marchar el ciclo producción-consumo, ¿que ocurriría?

—Tu hipotética pregunta va demasiado lejos de la realidad, para que tenga significado —repuso Monroe-Alpha—. Pero creo que daría como resultado una serie de crisis de pánico y catástrofes como las del tipo del siglo XIX. Llevados a ciertos extremos, conduciría a un estado de guerra. Pero por supuesto no sucedería; la naturaleza de la estructura de las finanzas está demasiado profundamente arraigada en nuestra cultura, para que retorne el pseudo-capitalismo. Cualquier niño conoce los fundamentos de la producción, antes de abandonar su escuela primaria.

—A mí no me ocurrió así.

—Lo dudo mucho, Félix. Tú conoces la Ley de la Moneda Estable...

—En una economía estable, el nuevo dinero en circulación, libre de deudas, tiene que ser equiparado a la reinversión neta.

—Bastante correcto, Félix. Pero ésa es la formulación de Reiser. Reiser tenía bastante razón; pero estaba dotado de un especial talento para poner las cosas más sencillas en los términos más oscuros. Existe una forma más clara de mirar el problema. Los procesos de un sistema económico son tantos en conjunto y en

detalle, e implican tantas acciones de fe con los datos últimos, que es psicológicamente imposible para los seres humanos tratar con tales procesos, sin el uso de un sistema símbolo. Llamamos al proceso «finanza», y al símbolo, «dinero». La estructura simbólica sustentaría la relación de uno a uno, hasta la estructura física de la producción y el consumo. Mi misión es seguirle la pista al actual crecimiento de los procesos físicos y recomendar a la política los cambios en la estructura simbólica, para emparejar a éstos con la estructura física.

—Que me aspen si tú aclaras las cosas —se lamentó Hamilton—. Bien, no importa, no dije que no lo comprendiese, dije sencillamente que no lo comprendía como un niño. Pero honradamente... ¿No sería más simple establecer un sistema colectivo y trabajar con él?

Monroe-Alpha sacudió la cabeza negativamente.

—La estructura de las finanzas es una teoría general y provee igualmente a cualquier tipo de estado. Un socialismo integral tendría tanta necesidad de sus aptitudes estructurales en sus costos, como tendría la libre empresa. El grado de propiedad pública, comparado con el de la libre empresa, es una cuestión cultural. Por ejemplo, los alimentos son libres por supuesto, pero...

—Está bien, muchacho, deja eso. Acabas de recordarme una de las dos razones por las que he venido a buscarte. ¿Estás muy ocupado para cenar esta noche conmigo?

—No, precisamente. Tengo una cita tentadora con mi ortoesposa, para las nueve y diez; pero estoy libre hasta entonces.

—Magnífico. He localizado un nuevo restaurante de pago en la Torre del Meridiano que sorprenderá tu tracto intestinal. Garantizado que tendrás una hermosa indigestión, o tendrás que luchar con el *chef*.

Monroe-Alpha parecía dudoso. Ya tenía muchas anteriores experiencias con las aventuras gastronómicas de Hamilton.

—Mejor será que vayamos al refectorio que tenemos aquí. ¿Por qué tener que pagar con dinero efectivo, por mala comida, cuando la buena está incluida aquí en nuestros dividendos?

—Porque una ración más equilibrada podría desequilibrarme a mí. Vamos.

Monroe-Alpha sacudió la cabeza.

—Ya sabes que no me gustan las multitudes. De veras, no voy.

—¿De veras no te gusta la gente?

—No es que me disguste... al menos, individualmente.

—Pero no te gusta. A mí sí. Las gentes son muy divertidas. Que Dios bendiga sus ingenuos corazones. Suelen hacer las cosas más locas.

—Supongo que tú serás el único cuerdo entre todas ellas.

—¿Quién, yo? ¡Caramba, no! Yo soy un tipo que desde hace mucho tiempo bromeo conmigo mismo. Recuérdame que te hable de esto alguna vez. Pero mira... la otra cosa que venía a decirte. ¿Te has dado cuenta de mi nueva arma a la cintura?

Monroe-Alpha miró la funda que llevaba Félix al costado. En realidad no se había dado cuenta de que su amigo llevara nada parecido a las armas, aunque en general nunca se preocupaba de semejantes cosas, y podía estar muy bien dos horas seguidas con cualquiera sin apreciar si llevaba un coagulador Stokes o una vulgar aguja de destellos.

Pero entonces, su atención se dirigió hacia el comentario hecho por su amigo, y vio en el acto que Hamilton iba armado con algo nuevo... y excesivamente tosco.

—¿Qué es eso?

—¡Ah!... —Hamilton sacó el arma y se la mostró a su amigo—. ¡Diablos! Espera un momento. No sabes cómo manejar esto... y podrías volarte la cabeza. —Presionó un botón junto a la empuñadura y dejó que el contenido interior se deslizara en su mano—. Vamos, ya le he sacado los dientes. ¿Habías visto alguna vez algo parecido a esto?

Monroe-Alpha examinó con detenimiento aquel mecanismo.

—¡Vaya! Me parece que es una pieza de museo, ¿verdad? Un arma manual de tipo explosivo...

—Sí y no. Es nueva, construida por encargo mío; pero es un facsímil de la colección que tiene el Instituto Smithsonian. Se la llama pistola automática calibre 45.

—Punto, cuarenta y cinco ¿qué?

—Pulgadas.

—Pulgadas... déjame ver ¿cuánto es en centímetros?

—Ah... veamos. Tres pulgadas son una yarda y una yarda viene a ser lo que un metro. No, me parece que no es muy exacto. Bien,

no importa, el calibre se refiere a la bala que dispara. Mira... aquí tienes una. —Y extrajo una del cargador—. Este condenado explosivo es tan grande como mi dedo pulgar, ¿verdad?

—Explotará por impacto, supongo.

—No. Sale disparada por el cañón.

—No parece que resulte muy eficiente.

—Hermano... te quedarías maravillado. Es capaz de hacer un agujero en un hombre como para que pase un perro por él.

Monroe-Alpha le devolvió la bala.

—Y mientras tanto, tu oponente ha terminado con tus dificultades con un rayo que actúa mil veces más rápido. Los procesos químicos son lentos, Félix...

—No tan lentos. La pérdida real de tiempo está en el operador. La mitad de los tiradores pierden su objetivo por lentitud. No tienen la destreza de mirar con rapidez. Podrías detenerlos con esto, si tienes una muñeca rápida. Te lo demostraré. ¿Hay por aquí algo a que disparar?

—Humm... no creo que éste sea el lugar más apropiado para una práctica de tiro.

—Vamos, cálmate, quiero solamente derribar algo con la bala, mientras que tú empleas un rayo para quemarlo. ¿Qué te parece esto? —Hamilton había tomado en las manos un gran pisapapeles de plástico de la mesa de Monroe-Alpha.

—Bien, supongo que servirá.

—De acuerdo. —Hamilton lo tomó, quitó un vaso de flores que decoraba un extremo de la estancia y en su lugar colocó el pisapapeles como blanco—. Nos pondremos a la misma distancia. Vigilaré hasta que tú dispares, simulando la acción. Entonces, yo trataré de pulverizarlo antes de que puedas quemarlo.

Monroe-Alpha ocupó su lugar con vivo interés. Adoptó el aire de un tirador, aunque estaba seguro de que su amigo era más rápido.

—Estoy dispuesto.

—De acuerdo.

Monroe-Alpha hizo la señal.

En el acto, siguió una explosión tan violenta que le pareció sentirla y olerla al mismo tiempo. Casi simultáneamente se oyó el instantáneo silbido de la bala cruzando la habitación, siguiendo después un completo silencio.

—¡Diablo, Cliff! —remarcó Hamilton—. Lo siento, hijo. Nunca había disparado de puertas adentro. —Se dirigió hacia el pisapapeles—. Veamos qué ha resultado.

El plástico se hallaba esparcido por toda la habitación. Resultaba difícil encontrar un trocito lo suficientemente grande como para que mostrase el pulido exterior.

—Resulta difícil decir si llegaste a quemarlo o no.

—No lo hice.

—¿Cómo?

—Ese ruido... me sorprendió. Nunca hice fuego.

—¿De veras? Oye, es algo grande. Veo que no había comprobado ni siquiera la mitad de las ventajas de este artillugio. Es un arma psicológica, Cliff.

—La encuentro demasiado ruidosa.

—Es algo más que eso. Es un arma de terror. Sería suficiente con un primer disparo. Tu oponente estaría tan sorprendido que te sobraría tiempo para alcanzarle incluso con un segundo disparo. Y eso no es todo. Piensa... los fanfarrones de la ciudad están acostumbrados a poner a un hombre en sueño permanente con un rayo que ni siquiera le toca el pelo. Esto es algo sangriento. Ya has visto lo que ha ocurrido con esa pieza de vitrolita. Piensa cómo quedaría la cara de un hombre cuando tropezara con una de estas balas. Sería precisa una obra de arte para volver a reconocerla de nuevo. ¿Quién tendría deseos de aguantar esta clase de disparos?

—Quizá tengas razón. Sin embargo, sigo insistiendo en que es muy ruidosa. Vamos a cenar.

—Buena idea. Oye... tienes un nuevo tinte de uñas. Me gusta.

Monroe-Alpha extendió los dedos.

—Resulta elegante, ¿no es cierto? Se le llama «malva iridiscente». ¿Quieres que te proporcione alguno?

—No, gracias. Soy demasiado moreno para ese color. Pero va muy bien con el color de tu piel.

Los dos amigos comieron en el restaurante de pago que Hamilton había descubierto. Monroe-Alpha pidió automáticamente una habitación privada, adonde entraron, y Hamilton solicitó una mesa junto al borde exterior, en la terraza que daba a un patio, desde donde Hamilton podía divertirse viendo las gentes que poblaban el establecimiento.

Hamilton había encargado la comida con algunas horas de anticipación y pronto les fue servida.

—¿Qué es? —preguntó Monroe-Alpha con cierta sospecha.

—*Bouillabaisse* —repuso Hamilton—. Algo entre una sopa y un estofado, con más de una docena de clases de pescado, vino blanco y Dios sabe cuántas clases de hierbas y especias. Pero todo son alimentos naturales.

—Tiene que ser terriblemente caro.

—Es un arte creador y vale la pena de pagar por él. No te preocupes por eso. Ya sabes que no puedo evitar el hacer dinero.

—Sí, ya lo sé. Nunca he podido comprender por qué te tomas tanto interés en los juegos. Por supuesto, eso da dinero también.

—No me comprendes. No estoy interesado en los juegos. ¿Me has visto alguna vez malgastar un crédito en alguno de mis propios artilugios, ni en ningún otro? No he jugado una partida desde que era un chiquillo, ni he hecho apuestas. Para mí es igual que un caballo corra más rápidamente que otro, que la bolita caiga en rojo o en negro, o que tres de una clase gane al dos par. No puedo ver esos tontos juguetes de la gente funcionar sin que piense en algo más complicado o misterioso. Cuando me aburro y no tengo nada mejor que hacer, me pongo a inventar un nuevo juego y se lo envío a mi agente. El resultado es que siempre me produce nuevo dinero. —Y se encogió de hombros.

—¿En qué estás interesado?

—En la gente. Vamos, toma tu sopa.

Monroe-Alpha la paladeó con prudencia, pareció agradablemente sorprendido y atacó el plato con diligencia. A Hamilton le pareció una cosa agradable.

—Félix...

—Sí, Cliff.

—¿Por qué me agrupaste en el noventa y ocho?

—¿El noventa y ocho? ¡Ah, te refieres a esos cálculos que hacía antes! Amigo, estás equivocado. Si apareces feliz y contento tras esa máscara, es que lo ocultas muy bien.

—No tengo nada para ser desgraciado.

—No, no que yo sepa, desde luego. Pero no pareces feliz, realmente.

Comieron en silencio durante algunos minutos. Monroe-Alpha

dijo de nuevo:

—Es verdad, ya sabes. No lo soy.

—¿Y ahora qué?

—No soy feliz.

—¿Ah, sí? Bien... ¿por qué no?

—Pues no lo sé. Ojalá pudiera hacer algo en tal sentido. El psiquiatra de la familia no parece estar en condiciones de hallar la razón.

—Te encuentras en la frecuencia equivocada. Un psiquiatra es el último hombre a quien ver para una cosa así. Lo saben todo acerca de un hombre, excepto qué es este hombre y qué pueda hacerlo infeliz. Además, ¿has visto alguna vez a algún médico que sea feliz por sí mismo? No hay dos en todo el país que puedan contar sus propios dedos y obtengan la misma respuesta dos veces seguidas.

—Es cierto que no ha sido capaz de ayudarme en mucho.

—Pues claro que no. Porque comienza con la presunción de que hay algo en ti que marcha mal. No lo halla y de ahí su sorpresa. No se le ocurre pensar que no hay realmente nada en ti que vaya mal, ni cuál pueda ser la causa.

Su interlocutor le miraba con aire consternado.

—No te entiendo. Pero afirma que está siguiendo una pista.

—¿De qué clase?

—Bien, ya sabes que yo soy un desviado.

—Sí, ya sé —repuso Hamilton secamente.

Hamilton estaba familiarizado con el origen genético de su amigo; pero le disgustaba oír hablar de aquello. Por alguna razón, Hamilton se rebelaba contra la idea de que un hombre fuese, necesaria e irrevocablemente, el resultado de lo que hubieran realizado sus planeadores geneticistas. Además no estaba convencido de que Monroe-Alpha pudiera ser considerado como un desviado.

«Desviado» es un término que se utiliza como principio de una cuestión. Cuando el zigoto^[1] humano, resultante de la combinación de dos gametos seleccionados cuidadosamente, es diferente de lo que los geneticistas han predicho, pero no tan diferente como para ser clasificado con certidumbre como una mutación, tal zigoto es llamado «desviado». No es, como se cree generalmente, un término específico para un fenómeno reconocido, sino una palabra que sirve

para cubrir la falta de un completo conocimiento.

Monroe-Alpha (aquel particular Monroe-Alpha, amigo de Félix Hamilton, Clifford 32-847-106-B62), había sido un intento para hacer converger dos líneas de los originales Monroe-Alpha y para recapturar y reforzar el genio matemático de su famoso antecesor. Pero el genio matemático no es un gene, ni es algo tan sencillo como un grupo particular de genes. Más bien se pensaba ser complejo de genes *arreglado en un orden particular*.

Por desgracia, el complejo de genes aparecía muy íntimamente ligado en la línea de Monroe-Alpha a una característica neurótica contra-superviviente, de naturaleza indeterminada y no asignada a cualquier otro juego de genes. No era necesario que la ligazón se hubiera establecido, y los técnicos en genética que habían seleccionado los particulares gametos que produjeron a Clifford Monroe-Alpha, creyeron que habían eliminado la indeseada lesión.

Pero Clifford Monroe-Alpha no lo creía así.

Hamilton le apuntó con un dedo.

—Lo peor que te ocurre, mi bueno y chiflado amigo, es que te vuelves la cabeza loca con cosas que no comprendes. Tus planeadores dijeron que habían hecho lo mejor para eliminar de ti lo que causó que tu bisabuelo Whiffenpof criara serpientes dentro del sombrero. Existe una rarísima probabilidad de que hubieran fallado; pero ¿por qué te obstinas en suponerlo así?

—Mis bisabuelos no hicieron nada de eso, Félix. Una leve disposición al anti-hedonismo, una tendencia a...

—Entonces ¿por qué actuaron como lo hicieron? No me fastidies. Tú tienes un historial más limpio que de un noventa y nueve por ciento y una carta de cromosomas tan limpia y ordenada como un tablero de ajedrez. Y con todo, te sigues quejando. ¿Te gustaría quizás usar lentes mejor que ver con tus propios ojos? ¿O ser objeto de una docena de enfermedades? ¿O que se te hubieran caído los dientes y tener que masticar la comida con una dentadura postiza?

—Por supuesto, nadie desearía ser el productor de un control natural —repuso Monroe-Alpha reflexivamente—. Pero los que conozco parecen ser bastante felices...

—Razón de más para que eches de lado ese miedo que tienes. ¿Qué es lo que sabes del dolor y la enfermedad? No puedes

apreciarlo más de lo que un pez apreciaba el agua donde vive naturalmente. Tienes tres veces la renta que puedes gastar, una posición respetada, y trabajas además en lo que te gusta y has elegido. ¿Qué más puedes pedirle a la vida?

—Pues lo cierto es que no lo sé, Cliff, no lo sé; pero sí que sé que no puedo desecharlo.

—Lo siento. No estás comiendo...

El estofado de pescado contenía varias largas patas de cangrejo y Hamilton puso una en el plato de su amigo. Monroe-Alpha la miró incómodo.

—Vamos, no tengas sospechas. Adelante, cómetela.

—¿Cómo?

—Tómala con los dedos y aplasta la cáscara.

Clifford intentó complacerlo, con bastante torpeza; pero la grasienta superficie de la pata de cangrejo se escapó de sus dedos, intentó cogerla pero saltó chocando sobre el borde de la terraza. Clifford comenzó a levantarse; pero Hamilton le puso una mano en el antebrazo.

—Ha sido culpa mía —dijo—. Voy a repararla.

Se puso en pie y miró hacia abajo directamente bajo el antepecho en que tenían dispuesta la mesa. Por el momento no vio dónde había caído la pata del cangrejo; pero no tuvo dificultad en decir aproximadamente dónde había ido a parar. Abajo, sentadas a la mesa, había un grupo de ocho personas. Dos de ellas eran hombres de cierta edad, que ostentaban en el pecho unas placas de paz. Cuatro mujeres alternaban con ellos alrededor de la mesa. Una de ellas, joven y linda, se hallaba ocupada tratando de quitarse de encima algo que parecía haberle manchado el vestido. La pata del cangrejo había caído sobre una gran sopera y allí estaba flotando, directamente frente a ella; la causa y el efecto eran cosas fáciles de inferir.

Los otros dos hombres del grupo iban armados. Ambos se habían puesto en pie y los dos miraban fijamente al lugar ocupado en el piso de arriba por Hamilton y Clifford. El más joven, un tipo esbelto vestido con un traje escarlata de paseo, con la mano descansando en la empuñadura del arma, estaba dispuesto a hablar algo. El mayor de ambos volvió sus fríos ojos desafiantes hacia Hamilton.

—Esto es cosa mía, Cyril, por favor.

El joven pareció resistirse al deseo expresado por el otro y volvió a sentarse con mal talante. El mayor se encaró definitivamente con Hamilton.

Hamilton se inclinó sobre el antepecho con ambas manos extendidas.

—Señor, mi torpeza ha turbado el placer de su comida y ha invadido su vida privada. Sepa que lo lamento profundamente.

—¿Tengo la seguridad de que todo ha sido accidental, señor? —repuso el de abajo todavía con voz agriada y fría, y continuó de pie.

—Desde luego, señor, y le suplico que acepte mis excusas. ¿Sería tan amable que me permitiera reparar el daño causado?

Los otros miraron no al joven, sino a la chica, cuyo vestido había sido manchado. La joven se encogió de hombros. Entonces, volvió a dirigirse a Hamilton.

—El pensamiento se toma por la acción, señor.

—Quedo profundamente obligado, señor.

—No hay de qué.

Se intercambiaron inclinaciones corteses y ya se disponían a sentarse de nuevo, cuando les llegó la advertencia de alguien que había en la terraza directamente enfrente.

—¿Dónde está su placa?

Ambos miraron hacia donde partía el disturbio. Era uno de entre un grupo de hombres, todos ciudadanos armados aparentemente, ya que no llevaban placas de paz, y se inclinaba sobre el antepecho con deliberada rudeza. Hamilton miró al caballero de la parte inferior, con quien antes se había disculpado y le dijo:

—Esto es privilegio mío, señor, si me lo permite.

—Desde luego, si así lo desea. —Volvió a sentarse y dedicó su atención a sus amigos.

—¿Me hablaba usted a mí? —preguntó Hamilton al individuo a través del patio.

—Así es. Debería marcharse de aquí y comer en su casa... si es que tiene casa donde comer. No en presencia de gentes bien educadas.

Monroe-Alpha puso una mano en el brazo de Hamilton.

—Está borracho. Tómallo con calma.

—Ya sé —repuso su amigo—, pero no me deja elección alguna.

—Tal vez sus amigos se ocupen de él.

—Veremos.

Ciertamente, los amigos intentaron hacerlo. Uno de ellos puso una mano conciliadora sobre el arma; pero el individuo se sacudió de un manotazo. Todo el restaurante se hallaba en completo silencio, ostentosamente manifestando la intención de no dedicar atención alguna a lo que sucedía, una postura contraria al hecho.

—¡Contésteme!

—Claro que sí —le dijo Hamilton—. Ha estado usted bebiendo y no es responsable. Sus amigos deberían desarmarle y colocarle una placa de paz. De otra forma cualquier caballero creerá que sus malas formas proceden del cuello de una botella.

Se produjo un cuchicheo, consultándose entre los componentes del grupo opuesto a Hamilton, como si alguien estuviera de acuerdo con lo que Hamilton había expresado. Uno de ellos habló algo al elemento beligerante del grupo, pero éste lo ignoró.

—¿Qué tiene que decir de mis maneras, usted, equivocación mal planeada?

—Sus maneras —repuso Hamilton— son tan rudas como su lengua. Es usted una desgracia para el arma que lleva.

El otro individuo sacó demasiado de prisa; pero apuntó alto, aparentemente con la intención de deshacer a Hamilton.

La terrorífica explosión de la Colt 45 puso en pie a todos los componentes armados del restaurante, con la mano presta a desenfundar y los ojos tensos, dispuestos a la acción. Pero la acción acabó en el acto. Una mujer soltó una carcajada. Aquel sonido relajó la tensión existente para todos. Los hombres se relajaron igualmente, las armas volvieron a sus fundas y todos se sentaron encogiéndose de hombros. Todo el mundo volvió a su cena con la cuidadosa indiferencia hacia los asuntos de los demás de la sofisticada urbanidad propia de la época.

El antagonista de Hamilton estaba medio soportado por los brazos de sus amigos. Parecía totalmente sorprendido y completamente fresco de su borrachera. Aparecía un agujero en su camisa cerca del hombro derecho, desde donde se extendía una mancha oscura. Uno de quienes le sostenían hizo un gesto con la mano a Hamilton. Este reconoció la capitulación con otro gesto de la mano. Alguien cerró las cortinas del cuarto privado frente al de Hamilton y Cliff.

Hamilton volvió a su asiento con un suspiro de alivio.

—Podemos desperdiciar más cangrejos de la misma forma. ¿Quieres más?

—No, gracias —repuso Monroe-Alpha—. Prefiero alimentos que se tomen con la cuchara. Odio interrumpir las comidas. Te ha podido dejar en el sitio.

—Y te habría obligado a pagar la cuenta, Cliff.

Monroe-Alpha parecía disgustado.

—Ya sabes que no es eso. Tengo pocos amigos y no quiero verlos perderse en broncas estúpidas como ésta. Deberías haber pedido una habitación reservada, como te dije. —Tocó un botón y las cortinas se cerraron de la vista del público.

Hamilton se puso a reír.

—Un poco de excitación despierta el apetito, ¿no crees?

En la parte opuesta, el hombre que había hecho señales solicitando capitulación en la pelea, le hablaba salvajemente al que había resultado herido:

—¡Estúpido! ¡Idiota! ¡Te lo tenías bien ganado, por torpe!

—No pude evitarlo —protestó el individuo herido—. Tras haber solicitado el privilegio, no había otra cosa que hacer sino jugar el papel de borracho y pretender que me refería al otro. —Y se hurgaba inútilmente en el hombro que le sangraba—. Por el Nombre del Huevo, ¿con qué me ha quemado?

—Eso no importa mucho ahora.

—Tai vez a ti no; pero a mí sí. ¡Le buscaré hasta que le encuentre!

—No lo harás. Ya hay bastante con una equivocación.

—Pero pensé que sería uno de los nuestros, que formaría parte del grupo y...

—¡Puaff! De haber sido, se te habría dicho.

Monroe-Alpha se marchó para acudir a la cita y Hamilton se encontró libre por completo de ningún compromiso. La vida nocturna de la capital le ofrecía todas las ocasiones propias para que un hombre solitario pudiera divertirse; pero aquello no era nada nuevo para él. Trató, con voluble intención, de encontrar algún entretenimiento profesional; pero en seguida se hastió y dejó que la ciudad siguiera divirtiéndose a sí misma. Los corredores, como siempre, estaban apretujados de gente, los elevadores de igual

forma y la Gran Plaza, de bote en bote. ¿Adonde iría toda aquella gente? ¿Qué razón tenían para ir de prisa? ¿Qué esperarían encontrar cuando llegasen adonde iban?

La presencia de algunos tipos estaba obviamente justificada. El hombre a quien se encontraba ocasionalmente con una placa a altas horas de la noche, era casi cierto que sus negocios se lo requerían. La misma regla podía ser aplicada sin excepción a los pocos hombres armados que también llevaban placas, proclamando su estado de monitores de la policía. Armados pero inmunes para atacar.

Pero los otros, los individuos armados y ricamente vestidos, con sus ostentosas mujeres, ¿por qué tenían tanta impaciencia? ¿Por qué no se quedarían tranquilamente en sus hogares con sus atildadas amantes? Hamilton comprobó consciente y sardónicamente que él también formaba parte de aquella multitud porque en aquel momento le divertía. Sabía que no tenía razón para creer que su propio sentido de la diversión fuese único. Tal vez, los demás lo hacían para evitar aburrirse con ellos mismos, para observar su mutua extravagancia y reír con ella.

Acabó encontrándose a sí mismo, más tarde, como el último cliente de un pequeño bar.

La colección de copas que tenía junto al codo resultaba impresionante.

—Herbert —dijo por fin al dueño del bar—. ¿Por qué aguanta usted esto?

Herbert se tomó una pausa en sus quehaceres.

—Pues para hacer dinero.

—Esa es una respuesta, Herbert. Dinero y chiquillos... ¿qué otros objetivos hay en la vida? Yo tengo demasiado de lo uno y nada de lo otro. Hace bien, Herbert, créelos bien. Brindemos por sus niños, Herbert.

Herbert preparó las copas, sacudiendo la cabeza.

—Brindemos por otra cosa. No tengo hijos.

—Lo lamento... no es nada de mi incumbencia. Bien, brindemos entonces por los hijos que no hemos tenido. —Y Herbert puso el licor en las copas, cada uno de una botella diferente.

—¿Qué tiene esa botella privada, Herbert? Déjeme verla.

—No le gustaría.

—¿Por qué no?

—Bien, a decir verdad, es sólo agua perfumada.

—¿Y hace un brindis con eso? ¡Vaya con Herbert!...

—No lo comprende. Son mis riñones...

Hamilton le miró sorprendido. Su anfitrión parecía divertido.

—No se lo imaginaba usted, ¿verdad? Bien, es natural. He de cuidarme. —Y vació el contenido de su copa, llenándola con la botella de Hamilton—. ¡Diablos! Por una sola no me hará mucho daño. ¡Larga vida!

—Y chiquillos —repuso Hamilton mecánicamente.

Herbert volvió a llenarlas.

—Tener hijos... —comenzó a decir Herbert—. Cualquier hombre desea que sus hijos estén mejor que él. Pero yo llevo casado veinticinco años con la misma mujer. Mi esposa y yo somos ambos primeros creyentes y no tenemos nada que ver con estas modernas disposiciones. Pero los niños... esto ya es cosa que quedó bien aclarada. «Mira, Marta —le dije a ella—. No importa lo que piensen los hermanos. Lo que está bien, está bien. Nuestros hijos tendrán todas las ventajas que disfruten los demás». Después de cierto tiempo, ella se volvió de mi forma de pensar. Y así fuimos a la Comisión Eugenésica...

Hamilton trató de hallar la forma de detener las confidencias de su interlocutor.

—Debo decir que fueron muy amables y corteses. Primeramente, nos dijeron que lo pensáramos. «Si practican la selección de genes —nos dijeron— sus hijos no recibirán el beneficio del control». Nosotros ya lo sabíamos, el dinero no importaba en la cuestión. Nosotros queríamos que nuestros hijos crecieran hermosos, fuertes y más inteligentes que nosotros mismos. Por tanto insistimos, y realizaron la carta de cromosomas de cada uno de nosotros.

Pasaron hasta tres semanas hasta que volvieron a llamarnos. «Bien, doctor —dije, tan pronto como entramos—, ¿qué ocurre? ¿Qué tendríamos que seleccionar mejor?». Y el director me respondió: «¿Están seguros de que quieren hacerlo? Ustedes dos, son tipos sanos y el estado necesita individuos controlados como ustedes». «No —repuse yo— conozco mis derechos. Cualquier ciudadano, incluso siendo de control natural, puede practicar la selección de genes si lo desea». Y entonces me dejó que lo hiciera,

pagando todos los gastos.

—¿Y bien?

—No hubo nada que seleccionar para ninguno de los dos.

—¿Y eso?

—Es la verdad. Pequeñas cosas, tal vez. Pudimos haber conseguido que mi esposa se hubiera curado de la fiebre del heno que padecía como cosa alérgica, pero eso era todo. La cuestión de planear un hijo de acuerdo con las cartas de cromosomas era algo que resultaba imposible. El material preciso no estaba allí. Hicieron una carta ideal de lo mejor que había tanto en mi esposa como en mí, en forma combinada; pero resultaba insuficiente. Mostraba un máximo de poco más del cuatro por ciento sobre nosotros en la escala general. «Además —nos dijo— no podrían ustedes planear nada con estos datos. Podríamos investigar su plasma germinal a través de la totalidad de su período fértil sin llegar nunca a obtener dos gametos que pudiesen combinarse en tal combinación». «¿Y qué hay con respecto a las mutaciones?» —le pregunté. El doctor se encogió de hombros. «En primer lugar —repuso— resulta difícilísimo obtener una mutación en el gene modelo de un gameto en sí mismo. Tienen ustedes que esperar a que se muestre la nueva característica en el cigoto adulto y, después, tratar de localizar las variaciones del gene modelo. Y se precisan, por lo menos, treinta mutaciones, todas a una vez, para conseguir el hijo que desean. No es matemáticamente posible».

—¿Y así renunció usted a la idea de un hijo planeado?

—Sí. Martha se ofreció a criar cualquier crío que yo pudiera tener, pero yo le dije: «No, si no es nuestro, no habrá niños».

—Humm... Supongo que así está bien. Mire, si su esposa y usted son naturales ambos, ¿por qué molestarse en tener este negocio? La ayuda ciudadana, además de los beneficios de los controles de ambos, son una renta más que suficiente para vivir. Usted no parece un hombre que tenga gustos extravagantes.

—No, claro que no. Para decirle la verdad, tratamos de hacerlo, tras las decepciones sufridas. Pero aquello no marchaba bien. Nos volvimos incómodos y atemorizados. Martha me llegó un día y me dijo: «Herbert, espero que no te molestes; pero voy a abrir de nuevo mi peluquería de señoras». Yo estuve de acuerdo con ella. Y por esto estamos aquí.

—Sí, aquí estamos —convino Hamilton—. Es un mundo ridículo, este en que vivimos. Ridículo y extravagante. Tomemos otro trago.

Herbert limpió la barra antes de contestar.

—Señor Hamilton, no me sentiré bien vendiéndole más bebida, a menos que me entregue esa pistola que lleva y me deje prestarle una placa.

—¿Ah, sí? Entonces, me imagino que ya hay bastante. Buenas noches.

—Adiós, señor Hamilton.

CAPÍTULO II

«RICOS, POBRES, MENDIGOS, LADRONES...».

En cuanto llegó a su piso, el teléfono comenzó a sonar una y otra vez.

—¡Al diablo contigo! —refunfuñó Hamilton—. Voy a dormir, que falta me hace.

Las tres primeras palabras eran un código establecido en el aparato para cortar toda comunicación y al pronunciarlas entonces, se detuvo en medio de una nueva llamada.

Hamilton se tomó, con ayuda de un poco de agua, ochocientas unidades de tiamida como medida de precaución y se fue a la cama para un sueño al menos de cinco horas. Dejó las ropas en el lugar de costumbre y se metió entre las sábanas. El agua comenzó a surgir por la piel del colchón, haciéndole flotar en un baño cálido y grato. El arrullo se suavizó conforme su respiración se hacía regular. Cuando su respiración y el latido cardíaco dieron la prueba positiva de un profundo sueño, la música se desvaneció lentamente, sin el menor chasquido al desconectarse.

«La cosa es así —estaba diciéndole Monroe-Alpha— nos hallamos de cara a una superabundancia de genes. Casi todos los ciudadanos tienen noventa y ocho cromosomas...». «Pero eso no me gusta» —le repuso Hamilton—. Monroe-Alpha hizo una mueca. «Tiene que gustarte —insistió—. Los números no mienten. Todo está igualándose. Te lo demostraré». Y se dirigió al gigantesco acumulador y comenzó a maniobrar en él. La música comenzó a hacerse más fuerte. «Ves —dijo—. Esto lo prueba». Y la música siguió más y más fuerte.

Y más fuerte por momentos.

Hamilton se dio cuenta al despertarse de que el agua había

salido fuera de la cama y que estaba acostado sin nada entre él y el fondo espumoso, excepto la sábana y la piel a prueba de humedad. El teléfono seguía insistiendo de una forma terrible.

—«Mejor es que me mire, jefe. Mejor es que me mire, jefe. Tendré dificultades. Mejor será que me mire, jefe. Tendré...».

—Y yo también. ¡Treinta minutos!

El aparato se calló obediente. Se dirigió en busca del desayuno y entró en la ducha. En cuatro minutos habría terminado. Una emulsión jabonosa se extendió por todo su cuerpo, disparada por un equipo especial, reemplazada en el último minuto por el agua a la misma temperatura. Poco después la temperatura fue descendiendo ligeramente, hasta dejarle completamente limpio y fresco. La combinación aquella era suya propia, no se preocupó de que los fisioterapeutas hubieran pensado en ella.

Con aire seco, quedó listo para vestirse en un minuto, tras un masaje realizado por miles de dedos retráctiles mecánicos. Puso después la cara en el capilómetro. Tras haberse afeitado, se perfumó y se secó. Comenzaba a ser él mismo nuevamente.

Se tomó un cuarto de litro de jugo de limón dulce y se aplicó seriamente al café antes de leer las noticias del día. En realidad apenas si había noticias. «Sin noticias —pensó— se hace feliz a un país pero el desayuno se vuelve aburrido». La máquina le mostró una docena de relatos acompañados de imágenes que ni siquiera se molestó en ver. En un momento determinado el anunciador dijo: —«¡El Campo de Juego de Diana abierto al público!»—. Miró a la pantalla y vio cómo pasaban desde una imagen de la Luna en creciente hasta la brutal superficie de una montaña y más abajo, iluminado artificialmente, un sueño del paraíso. Hamilton tocó el dispositivo de continuar la información hablada:

—«Leyburg. Luna. El Campo de Juego de Diana, hace tiempo a la caza de clientes por sus promotores, como la empresa más grande de entretenimiento jamás intentada fuera de la Tierra, ha sido invadida por el primer grupo de turistas exactamente a las 12.23 hora *standard* de la Tierra. Muchos de estos visitantes están cansados de ver una ciudad de placer; pero debo confesar que me sorprendí extraordinariamente. Los biógrafos relatan que el propio Ley era aficionado a los sitios alegres, y por eso tendré un ojo pendiente de su tumba mientras estoy aquí, no vaya a ser que salga

de ella».

Hamilton puso una mediana atención al discurso del locutor y a las imágenes tridimensionales que presentaba el aparato; la mayor parte en realidad estaba sobre el filete de medio kilo que estaba tomándose en el desayuno.

—«... increíblemente bella, fantástica y sensual, esta danza de baja gravedad.

»Las salas de juego están de bote en bote, la dirección ha tenido que habilitar otros anexos. Particularmente populares se han hecho las máquinas ofrecidas por “*Lady Luck Incorpórate*” (las máquinas de Hamilton en los juegos de azar tenían ese nombre comercial). (De hecho, las imágenes que acompañaban a la perorata mostraban el amontonamiento del público que decía el locutor; pero en estimación de Hamilton aquello debió haber sido obtenido por la cámara en ángulos favorables)».

«... los *tickets* que autorizan a un viaje completo al portador, dándole derecho a visitar todos los departamentos y lugares del Campo de Juego con tres días de acomodación en hoteles, a una gravedad estrictamente terrestre y con cada habitación convenientemente centrifugada».

Cerró el aparato y se volvió al teléfono.

—Conexión... uno-uno-uno-cero.

—Servicio especial —repuso una voz de contralto.

—Deme la Luna, por favor.

—Ciertamente, señor. ¿Con quién quiere usted hablar allá, señor Hamilton?

—Me gustaría hablar con Blumental Peter. Vea de darme la oficina del Campo de Juegos de Diana.

Hubo una demora de algunos segundos, antes de que una imagen apareciese en la pantalla.

—Blumental al habla. ¿Oh, eres tú, Félix? La imagen que se ve desde aquí es algo difusa.

—Sí, soy yo. Te llamo acerca de los juegos... Pete, ¿qué ocurre? ¿Puedes oírme bien?

La imagen del aparato permaneció quieta durante unos instantes y repentinamente repuso:

—Pues claro que puedo oírte. No olvides el retraso.

Hamilton se sintió un poco avergonzado. Había olvidado el

retraso, como siempre le ocurría. Le parecía difícil recordar, mientras miraba a la imagen viviente de cualquier interlocutor en la Luna, que eran precisos tres segundos —la velocidad de la luz— entre llegar las ondas a la Luna y volver después. Tres segundos eran algo francamente poco digno de tener en cuenta, aunque fuesen suficientes para caminar seis pasos o caerse desde una altura de cuarenta metros.

Se alegró de que no hubiera servicio telefónico con los planetas menores del sistema solar, ya que habría sido una locura tener que esperar diez o doce minutos entre cada párrafo, aunque, naturalmente, hubiera sido la comunicación más rápida posible.

—Lo siento, el error ha sido mío, Pete. Y bien, ¿qué tal estuvo el juego? Esa multitud de gente no tiene muy buena facha.

—Pues no fue realmente muy grande. Un cargamento completo del Arca de Noé. Pero el juego va muy bien. Tienen mucho dinero y deseos de gastarlo. Ya informamos a tu agente.

—Seguro. Ya recibiré el informe; pero quisiera saber que máquinas de juego estuvieron más favorecidas.

—El *Cometa Perdido* fue el mejor. También estuvieron muy bien los *Eclipses*.

—¿Qué tal va *Raza Exigente* y *Quién es su hijo*?

—Bastante bien, aunque más flojas. La Astronomía es lo que mejor va para esto. Ya te lo advertí.

—Sí, tuve que haberte hecho caso. Bien, calcularé otros mejores. Por el momento puedes cambiar el nombre a *Raza Exigente* y puedes llamarla *Alta Trayectoria* y poner nuevos nombres a los variables con los asteroides.

—De acuerdo. Las volveremos a redecorar en azul y plata.

—Me parece muy bien. Te enviaré un despacho confirmándolo. Bien, eso es todo, supongo. Voy a cerrar el circuito.

—Espera un momento. Yo también he intentado la suerte con el *Cometa Perdido*, Félix. Es un gran juego.

—¿Y cuánto perdiste?

Blumental pareció poner cara sospechosa.

—¿Qué te parece ochocientos cincuenta? ¿Y por qué supones que he perdido? ¿Está prohibido que yo juegue?

—No, claro que no. Pero ese juego está diseñado por mí, para los novatos. Debes permanecer al margen de él. No lo olvides.

—Pero, mira... he descubierto la forma de batirlo. Creí que deberías saberlo.

—Bien, eso es lo que tú piensas. *No existe forma de ganarle al juego.*

—Está bien, amigo.

—De acuerdo. ¡Larga vida!

—Y niños.

Tan pronto como el circuito se cerró, el teléfono continuó con su demanda anterior.

—«Treinta minutos. Mejor será que me atienda, señor. Tendré dificultades. Mejor será que me atienda, señor...».

Hamilton sacó una hoja escrita del receptor, que decía:

«Al ciudadano Hamilton Félix 65-305-243-B47. Saludos. El moderador del Distrito para la Genética, presenta sus respetos y ruega que el ciudadano Hamilton pase por su oficina a las 10 de mañana».

Estaba fechado la mañana anterior y tenía una anotación añadida solicitándole que, de no convenirle la cita, tuviera la bondad de llamar al número tal y tal, etcétera.

Faltaban treinta minutos para las diez. Decidió cumplir con la súplica que se le había hecho. Las habitaciones del moderador de Genética sorprendieron a Félix, al hallarlas más bien muy poco mecanizadas con relación a otras oficinas. Los servicios estaban atendidos por personas, donde se esperaba hallar dispositivos automáticos, como el recepcionista, por ejemplo.

El personal estaba compuesto por mujeres, principalmente, algunas serias, otras de carácter alegre; pero todas muy bellas y, sin duda, muy inteligentes.

—El moderador le verá en seguida.

Hamilton se puso en pie, estrelló el cigarrillo en el cenicero más próximo y miró a la mujer.

—¿Debo entrar desarmado?

—No, a menos que así lo desee. Venga conmigo, por favor.

Ella le acompañó hasta la puerta del moderador, la abrió dejándole paso y se retiró.

—¡Buenos días, señor! —habló una voz desde el interior.

Hamilton se encontró a si mismo mirando fijamente al moderador.

—Buenos días tenga usted —respondió mecánicamente—. ¡Por el amor de...! —Y su brazo se deslizó contra su voluntad hasta donde llevaba la pistola pero se detuvo, cambiando de opinión.

El moderador era el caballero cuya reunión había turbado con el desgraciado incidente de la pata de cangrejo.

Hamilton recobró su postura primitiva.

—Señor —dijo—, no creo que éste sea el procedimiento más elegante a seguir. Si no se considera satisfecho, pudo haberme enviado a cualquier íntimo amigo a visitarme.

El moderador se le quedó mirando fijamente y después se puso a reír en forma tal, que podría haber sido ruda en otro hombre, pero que para él era normal, simplemente la propia de un habitante de Júpiter.

—Créame, señor, esta sorpresa ha sido tan grande para mí como para usted. No tenía idea de que el caballero que cambió cortesías conmigo anoche era el que deseaba ver esta mañana. Y por lo que respecta al pequeño contratiempo del restaurante... francamente, no haría el menor esfuerzo por recordarlo, a menos que usted no me hubiera forzado. No me mostraba irritado en público desde hacía años. Pero estoy olvidando mis buenos modales... le suplico que se siente, señor. Póngase cómodo. ¿Quiere fumar? ¿Puedo servirle una bebida?

Hamilton tomó asiento.

—Si al moderador le place...

—Mi nombre es Mordan —cosa que Hamilton sabía— pero mis amigos me llaman Claude. Me gustaría hablar con usted en tono amistoso.

—Es usted de lo más gentil... Claude.

—En absoluto, Félix. Quizá tenga un ulterior motivo para proceder así. Pero dígame: ¿qué diablo de juguete usó usted con aquel joven fanfarrón? Me tiene realmente intrigado y me maravilló.

Hamilton pareció divertido y le mostró el arma. Mordan la miró con atención.

—Ah, sí —dijo—, un simple ingenio que explota sus municiones con nitrato y sus compuestos. Creo que he visto el modelo... ¿no

está expuesto en la Institución?

Félix admitió el hecho, un poco disgustado de que Mordan hubiese mostrado tan poco asombro por la pistola Colt. Pero Mordan quiso dedicarse mejor a discutir en detalle las características y el mecanismo de la máquina.

—Si yo fuese un luchador, me gustaría tener un arma como ésta —concluyó.

—Haré que construyan otra para usted.

—No, no. Es usted muy amable; pero creo que no tendría en qué utilizarla.

Hamilton se mordió el labio.

—A propósito... usted me perdonará; pero ¿no es indiscreto para un hombre que no lucha aparecer armado en público?

Mordan se sonrió:

—Creo que lo interpreta mal. Aguarde. —Y le mostró la pared de enfrente. Estaba en parte cubierta con una disposición geométrica consistente en pequeños círculos, todos del mismo tamaño y muy juntos unos de otros. Cada círculo tenía un punto exactamente en el centro.

Mordan sacó su arma con rápida suavidad, tirando hacia un objetivo y yendo hacia arriba y no al contrario. Su arma parecía simplemente ser comprobada al máximo, antes de retornar a la funda. Una bocanada de humo surgió de la superficie de la pared. Había tres nuevos círculos dispuestos en forma de trébol. En el centro de cada uno había también un punto.

Hamilton permaneció callado.

—¿Y bien? —preguntó Mordan.

—Estaba pensando —repuso lentamente Hamilton— que fue muy conveniente para mí anoche el haberme mostrado cortés con usted.

Mordan sonrió entre dientes.

—Aunque nunca nos habíamos conocido —dijo Mordan— usted y el modelo genético que lleva consigo han sido de un interés natural para mí.

—Así lo supongo. Yo caigo dentro de la jurisdicción de su Departamento.

—No me comprende bien. Yo no puedo, probablemente, tomar un interés especial por cada uno de los millones de cigotos del

Departamento. Pero es deber mío conservar los mejores linajes. Había esperado durante estos últimos diez años a que apareciese usted alguna vez por la Clínica y solicitase ayuda en el planeamiento de sus hijos.

El rostro de Hamilton permaneció sin la menor expresión. Mordan pareció ignorarlo y continuó:

—Puesto que no ha venido voluntariamente a pedir consejo, me he visto forzado a solicitarle que me visite. Quiero hacerle una pregunta: ¿Ha pensado usted en tener algunos hijos pronto?

Hamilton se puso en pie.

—Este asunto me desagrada totalmente. ¿Puedo marcharme, señor?

Mordan fue hasta él y le puso una mano en el brazo amistosamente.

—Por favor, Félix. No le hará ningún daño el escucharme. Créame, no deseo en modo alguno invadir su vida privada... pero tengo que ocuparme de esto. Yo soy su Moderador, representando el interés de todos los de su propia especie. Y usted entre ellos.

Hamilton volvió a sentarse; pero continuó tenso.

—Bien, le escucharé.

—Gracias, Félix. La responsabilidad de mejorar la raza, bajo las doctrinas de nuestra República, no es cosa fácil. Podemos aconsejar; sin ejercer ninguna coacción. La vida privada y la libre acción de cada individuo tienen que ser escrupulosamente respetadas. No tenemos otra arma que la fría razón y la llamada al deseo de cada hombre de que la próxima generación sea mejor que la pasada. Incluso contando con la cooperación, no hay mucho que podamos hacer... en la mayor parte de los casos, la eliminación de una o dos características malas, o la preservación de la que algunos presentan. Pero su caso es diferente.

—¿Cómo?

—Usted sabe cómo. Usted representa el cuidadoso entretejido de líneas favorables desde cuatro generaciones. Literalmente fueron examinados decenas de millares de gametos y dejados de lado hasta poder seleccionar los treinta que constituían la ligazón de sus cigotos ancestrales. Sería una vergüenza y una lástima que se perdiese todo ese inmenso trabajo.

—¿Y por qué elegirme a mí? Yo no soy el solo resultado de esa

selección. Tienen que haber al menos cien ciudadanos descendientes de mis bisabuelos. Usted no me necesita a mí. Yo soy una calamidad.

—No, usted no es ninguna calamidad. Usted es un elemento privilegiado.

—¿De veras?

—Eso es lo que quiero decir. Es contrario a la política pública discutir estas cosas; pero las leyes se han hecho para ser vulneradas alguna vez. Paso a paso, yendo hacia atrás hasta el principio del experimento, su línea de descendencia tiene la más alta calificación. Usted es el único cigoto en la línea en donde se combinan cada una y todas las mutaciones favorables con las cuales comenzaron mis predecesores. Se manifestaron después de otras tres mutaciones favorables y todas ellas se conservan en usted.

Hamilton sonrió con escepticismo.

—Eso tiene que producirme todavía mayor decepción que a usted. No he hecho mucho con esos talentos que usted me atribuye, ¿verdad?

Mordan sacudió la cabeza.

—No tengo ninguna crítica que hacer a sus registros.

—Pero no tiene usted muy buena opinión, ¿cierto? No he hecho otra cosa que ir perdiendo el tiempo y no he hecho otra cosa más importante que diseñar una serie de tontos juegos para gente aburrida. Tal vez sus geneticistas se equivocaron en lo que usted llama «características favorables».

—Posiblemente. Pero no lo pienso así.

—¿A qué llama usted una característica favorable?

—Un factor de supervivencia, considerado en un sentido amplio. Esa inventiva suya, que usted suele desperdiciar, es un fuerte factor de supervivencia. En usted, yace casi de una forma latente, aunque sea aplicado a cosas poco importantes. Usted no lo necesita, a causa de desenvolverse en un estado social cómodo, donde no le precisa para sobrevivir. Pero esa calidad de inventiva puede ser de crucial importancia para sus descendientes. Podría significar la diferencia que hay entre la vida y la muerte.

—Pero...

—Sí, es eso exactamente lo que quiero decir. Los tiempos fáciles para los individuos, suelen ser malos para la raza en conjunto. La

adversidad es una dura prueba que rehúsa a los mal preparados. Pero en nuestros días no se conoce la adversidad. Conservar a la raza tan fuerte como lo es y hacerla más fuerte requiere un cuidadoso planteamiento. El técnico genético elimina en el laboratorio los inconvenientes que antiguamente se eliminaban por la selección natural.

—Pero... ¿cómo sabe usted que lo que selecciona son factores de supervivencia? Yo tengo mis dudas sobre todo eso.

—¡Ah! Ahí está el quid de la cuestión. Usted conocerá la historia de la Primera Guerra Genética.

—Pues... creo que sé las cosas más corrientes sobre ella. —Trataré de recapitularlas sin molestar mucho su atención. El problema que enfocaron aquellos planeadores genéticos es algo curioso. La selección natural preserva los valores de supervivencia en una raza, por la fácil vía de matar a aquellos que son pobres en tales características de supervivencia. Puede que persista un elemento débil, durante algún tiempo, bajo unas condiciones favorables, como puede perderse una mutación deseable, también por cierto tiempo, a causa de unas condiciones excepcionalmente desfavorables. O puede perderse a través de la ciega forma de desperdiciar el método reproductivo. Cada animal, individualmente, representa exactamente la mitad de las características potenciales existentes en sus padres.

»La mitad de las que se pierden pueden ser más deseables que la otra mitad que se perpetúa. Una completa casualidad.

»La selección natural es lenta. Se lleva ochocientas mil generaciones para producir un nuevo género de caballo. Pero la selección artificial va muchísimo más de prisa, *si* tenemos la sabiduría de conocer *qué* es lo que tenemos que seleccionar.

»Pero no tenemos tal sabiduría. Sería preciso que un superhombre planease otro superhombre. La raza ha adquirido las técnicas de la selección artificial sin saber qué seleccionar.

»Tal vez fuese una mala partida para el género humano que las técnicas básicas para la selección genética se desarrollasen inmediatamente después de las guerras neo-nacionalistas. Hubiera sido interesante especular si la institución de las finanzas modernas después de la caída del Sistema de Madagascar hubiese sido suficiente para mantener la paz, o no, de no haberse emprendido

experimentos genéticos. Pero la reacción pacifista se hallaba en su punto máximo en la época, la técnica de la para-octogénesis fue manejada como un don del Cielo y se la consideró como la oportunidad para librarse de la guerra, al estamparla en el espíritu humano.

»Después de la Guerra Atómica de 1970, los supervivientes instituyeron unas drásticas regulaciones genéticas dirigidas hacia el propósito único de conservar los factores recesivos de Parmalee-Hitchcock del noveno cromosoma y eliminar así el factor dominante que usualmente lo enmascara: engendrar corderos más bien que lobos.

»Resulta trágicamente divertido que la mayor parte de los “lobos” del período (el islote Parmalee-Hitchcock es recesivo, existen pocas “ovejas” naturales), fueron aprisionados por la histeria y cooperaron en el intento de eliminarse a sí mismos. Pero algunos rehusaron. Y así resultó eventualmente la Colonia del Noroeste.

»El hecho de que la Colonia Noroeste combatiera con el resto del mundo fue una necesidad biológica; el resultado fue igualmente una necesidad, los detalles tienen poca importancia. Los “lobos” se comieron a los “corderos”.

»No es que se produjese en el sentido de una completa exterminación, sino genéticamente hablando, nosotros somos la descendencia de los “lobos” y no de los 2corderos”.

* * *

—Trataron de engendrar y producir la forma de suprimir el espíritu combativo en los hombres —continuó Mordan— sin ninguna concepción de su utilidad biológica. La racionalización implicaba el concepto del Pecado Original. La violencia era «malo» y la no-violencia, «bueno».

—Pero ¿por qué asume usted que la combatividad es una característica de supervivencia? —protestó Hamilton—. Seguro que si yo la tengo, usted también; todos la tenemos. Pero la bravura es algo totalmente inútil contra las armas nucleares. ¿Cuál es su utilidad real?

Mordan sonrió.

—*Los luchadores han sobrevivido siempre.* Esa es la conclusión final. La natural selección continúa siempre, sin tener en cuenta la selección consciente.

—Espere un momento —sugirió Hamilton—. No creo que eso esté comprobado. De acuerdo con eso, tendríamos que haber perdido la Segunda Guerra Genética. Sus «mulos» deseaban luchar ciertamente.

—Sí, sí —convino Mordan—, pero no he dicho que la combatividad fuese la *única* característica de supervivencia. De ser así, los perros pekineses gobernarían la Tierra. El instinto de lucha debía ser dominado por un frío autointerés. ¿Por qué no disparó usted anoche contra mí?

—Porque no valía la pena luchar por aquello.

—Exactamente. Los geneticistas del Gran Khan cometieron esencialmente el mismo error que fue cometido trescientos años antes; pensaron que podrían gastar bromas con el equilibrio de las características humanas resultante de mil millones de años de selección natural y producir así una raza de superhombres. Tenían una fórmula para ello: la especialización eficiente. Pero descuidaron la más obvia de las características humanas.

»El hombre es un animal no especializado. Su cuerpo, excepto por lo que se refiere a su gran caja craneana, es primitivo. No puede cavar, no puede correr rápidamente, no puede volar. Pero puede comer cualquier cosa y puede permanecer vivo donde una cabra se moriría de hambre, un lagarto se achicharraría y un pájaro moriría de frío. En lugar de adaptaciones especiales, el hombre tiene una adaptabilidad general.

»El Imperio del Gran Khan fue una reversión a una forma pagada de moda: el totalitarismo. Sólo bajo el absolutismo, los experimentos genéticos pudieron haber sacado a la luz al *homo proteus*, ya que se requería una total indiferencia al bienestar de los individuos.

»La selección genética fue sencillamente un atributo para las prácticas de los geneticistas imperiales. Hicieron también uso de las mutaciones artificiales, por radiación y a través de los matices genoselectivos, practicando la terapéutica endocrina y la cirugía del cigoto inmaduro. Hicieron seres humanos a la medida, si así puede llamárseles, de igual forma que nosotros construimos edificios. En

tal situación, justo poco antes de la Segunda Guerra Genética, engendraron sobre tres mil tipos distintos incluyendo a los hipercerebros —unos treinta tipos—, las matronas casi desprovistas de cerebro, los inteligentes y repulsivamente bellos ejemplares de vacas hermafroditas y los neutros “mulos”.

»Tendemos a identificar el término mulo con luchador, puesto que les conocemos mejor; pero de hecho, fue un tipo de mulo para cualquier clase de trabajo rutinario en todo el Imperio. Los luchadores fueron aquellos simplemente especializados para luchar.

»¡Y qué luchadores! Apenas si necesitaban dormir. Tenían la fuerza ordinaria de tres hombres corrientes. No hay forma de comparar su resistencia puesto que simplemente continuaban siempre adelante, como unas máquinas bien diseñadas, aunque incapaces. Cada uno llevaba combustible —“combustible” parece un término más adecuado que “alimento”— para un par de semanas y podían seguir funcionando más allá de ese tiempo, incluso en una semana.

»No es que fueran estúpidos. En su especialización, sus mentes eran agudas y penetrantes. Incluso sus oficiales eran mulos y su concepto de la estrategia y la táctica y el uso de las armas científicas, realmente magistral. Su única debilidad radicaba en la psicología militar; no comprendían en absoluto a sus oponentes, ni los hombres les comprendían tampoco. La naturaleza básica de su motivación había sido denominada como “sustituto para la sublimación del sexo”, aunque esa etiqueta no lo explique, ni nosotros lo comprendamos. Es mejor describirlo negativamente al decir que los mulos capturados se volvían locos y se suicidaban antes de los diez días, incluso alimentándolos con las raciones capturadas. Antes de enloquecer preguntaban invariablemente por algo llamado *vepratoga* en su lengua, pero nuestros semánticos no consiguieron hallar el proceso referente a semejante término.

»Se comprende que necesitaban algo que sólo sus amos podían proporcionarles y nosotros no. Sin ello, murieron todos.

»Los mulos nos atacaron... y con todo, vencieron los verdaderos hombres. Vencieron porque lucharon y continuaron luchando como individuos y en grupos de guerrilla. El Imperio tenía un punto vulnerable, sus coordinadores, el Khan, sus sátrapas y sus administradores. Biológicamente considerado, el Imperio era un

simple organismo y pudo ser matado en su cabeza, como un enjambre con una simple abeja reina. Al fin, unos cuantos asesinatos llevaron a cabo el colapso que jamás podría haberse conseguido en la batalla.

»No hace falta entrar en detalles del terror que siguió al colapso. Bástenos considerar que hoy no vive ni un solo representante del *homo proteus*. Fueron a parar junto al dinosaurio, al dodo y a todas las especies extintas en el pasado.

»Les faltó adaptabilidad.

* * *

—Las Guerras Genéticas fueron lecciones brutales —añadió Mordan— pero nos enseñaron a no jugar para nada con las características humanas. Si en el plasma germinal no se halla presente una característica, no debemos intentar situarla. Cuando se muestran las mutaciones naturales, las sometemos a juicio durante largo tiempo, antes de intentar esparcirlas por la raza. La mayor parte de las mutaciones o no tienen valor o son definitivamente dañinas. Nosotros eliminamos las desventajas evidentes y conservamos las ventajas obvias; eso es todo. Noto ahora, por ejemplo, que el reverso de su mano es más bien velludo mientras que el de la mía es suave y sin vello. ¿No le sugiere a usted eso nada?

—No.

—A mí tampoco, como cosa cierta. Parece no tener ventaja alguna en un sentido u otro, en lo que respecta a las amplias pautas de la raza humana. Por tanto, no le prestamos atención. Por otra parte... ¿ha tenido usted alguna vez dolor de muelas?

—Por supuesto que no.

—Bien, así es. Pero ¿sabe usted por qué?

Mordan esperó, indicando así que la pregunta no era retórica.

—Bien... es una cuestión de selección. Mis antepasados tenían dientes sanos.

—No todos sus antepasados. Teóricamente habría sido suficiente con que uno de sus antepasados hubiera tenido la dentadura sana, y tenido en cuenta que esa característica dominante se hubiera conservado en cada generación. Pero cada gameto de tal

antepasado contiene solamente la mitad de sus cromosomas; si heredó sus dientes sanos de alguno de sus antepasados precisamente, este dominante estará presente en sólo la mitad de sus gametos.

—Nosotros seleccionamos —quiero decir, nuestros predecesores— en busca de dientes sanos. Hoy, sería realmente difícil encontrar a un ciudadano que no tenga ese factor dominante procedente de sus padres. Ya no tenemos que volver a preocuparnos de seleccionar la cuestión de la dentadura sana. Lo mismo ocurre con la ceguera de los colores, con el cáncer, con la hemofilia y con muchos otros defectos hereditarios. Nosotros los seleccionamos y eliminamos, sin molestar para nada la tendencia normal, ordinaria y biológica de los seres humanos para enamorarse de otro del sexo opuesto y tener hijos. Nos limitamos simplemente a capacitar a la pareja para que tenga los mejores niños de su capacidad potencial al combinar sus gametos a través de la selección en lugar de la ciega casualidad.

—Esto no se hizo en mi caso —observó Hamilton con cierta amargura—. Yo soy el resultado de un experimento genésico.

—Es verdad. Pero el suyo es un caso especial, Félix. *El suyo es un linaje de primera magnitud*. Cada uno de sus treinta antepasados entró voluntariamente en la creación de su linaje, no porque Cupido hubiera estado rondando con el arco y las flechas, sino porque tuvieron una visión de una raza mejor de la que ellos formaban. Cada una de las células de su cuerpo contiene en sus cromosomas una copia a calco de una raza más resistente, más fuerte y más sana. Y lo que le suplico es que no lo deje perder.

Hamilton se movió inquieto en su asiento.

—¿Qué es lo que espera de mí que haga? ¿Representar el papel de Adán con toda una nueva raza?

—En absoluto. Deseo sólo que perpetúe su linaje.

Hamilton se inclinó hacia adelante.

—¡Diablos! —exclamó—. Está usted tratando de hacer lo que ya hizo el Gran Khan. Trata usted de separar un linaje y hacerlo diferente del resto... tan diferente como lo somos nosotros del control natural. Creo que no es bueno. No lo haré.

Mordan sacudió la cabeza lentamente.

—Equivocado en ambos sentidos. Intentamos un proceso similar al utilizado para el de la dentadura sana. ¿Oyó usted hablar alguna

vez del Condado de Deaf Smith?

—No.

—El Condado Deaf Smith, en Texas, fue una subdivisión política de los antiguos Estados Unidos. Sus nativos tenían dientes sanos, no por herencia, sino a causa del suelo. Aquel suelo les proporcionaba una dieta rica en fosfatos y fluoruros. Apenas si podría usted observar la caries dental en tal época. Los dientes realmente se pudrían en las mandíbulas y eran la causa de la mayor parte de las enfermedades de aquellos días. Hubo casi unos cien mil técnicos, en Norteamérica solamente, que no hacían otra cosa que sacar y reparar los dientes enfermos, y aún así, cuatro quintos de la población carecía de la ayuda necesaria a tal efecto. Se limitaban a sufrir y a morir, con sus dientes podridos envenenándoles todo el cuerpo.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Se lo explicaré. Los datos del Condado de Deaf Smith fueron compulsados por los técnicos contemporáneos —médicos, según se llamaban a sí mismos en la época—, como solución para el problema. Duplicar la dieta de los habitantes, y se acabó la caries. Tenían razón absolutamente; pero estaban equivocados biológicamente, porque una ventaja no es buena para una *raza* a menos que pueda ser heredada. La pista estaba allí; pero utilizaron el camino equivocado para llegar a ella. Lo que nosotros buscamos finalmente fueron hombres y mujeres que tuviesen dientes perfectos a despecho de una dieta pobre o una falta de asistencia. Con el tiempo se demostró que todos esos casos se reunían en un grupo de tres genes, no registrado entonces. Podemos llamarle una mutación favorable. O bien, la susceptibilidad para estropearse la dentadura como una desfavorable mutación que no hubiese suprimido de todos modos la raza.

«Mis predecesores conservaron este particular grupo de genes. Usted sabe cómo la herencia se esparce. Vaya hacia atrás suficientes generaciones y todos nosotros descendemos de la totalidad de la población. Pero, genéticamente, nuestros dientes descienden de un pequeño grupo, a causa de haber sido seleccionado para preservarlo con tal factor dominante. Lo que queremos hacer con usted, Félix, es conservar las favorables variaciones presentes en usted hasta que toda la raza tenga sus ventajas. No es que sea usted el único

antepasado de las futuras generaciones, ¡oh, no!, pero usted será, genéticamente hablando, el antepasado de todos ellos en todo lo que se relaciona a que usted es superior a la mayoría.

—Creo que ha elegido usted al hombre inoportuno. Yo soy un fracaso.

—No me diga eso, Félix. Conozco su carta de cromosomas. Le conozco a usted mejor de lo que se conoce a sí mismo. Usted es un tipo de supervivencia. Podría imaginarle puesto en una isla de salvajes y animales peligrosos... y en dos semanas se haría usted el amo de la situación.

Hamilton sonrió de buena gana.

—Tal vez. Eso es algo que me gustaría intentar.

—No necesitamos intentarlo. *¡Lo sé!* Cuenta usted con el físico, la mentalidad y el temperamento. ¿Qué suele usted dormir?

—Unas cuatro horas.

—¿Índice de fatiga?

—Alrededor de ciento veinticinco horas, tal vez algo más.

—¿Reflejos?

Hamilton se encogió de hombros. Mordan sacó repentinamente su arma y apuntó a Hamilton. Hamilton ya tenía la suya dispuesta, teniendo cubierto a Mordan en el mismo instante. Mordan se puso a reír y volvió el arma a su funda.

—No me hallaba en peligro —dijo Mordan—. Sabía que podía sacar, evaluar la situación y decidir no disparar, ante un hombre más lento.

—Ha corrido usted un gran riesgo.

—En absoluto. *Yo conozco su carta.* Contaba no solamente con sus reacciones motoras, sino con su inteligencia. Félix, su nivel de inteligencia le da derecho a considerarse como un genio incluso en estos días.

Después siguió un largo silencio. Mordan lo rompió.

—¿Bien?

—¿Ha dicho ya cuanto tenía que decir?

—Por el momento, sí.

—Muy bien, pues. Ahora me toca a mí. No ha dicho nada que me convenza. No estaba al tanto de que sus planeadores se tomaban tal interés en mi plasma germinal; pero no me dijo nada que ya no supiera. Mi respuesta es: No.

—Pero...

—Me toca a mí, Claude. Le diré por qué. Concediendo que yo sea un tipo superior de supervivencia... bien, no discutiremos esto. Es cierto. Tengo ciertas cualidades que conozco. Aún así, no conozco ninguna razón del porqué la raza humana *debería* sobrevivir... aparte del hecho de que, por su propia construcción, deba seguir haciéndolo. Pero no tiene sentido la sangrienta representación que ofrece como conjunto. No hay un punto por lo que valga la pena estar vivos. Que me aspen si contribuyo a continuar la comedia.

Se detuvo. Mordan aguardó y después dijo lentamente.

—¿No goza usted de la vida, Félix?

—Ciertamente que sí —repuso Hamilton enfáticamente—. Tengo un sentido retorcido del humor y todas las cosas me divierten.

—Entonces, ¿la vida en sí misma no vale la pena vivirla?

—Para mí sí y trato de vivir cuanto pueda, esperando disfrutarlo al máximo. Pero ¿la mayor parte de la gente goza de ella? Lo dudo. Por lo que he calculado de las inmediatas apariencias, la razón es de catorce a uno.

—Las apariencias externas pueden decepcionar. Estoy inclinado a pensar que la mayor parte de la gente es feliz.

—¡Demuéstrelo!

Mordan sonrió.

—No se puede con usted. Lo cierto es que podemos medir la mayor parte de las cosas de que está hecho el hombre; pero nunca medirlo en conjunto. No obstante, ¿es que no espera usted que sus descendientes hereden ese gusto por vivir que tiene usted?

—¿Acaso es hereditario? —preguntó Hamilton con sospecha en la voz.

—Bien, realmente lo ignoramos. Yo no puedo apuntar al lugar que ocupa un determinado cromosoma y decir: «Ahí radica la felicidad». Es algo más sutil que los ojos azules contra los ojos castaños. Pero yo quiero seguir en esto más profundamente, Félix. ¿Cuándo sospechó usted que la vida no valía la pena de vivirla?

Hamilton se puso en pie y comenzó a pasear nerviosamente, sintiendo en sí mismo una agitación como no la había sentido desde su adolescencia. Conocía la respuesta. Muy bien. Pero... ¿debería decirla a un extraño?

Nadie habla a un niño de su carta de cromosomas. No había nada que distinguiese a Félix Hamilton de otros niños en el primer Centro de Desarrollo que podía recordar de su pasada infancia. Era un don nadie, tratado amable e inteligentemente; pero algo que sólo importaba a él. En su mente fue alboreando la idea de que sus capacidades eran superiores. Un niño brillante es dominado en sus primeros años por otros, más brutos, simplemente porque son mayores, más grandes, mejor informados. Y siempre existen esas remotas y omniscientes criaturas, los adultos, las personas mayores.

Tenía diez años —¿o quizá serían once?— cuando empezó a comprobar que en las competiciones excedía a los demás. Comenzó también a sentir lo más fuerte de las motivaciones sociales, el deseo de ser apreciado. Sabía entonces lo que deseaba ser cuando «fuese mayor».

Los otros chicos hablaban de tales cosas cuando les parecía. «Yo seré un piloto de reactores cuando sea mayor». «Yo también». «Yo no. Mi padre dice que un hombre de negocios puede tomar a su servicio a todos los pilotos de reactores que desee». «No podría *alquilarme* a mí». «Sí, sí que podría»...

Era mejor dejarles hablar cuanto quisieran. El joven Félix sabía lo que quería hacer. Sería un sintetizador enciclopédico. El mundo entero sería su objetivo de investigaciones. Todos los hombres realmente grandes habían sido sintetizadores. ¿Quién merecía, si no, la oportunidad de ser elegido para un puesto en la gran política? ¿Qué gran especialista hubo que no tomase sus órdenes de un sintetizador? Ellos eran los verdaderos caudillos, los hombres que lo conocían todo, los reyes-filósofos con quienes habían soñado los antepasados.

Se guardó su sueño para sí mismo. Se deshizo del narcisismo de su período preadolescente e intentó su integración social, sin dificultades.

Hamilton miró a Mordan. El rostro de aquel hombre invitaba a la confianza.

—Usted es un sintetizador, ¿verdad? No es un genetista.

—Naturalmente, no podría especializarme en las actuales técnicas, porque eso me llevaría una vida entera.

—Claro que no. Ni creo que lo deseara tampoco.

—¿Podría yo llegar a ser su sucesor? Vamos, adelante,

pregúnteme. Usted conoce mi carta cromosomática.

—No, usted no podría.

—¿Por qué no?

—Ya sabe por qué. Usted goza de una memoria excelente, más que adecuada para cualquier otro propósito, pero no la necesaria. Un sintetizador necesita haber perfeccionado su memoria con objeto de estar en condiciones de cubrir el campo que tiene que abarcar.

—Y sin ella —repuso Hamilton— ningún hombre puede jamás ser reconocido como un sintetizador. Sencillamente no lo es, más de lo que cualquier hombre pueda afirmar que es ingeniero y no pueda resolver ecuaciones de cuarto grado de memoria. Yo deseé ser un sintetizador; pero no estuve nunca preparado para ello. Cuando terminé por darme cuenta de que no ganaría nunca el primer premio, no estuve dispuesto a conformarme con un segundo.

—Su hijo llegaría a ser un buen sintetizador.

Hamilton sacudió la cabeza.

—Eso ya ha dejado de importar. Todavía tengo la visión enciclopédica de las cosas, como punto de vista; pero no desearía disputarle la plaza a usted. Usted me preguntó cuándo y cómo empecé a llegar a la conclusión de que la vida no tiene ningún significado. Le dije cómo empecé primeramente a tener mis dudas, pero la cuestión es ésta: todavía las tengo.

—Espere —interrumpió Mordan—. No ha oído usted todavía la totalidad del asunto. Se planeó que la memoria perfecta sería incorporada a su línea genética, bien en su generación, o en la de su padre. Su hijo la tendrá, si usted coopera. Hay todavía algo que falta ser añadido y se añadirá. Ya dije que usted es un tipo de supervivencia. Usted lo es, excepto en una cosa. Que no desea tener hijos. Desde un punto de vista biológico esto es un factor contra la supervivencia, como una compulsión hacia el suicidio. Tiene usted esa tendencia procedente de su bisabuelo. Esa tendencia tuvo que ser aceptada en la época en que murió, antes de que su plasma germinal tuviera que ser usado, ya que no disponíamos de mucha provisión en el banco para elegir. Pero será corregida en su ligazón. Sus hijos estarán ansiosos por tener hijos a su vez... eso es algo que yo puedo asegurárselo.

—¿Y qué me va en eso a mí? —preguntó Hamilton—. Oh, no

dudo de que usted podría hacerlo. Sé que podrá usted darle cuerda al reloj y hacerlo marchar. Usted puede probablemente eliminar mis recelos y producir una línea genética que continuará en una feliz sucesión para los próximos diez millones de años. Pero aún así, seguirá la cuestión sin tener sentido. ¡La supervivencia! ¿Para qué? Hasta que usted pueda darme alguna explicación convincente de por qué la raza humana debería continuar hacia adelante, mi respuesta es «No».

Y se levantó definitivamente.

—¿Se marcha usted?

—Si usted me excusa...

—¿No está usted interesado en conocer algo acerca de la mujer a quien consideramos adecuada para proseguir junto a usted la línea genética deseada?

—No, en particular.

—Interpreto sus palabras como un permiso para hacerlo —repuso Mordan afablemente—. Mire allí. —Tocó un control existente sobre su mesa; y Hamilton dirigió la vista hacia el lugar indicado.

Una sección de la pared desapareció para dar lugar a una estereo-escena. Era como si estuvieran mirando a través de una ventana abierta. Ante ellos, aparecía un jardín, con una piscina, con la superficie levemente agitada... por una cabeza que alteró la superficie del agua. La nadadora anduvo tres pasos hacia la escala y saltó por ella hacia el borde de la piscina con gracia y sin el menor esfuerzo. Desnuda, su aspecto era adorable. Se estiró y rió graciosamente, desapareciendo prontamente de la imagen proyectada.

—¿Bien? —preguntó Mordan.

—Sí, es magnífica; pero ya he visto otras.

—No es preciso que tenga que tener siempre los ojos puestos en ella —dijo Mordan—. A propósito, ella es prima suya en quinto grado. La combinación de ambas cartas será cosa sencilla. —Tocó en el aparato de control y reemplazo la escena por una figura estática—. Su carta de cromosomas está a la derecha y la de ella a la izquierda. —Aparecieron entonces, dos diagramas adicionales, uno bajo cada una de las cartas—. Esas son las óptimas cartas haploides para sus respectivos gametos. Se combinan así... —Y tocó

otro control, apareciendo una quinta carta formada en el centro del cuadrado formado por las otras cuatro.

Las cartas no eran fotografías de cromosomas, sino conjuntos de signos taquigráficos especiales, usados por los técnicos geneticistas para representar los puntos extremadamente microscópicos de materia viviente y que son los árbitros del conjunto y la forma de ser de una criatura humana. Cada cromosoma estaba representado por un modelo que se parecía más a un espectrograma que a otra estructura más familiar. Pero el lenguaje empleado era el de los expertos; para un profano en materia de genética, las cartas eran algo sin significado alguno.

Incluso el mismo Mordan no pudo leerlas sin la asistencia debida. Dependía de sus técnicos para explicarlas cuando era necesario. Pero a partir de aquel momento, su memoria infalible le capacitaba para recordar la significación de todos los detalles.

Una cosa resultaba evidente para un ojo no entrenado: las dos cartas superiores, la de Hamilton y la joven, contenían dos veces tantos modelos de cromosomas —cuarenta y ocho para ser exactos— como las cartas de los gametos bajo ellas. Pero la carta del propuesto descendiente contenía cuarenta y ocho representaciones de cromosomas, veinticuatro de cada uno de sus padres.

Hamilton miró a las cartas con interés, un interés cuidadosamente reprimido.

—Intrigante, estoy seguro —dijo con afectada indiferencia—. Naturalmente es algo que no comprendo bien.

—Me alegrará poder explicárselo a usted.

—No se moleste. Apenas si vale la pena, ¿no es cierto?

—Supongo que no. —Mordan manipuló en los controles y las figuras desaparecieron—. Tengo que rogarle que me excuse, Félix. Tal vez podamos seguir hablando otro día.

—Ciertamente, si así lo desea.

Miró a su anfitrión con cierta sorpresa; pero Mordan seguía apareciendo tan amistoso y sonreía cortésmente como siempre. Hamilton se encontró a sí mismo fuera de la oficina pocos momentos después. Se habían dicho «hasta la vista» con todas las apropiadas fórmulas de amigos; sin embargo, Hamilton sentía interiormente una vaga insatisfacción, un sentimiento de algo incompleto, como si la entrevista hubiese terminado antes de

tiempo. Para estar seguro, él había dicho «no»; pero no a todos los demás detalles que hubiese deseado conocer.

Mordan volvió a su mesa de despacho y volvió a mostrar las cartas en la pantalla. Las estudió, recordando todo lo que se le había explicado sobre ellas y que conocía, fijando su principal interés sobre la del centro.

Un zumbador le advirtió que deseaba verle su asistente jefe técnico.

—Adelante, Martha —dijo sin mirar.

—Estoy aquí, jefe.

—Ah, vamos —repuso, volviéndose hacia ella.

—¿Puedo tomar un cigarrillo?

—Sírvase usted misma.

Así lo hizo tomando uno de una caja lujosamente ornamentada existente sobre la mesa, lo encendió y se sentó confortablemente. Ella era mayor que él, y tenía un aspecto de absoluta competencia. El gris uniforme de laboratorio se hallaba en marcado contraste con el dignificado dandismo de su vestido; pero venía bien con su apariencia general.

—Hamilton 243 acaba de marcharse, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cuándo empezamos?

—Humm... ¿qué tal iría el segundo martes de la semana que viene, eh?

Ella enarcó las cejas.

—¿Tan mal ha ido la cosa?

—Me temo que sí. Así lo dijo. Le he echado, con gentileza, claro está, antes de que tuviese tiempo de racionalizar para él mismo y adoptar una situación que nos hubiera impedido volverle a llamar.

—¿Por qué rehusó? ¿Está enamorado, quizá?

—No.

—Entonces, ¿dónde está el quid? —Se levantó, se aproximó a la pantalla y miró con extremada atención a la carta de Hamilton, como si pudiese detectar allí la verdad de lo ocurrido.

—Humm... Me hizo una pregunta que necesito responder correctamente, ya que de otra forma... no querrá cooperar.

—¿Y bien?

—Se la haré yo a usted, Martha. ¿Cuál es el significado de la

vida?

—¡Qué! ¡Vaya, me parece una pregunta de lo más estúpido!

—Él no la hizo estúpidamente.

—Es una pregunta sicopática, incontrolada, sin respuesta y, con toda probabilidad, sin el menor sentido.

—No estoy muy seguro de todo eso, Martha.

—Pero... Bien, no intentaré discutir con usted de cosas que están fuera de mi alcance. Pero me parece que «significado» es una concepción puramente antropomórfica. La vida *es*, simplemente. Existe.

—Hamilton utilizó la idea antropomórficamente. ¿Qué significa la vida para los hombres, y por qué él, Hamilton, coadyuvaría en su continuación? Naturalmente, no supe qué contestarle. Me ganó por la mano. Y se propone jugar a la Esfinge y no dejarnos continuar nuestro camino, hasta que yo resuelva su acertijo^[2].

—¡Disparate! —Ella estrelló el cigarrillo contra el cenicero salvajemente—. ¿Qué es lo que se figura que es esta clínica... un lugar para jugar a los crucigramas? No debe permitírsele a ningún hombre que se oponga al avance del progreso racial. La vida que lleva en su cuerpo no le pertenece. Pertenece a todos nosotros... a la raza. Es un loco.

—Ya sabe usted que no lo es, Martha. —Y apuntó hacia la carta.

—No —admitió Martha—. Es cierto, no es ningún chiflado. Sin embargo, debería ser requerido para cooperar. No es nada que le hiera ni le suponga ningún inconveniente desde ningún aspecto. Pero debería obligársele de algún modo.

—¡Ah, Martha! Existe ese pequeño inconveniente de la Ley Constitucional.

—Ya sé, ya sé. Pero insisto en ello. Estamos de acuerdo, es una ley sabia pero esto es un caso especial.

—Existen toda clase de casos especiales.

Martha no respondió; pero se volvió hacia las cartas de la pantalla. «¡Oh, Dios mío! —dijo para sí misma—. ¡Qué carta! ¡Qué carta tan maravillosa, jefe!».

CAPÍTULO III

«Pactamos esto en nombre de la Vida Inmortal».

Para esto, dedicamos nuestras vidas y consagramos nuestro honor:

A no destruir ninguna vida fértil.

A mantener como secreto solemne lo que pueda ser divulgado a nosotros, directa o indirectamente, a través de las técnicas de nuestro arte y que concierna a las cuestiones privadas de nuestros clientes.

A practicar nuestro arte solamente con el total, pleno y no influenciado conocimiento de nuestros clientes y sus zigotos.

A mantener por nosotros mismos, sobre todo, la postura de guardianes en la fe completa para el futuro bienestar de los zigotos infantes y a hacer solamente lo que consideremos que sea, honesta y concienzudamente, lo mejor para sus intereses.

A respetar meticulosamente las leyes y costumbres del grupo social en el cual practicamos nuestra ciencia.

Esto es lo que pactamos en el Nombre de la Vida Inmortal.

*Extracto del Juramento Mendeliano
Circa 2075 A. D. (Antigua Escuela).*

* * *

Los guisantes dulces, la hierba de San Pablo y la mosca «Drosófila»... he aquí los humildes instrumentos con los que en el siglo XIX y XX el monje Gregorio Mendel y el doctor Morgan de la

antigua Universidad de Columbia establecieron las leyes básicas de la genética. Leyes simples; pero de extraordinario alcance y sutilidad.

En el núcleo de cada célula de cada cigoto, sea hombre, mosca, guisante dulce o caballo, existe un grupo de cuerpos filamentosos: los cromosomas.

A lo largo de esos filamentos, existe algo increíblemente diminuto, del orden de diez veces el tamaño de la más grande de las moléculas de proteína. Son los genes, cada uno de los cuales controla algún aspecto de la estructura total del cuerpo del hombre, el animal, la planta, en los cuales se aloja la célula. Cada célula viviente contiene en su interior el plan entero para la totalidad del organismo.

Cada célula del hombre tiene cuarenta y ocho cromosomas, esto es, veinticuatro pares. La mitad de ellos derivan de la madre y la otra mitad del padre. En cada uno de esos pares de cromosomas, están los genes, a miles, en íntima correspondencia de uno a uno con los genes de los cromosomas del otro progenitor. Así, cada uno de los padres «lanza un voto» sobre cada característica. Pero algunos de esos «votos» tienen más peso que otros. Tales «votos» se llaman dominantes y los más débiles, recesivos. Si uno de los dos padres provee el gene preciso para que el hijo tenga los ojos castaños, mientras que el otro lo hace con el gene de los ojos azules, el hijo tendrá los ojos castaños. El castaño, aquí, ha sido el dominante. Si ambos padres suministran los genes para que los ojos tengan el color castaño, el voto es unánime; pero el resultado es el mismo, para esa generalización. Pero se requiere siempre el «voto unánime» para que los ojos sean azules.

No obstante, el gene para los ojos azules puede ir pasando de generación en generación sin ser advertido; pero *incambiado*. Las potencialidades de una raza pasan incambiadas —excepto por mutación— de padre a hijo. Pueden tal vez mezclarse, barajarse, produciendo un inconcebible número de individuos únicos; pero los genes permanecen incambiados.

Los jugadores de ajedrez pueden disputar partidas incambiadas y distintas en número incalculable; pero el hombre que juega sigue siendo el mismo. Cincuenta y dos cartas de una baraja pueden producir un enorme número de manos distintas; pero las cartas de

la baraja serán siempre las cincuenta y dos originales.

Una mano puede contener la jugada máxima y otra puede ser completamente inútil... Pura casualidad.

Pero supongamos que se nos permitiera conseguir la mejor mano con las cincuenta cartas posibles en una jugada de póquer, de las diez barajadas... ¡La posibilidad de obtener la máxima jugada se habrá incrementado en doscientas cincuenta y dos veces! (Compruébenlo).

Tal es el método de mejoramiento racial por la selección de los genes. Una célula viva en las gónadas de un varón está dispuesta a dividirse para formar gametos. Los cuarenta y ocho cromosomas se emparejan frenéticamente, cada uno con su número opuesto. Y tan íntima es esta conjugación, que los genes o grupo de genes pueden incluso cambiar de lugar con sus opuestos, procedentes de otros cromosomas. En seguida cesa la danza. Cada miembro de un par de cromosomas se separa de su compañero tan lejos como le es posible, hasta que se forma un racimo de veinticuatro cromosomas a cada extremo de la célula.

La célula se biparte, formando dos nuevas células, cada una de las cuales contiene sólo veinticuatro cromosomas, es decir cada una exactamente la mitad de las potencialidades de la célula y del cigoto original. Una de esas células contiene un cromosoma —el cromosoma x— el cual determina que cualquier cigoto formado con su ayuda será hembra.

Las dos células vuelven a dividirse. Pero en esta fisión los cromosomas se dividen también, conservando todos los genes y cada uno de los veinticuatro cromosomas. El producto final son cuatro gametos machos, los espermatozoides, la mitad de los cuales pueden producir hembras, y la otra mitad, machos. Los productores de machos son exactamente similares en la disposición de sus genes *y son el exacto complemento de los productores de hembras*. Este es punto clave en la técnica de la selección de los genes.

Las cabezas de los productores de machos son por término medio de cuatro micras de longitud, y las de los productores de hembras de cinco micras... otro punto clave.

En la gónada hembra la evolución del gameto, u óvulo, es igual que la descrita para los gametos machos, con dos excepciones. Después de la división-reducción en la cual el número de

cromosomas por célula se reduce de cuarenta y ocho a veinticuatro, el resultado no son dos óvulos, sino un solo óvulo y un «cuerpo polar». El cuerpo polar es un pseudo-huevo, conteniendo un modelo cromosómico complementario al del verdadero gameto; pero estéril. Es algo que nunca será nada.

El óvulo se divide nuevamente, separando otro cuerpo polar que tiene el mismo modelo cromosómico que el óvulo. El cuerpo polar original se divide nuevamente produciendo dos cuerpos polares más con dos modelos complementarios. Así, los cuerpos polares de modelos complementarios con respecto al óvulo exceden siempre en número a los del modelo idéntico. Esto es un hecho clave. Todos los óvulos pueden llegar a ser machos o hembras. El sexo del cigoto se determina por la célula suministrada por el padre; la madre no tiene parte en el fenómeno.

Lo dicho anteriormente es más bien una imagen abreviada y extractada. Es preciso comprimir, exagerar, omitir detalles, usar analogías excesivamente simplificadas. Por ejemplo, los términos «dominante» y «recesivo» son términos relativos, las características son raramente determinadas por un gene solamente. Además, las mutaciones —cambios espontáneos de los propios genes— ocurren con mayor frecuencia que lo previsto. Pero la imagen dada es razonablemente correcta en un amplio perfil.

¿Cómo pueden utilizarse estos hechos para producir la clase de hombre o mujer que se desea producir? A primera vista, la cuestión aparece simple. Un macho adulto produce cientos de miles de millones de gametos. Los óvulos no se producen en tan gran escala; pero sí en número adecuado. Podría parecer una simple cuestión determinar qué combinación se desea y entonces esperar a que aparezca... o al menos aguardar por una combinación lo suficientemente cercana a lo satisfactorio.

Pero es preciso reconocer la combinación deseada cuando se manifiesta. Y esto sólo puede hacerse examinando el modelo genético en los cromosomas. ¿Bien? Es posible conservar vivos los gametos fuera del cuerpo que los produce... y los genes, que aunque infinitamente pequeños son lo suficientemente grandes para ser reconocidos sirviéndose del ultramicroscopio. Adelante, pues. Echemos un vistazo. ¿Es el gameto que deseamos o alguno de sus hermanos menores? De ser alguno de los últimos, dejémosle de lado

y miremos de nuevo.

¡Un momento! Los genes son algo tan diminuto que el simple hecho de examinarlos supone el producirle disturbios de importancia. Las radiaciones usadas para ver a un gameto de cerca, lo bastante como para decir algo acerca de sus cromosomas, producirán una tormenta de mutaciones. Es una lástima: lo que se estaba buscando ha dejado de existir. Se le ha cambiado... probablemente, se le ha matado.

Así, será preciso volver hacia atrás hacia la más sutil y poderosa herramienta de investigación... la inferencia. Se recordará que una simple célula de la gónada de un macho produce dos grupos de gametos, complementariamente en sus modelos cromosómicos. Los productores de hembras tienen las cabezas más grandes, los machos son más ágiles. Podemos separarlos.

Si, en una pequeña constelación de gametos dada, se examinan bastantes miembros para determinar que todos ellos proceden de la misma célula paterna, entonces podemos examinar en detalle minucioso el grupo productor del sexo que *no* deseamos. Del modelo cromosoma-gene del grupo examinado, podemos inferir el modelo complementario del grupo conservado libre de los peligros de ser exterminados.

Con los gametos femeninos, el problema es similar. El óvulo no precisa abandonar su entorno natural en el cuerpo de la hembra. Los cuerpos polares, sin valor en sí mismos, se examinan. Sus modelos o bien son idénticos con los de su célula hermana, o complementarios... Aquellos que son complementarios, son más numerosos que los idénticos. El modelo del óvulo puede ser inferido con exactitud.

Ya se tienen la mitad de las cartas boca arriba. Por tanto, *conocemos* el valor de las que están boca abajo. Podemos hacer una apuesta... o esperar una mano más favorable.

Los escritores románticos de los primeros días de la genética soñaron con muchas fantásticas posibilidades, niños fabricados en tubos de ensayo, monstruos formados por mutaciones artificiales, niños sin padres, niños ensamblados pieza a pieza con trozos de cien padres diferentes y así. Todos esos horrores son posibles, como demostraron los geneticistas del Gran Khan; pero nosotros, ciudadanos de esta República, hemos rehusado tal dislocación con

nuestro torrente vital. Los niños nacidos con la asistencia de la técnica de selección de genes neo-Ortega-Martín son niños normales, obtenidos de un plasma germinal normal, nacidos de mujeres normales, en la forma usual.

Difieren en un respecto solamente de sus predecesores raciales: ¡son los *mejores* niños que sus padres pueden producir!

CAPÍTULO IV

«Él se reúne con ella».

Monroe-Alpha volvió a llamar a su orto-esposa a la noche siguiente. Ella le miró fijamente al entrar en su apartamento.

—Dos noches seguidas —dijo—. Clifford, vas a hacer que crea que estás cortejándome.

—Pensé que te gustaría ir a esta fiesta.

—Y así es querido. Te agradezco mucho que me lleves. Medio minuto, mientras me acabo de vestir.

Se levantó, salió fuera de la habitación y se dirigió a terminar su arreglo. Larsen Hazel había sido una famosa estrella de la danza, en el teatro y la televisión. A su debido tiempo determinó sabiamente retirarse antes que luchar con otras mujeres más jóvenes. Apenas si llegaba a los treinta años, dos años más joven que su esposo.

—Dispuesta —anunció antes de transcurrir el plazo señalado anteriormente.

Él debería haber hecho algún comentario sobre su vestido, porque realmente lo merecía. No solamente con respecto a su exquisita figura, sino con relación al color, un delicioso verde que armonizaba con los cabellos y las sandalias, los ornamentos del peinado y las joyas. Todas eran de oro mate. En su lugar se limitó a decir:

—Magnífico. Llegaremos a tiempo.

—Es un nuevo vestido, Clifford.

—Oh, sí, es muy bonito —respondió agradablemente—. ¿Nos vamos?

—Ah, claro que sí.

Monroe-Alpha apenas si dijo nada durante el recorrido, limitándose a observar el tráfico como si el coche no fuese capaz de

abrirse paso entre el hormiguero de vehículos sin su especial supervisión. Cuando el coche aparcó finalmente en el techo de una residencia del exterior de la ciudad, comenzó a levantar el capot. Ella le puso una mano en el brazo.

—Esperemos un momento, Clifford. ¿Podríamos hablar unos minutos antes de mezclarnos entre esa multitud?

—Pues claro que sí. ¿Ocurre algo?

—Nada... y todo, Clifford, amor mío... no necesitamos continuar en la forma en que venimos haciéndolo.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Tú sabes muy bien lo que quiero decir, a poco que te detengas a pensarlo. No te soy necesaria en absoluto... ¿no es cierto?

—Pues... Hazel... no sé por qué deberías decir una cosa así. Eres una chica elegante nadie tendría nada más que preguntar.

—Humm... creo que así es. No tengo ningún vicio secreto y jamás te he molestado en nada, sabiéndolo de antemano. Pero no es eso lo que quiero decir. Tú no sientes ningún placer ya con mi compañía... ninguna *excitación*.

—Uh... bien... no es eso. No podría desear tener mejor compañía que la tuya. Eres una buena chica y nunca hemos tenido ninguna disputa, y...

Ella le detuvo con la mano.

—Sigues sin comprenderme. Creo que sería mejor si disputáramos algo de vez en cuando. Tendría así una mejor idea de lo que se oculta tras esos grandes y solemnes ojos tuyos. Sé que no te disgusto. De hecho pienso que te gusto como cualquier otra persona. Incluso te gusta estar conmigo a veces, cuando te encuentras cansado y eso viene a darte gusto. Pero no es suficiente. Yo me siento inclinada hacia ti en mucha mayor medida, querido. Necesitas algo más de lo que yo soy capaz de darte.

—No sé cómo cualquier mujer podría hacer más de lo que tú haces por mí.

—Sí, eso fue al principio, porque sé que una vez estaba en condiciones de dártelo. ¿Recuerdas cuando nos registramos en matrimonio? Entonces yo significaba algo más. Tú eras feliz. Aquello me hizo feliz a mí también. Te encontrabas tan patéticamente encantado conmigo y con todo lo que me concernía que a veces me dan ganas de llorar al pensarlo.

—No he dejado de sentirme a gusto contigo.

—No conscientemente. Pero creo que sé lo que ha ocurrido.

—¿Qué es ello?

—Entonces aún seguía bailando. Yo era la gran Hazel, primera bailarina. Yo constituía todo lo que tú no habías visto. Encanto personal, luces deslumbradoras y música. Recuerdo cómo solías llamarme después de una representación sintiéndote tan orgulloso y tan contento de verme. Y yo me hallaba impresionada por tu inteligencia —y todavía lo sigo estando— y tan halagada de que tú pusieras toda tu atención en mí...

—Pudiste haber puesto los ojos en todos los personajes famosos del país...

—Nadie me parecía tan interesante como tú, en la forma en que tú te mostrabas. Pero ésa no es la cuestión. Yo no soy realmente atractiva ni nunca lo fui. Era simplemente una artista que tenía que cumplir con un trabajo, que siempre traté de hacerlo lo mejor posible. Ahora, ya no existe la música, las luces se apagaron... y ya no te sirvo de nada.

—No digas eso, chiquilla.

Ella le puso una mano en el brazo.

—Sé honesto contigo mismo, Cliff. Mis sentimientos no están heridos. No soy una persona romántica. Mis sentimientos han sido siempre maternos, más bien que cualquier otra cosa. Tú eres mi niño mimado. Tú no eres feliz y quiero que lo seas.

Cliff se encogió de hombros sin esperanza.

—¿Y qué puede hacerse, incluso pensando que sea cierto lo que dices?

—Yo podría aventurar una suposición. En alguna parte tiene que estar la chica que tú pensaste que yo era. Alguien que pueda hacer por ti lo que hice una vez...

—¡Humm! No sé dónde encontrarla. No existe tal persona. No, nena, la dificultad reside en mí, no en ti. Soy un esqueleto fantasmal en la fiesta. Yo soy un tipo áspero y tristón por naturaleza. Esa es la cuestión.

—No lo creo. No la has encontrado, porque no la has buscado. Has caído en la rutina, Cliff. Martes y viernes, cena con Hazel. Lunes y jueves, al gimnasio. Los fines de semana al campo o ingestión de vitaminas naturales del tipo D. Tienes que sacudirte de

esa vida, Cliff. Mañana iré a registrar un consentimiento de separación amistosa.

—¡No estarás bromeando!

—Lo haré, desde luego. Después, si encuentras a alguien que te guste más y vaya mejor con tu fantasía, puedes confirmarlo sin más demora.

—Pero, Hazel... yo no quiero que me dejes. ¡En absoluto!

—No estoy abandonándote. Estoy sencillamente dándote ánimos para que vivas de otra forma. Puedes venir a mí cada vez que lo desees, incluso si vuelves a casarte con otra. Pero dejemos esa obligación de los martes y los jueves. Eso ha terminado. Trata de llamarme a medianoche, si lo prefieres o en esas otras horas de trabajo de tu oficina.

—Hazel... no querrás verme yendo a la caza de otra mujer, ¿verdad?

Ella le acarició la barbilla con la mano.

—Clifford, eres un grandísimo bobo. Sabes cuanto hay que saber acerca de los números, cálculos y demás; pero de mujeres entiendes poquísimos... —Hazel le besó—: Bien, relájate ahora. Mamá sabe mejor que nadie lo que te conviene.

—Pero...

—La fiesta aguarda.

Monroe-Alpha levantó definitivamente la cubierta transparente del aerocar. Salieron y se dirigieron juntos hacia la fiesta. La casa de Johnson Smith Estaire ocupaba la totalidad de una plataforma situada en la parte superior de una estructura construida sobre un enorme terreno cercado. Era el típico ejemplo de un típico derroche. Los apartamentos habitados —una enorme pila de materiales de construcción curiosamente ensamblados y que difícilmente podía denominársela como hogar— ocupaban tal vez un tercio del espacio. El resto estaba dedicado a jardines, unos abiertos y otros recubiertos como invernaderos. Las enormes rentas del dueño de todo aquello se debían a una fábrica automática de mobiliario y la esposa pretendía tener la fantasía de mostrar su casa sin aparente evidencia de la dominación de las máquinas.

Así, disponía de sirvientes de carne y hueso, que, situados al pie de una escalinata, se ofrecían para tomarlas prendas de guardarropa que los invitados pudieran entregar —nadie llevaba ninguna—, y

escollarlos hasta lo alto donde la anfitriona saludaba a sus huéspedes. La señora de la casa extendió ambos brazos al ver aproximarse a Hazel y Clifford.

—¡Ah, querida! —dijo mientras besaba a Hazel—. ¡Qué gentil has sido viniendo a nuestra fiesta! Y con tu brillante marido... —Se volvió hacia el invitado de honor, a cuyo lado se estacionó—: Doctor Thorgsen, he aquí a dos de mis mejores amigos. Larsen Hazel, esta deliciosa personita, y el maestro Monroe-Alpha Clifford, que se ocupa de esas cuestiones del dinero en el Departamento de Finanzas. Algo terriblemente complicado. Estoy segura de que usted lo comprenderá. Yo no, desde luego.

Thorgsen se las arregló para fruncir el ceño y sonreír simultáneamente.

—¡La Larsen Hazel! Pero usted es... sí, la reconocí en el acto. ¿Bailará usted para nosotros esta noche?

—Ya hace tiempo que no bailo.

—¡Qué lástima! Este es el primer cambio desfavorable que encuentro en la Tierra. He permanecido fuera diez años.

—Sí, sabemos que estuvo usted en Plutón. ¿Qué hay por allá, doctor?

—Un frío que cala los huesos.

Monroe-Alpha se enfrentó con él e, inclinándose profundamente, le saludó.

—Ha sido para mí un gran honor.

—Bien... no dejemos que... no, en absoluto. Diablos, no estoy acostumbrado a esta fina etiqueta. Olvidé por completo cómo emplearla. Tenemos una colonia comunal, ya sabe. Nada de armas.

Monroe-Alpha había comprobado con sorpresa que Thorgsen aparecía desarmado y con la placa de paz, y con todo, adoptando la arrogancia propia de un ciudadano armado, seguro de su posición.

—La vida tiene que ser completamente diferente.

—Sí que lo es. Nada parecido a esto. Se trabaja, se chismorrea un poco, se va a la cama y vuelta a trabajar. ¿Está usted en las Finanzas? ¿Qué clase de trabajo?

—Computo el problema de las reinversiones.

—Ah, sí. Ahora ya sé quién es usted. Oímos hablar de sus trabajos y de sus brillantes soluciones técnicas a difíciles problemas financieros. Especialmente la última cuestión de solución general.

Una difícil computación, desde luego. Eso deja en mantillas a nuestros cálculos de estéreo-paralaje.

—Pues yo no diría eso, señor.

—Claro que sí. Quizá tengamos oportunidad de hablar más tarde. Podría darme usted algún consejo.

—Sería un honor para mí, doctor Thorgsen.

Una fila de recién llegados a la fiesta hacía cola tras ellos. Hazel se dio cuenta de que la anfitriona se volvía impaciente. Se marcharon.

—Disfruten de la fiesta, queridos amigos —les deseó con una sonrisa la señora de la casa—. Hay... bien, muchas cosas. —Y les hizo un vago gesto con la mano.

En efecto, había «cosas». Entre ellas, dos teatros disponibles, uno de los cuales daba una representación continua de las últimas noticias en estéreo-films y el otro, dedicado a albergar a cualquiera que quisiera sentirse relajado, sin ver ni saber lo que ocurría a su alrededor. Naturalmente, existían diversas salas de juego y docenas de cuartitos íntimos y cómodos donde pequeños grupos, o parejas, pudiesen conversar o estar solos. Un prestidigitador circulaba entre la gran concurrencia contando chistes y mostrando sus sofisticados juegos de manos a quienes deseaban prestarles atención. La comida y los licores se exhibían con gran lujo y en cantidades enormes, de variedad y calidad, por todas partes.

El bruído suelo de azulejos de la sala de baile apenas si tenía gente. La pauta a seguir por el baile vendría más tarde. La enorme habitación se hallaba en frente, sin paredes intermedias, con uno de los jardines cubiertos, poco iluminados excepto por las luces existentes bajo los numerosos pequeños estanques cubiertos de rocas. El otro extremo de la sala de baile se hallaba limitado por la pared transparente de la piscina, cuya superficie daba al piso superior. Como añadidura a la decoración y a las luces móviles dentro del agua del lado de la pared de cristal, los propios bañistas, con los graciosos movimientos realizados bajo el agua, daban vida y armonía a aquella parte de la gran sala.

Clifford y Hazel se sentaron en aquella parte, junto ala pared de cristal y se inclinaron ante unos vasos de cóctel.

—¿Bailamos? —preguntó Clifford.

—Todavía no.

Una chica nadando del otro lado de la pared transparente se deslizó hacia ellos arrojando burbujas de aire por la boca en dirección a los vasos. Hazel siguió la nariz de la chica con el dedo índice rastreándola por el cristal. La nadadora hizo una graciosa mueca y ella le contestó.

—Creo que me gustaría darme un chapuzón, si no te importa, Cliff.

—En absoluto.

—¿Vienes conmigo?

—No, gracias.

Tras haberse marchado Hazel, Clifford anduvo vagabundeando sin rumbo fijo durante unos cuantos minutos. Todas las diversiones que tenía a la mano le dejaban frío; se dedicó, pues, a buscar algún refugio con la esperanza de hallarse solo con su melancolía y, tal vez, tomarse un trago a su gusto. Pero las parejas, sin padecer ninguna melancolía como la suya, habían tenido la misma idea; los pequeños reservados estaban todos llenos. Continuó, retirándose de allí hasta encontrar una sala de estar de regular tamaño, ya ocupada por un grupo de una media docena de hombres bebiendo y discutiendo. Se hallaban enfrascados en el antiquísimo deporte de la humanidad de liquidar los problemas del mundo, con un vaso en la mano.

Vaciló en la puerta, elevó las cejas como si con aquello solicitase permiso y, en efecto, recibió una graciosa invitación a entrar por uno de los ocupantes del gabinete. Entró y pronto encontró un asiento vacío. La sesión continuó con su tensión al rojo vivo.

—¿Suponer que libertaran el campo? —estaba diciendo uno de los hombres allí presentes—. ¿Qué tendría eso que ver? ¿Qué podría contar en esta cuestión? Posiblemente algunos artefactos, tal vez algunos informes registrados del período en que fue construido. Pero nada más que eso. La noción de que la vida pudiera estar preservada en él, incambiada, en una estasis absoluta durante varios siglos, es absurda.

—¿Qué sabes tú? Es cierto que pensaron haber encontrado una forma de suspender las funciones vitales... bien, digamos por entropía *congelada*. Las instrucciones halladas en el campo están completamente claras al respecto.

Monroe-Alpha comenzó a darse cuenta de lo que estaban

hablando. Era el llamado campo de estasis de Adirondack. Fue la maravilla de tres días, al ser descubierta, en una generación anterior, en un lugar remoto de las montañas de cuyo nombre derivaba el del campo. No es que el campo en sí fuese algo espectacular; ya que consistía simplemente en una impenetrable área de reflexión total, como un espejo cúbico. Tal vez no fuese impenetrable, ya que ciertamente no era preciso realizar esfuerzo alguno para penetrar en él, a causa de la placa de instrucciones encontradas con el dispositivo. La placa declaraba sencillamente que el campo contenía especímenes vivos del año 1926 (de la época antigua, por supuesto) y que podían ser dejados en libertad por los medios reseñados abajo... pero no había nada debajo.

Puesto que el campo en cuestión no había sido entregado en custodia a instituciones reconocidas, se produjo una fuerte tendencia a creer que todo aquello era una patraña. Sin embargo, se habían realizado diversos esfuerzos para intentar averiguar lo que contenía aquella placa en blanco.

Monroe-Alpha oyó decir que por fin se había conseguido leerla; pero no había dedicado mucha atención sobre el particular. Las noticias informativas estaban constantemente llenas de maravillas para concederle demasiada atención. Apenas si pudo recordar lo que rezaba tal inscripción, y que era algo así como que consistía en una imagen reflectada utilizando luz polarizada o algo igualmente trivial.

—Esa no es la cuestión de verdadero interés —intervino otro del grupo—. Consideremos el problema puramente intelectual del hombre hipotético que así pudo haber llegado hasta nosotros procedente de la Edad Media. —El que hablaba era un joven de poco más de veinte años. Clifford le juzgó por su vestimenta de satén azul turquesa que acentuaba más la palidez de su rostro. Hablaba sin excitarse; pero intensamente—: ¿Qué pensaría de este mundo en el que se encontraría repentinamente? ¿Qué tendríamos que ofrecerle a cambio de lo que se dejó atrás en su época?

—¿Qué tenemos que ofrecerle! ¡Pues todo! Mira a tu alrededor...

El joven respondió con una sonrisa de superioridad.

—Sí, mira a tu alrededor. Aparatos, dispositivos... pero ¿qué necesidad tendría de tantos artefactos? Este hombre procede de un antiguo mundo feliz. Un mundo de independencia y de dignidad.

Cada hombre trabajaba en su propio trozo de tierra, con la mujer a su lado. Criaba a sus hijos fuertes y con rectitud, enseñándoles a obtener sus alimentos de la Madre Tierra. No tenía luces artificiales; pero tampoco las necesitaba. Se levantaba con la aurora y permanecía ocupado con sus asuntos serios y fundamentales. A la caída del Sol se hallaba naturalmente cansado y gozaba con el descanso de la noche. Si su cuerpo estaba sudoroso y polvoriento, se bañaba refrescándose en el riachuelo más próximo. No necesitaba ninguna piscina de fantasía para hacerlo. Era un hombre basado, sólido como una roca, en las esencias primitivas de lo humano.

—¿Y tú crees que ahora le gustaría aquello, mejor que las comodidades modernas?

—Desde luego que sí lo creo. Aquéllos eran unos hombres felices. Vivían de una forma natural. Como el Gran Huevo se propuso que lo hicieran.

Monroe-Alpha le dio vueltas en la cabeza a aquella idea. Existía algo diabólicamente excitante en todo aquello. Sintió, de la forma más cordial y sincera, que no tenía ninguna curiosidad por los dispositivos. Ni incluso por su acumulador gigante de computaciones. No era de la máquina de lo que tenía necesidad en absoluto, sino de los principios matemáticos implicados. Y ¿desde cuándo un matemático necesitaba herramientas, aparte de su propia cabeza? Pitágoras lo había hecho muy bien utilizando un bastón y un trozo del suelo enarenado. Y respecto a las demás cuestiones, si él y Hazel eran compañeros en la vieja, muy vieja lucha empeñada para conseguir una forma viviente del eterno suelo del mundo, ¿deberían dejarse arrastrar por separado?

Cerró los ojos y trató de verse a sí mismo, allá en los viejos tiempos del año 1926, y en sus días dorados ya tan alejados en la Historia. Se veía vestido con ropas de confección casera, tejidos por las capaces manos de su propia esposa, o incluso por pieles de animales, curadas tras la puerta de la cabaña. Habría unos chiquillos por los alrededores... tres, pensó. Cuando el trabajo del día hubiese terminado, se daría un paseo hasta la cima de la colina con su hijo mayor, a quien mostraría la belleza del crepúsculo. Cuando las estrellas surgiesen, le explicaría las intrincadas maravillas de la Astronomía. La sabiduría pasaría de padre a hijo, como siempre había sucedido.

Tendría vecinos, hombres fuertes y silenciosos, cuyos breves gestos de cabeza y sus fuertes apretones de manos, significarían más que las asociaciones casuales de la moderna «civilización».

En el grupo había otros presentes que no aceptaron la tesis tan pronto como Monroe-Alpha. El argumento fue discutido de un lado a otro, hasta llegar a ponerse un tanto agrio, de algún modo. El joven que había comenzado con él —parecía llamarse Gerald—, se puso en pie y pidió excusas por marcharse. Parecía ligeramente amoscado por la recepción que habían tenido sus ideas. Monroe-Alpha se levantó rápidamente a su vez y le siguió fuera de la habitación.

—Perdone, señor.

Gerald se detuvo.

—¿Sí?

—Sus ideas me interesan. ¿No le importaría concederme el honor de una futura conversación?

—Estaría encantado. Me honra usted, señor.

—Oh, el honor es mío. ¿Podríamos encontrar algún lugar y sentarnos?

—Con mucho gusto.

* * *

Hamilton Félix apareció por la fiesta algo más tarde. Su crédito personal contaba tanto, que podía faltar a alguna de las invitaciones de los Estaires, aunque la señora le tenía poca simpatía... sus observaciones la volvían confusa, y medio sospechaba el divertido desprecio que Hamilton la tenía.

Para Hamilton lo interesante era la gran cantidad de gente presente en aquellas fiestas de Smith-Estaire. La gente era siempre divertida y cuanto más gente, más diversión.

Se dirigió rectamente hacia su amigo Monroe-Alpha, casi en el acto, en compañía de un joven vestido de azul cuyo color no le iba muy bien al color de su piel. Le tocó en el hombro.

—Oh... hola, Félix.

—¿Ocupado?

—Por el momento, sí. ¿Un poco más tarde?

—Dedícame sólo un momento. ¿Ves a aquel tipo que se inclina

sobre aquella columna? Ahora... está mirando en esta dirección.

—¿Y bien?

—Pienso que podría reconocerle; pero no me resulta fácil.

—Pues yo sí. A menos que se parezcan muchísimo, era el que estaba en el grupo de individuos a uno de los cuales pegaste un tiro anteanoche.

—¡Ah, sí! Ahora sí que se pone la cosa interesante.

—Procura no crearte dificultades, Félix.

—Bah, no te preocupes. Gracias, Cliff.

—En absoluto.

Se marcharon, dejando a Hamilton vigilando a aquel individuo por el que se había interesado. El hombre se dio cuenta de que estaba siendo observado, ya que dejó el sitio que ocupaba en la reunión y se dirigió hacia Hamilton. Se detuvo ceremoniosamente a tres pasos de distancia y dijo:

—Vengo en son de paz, señor mío, y de amistad.

—La Casa de la Hospitalidad no parece albergar más que amigos.

—Es usted muy amable, señor. Mi nombre es McFee Norbert.

—Gracias. Me llamo Hamilton Félix.

—Sí, ya lo sé.

Hamilton cambió repentinamente de formas.

—¡Ah! ¿Lo sabía su amigo cuando me desafió?

McFee miró rápidamente de derecha a izquierda, como si aquellas palabras pudieran haber sido oídas por alguien. Resultaba obvio que no le gustaba el tono de la conversación.

—Más calma, señor, más calma. Ya le dije que venía en tono amistoso. Aquello fue un error, un lamentable error. Su disputa era con otra persona.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué me desafió a mí?

—Fue una equivocación, le repito. Lo lamento profundamente.

—Mire —dijo Hamilton—. ¿Cree usted que éste es un buen proceder? Si él cometió un error de buena fe, ¿por qué no viene a mí como un hombre? Yo le recibiré en paz.

—No está en condiciones de hacerlo.

—¿Cómo? Apenas si le rocé con el disparo.

—Sin embargo, no está en condiciones de hacerlo. Le aseguro que ha sido... sometido a disciplina.

Hamilton le miró con agudeza.

—Dice usted «disciplinado» y no está en condiciones de encontrarse conmigo. ¿Está, tal vez, tan «disciplinado» que en su lugar ha tenido que acudir a la cita con alguna funeraria?

El otro vaciló un instante.

—¿Podríamos hablar en privado... secretamente?

—Creo que es mejor aquí. No me gustan las cosas secretas, amigo Norbert.

McFee se encogió de hombros.

—Lo siento.

Hamilton consideró la cuestión. Después de todo, ¿por qué no? La cuestión parecía divertida. Tomó a McFee por un brazo.

McFee se llenó un vaso de nuevo.

—Usted mismo ha admitido, amigo Félix, que no se encuentra totalmente de acuerdo con la ridícula política seguida en genética, de nuestra llamada cultura. Sabíamos esto.

—¿Cómo?

—¿Importa mucho? Tenemos nuestros medios. Sé muy bien que usted es un hombre de valor y de capacidad, dispuesto a cualquier cosa. ¿Le gustaría poner sus recursos en un proyecto que verdaderamente vale la pena?

—Tendría necesidad primero de saber qué proyecto es ése.

—Naturalmente. Permítame decirle... no, tal vez sea mejor no decir nada. ¿Por qué tendría que fastidiarle con secretos?

Hamilton rehusó el gambito. Se limitó a sentarse. McFee aguardó, y después añadió:

—¿Puedo confiar en usted, amigo mío?

—Si no puede, ¿de qué vale mi palabra?

La intensidad de la mirada de McFee se relajó un poco por primera vez. Casi sonrió:

—Bien, usted gana. He presumido siempre de ser un buen juzgador de gentes. Le he elegido para confiar en usted. Recuerde, esto es todavía bajo secreto. ¿Puede usted concebir un programa, científicamente planeado, que no estuviera inhibido por las tontas disposiciones bajo las cuales funciona la genética oficial y que nos proporcionara el máximo conocimiento?

—Sí que puedo concebirlo.

—¿Respaldado por hombres de mentes fuertes, capaces de

pensar por sí mismos?

Hamilton aprobó con la cabeza. Seguía imaginando a dónde desearía llegar su interlocutor con aquella charla, y decidió continuar el juego.

—No hay mucho que yo pueda decirle, en realidad... aquí —concluyó McFee—. ¿Sabe usted dónde está la «Casa del Lobo»?

—Desde luego.

—¿Es usted socio?

Hamilton asintió con un gesto. Todo el mundo, o casi todo, pertenecía a la Antigua Benevolente y Fraternal Orden del Lobo. Hacía ya seis meses que no había entrado por sus puertas; pero siempre era conveniente tener un lugar de cita en una ciudad extraña.

—Está bien. ¿Puede venir a verme, esta noche, más tarde?

—Sí que podría.

—Hay allí un salón donde nos reunimos unos amigos. No se moleste en preguntar en la Recepción; está en la sala de Rómulo y Remo, directamente enfrente del ascensor. ¿Le parece bien a las dos?

—Digamos mejor a las dos y media.

—Como usted desee.

Monroe-Alpha Clifford la vio primero durante el granconcierto. No pudo verdaderamente explicarse por qué le captó la atención. Era bella, sin duda, pero la belleza sola no es, por supuesto, ninguna marca especial de distinción entre chicas jóvenes. No pueden evitar serlo, al igual que le sucede con su propia naturaleza a un gato persa, a una polilla lunar o a un hermoso caballo de carreras.

Lo que ella poseía era menos fácil de explicar. Tal vez sería mejor decir que, cuando Monroe-Alpha la vio, olvidó como por encanto la intrigante y deliciosa conversación que había sostenido con Gerald, olvidó también la poca importancia que tenía el haber bailado, al haber sido invitado especialmente al gran salón de baile. Olvidó incluso su propia melancolía.

No se apercibió de nada. Sólo de que la había mirado por segunda vez y que sólo estuvo preocupado por seguirle la pista a través del gran baile. Como resultado, bailó bastante peor que de costumbre. Tuvo que excusarse varias veces con sus parejas ocasionales, a causa de su torpeza.

Pero continuó con ella, ya que se trataba por todos los medios de descubrir si los pasos del baile le llevarían de nuevo a su proximidad, haciéndoles bailar juntos quizá durante algún intervalo. De haberse confrontado con un problema abstracto, tendría: Dato principal: el desarrollo coreográfico del baile. Era preciso: ¿La unidad A y la B entrarían en contacto? De haber podido disponer de tales datos, podría haber hallado la respuesta casi intuitivamente, considerando el enorme valor de su talento matemático.

Para intentar resolver el problema, después de entrar en juego los elementos dinámicos comenzados, cuando él mismo era una de las variables del problema, había otra cuestión. ¿Le correspondería ser la segunda pareja? ¿O la novena? Decidió que el baile no le ayudaría a reunirse con ella y estaba entonces tratando de calcular alguna forma de alterar la situación cambiándose con otro elemento masculino en el baile... cuando el mismo baile les reunió realmente.

Monroe-Alpha sintió la caricia de los suaves dedos en los suyos. Después su mano arrebujaada en el hueco de la suya y su brazo alrededor de la cintura de aquella maravillosa criatura. Y se sintió bailando con suavidad, magníficamente, de una forma estática, superándose a sí mismo. Lo sentía.

En un momento dado, Monroe-Alpha tropezó y cayó al suelo. Ella trató entonces de ayudarle. Clifford comenzó a elaborar, con las mejores palabras que acudieron a sus labios, todo un rosario de excusas, cuando comprobó que ella reía de buena gana.

—Olvídelo —le dijo—. Ha sido muy divertido. Practicaremos ese paso en otra ocasión, con más calma. Será una sensación.

—Mi más distinguida señorita... —repitió nuevamente.

—¡El baile! —urgió ella—. ¡Lo perderemos! —Y se escurrió entre la multitud para encontrar su lugar en el baile.

Monroe-Alpha se halló demasiado desmoralizado por el incidente para intentar volver a recuperar el lugar que había perdido. Se apartó, demasiado preocupado por la tontería que había cometido. Volvió a localizarla de nuevo tras el baile; pero ella se encontraba en medio de un grupo de gente, todas personas extrañas para él. Un joven galante y hábil habría improvisado una docena de apropiadas excusas sobre el terreno con objeto de haberse aproximado a aquella mujer. Pero él carecía de tal talento. Deseó

fervientemente que Hamilton hubiese aparecido por allí en aquel momento, Hamilton sí que era capaz y contaba con amplios recursos en la materia. La gente jamás le asustaba.

Ella reía acerca de algo. Dos o tres de los apuestos jóvenes que la rodeaban también rieron. Uno de ellos echó un vistazo en su dirección. ¡Maldita sea! ¿Se estarían riendo de él?

Después, *ella* miró adonde se encontraba. Sus ojos tenían una mirada cálida y amistosa. No, no se reía de él. Monroe-Alpha sintió por un instante que la conocía, que la había conocido desde mucho tiempo atrás y que le invitaba, limpia y llanamente a reunirse con ella. No había nada de coquetería en su mirada, ni de picaresca diversión. Aparecía como algo natural, honesto y completamente femenino.

Hizo fuerzas de flaqueza para reunirse con ella y en ese momento sintió que una mano se posaba en su brazo.

—He estado buscándole por todas partes, mi joven amigo...

Era el doctor Thorgsen. Monroe-Alpha se las arregló para ponerse a la altura de las circunstancias.

—Ah... ¿qué tal está usted, doctor?

—Como siempre. No está ocupado, ¿verdad? ¿Podemos charlar un rato?

Monroe-Alpha miró a la chica. Ella ya había dejado de mirarle y en su lugar estaba prestando atención a lo que uno de sus compañeros estaba diciendo en aquel momento. Bien, no podía pensarse que el haber bailado con ella en tales circunstancias equivaliese a una presentación formal. Más tarde iría en busca de la anfitriona y procuraría que fuesen presentados formalmente.

—No estoy ocupado, doctor Thorgsen —repuso—. ¿Adonde iremos?

—Bien, encontremos algún lugar a nuestro gusto. Ya estoy estragado con tanta bebida. He visto por las noticias de esta mañana que su Departamento anuncia otro aumento en el dividendo.

—Pues sí, señor —repuso Monroe-Alpha. No había nada de sorprendente en aquello, era una consecuencia natural del incremento de la productividad. Un retroceso constituiría una noticia, el incremento en los dividendos era pura rutina.

—Supongo que hay un exceso no distribuido.

—Por supuesto. Siempre lo hay.

Era un axioma que la principal actividad rutinaria del Consejo de Política consistía en hallar los medios adecuados para distribuir el nuevo dinero resultante de la productividad, siempre en aumento, de la inversión de capital. La forma más simple era mediante la emisión de crédito libre de impuesto —dinero contante y sonante— a los ciudadanos directamente, o bien, indirectamente, en forma de descuentos subvencionados en las ventas al detalle. El método indirecto permitía un control no coercitivo contra la inflación de los precios-símbolos. El directo elevaba los salarios al reducirse el incentivo de trabajar por ellos. Ambos métodos, ayudaban a asegurar que los artículos producidos serían comprados y consumidos, y de ahí, por consecuencia, la ayuda a equilibrar los libros de cualquier hombre de negocios del hemisferio.

Pero el hombre es un animal trabajador. Le gusta el trabajo. Y el trabajo es infernalmente productivo. Incluso en el caso de que se vea sobornado para permanecer al margen del trabajo y de la producción por una sustanciosa renta mensual de sus dividendos, siempre estará dispuesto a emplear su tiempo libre en calcular o descubrir algún dispositivo que termine por desplazar el trabajo en su forma fatigosa e incrementar de todas formas la productividad.

Muy pocas personas son las que tienen la imaginación y el temperamento necesarios para emplear toda su vida en no hacer nada. El deseo de trabajar acaba desbordándoles en un sentido o en otro. Y atañe a los proyectistas de las grandes empresas el encontrar tantos medios como sean precisos para distribuir el poder adquisitivo a través de los salarios en las esferas en que el trabajo hecho no se añadirá al flujo del consumo de los artículos producidos. Subvencionar la investigación científica es una forma obvia de emplear el crédito y aún así, sin importar que «pura» pueda ser esta investigación, el resultado es siempre el de hallar un grande incremento de la productividad.

—El exceso de beneficios —continuó Thorgsen—, ¿se ha calculado ya qué hacer con él?

—No del todo, según creo —repuso Clifford—. Mi idea no es muy clara al respecto. Yo soy un computador, no un proyectista financiero, ya sabe, doctor.

—Sí, ya sé. Pero usted está en íntimo contacto con esos

elementos y yo no. Ahora tengo un pequeño proyecto en la cabeza que me gustaría someter al Consejo de Política. Si pudiese usted escucharlo, se lo explicaría y quizás obtuviese su ayuda para ponerlo en práctica.

—¿Por qué no lo expone usted directamente? —sugirió Monroe-Alpha—. No tengo voto en esa cuestión.

—No, pero usted conoce los pros y los contras del Consejo y yo no. Además pienso que le gustaría apreciar la belleza del proyecto. A primera vista parece bastante costoso y totalmente inútil.

—Eso no es ninguna desventaja.

—¿Sí? Pues yo pensé que todo proyecto tendría que ser útil inmediatamente.

—En absoluto. De valer la pena, eso generalmente significa que su beneficio tiene que alcanzar a la totalidad de la población. Pero puede no ser útil en sentido económico.

—Humm... Me temo que este proyecto mío no resulte útil para nadie.

—Entonces no es necesario retirarse. «Valer la pena» es un término elástico. Pero, veamos, ¿de qué se trata?

Thorgsen vaciló un instante antes de responder.

—¿Ha visto usted el planetario balístico de Buenos Aires?

—No. Tengo idea de lo que es, desde luego.

—¡Es una cosa hermosísima! Piense, amigo mío... una máquina para calcular la posición de cualquier cuerpo del sistema solar, en cualquier tiempo, pasado o futuro, con resultados perfectos.

—Es encantador —convino Monroe-Alpha—. El problema básico es elemental, por supuesto.

Lo era... para él. Para un hombre que trataba con variables erráticas para volver loco a cualquiera, sobre problemas social-económicos y en los cuales la menor falta de cálculo podía trastornar una predicción cuidadosamente estimada, un pequeño problema que implicaba un problema primario de nueve planetas, dos docenas de satélites y unos cuantos centenares de planetoides mayores, todos funcionando bajo una ley común e invariable, aquello era... elemental, sencillamente. Era, sin duda, complejo en su montaje y construcción pero apenas si implicaba labor mental.

—¡Elemental! —exclamó Thorgsen, que pareció casi ofendido—. ¡Oh, bien, eso será para usted! Pero ¿qué pensaría usted acerca de

una máquina que hiciese lo mismo, pero respecto al Universo entero?

—¿Eh? Eso es fantástico.

—Así podría parecer... ahora. Pero supongamos que se realiza para este islote de nuestra Galaxia solamente.

—Me sigue pareciendo fantástico. Las variables serían del orden de tres veces diez a un décimo, ¿no es así?

—Sí. Pero ¿por qué no? Si contásemos con suficiente tiempo... y con suficiente dinero. He aquí todo lo que yo propongo. Supongamos que comenzamos con unas cuantas miles de masas de las cuales tenemos ahora los valores vectoriales precisos. Tendríamos así una línea maestra de la estructura general. Con las estaciones de que disponemos en Neptuno, Plutón y Titán, podríamos comenzar a comprobarlo inmediatamente. Más tarde, conforme la máquina fuese revisada podríamos ir incluyendo alguna especie de procedimiento empírico por lo que se reduce al límite de nuestro campo. Este campo sería aproximadamente un elipsoide achatado.

—Con un doble achatamiento, al incluir la paralaje del arrastre de nuestro propio sistema.

—Sí, desde luego. Eso sería muy importante.

—Supongo que incluirá usted la degeneración Solar Fénix.

—¿Cómo?

—Pues claro está, yo pensaría que esto es obvio. Clasificaría las estrellas por tipos, ¿no es cierto? La progresión de la transformación hidrógeno-helio en cada cuerpo es un dato clave.

—Hermano, me desborda usted por mucha distancia delante de mí. Yo sólo estaba pensando en una solución balística de categoría.

—¿Y por qué tendría que detenernos eso? Al construirlo, ¿por qué no hacer el mecanismo simbólico tan similar al verdadero proceso como fuese posible?

—Sí, seguro que sí. Tiene usted razón. Yo no era tan ambicioso en tal proyecto. Me conformaba con menos. Y dígame... ¿cree usted que el Consejo lo aceptaría?

—¿Por qué no? Vale la pena y es muy costoso, se llevaría años y no muestra por el momento ningún aspecto de ser económicamente productivo. Yo diría que es algo hecho a la medida para subvenirlo.

—Me hace mucho bien oír decírselo a usted.

Y finalizaron concretando una cita para el día siguiente.

Tras haberlo hecho, Monroe-Alpha se excusó con el doctor Thorgsen y volvió hacia el último lugar en que había visto a la chica. Ya no estaba allí. Empleó más de una hora buscándola y se vio forzado a llegar a la conclusión final de que debió haber abandonado la fiesta o haberse escondido hábilmente en cualquier lugar. No estaba en la piscina, o de estar allí, debería ser capaz de permanecer diez minutos seguidos bajo el agua. No se hallaba tampoco en ninguno de los cuartitos accesibles. Y el haberse arriesgado inconscientemente por los lugares oscuros resultaba absurdo.

Intentó hablar del incidente a Hazel, ya de vuelta a la casa; pero no pudo encontrar las palabras adecuadas. ¿Qué tendría que decirle realmente? Que había visto a una chica atractiva y que se las había compuesto torpemente para caer al suelo mientras bailaba. Ni siquiera conocía su nombre. Además tampoco parecía muy oportuno hablarle de tal cosa a Hazel aquella noche. ¡La buena de Hazel!

Pero ella se dio cuenta de su preocupación, que hacía tan diferente su carácter del que había tenido horas antes.

—¿Lo has pasado bien, Clifford?

—Creo que sí.

—¿Encontraste algunas chicas atractivas?

—Pues... sí... uh... Unas cuantas.

—Eso es estupendo.

—Mira, Hazel... ¿no intentarás seguir adelante con esa idea del divorcio, verdad?

—Voy a hacerlo.

Cualquiera podría imaginar que Monroe-Alpha pasaría la noche con la mente ocupada por los pensamientos de aquella belleza sin nombre. Pero estaría equivocado. Sólo pensaría lo suficiente hasta dar con la forma de rehabilitarse por la torpeza cometida con ella. Tampoco se amargaría la existencia pensando en Hazel. Si ella deseaba continuar adelante y romper el contrato que les unía, aquello era cuestión de Hazel. No es que dejara de tener sentido lógico; pero no acababa de comprender que algo pudiera alterar sus relaciones. Sin embargo, debería acabar con aquello de las visitas y cenas de dos días por semana. Una mujer debería apreciar ciertas

sorpresas de vez en cuando, supuso. Poco después, todo aquello dejó lugar a la propuesta del doctor Thorgsen. Un problema atractivo y fascinante. Sí, un problema extraordinario.

Hamilton tuvo aquella noche una velada demasiado ocupada. Tanto que tenía la mente recargada de cosas a la hora del desayuno a la mañana siguiente. Decisiones que tomar, problemas que evaluar. No se volvió hacia la pantalla de las noticias y, cuando el anunciador le informó de que un visitante esperaba a la entrada de su apartamento, tocó el botón de «sea bienvenido» con la mente ausente, sin considerar ni por un momento quién pudiera ser o si tenía o no deseos de ver a la persona que se anunciaba. Alguna mujer debía ser, pensó distraídamente, a juzgar por la visión del dispositivo de entrada. Pero sus pensamientos no fueron mucho más allá.

Ella entró y se sentó tranquilamente en el brazo del sillón que ocupaba Hamilton, balanceando una de sus piernas.

—Bien —dijo—. ¡Buenos días, Hamilton Félix!

Él la miró asombrado.

—Oiga, ¿nos conocemos ya?

—Noooo... —dijo ella con calma—. Pero nos conoceremos. Creí que ya era tiempo de que te echara la vista encima.

—¡Ya sé! —exclamó Hamilton—. ¡Tú tienes que ser la mujer que Mordan ha elegido para mí!

—Eso es. Estás en lo cierto.

—¡Vaya, qué frescura! ¿Qué diablos significa esto de invadir mi propia vida privada?

—Bueno, bueno, bueno. Mamá puede zurrarte. ¿Es ésa la forma de hablarle a la futura madre de tus hijos?

—¡La madre de mis... chifladuras! Si algo necesitaba para convencerme de que no deseo nada relacionado con ese proyecto, has venido a dármelo ahora. Si he de tener hijos alguna vez, ¡no será contigo!

Ella iba vestida con pantalón muy corto y un corselete infantil. Como desafío a la costumbre usual de su sexo, llevaba enfundada en un cinturón una pequeña *arma*, aunque mortal de hacer uso de ella. Se incorporó ante las últimas palabras de Hamilton, poniéndose las manos en las caderas.

—¿Qué hay de malo en mí, si puede saberse? —preguntó con

calma.

—¡Humm! ¡Qué hay de malo en ti! Ya conozco tu tipo de mujer. Eres una de esas «mujeres independientes» ansiosas de reclamar todos los privilegios de los hombres, pero ninguna de sus responsabilidades. Sí, puedo verte dando vueltas por toda la ciudad, ufanándote de llevar ahí esa pistola al costado, pidiendo todos los derechos de un ciudadano armado y buscando pelea con la serena conciencia de que nadie responderá a tus bravatas. ¡Puaf! Me pones malo sólo de verte.

Ella permaneció tranquila y erguida; pero en su semblante se reflejaba una fría determinación.

—Eres un inteligente juez de la gente, ¿verdad? Ahora escúchame un momento. Yo no he sacado nunca esta pistola excepto para practicar con ella, hace años. Yo no voy a ninguna parte insistiendo en que se me concedan ningunos privilegios y soy tan escrupulosamente cortés como el más valiente.

—Entonces ¿por qué llevas esa pistola?

—¿Hay algo de malo en que una mujer prefiera la dignidad de los ciudadanos armados? No me gustaría que me dejaran en el sitio de un disparo sin poder defenderme, como si fuera una criatura. Así reclamo tales derechos y voy armada. ¿Qué hay de malo en ello?

—Nada... si ése es realmente el caso. Pero no lo es. Tú das un mentís a tus propias palabras por la forma que has venido a verme.

—¿Ah, sí? Permíteme recordarte, oso de malas maneras, que la señal de tu puerta anunciaba «sea bienvenido» y por eso entré. Y una vez aquí, antes de que pudiera decir sí o no, has comenzado a gritarme.

—Pero...

—¡No importa! Piensas que tienes un motivo para hacerlo. Dije que no había sacado esta pistola hace años; pero eso no quiere decir que no esté dispuesta a sacarla en cualquier momento. Voy a darte una oportunidad, amiguito, para que te quedes tranquilo sobre la injuria recibida. Vamos, saca tu pistola.

—No seas tonta.

—¡Vamos, sácala! ¡O me harás que te lleve arrastrando y te cuelgue en la Gran Plaza!

En lugar de responder Hamilton se dirigió hacia ella. Ella echó mano a la culata de la pistola, sacándola a medias.

—¡Vuelve atrás, atrás! ¡Te dejaré frito si sigues avanzando!

Hamilton se detuvo un instante, mirándola.

—¡Por el Gran Huevo! —exclamó divertido—. Creo que serías capaz de hacerlo. De veras que lo creo.

—Por supuesto que sí.

—Bien, eso pone las cosas de otro modo, ¿verdad?

Ella se relajó un tanto soltando el arma, mientras Hamilton reculaba aparentemente en su camino hacia ella. Pero, repentinamente, se lanzó en un salto ágil hacia adelante, echándose sobre sus rodillas que sujetó con un fuerte abrazo, rodando ambos por el suelo. Tras unos momentos de lucha, Hamilton pudo comprobar que su antagonista era tan enérgica como había podido suponer y que la muñeca derecha le apretaba con tanta fuerza como la que él ponía en sujetarle el arma. Le golpeó las rodillas con el pulido suelo del apartamento y con la otra mano consiguió desarmarla, a costa de grandes esfuerzos. Luchando todavía se incorporó echando tras él. Hamilton ignoró las pequeñas acciones cometidas por la mujer en el curso de la acción y toda la serie de arañazos y mordiscos que fue propinándole. Cuando se encontró fuera de su alcance, emitió una risita entre dientes y lanzó la pistola dentro del cuarto de aseo a bastante distancia, y fuera del alcance de la mujer.

Entonces, la sujetó con las manos atrás y se la llevó hacia un gran sofá donde tomó asiento poniéndosela sobre las piernas. Le sujetó las piernas con las rodillas, le siguió forzando a tener las dos manos detrás sujetas con una de las manos de Hamilton y le propinó el primer cachete en las nalgas. Ella le propinó un fuerte mordisco en el proceso.

Con ella, así inmovilizada, y procurando no estar al alcance de sus dientes se echó hacia atrás.

—Bien —dijo—, ahora podemos hablar. —Le volvió a sacudir otro cachete en las nalgas; esta vez más fuerte—. Esto por morder. No vuelvas a hacerlo más.

—Déjame ir.

—Sé razonable. Si te fijas bien, tengo casi cuarenta kilos más que tú de peso, de buenos músculos y bastante más alto de estatura. Tú eres testaruda y fuerte, de eso estoy convencido; pero yo lo soy muchísimo más que tú. Lo que tú deseas no importa.

—¿Qué es lo que intentas hacer conmigo?

—Hablar contigo. Sí, y creo que te besaré también.

Ella respondió emitiendo un bufido de gato salvaje que sonaba a un ciclón en miniatura. Cuando comprendió que el gesto resultaba inútil, Hamilton volvió a decirle:

—Pon la cara hacia arriba.

Ella no lo hizo. Entonces, Hamilton, con la mano libre, le cogió por un puñado de cabellos y le hizo volver la cabeza.

—No muerdas —le advirtió— o seguiré dándote una buena zurra, ya lo sabes.

Ella no le mordió; pero tampoco estuvo dispuesta a que la besaran.

—Eso —observó Hamilton en un tono amistoso— es una preciosa pérdida de tiempo. Vosotras las chicas «independientes» no tenéis la menor noción de ese arte.

—¿Qué tiene que ver con la forma en que yo sepa besar?

—Mucho. Creo que besas como una niña de once años.

—Puedo hacerlo perfectamente cuando quiero.

—Lo dudo mucho. Dudo incluso que hayas besado a nadie antes. Los hombres apenas se fijan en las chicas que llevan pistolas a la cintura.

—Eso no es cierto.

—¿He dado en el clavo, verdad? Pero es cierto y tú lo sabes. Te daré una oportunidad para demostrar que estoy equivocado. Después hablaremos y te dejaré marchar.

—Me estás haciendo mucho daño en el brazo.

—Bien...

Hamilton la besó largamente. La soltó, recuperó el aliento y no dijo nada.

—¿Bien?

—Jovencita —dijo lentamente—. Te había juzgado mal. Sí, por dos veces.

—¿Me dejarás ahora que me marche?

—¿Dejarte ir? Esto último se merece repetirlo.

—Eso no es jugar limpio.

—Señora mía —repuso él seriamente—, «jugar limpio» es un concepto puramente abstracto. Y a propósito, ¿cómo te llamas?

—Longcourt Phyllis. Estás cambiando de conversación.

—¿Y qué hay de repetir la experiencia?

—¡Oh, muy bien!

Hamilton la soltó del todo. La volvió a besar interminablemente. Finalmente ella le alborotó los cabellos.

—Gamberro... mal educado —dijo sonriente.

—Viniedo de ti, Phyllis, eso me suena a cumplido. ¿Qué tal un trago?

—Pues sí que me tomaría uno.

Hamilton realizó una verdadera ceremonia seleccionando el licor y haciendo una agradable mezcla. Se detuvo con el vaso en el aire.

—¿Firmamos la paz?

Ella chocó su vaso con el de Hamilton.

—¿En este momento? Creo que no. Quiero cogerte cuando vayas armado.

—Oh, vamos, criatura. Has luchado valientemente y hascaído con honor. Para estar seguros, yo te he dado un par de cachetes pero tú me has dado un mordisco. Estamos igualados.

—¿Y qué hay de los besos?

Hamilton hizo una festiva mueca.

—También lo estamos. Vamos, no te pongas así. No quiero de ningún modo que vayas después dándome caza por ahí. Hagamos las paces, y pelillos a la mar. —Y levantó su vaso nuevamente. La miró y ella sonrió a pesar suyo.

—Está bien... la paz.

—¿Quieres otro trago?

—No, gracias. He de marcharme.

—¿Qué prisa tienes?

—De veras tengo que marcharme. ¿Puedes darme ahora mi pistola?

Hamilton fue adonde había arrojado el arma de Phyllis y se la entregó.

—Es mía, ya sabes. La gané en el combate.

—¿No irás a guardártela, verdad?

—Eso es lo que quiero decir precisamente. No me gustan las mujeres que asumen el papel de hombres. Un hombre nunca pediría que le devolvieran la pistola habiéndola perdido. Primero se pondría una placa.

—¿Es que vas a guardarla?

—No, pero no desearía que volvieras a llevarla más.

—¿Por qué no?

—Porque deseo llevarte a cenar esta noche. Parecería un idiota dando escolta a una mujer armada.

Ella le miró de una forma singular.

—Eres un tipo curioso, Hamilton Félix. Primero le das una zurra a una chica y después la invitas a cenar.

—¿Vendrás?

—Sí, vendré. —Se desabrochó el cinturón con la pistolera y lo entregó a Hamilton—. Envíamelo por correo, a la dirección que lleva la chapa del cinturón.

—¿A las ocho? —Tal vez minutos más tarde.

—¿Sabes, Phyllis? —dijo mientras abría la puerta para que ella saliera del apartamento—. Estoy sintiendo que tú y yo vamos a divertirnos horrores.

Ella le miró de soslayo graciosamente al marcharse.

—¡Ya lo irás descubriendo!

CAPÍTULO V

«El hombre del pasado».

Hamilton se alejó de la puerta con un definido propósito. Había muchas cosas que hacer, cosas realmente urgentes. Se dirigió al teléfono y llamó a Monroe-Alpha.

—¿Cliff? ¡Ah, sí, estás en tu oficina! Espérame ahí. —Y le colgó sin otra explicación.

—Buenos días, Félix —repuso Monroe-Alpha con su formalidad habitual—. Pareces perturbado por algo. ¿Hay algo que va mal?

—No exactamente. Quiero que me hagas un favor. Oye... ¿qué es lo que te ocurre?

—¿A mí? ¿Qué quieres decir?

—Ayer parecías un cadáver de seis días y hoy te encuentro radiante. Algo te ocurre, muchacho. Veamos, cuéntame.

—No sabía que se reflejara en mi cara; pero es cierto que me siento en cierta forma exaltado.

—¡Vaya! ¿Ha declarado la máquina otro dividendo, tal vez?

—¿No has visto las noticias esta mañana?

—Pues realmente, no. ¿Por qué?

—¡Han abierto el Estasis de Adirondack!

—¿Y bien?

—Contenía un hombre, un hombre vivo.

Hamilton frunció las cejas.

—Eso es muy interesante, de ser cierto. Pero ¿vas a decirme que el descubrimiento de ese hombre fósil es la causa de esa alegría que te sale por todos los poros del cuerpo?

—Pero ¿es que no lo ves, Félix? ¿Es que no sientes lo que eso significa? Es un representante actual de los días dorados en que la raza era joven todavía, allá cuando la vida era simple y buena,

antes de enredarnos con todas estas monstruosas complicaciones. ¡Piensa lo que puede decirnos!

—Tal vez. ¿De qué año procede?

—Uh... 1926, de la vieja Era.

—1926... veamos... No soy un historiador; pero no pensaba que tal período fuese ninguna brillante utopía. Tenía más bien la idea de que era bastante primitiva la vida de los hombres.

—Eso es lo que quiero decir... sencilla y bella. Tampoco soy ningún historiador pero me encontré anoche a un amigo que me explicó muchísimas cosas sobre el particular. Me hizo todo un estudio del caso. —Y se lanzó a una entusiástica descripción del concepto de Frisby Gerald sobre la vida en el antiguo siglo xx.

Hamilton esperó a que su amigo recobrase el aliento.

—No sé. Pero me parece que estás desbarrando, querido Monroe.

—¿Por qué?

—Bien. No soy de los que piensan que nuestros días sean todo lo que pudieran ser; pero sí puedo afirmar que hemos llegado a la cumbre máxima de los esfuerzos de la humanidad en todos los órdenes. No, Cliff, esa historia de una edad dorada de los viejos tiempos es una majadería. Hemos conseguido el máximo con el menor esfuerzo en nuestros días y como jamás pudo haberse soñado a lo largo de toda la historia humana.

—Bien, desde luego —repuso Monroe-Alpha—, si lo que quieres decir es que necesitas un autómatas de piedra para poder dormir a la noche.

—Eso está fuera de lugar. Yo soy de los que pueden dormir sobre las piedras, si es preciso; pero pienso que es una idiotez salirnos fuera de nuestro camino, sólo para buscarnos incomodidades.

Su amigo permaneció silencioso. Hamilton le vio así y pensó en el efecto de sus palabras. Entonces añadió:

—Bien, eso ha sido una opinión puramente personal. Tal vez tengas razón. Olvidemos la cuestión.

—¿Cuál era el favor que me pedías?

—Ah, sí. Cliff, ¿tú conoces a Mordan?

—¿El moderador del distrito?

—Él mismo. Quiero que le llames y convengas una cita

conmigo... quiero decir para que se vea contigo.

—¿Por qué tendría yo que desear verle?

—No lo harás. Acudiré yo a la cita.

—¿Qué ocurre con toda esta fantasía?

—Cliff, no me hagas preguntas. Hazlo por mí.

Monroe-Alpha aún vaciló.

—Me pides que haga esto a ciegas. ¿Tiene... que ser así?

—¡Cliff!

—Lo siento, Félix. Sé que tendrás razón si me lo pides así.

¿Cómo tendré que proceder para que esté de acuerdo?

—Insiste lo suficiente para que acuda a la cita.

—Y a propósito, ¿dónde será?

—En mi... no, será mejor tu piso.

—Está bien. ¿A qué hora?

—A mediodía.

Mordan llegó al piso con aire de hombre sencillamente desconcertado. Todavía pareció más desconcertado cuando vio aparecer a Hamilton.

—¡Félix! ¿Qué le trae por aquí?

—Para verle a usted, Claude.

—¿De veras? ¿Y dónde está su anfitrión?

—No vendrá por aquí, Claude. He arreglado esto. Tenía que verle y no quería hacerlo abiertamente.

—¿De veras? ¿Por qué no?

—Porque hay un espía en su oficina —repuso Hamilton.

Mordan se limitó a seguir esperando.

—Antes de que discutamos la cuestión —continuó Hamilton—, quiero hacerle una pregunta: ¿Envió usted a Longcourt Phyllis a buscarme?

Mordan pareció sorprendido.

—Decididamente no. ¿La ha visto, acaso?

—Pues sí. Una gata endemoniadamente dulce, que usted ha elegido para mí, ¿no es eso?

—No se precipite en sus juicios, Hamilton. Admito que ella es un poco sorprendente; pero es una mujer magnífica y sana por los cuatro costados. Su carta de cromosomas es admirable.

—Está bien, está bien. A decir verdad, puedo decir que he gozado con haberla conocido. Pero deseaba asegurarme de que usted no

había estado tratando de manejarme a su gusto.

—En absoluto, Félix.

—Bien, entonces. Pero no he venido aquí para hablar de esto. Le dije que había un espía en su oficina. Sé esto porque nuestra conversación privada en su oficina ha ido conociéndose más de cuanto era de imaginar por varios conductos. —Y le contó lo sucedido en su encuentro con Norbert McFee y la subsiguiente visita rendida al Centro de El Lobo—. Se llaman a sí mismos el Club de los Supervivientes —continuó—. Superficialmente es un club de amigos adonde va la gente a reunirse y a tomarse una copa en el interior. Pero en realidad es el núcleo de una verdadera revolución.

—Continúe.

—Me tomaron como materia de interés y les seguí al principio el juego, más que nada, por pura curiosidad. Pero ahora me encuentro a mí mismo demasiado metido en la cuestión para volverme atrás.

—Hamilton hizo una pausa.

—¿De veras?

—Me he unido a ellos. Parecía una cosa saludable hacerlo. No estoy muy seguro; pero sospecho que no habría vivido mucho tiempo después, si no les hubiera prestado juramento. Y están tirando a matar, Claude. —Se detuvo un instante y después continuó—: Ya conoce usted lo del pequeño tiroteo de la otra noche en el restaurante.

—Sí, claro.

—No puedo probar esto; pero es la única explicación que tiene sentido. No estaban dispuestos a tirar contra mí, sino contra usted. Usted es una de las personas a quienes necesitan suprimir de la circulación para llevar sus planes adelante.

—¿De qué planes está hablando?

—No los conozco en detalle... todavía. Pero el sentido del problema más o menos es éste: no están de acuerdo en absoluto con la política presente sobre genética. Ni con la libertad democrática. Quieren edificar lo que ellos llaman un estado «científico», con sus «caudillos» naturales llevando las cosas hacia delante. Ellos son los jefes «naturales» nombrados por sí mismos. Esta gente siente un gran desprecio por personas como usted, es decir, por los sintetizadores, que ayudan a seguir sosteniendo este estado «retrógrado». Cuando estén en el poder intentarán acabar con todo

lo que se relaciona con los experimentos biológicos. Dicen que una cultura debería ser un todo orgánico, con sus partes especializadas de acuerdo con la función. Los verdaderos hombres —los superhombres— colocados en la cima (esto es, ellos), y el resto de la población para sostener sus requerimientos.

Mordan se sonrió suavemente.

—Me parece haber visto todo eso antes.

—Sí, ya sé a lo que se refiere. El Imperio de los Grandes Khanes. Eso proporcionaría la respuesta para este asunto. Los Khanes fueron estúpidos y no supieron lo que se llevaban entre manos. Pero estos tipos saben cómo. Esto es el ciento por ciento estrictamente cocido y amasado aquí mismo y cualquier parecido entre ello y la política seguida por los Khanes es puramente debido a su falta de apreciación.

—Así, pues... —Mordan no dijo nada más durante un largo silencio. Hamilton se volvió impaciente.

—¿Bien?

—Félix, ¿por qué me dice esto?

—¿Por qué? ¡Así es como podrá usted hacer algo!

—Pero ¿por qué tendría que desear hacer algo? Espere un momento, por favor. El otro día me dijo que la vida es algo que no vale la pena de vivir, tal y como es. Si usted se ha unido y sigue a esas gentes, haría usted de la vida algo que desea que sea. Podría usted rediseñar el mundo en otro distinto a la medida de su propia elección.

—¡Humm! Tendría en ello alguna oposición. Ellos tienen sus propios planes.

—Usted podría cambiarlos. Le conozco, Félix. En cualquier grupo, es una conclusión más que demostrada ya que usted podría dominar la situación con tal de que se lo proponga. No es que vaya a producirse en la primera hora; pero sí que lo conseguiría en el transcurso del tiempo. Tiene que haberlo sabido. ¿Por qué no aprovecha la oportunidad?

—¿Qué le hace pensar que yo pudiera hacer algo parecido?

—¡Ahora, Félix!

—¡De acuerdo, de acuerdo! Supongamos que pudiese.

Pero que no lo hiciera. Llamémosle patriotismo. Llámelo como guste.

—En realidad es que usted aprueba que nuestra cultura debe ser así, ¿no es cierto?

—Tal vez en cierto sentido. Yo nunca dije que me disgustaban las cosas en la forma que van. Yo dije que no podía ver ningún sentido para cualquier forma de términos absolutos. —Hamilton comenzó a sentirse ligeramente maravillado. Se había mezclado en aquella entrevista sintiéndose románticamente heroico, esperando que le dieran golpecitos en la espalda por haber desenmascarado a los villanos. Pero Mordan no parecía sentirse excitado en ningún sentido, insistiendo en discutir las cuestiones filosóficas del asunto. Aquello comenzó a hacerle perder los estribos—. En cualquier caso no quiero ver a esa manada de indeseables gobernando la situación. No puedo imaginarlos construyendo una Utopía.

—Ya veo. ¿Tiene algo más que decirme? Muy bien, pues. —Y Mordan comenzó a moverse de forma que parecía querer marcharse.

—¡Eh, espere un momento!

—¿Sí?

—Mire, yo... El hecho es, desde que me encuentro metido en el asunto, que pensé que podría hacer de detective *amateur*. Podríamos arreglar las cosas de forma que yo pudiera informarle debidamente, o a otra persona, como usted prefiera.

—Ah. Vamos, no, querido Félix. No puedo aprobar semejante cosa.

—¿Por qué no?

—Demasiado peligroso para usted.

—No me importa.

—A mí sí. Su vida es muy valiosa, desde mi punto de vista profesional.

—¿Con que es eso? Pensé que ya había dejado bien establecido que no existiría la menor posibilidad en absoluto de que yo cooperase en el plan genético.

—Sí, es cierto, lo dijo usted. Pero mientras usted viva y sea fértil, tengo que aferrarme a la idea de que pueda usted cambiar de opinión. No puedo permitir que arriesgue su vida, por tanto.

—¡Bien! ¿Y de qué forma ha pensado en evitarlo? No puede usted ejercer coerción alguna sobre mí. Conozco muy bien la Ley.

—No, desde luego, es cierto que no puedo evitar que arriesgue

usted su vida tan valiosa; pero sí puedo prevenir el peligro y suprimirlo. Y lo haré. Los miembros del Club de Supervivientes serán todos detenidos inmediatamente.

—Pero... mire, Claude. Si hace usted eso hoy, no tiene causa alguna contra ellos. Creo que lo apropiado es esperar hasta que sepamos todo cuanto les concierne. Arrestando este solo grupo podría significar que un ciento o un millar de otros se expandiera en otro sentido.

—Ya conozco eso. Es un riesgo que el gobierno tendrá que correr. Pero nosotros no vamos a arriesgar su plasma germinal.

Hamilton extendió las dos manos con un gesto impaciente.

—¡Maldita sea, Claude! Esto es un chantaje. Eso es lo que es... ¡chantaje!

—En absoluto. No tengo la menor idea de planear nada parecido... con usted.

—Pero así es, así y todo.

—Supongamos que concertamos un compromiso.

—¿Cómo?

—Su vida nos pertenece. Si quiere usted perderla jugando a Juan sin Miedo, puede hacerlo. Mi interés radica en sus potencialidades como procreador genético. Ese es estrictamente mi interés profesional. Personalmente, usted me resulta simpático y prefiero que viva una vida larga y feliz. Pero eso queda fuera de la cuestión. Si usted depositara en el banco unos cuantos millones de gametos, le prometo no interferirme para nada en sus cuestiones.

—¡Pero eso justamente es lo que estaba diciendo! ¡Trata usted de hacerme un chantaje para cooperar!

—No vaya tan de prisa. Las células vivas que usted nos deposite, no serán tocadas para nada en absoluto, sin su permiso. Quedarán en depósito condicional a menos... que usted resulte muerto en esta aventura. En tal caso, las usaré para continuar la política genética.

Hamilton tomó asiento de nuevo.

—Vayamos derechos a la cuestión. Usted no las tocará, si permanezco al margen de todo peligro y salgo indemne. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Cuando se haya terminado, podré retirarlas. ¿Sin trucos?

—Sin ningún truco.

—No irá usted a colocarme en una posición en que vaya a resultar muerto de alguna forma, supongo. ¡Está bien, conforme! Apuesto mi habilidad para permanecer vivo cuando empiece el tiroteo, contra su posibilidad de usar mi depósito.

Cuando Mordan volvió a su oficina, mandó llamar a su jefe técnico. Le hizo abandonar el edificio con él y dirigirse hacia un lugar apartado donde nadie pudiera escucharles, un banco en un rincón solitario del parque aéreo del Norte, y contó a Martha la conversación sostenida con Hamilton.

—Supongo que le diría usted que todo eso relacionado con el Club de los Supervivientes no es nada nuevo para nosotros.

—No —repuso Mordan—. No se lo dije. No me lo preguntó tampoco.

—Humm... Usted sabe, jefe, que suele comportarse a veces como un redomado sofista.

—¡Vaya, Martha! —exclamó Mordan.

—Oh, no estoy criticándole. Le ha hablado usted en una posición por la cual nos hallamos en mejores condiciones de obtener lo que deseamos para nuestro trabajo. Así y todo, lo hizo usted de forma que él creyese que no conocemos ya todo lo que se relaciona con esa burda conspiración.

—No lo sabemos «todo», Martha. Él será útil. Ya ha revelado un hecho significativo. Existe una grieta en nuestra propia oficina.

—Humm... sí. Por eso es por lo que me ha apartado usted de la clínica. Bien, serán hechos algunos cambios.

—No con demasiada prisa. Tendremos que asumir que usted confía en todas las mujeres. Este proyecto, por su propia naturaleza, es masculino. Las mujeres no forman parte y sus intereses no se tienen en cuenta. Pero cuidado con los hombres que forman el personal de la casa. Creo que haría mejor con llevarse el depósito de plasma germinal de Hamilton usted misma. Sin perder, naturalmente, de vista a las mujeres.

—Lo haré. Honestamente, jefe, ¿no cree usted que debería haberle dicho claramente de lo que se trataba?

—Olvida usted que no es mi secreto.

—No. Supongo que no. Así y todo, es un depósito demasiado importante para arriesgarlo en tales jugadas. ¿Por qué piensa usted que le reclutaron?

—Él mismo cree que a causa de ser rico y manejar con presteza una pistola pero creo que usted misma ha contestado a su propia pregunta. Hamilton constituye un depósito de primer orden. Es un óptimo material de reproducción. Los «Supervivientes» no son tontos del todo.

—¡Oh, oh! No había pensado en eso. Bien, aún sigo pensando que es una condenada vergüenza arriesgarle en tales asuntos.

—Los custodios de la vida pública no pueden permitirse el lujo de los sentimentalismos personales, Martha. Han de tener un amplio punto de vista.

—Hum... Hay algo de terrorífico en un hombre con una visión demasiado amplia.

CAPÍTULO VI

«No hablamos la misma lengua».

Hamilton Félix descubrió que un conspirador puede ser una persona ocupada especialmente si está al propio tiempo comprometida en una contra-conspiración. Trató de presentar una convincente imagen a Norbert McFee y sus otros socios en el Club de Supervivientes de un neófito entusiasta, deseoso en todos los aspectos de promover la causa común. El tomar clases especiales de adoctrinamiento, pesadas por sí mismas, pero precisas para las necesidades de la organización, le llevó bastante tiempo. Las soportó pacientemente, tratando de poner la mayor atención y entusiasmo para mantener una mente de romántica aceptación de la causa, de forma tal que sus preguntas y reacciones no levantarán la menor sospecha.

Además de las lecciones en los principios del Nuevo Orden, se asignaron nuevos miembros a las tareas a realizar. Puesto que la organización estaba gobernada con una disciplina rígida de arriba a abajo, las razones de tales tareas no fueron nunca explicadas, ni se permitieron hacer preguntas sobre el particular. La tarea asignada podía tener realmente una significación para la conspiración o podía simplemente ser una prueba con cada una de las personas a quienes les atañía como hermanos miembros del Club. La recluta era algo que no había manera de conocer en la forma en que se hacía.

Hamilton tuvo la ocasión de ver lo que ocurrió a un candidato que descuidó el seguir las instrucciones señaladas seriamente.

Aquello fue tratado en presencia del Capítulo. La asistencia por parte de los jóvenes miembros era obligatoria.

McFee Norbert actuaba como fiscal y juez al propio tiempo. El

acusado no estaba representado por ningún defensor, aunque se le permitía explicar sus propias acciones.

Se le había designado la misión de entregar un mensaje específico a una persona específica. Había hecho esto; pero reconociendo al hombre a quien había sido enviado como uno a quien había visto en el Club, se había revelado a sí mismo.

—¿No se le había dicho que este hombre era uno en quien podía usted confiar? —persistió McFee.

—No, pero él...

—Respóndame.

—No, no se me había dicho.

McFee se volvió a la asamblea presente y sonrió imperceptiblemente.

—Notarán ustedes —dijo— que el acusado no tiene medios de ninguna clase para conocer el estado exacto del hombre a quien iba a contactar. Podía haber sido un hermano de quien sospecháramos y deseáramos comprobar; o pudo haber sido un agente de operaciones gubernamental a quien hubiéramos desenmascarado, el acusado pudo haber sido despistado por un parecido casual. El acusado, pues, no tenía forma de conocer su misión. Afortunadamente el otro hombre no era ninguna de ambas cosas, sino un hermano leal de rango superior.

Y se volvió hacia el acusado.

—Hermano Hornoby Willen, póngase en pie. —El acusado obedeció. Estaba desarmado.

—¿Cuál es el principio de nuestras doctrinas?

—El Todo es mayor que las partes.

—Correcto. Comprenderá usted, pues, por qué tengo que proceder necesariamente a suprimirle a usted.

—Pero yo no...

No pudo continuar. McFee le disparó dejándole muerto en el acto conforme se hallaba.

Hamilton formó parte del grupo cuya tarea fue la de tomar el cuerpo y dejarle abandonado en un corredor, disponiendo las cosas de forma que apareciese fallecido en un duelo ordinario, una cuestión simple de interés estadístico para los monitores de la policía. McFee capitaneó el grupo por sí mismo y se ganó la admiración aparente de Hamilton por la habilidad y destreza con

que había sabido manejar el asunto. Y Hamilton obtuvo la aprobación de McFee por la inteligente disposición con que llevó a cabo sus órdenes.

—Llegarás muy lejos, Hamilton —le dijo cuando estuvieron de vuelta en la sala de la asamblea—. Pronto ascenderás de categoría junto a mí. Y a propósito, ¿qué has pensado del objeto de esta lección?

—No veo qué otra cosa podía haber hecho —repuso—. No puede hacerse una tortilla sin cascar los huevos.

—No puede hacerse una...

—¡Oye, es buenísimo! —Y McFee propinó un fuerte golpe en las costillas a Hamilton mientras reía a carcajada limpia. —¿Eso es tuyo, o lo has oído en alguna parte?

Hamilton se encogió de hombros. Se prometió a sí mismo que cortaría las orejas de McFee por aquel golpe que le había dado en las costillas... cuando las cosas hubieran terminado.

Informó de todo aquello con detalle, a través de canales tortuosos al propio Mordan, incluyendo su propia parte como cuestión accesoria, antes y después del hecho. Conseguir sus informes para Mordan ocupaba una buena porción de su tiempo y de sus pensamientos. Tampoco era posible mostrar sus propias vidas secretas bajo ningún concepto. Su conducta tenía que conformarse superficialmente a su persona pública; era preciso continuar la vida social como de costumbre, ver a sus agentes cuando los negocios lo requerían y ser visto públicamente en la forma habitual. No es necesario enumerar los variados medios mediante los cuales encontró canales seguros para su comunicación con Mordan a través del enmarañado y complejo sistema de sus actividades; los métodos de la intriga habían cambiado bastante poco durante milenios. Un ejemplo bastará. Mordan le había provisto de una bobina mensajera mediante la cual podían serle enviados los mensajes secretos en forma segura y eficaz. No utilizaba su teléfono por ningún concepto, ni ningún teléfono público. La bobina mensajera que contenía los informes era confiada inmediatamente al anonimato del sistema postal.

Longcourt Phyllis ocupó mucho de su tiempo libre. Hamilton admitió que la mujer le tenía intrigado, sin querer aceptar que la mujer no representaba otra cosa que una pura diversión. No

obstante, se preocupaba con gusto de esperarla al fin del trabajo del día. Porque ella era una mujer trabajadora, cuatro horas diarias, de los siete días de la semana y cuarenta semanas al año, como practicante sicopediatra en el Centro Wallingford de Desarrollo de la Infancia.

Su ocupación turbaba a Hamilton un poco. No alcanzaba a comprender que nadie fuese voluntariamente a mezclarse diariamente con una turba de chiquillos gritando y llorando; era algo más allá de su comprensión. Por lo demás, ella parecía una mujer normal... normal y estimulante.

Hamilton estaba demasiado preocupado para tomarse la molestia de interesarse por las noticias mundiales en aquellos días, lo que dio por resultado el no seguir demasiado de cerca la historia de J. Darlington Smith, «El hombre del pasado». Sabía que Smith había sido la sensación durante varios días hasta que llegaron las noticias más frescas de los juicios por los campos lunares y un informe (erróneo, por cierto) de haber hallado vida inteligente en Ganimedes^[3]. El público pronto le dejó a un lado, interesado momentáneamente con otras noticias, como por ejemplo la de la momia de Ramses II, interesantes reliquias del pasado, sin duda alguna; pero nada especial como para excitar demasiado. Podía haber sido diferente si su llegada se hubiese producido por medio de la teoría tan discutida como imposible del viaje a través del tiempo; pero no era nada de aquello; simplemente un caso de animación suspendida. Cualquier disco con sonido y visión del mismo período era tan interesante... si es que realmente existía algo importante para excitar la curiosidad.

Hamilton le había visto una vez, durante unos cuantos minutos de una emisión de televisión. Hablaba con un acento bárbaro, e iba vestido con unas ropas antiquísimas, tales como unos pantalones, descritos por el locutor como «pantalones bombachos», y un ornamento tejido que le cubría el pecho y los brazos. Nada de lo cual predispuso a Hamilton para la recepción de una declaración relacionada con J. Darlington Smith.

Pero la cuestión consistía en que el guardián señalado por la Institución como custodio temporal de aquel hombre prehistórico solicitó de Hamilton el favor de que le dedicase una hora de su precioso tiempo a Smith. Sin otra explicación. En su especial

disposición de mente, su primer impulso fue el decir que no, e ignorar la cuestión. Entonces recordó que tal conducta habría chocado con su anterior forma de ser. Así pues tendría que ver al bárbaro, con la más profunda curiosidad.

Entonces era tan buena ocasión como cualquiera. Llamó a la Institución, se puso al habla con el custodio del hombre prehistórico y arregló una cita para ir a visitarle inmediatamente. Se acordó de telefonar a Monroe-Alpha recordando el romántico interés de su amigo por Smith. Le explicó lo que iba a tener lugar.

—Pensé que te gustaría ver a tu héroe primitivo —le dijo.

—¿Mi héroe? ¿Qué quieres decir?

—Quiero recordar que me hablaste del paraíso bucólico de donde procede.

—¡Ah, ya! Ha habido un ligero error en las fechas. Smith procede de 1926. Parece que las máquinas ya comenzaban a estropear la cultura, incluso en esa fecha.

—Entonces, ¿no tienes ningún interés en verle?

—Oh, supongo que sí me gustaría. Era un período de transición. Ha podido ver algo de la vieja cultura con sus propios ojos. Iré a verle, aunque algo más tarde.

—De acuerdo. Larga vida. —Y cortó el circuito sin esperar la contestación.

Smith se presentó pronto, solo. Estaba vestido, más bien desgarbadamente con ropas modernas; pero sin armas.

—Yo soy John Darlington Smith —comenzó a decir.

Hamilton vaciló un instante a la vista de la placa, hasta que decidió tratarle de igual a igual. Cualquier discriminación en aquellas circunstancias hubiera resultado algo poco amable.

—Estoy honrado con verle, señor mío.

—En absoluto. Es usted demasiado amable, según creo.

—Esperaba que habría alguien con usted.

—Ah, se refiere usted a mi nodriza —dijo Smith con un gesto infantil—. Ya comienzo a manejarme con el idioma bastante bien, al menos para defenderme.

Hamilton comprobó que Smith debía ser unos diez años más joven que él mismo descontando, naturalmente, el tiempo que había pasado en la situación de estasis.

—Supongo que sí —dijo Hamilton—. Ambas lenguas son

básicamente el inglés. No resulta tan difícil. Deseo que la lengua sea la sola dificultad que haya de tener.

Hamilton se encontraba un poco extraviado ante la forma de comprenderse con Smith. Resultaba totalmente descortés mostrar interés en los asuntos personales de cualquier extraño y peligroso si el extraño era un ciudadano armado. Pero aquel individuo parecía invitar a un interés amistoso.

—¿Qué es lo que le conturba, señor?

—Bien, muchísimas cosas difíciles de definir. Todo es diferente.

—¿No esperaba usted que todo fuese distinto?

—No esperaba nada. En realidad no esperaba ni siquiera llegar... *ahora*.

—Ah, sí. Comprendo... no importa. ¿Quiere usted decir que no sabía que entraba en situación de estasis?

—Sí y no.

—¿Qué quiere decir?

—Bien... Escuche. ¿Supone que podría soportar que le relatase una larga historia? Ya he contado esta historia unas cincuenta veces y no veo la forma de reducirla en duración. Es sencillamente que ellos no comprenden.

—Adelante.

—Bien, será mejor que vuelva atrás un poco. Me gradué en la Universidad del Este en el 26 y...

—¿Usted, qué?

—¡Oh, querido amigo! Para que sepa, en aquellos días, los colegios...

—Lo lamento. Bien, dígalos en sus propias palabras. Cualquier cosa que no comprenda, ya se la preguntaré más tarde.

—Tal vez sería mejor así. Yo tenía un bonito empleo, que me ofrecieron, vendiendo bonos... en unas de las mejores casas de la época en el Street. Yo era un hombre bastante bien conocido. Dos temporadas en el Todo-América.

Hamilton se concentró en el relato, tomando nota mentalmente de ciertos datos.

—Aquello fue un gran honor atlético —explicó Smith con prontitud—. Ya comprenderá usted. No quiero que piense que era un vividor del fútbol. Como cosa cierta, la fraternidad me ayudó un poco, pero trabajé por cada centavo de los que gané. Trabajaba

incluso los veranos también. Y estudiaba. Mis principales estudios fueron en Ingeniería Eficiente. Disponía además de una bastante buena preparación en negocios, finanzas, cuestiones económicas, técnica de ventas y así. Es cierto que conseguí mi trabajo a causa de que Gratland Rice me fichó, quiero decir que el equipo de fútbol me ayudó muchísimo a ser famoso; pero estaba preparado para ser una buena adquisición en cualquier firma que me contratase. Comprende todo esto, ¿verdad?

—¡Oh, claro que sí!

—Esto es importante, porque tiene mucho que ver con lo que sucedió después. Yo seguía trabajando y ganando dinero y situándome con un buen capital. Las cosas iban bastante bien. Hubo una noche en que estaba celebrando la buena marcha de los negocios... con cierta razón. Había vendido y colocado un gran lote de Repúblicas Sudamericanas.

—¿Cómo?

—Sí, bonos. Me pareció una buena ocasión para celebrar una fiesta. Era un sábado por la noche y todos los amigos vinieron a una cena-baile en el club de la ciudad. Era lo usual en tales ocasiones. Estuve rondando un poco para encontrar alguna amiga con quien bailar y después entré en el ropero en busca de un trago. El asistente solía venderlo a la gente en la que podía confiar, recuerde usted la época de la Ley Seca de aquellos días.

—Esto me recuerda algo —interrumpió Hamilton, volviendo poco después con unos vasos y una botella.

—Gracias. Aquella ginebra era una porquería, aunque usualmente podía beberse. Tal vez no lo fuera aquella noche. El caso es que oí una disputa en un extremo de la habitación. Uno de esos bolcheviques habladores estaba dando la pelma... ya sabe al tipo a que me refiero. De los que lo atacan todo, por muy respetable y decente que sea.

Hamilton sonrió.

—¿Lo comprende, verdad? Pues bien, era uno de esos tipos. De los que no leían nada excepto el American Mercury y a Jorgen y después quieren saberlo todo. Yo no soy un hombre de mentalidad estrecha; pero no lo creí en absoluto. Yo leía el Literary Digest y el Times, algo que tales tipos jamás hacían. Bien, dicho individuo continuaba tronando contra la Administración y prediciendo que la

totalidad del país iría a saltar en pedazos. No le gustaba y se mostraba enemigo del patrón oro, aborrecía a Wall Street y predicaba que deberíamos haber anulado los bonos de la Deuda de Guerra. Me di cuenta de que la mayor parte de los invitados estaban seriamente disgustados y me introduje en la cuestión. Y le dije: «Tuvieron que pedir ese dinero prestado, ¿no es cierto?». Y el individuo me hizo una mueca: «Seguramente que usted ha votado por ellos». «Pues claro que sí» —respondí, lo que no era ciertamente verdad. Pero no iba a permitir que tuviera que ofender de forma semejante a *Mr. Coolidge*. «Supongo que usted ya habrá votado por Davis» dije yo. «Pues no —me contestó— lo hice por Norman Thomas». Pues bien, aquello me quemó. «Mire —le dije entonces— el lugar apropiado para tipos como usted está en la Rusia roja. Usted debe ser probablemente un ateo, y de los que sueñan con el botín de las revoluciones. Tiene la ventaja de estar viviendo en el más grande período de la historia del más grande país. Tenemos una Administración en Washington que entiende bien de negocios. Estamos volviendo a la normalidad y debemos continuar por ese camino. No necesitamos escuchar sus bravatas revolucionarias. Estamos levantando una gran prosperidad. ¡América se cotiza cara!». La gente me aplaudió rabiosamente al oírme. «Parece estar usted muy seguro de eso» —me dijo entonces. «Tengo que estarlo. Yo estoy en Wall Street». «Entonces no es cosa de seguir discutiendo conmigo». Y al decir aquello salió de la habitación.

»Alguien me puso otro trago en el vaso y yo le seguí, continuando la charla. A pesar de todo era un tipo agradable, con aspecto de corredor de bolsa o de banquero. No le reconocí; pero intenté establecer un contacto. «Permítame presentarme —me dijo—. "Mi nombre es Thadeus Johnson". Yo, le dije el mío. "Bien, *Mr. Smith* —dijo—, parece ser que tiene usted confianza en el futuro de nuestro país". Yo le repuse que, ciertamente, la tenía. "¿La suficiente confianza como para apostar por él?". "A lo que usted quiera —repuse yo— sean mármoles, el dinero o cualquier otro producto que quiera mencionar". "Bien, entonces tengo una interesante proposición que hacerle". Yo agucé el oído. "¿De qué se trata?" pregunté. "¿Estaría dispuesto a darse una vueltecita conmigo? —me dijo—. Con este espantoso ruido de la orquesta y estos chicos locos por el charlestón, no es posible entenderse". A mí

no me importó, ya que aquello no terminaría sino hasta después de las tres de la mañana. Me pareció muy bien tomar un poco de aire fresco de la madrugada. Aquel individuo disponía de un coche impresionante, un Hispano-Suiza, de verdadera categoría.

»Debí haberme adormecido un tanto. Cuando desperté, me encontré en el lugar adonde quiso llevarme. Me preparó un trago y me habló de la estasis, sólo que él llamaba a aquello “un campo de nivel entrópico”. Y me lo mostró. Me dio una serie de explicaciones y puso un gato en el interior dejándolo allí mientras nos tomábamos una nueva copa de licor. Todo parecía perfectamente.

»“Pero esto es sólo la mitad de la cuestión —me dijo—. Observe”. Tomó el gato y lo *tiró* en el interior a través de donde el campo debía estar, de hallarse abierto. Cuando el gato cayó en mitad del área, cerró el dispositivo con una clavija. Esperamos de nuevo, bastante más tiempo esta vez. Después maniobró de nuevo con el dispositivo. *El gato volvió justamente de la misma forma en que lo vimos entrar*. El animal cayó al suelo fuera del campo aquél, bufando y resoplando. “Esto ha sido para convencerle a usted —me dijo— de que dentro de ese campo, *el tiempo no existe*, o sea que no hay incremento alguno de la entropía”. El gato no supo nunca que el campo había sido conectado. Entonces, cambió de táctica. “Jack —me dijo—, ¿cómo estará el país dentro de veinticinco años?”. Yo pensé un momento sobre la cuestión. “Lo mismo —repuse— aunque mejor que ahora”. “¿Piensa que las

A.T. & T.

serán todavía una buena inversión?”. “¡Seguro que sí!”. “Jack —me dijo nuevamente, con suavidad— ¿entraría usted en ese campo por el valor de diez acciones de la

A.T. & T.?”.

“¿Por cuánto tiempo?”. “Por veinticinco años, Jack” —me dijo.

»Naturalmente, aquello era preciso meditarlo un poco antes de realizarlo. Diez acciones de

A.T. & T.

no eran demasiado tentadoras para mí; pero entonces añadió diez acciones más de la U.S. Steel. Y las puso sobre la mesa. Yo estaba tan seguro como de que estoy ahora aquí, de que todo aquello valdría incomparablemente más dentro de un cuarto de siglo en el futuro, y no era cosa de dejarlo perder. Pero ¡un cuarto de siglo!

Aquello era como morir definitivamente. Cuando añadió diez acciones más del National City, le dije: —“Mire, *Mr. Johnson*, déjeme probar eso durante cinco minutos. Si no mató al gato, supongo que podré aguantar la respiración lo mismo que él”.

»Él había traspasado las acciones a mi nombre para tentarme más fuertemente. Y dijo: «Seguro que sí, Jack”. Y entré en el lugar indicado, en el suelo, ya que tenía todo mi valor intacto en aquel momento. Le vi cómo accionaba la conexión del dispositivo. Y eso es todo lo que sé.

Hamilton Félix, se puso en pie repentinamente.

—¿Cómo? ¿Cómo fue eso?

—Sí, es todo lo que sé —repitió Smith—. Yo comencé a decirle que siguiera adelante, cuando comprobé que él ya no estaba allí. La habitación estaba llena de gente extraña, era una habitación diferente en absoluto. Yo estaba *aquí. Ahora*.

—Eso —dijo Hamilton— se merece otra copa.

Ambos hombres bebieron en silencio.

—Pero la verdadera dificultad es —dijo Smith— que no comprendo este mundo que ahora me rodea, en absoluto. Yo soy un hombre de negocios y me gustaría dedicarme aquí inmediatamente a los negocios; pero le recuerdo que no tengo nada contra este mundo actual, en este período. Parece estupendo, sólo que me resulta incomprensible. Y no puedo dedicarme a los negocios. ¡Maldita sea! Nada *funciona* lo mismo. Todo lo que me enseñaron en el colegio, lo que aprendí en Wall Street, parece totalmente extraño a la forma en que ahora se hacen los negocios...

—Creo que los negocios han debido siempre parecerse mucho en cualquier época... fabricación, compras, ventas...

—Sí y no. Yo soy un financiero y... ¡maldita sea! las finanzas parecen haberse dislocado en estos días.

—Admito que los detalles han evolucionado un poco —dijo Hamilton— pero los principios básicos son sin duda bastante similares. Oiga, Smith, tengo un amigo que vendrá después que es el jefe matemático de un departamento financiero. Tal vez él pueda ilustrarle mejor sobre estos asuntos.

Smith sacudió la cabeza decisivamente.

—Es terrible. Creo que nadie habla mi lengua...

—Bien. Tal vez pudiera intentar yo la solución de ese problema...

—¿Quisiera usted, de veras?

Hamilton reflexionó unos instantes. Una cosa era que Clifford tratase de mostrarle lo que era su «máquina de hacer dinero» y otra muy distinta, explicarle la marcha de las finanzas a... aquel hombre hipotético de Arturo.

—Supongamos que comenzamos de esta forma —dijo Hamilton—. Es básicamente una cuestión de costos y precios. Un hombre de negocios fabrica algo. Esto le cuesta dinero, materiales, salarios, etc. Con objeto de continuar en sus negocios, debe conseguir que tales costos se reflejen en los precios. ¿Comprendido?

—Es obvio.

—Muy bien. Este hombre de negocios ha puesto en circulación una cantidad de dinero exactamente igual a sus costos.

—A ver, repita eso de nuevo.

—¿Eh? Es una simple identidad. El dinero que ha tenido que gastar, puesto en circulación, es su costo.

—Pero... ¿qué hay de su beneficio?

—Su beneficio es parte de su costo. No esperará usted que trabaje por nada.

—Pero... los beneficios no son los costos. Los beneficios... son los *beneficios*.

Hamilton pareció un tanto chasqueado.

—Bien, imagínelo a su propia forma. Los costos —lo que usted llama «costos»— más el beneficio es igual al precio. Los costos y los beneficios se consideran como poder adquisitivo para comprar el producto a un precio exactamente igual a ellos. Así es como el poder adquisitivo tiene existencia real.

—Pero... pero él no se compra a sí mismo.

—Él también es un consumidor. Usa sus beneficios para pagar sus propios productos y los de otros productores.

—Pero él es *dueño* de sus propios productos.

—Ahora es usted el que está complicando las cosas.

Olvide que él tiene que comprar sus propios productos. Supongamos que él compra lo que necesita para sí de otros hombres de negocios. Eso es algo manifiesto en toda la cadena económica. Continuemos. La producción pone en circulación el importe de dinero —*exactamente*— necesitado para adquirir el producto. Pero algo de ese dinero puesto en circulación es ahorrado e invertido en

nueva producción. Hay un costo que se carga contra la nueva producción, dejando un déficit neto en la necesaria capacidad adquisitiva. El gobierno cubre tal déficit emitiendo nuevo dinero.

—Ese es el punto que me conturba a mí —dijo Smith—. Me parece muy bien que el gobierno emita dinero; pero debe estar *respaldado* por algo; oro o bonos del Tesoro.

—¿Y por qué, en nombre del Gran Huevo, tendría un símbolo que representar cualquier cosa, excepto lo que se supone realizado?

—Habla usted como si el dinero fuese simplemente un símbolo abstracto.

—¿Y qué otra cosa es?

Smith no respondió en seguida. Estaba tratando de encajar la sorpresa de conceptos diferentes, en orientaciones totalmente diferentes. Cuando habló, lo hizo respecto a otro punto.

—Pero el gobierno se limita simplemente a *desprenderse* de todo ese nuevo dinero. Eso parece una cuestión de caridad y resulta desmoralizador. Un hombre debe trabajar por lo que consigue. Pero olvidando tal aspecto por el momento, no es posible llevar un gobierno de tal forma. Un gobierno es también un negocio. No es posible que todo sea dar sin recibir una renta.

—¿Por qué no puede hacerlo? No hay paralelo entre un gobierno y un negocio. Existen para propósitos totalmente distintos.

—Pero eso no suena acorde. Conduce a la bancarrota. Lea a Adam Smith.

—No tengo idea de quién pueda ser ese Adam Smith. ¿Algún pariente suyo, tal vez?

—No, es... ¡Oh, Dios!

—¿Debo pedirle perdón?

—Oh, no, es inútil. No hablamos el mismo lenguaje.

—Me temo que ése sea el problema, realmente. Tal vez fuese interesante que fuese usted a ver a un especialista en semántica para obtener las debidas correcciones.

—De todos modos —dijo Smith, poco después, mientras tomaba otra copa— no es principalmente para hablar de finanzas para que estamos aquí. Deseaba verle para otro propósito.

—¿Y bien?

—Habrá comprendido que yo no puedo dedicarme a las finanzas, dadas las circunstancias. Pero deseo trabajar, hacer algún

dinero. Todo el mundo es rico aquí... excepto yo.

—¿Rico?

—A mí me lo parece. Todo el mundo va lujosamente vestido. Todo el mundo come bien. ¡Diablos! Entregan los alimentos... es absurdo.

—¿No vive usted como los demás de los dividendos? ¿Para qué preocuparse del dinero?

—Por supuesto que podría; pero ¡demonios! Yo soy un hombre de trabajo. Veo oportunidades para los negocios por todas partes. Y me está volviendo loco no hacer nada acerca de ellos. Pero no puedo... no conozco bien los medios. Mire... hay una cosa precisamente, aparte de las finanzas, que conozco bien. Pensé que usted podría estar en condiciones de mostrarme la forma de capitalizarlo.

—¿Y qué es ello?

—El fútbol.

—¿Fútbol?

—Eso he dicho. Me han dicho que usted es el hombre cumbre en la cuestión de juegos. Le llaman a usted «el magnate de los juegos».

Hamilton concedió aquello con un gesto sin palabras.

—Bien —continuó Smith— el fútbol es un juego. Hay muchísimo dinero en él sabiéndole manejar acertadamente.

—¿Qué clase de juego? Dígame algo acerca de él.

Smith se lanzó a una profusa descripción del deporte futbolístico. Dibujó una serie de diagramas de juego, con descripciones de los movimientos, ataques, defensas, alineaciones, pases, etc. Habló igualmente de las multitudes que solían acudir al espectáculo, la pasión de la masa y cuanto se relacionaba en tal aspecto con el fútbol.

—Parece algo muy colorista —admitió Hamilton—. ¿Cuántos hombres resultan muertos en cada encuentro?

—¿Muertos? Pero ni siquiera es cuestión de que ninguno resulte herido... tal vez algún hueso roto, ocasionalmente.

—Podemos cambiar eso. ¿No sería mejor que los hombres que defienden la pelota contra sus atacantes fuesen acorazados? En caso contrario, tendríamos que reemplazarlos a cada encuentro.

—No, no lo comprende bien. Es... bien...

—Supongo que no —repuso Hamilton—. Nunca vi ese juego.

Está bastante fuera de mi campo. Mis juegos son usualmente mecánicos... máquinas de hacer apuestas.

—Entonces... ¿no está usted interesado en la idea?

Hamilton no parecía estarlo, realmente. Pero miró al rostro decepcionado del joven y decidió prestarle apoyo.

—Sí estoy; pero está fuera de mi línea de negocios. Le pondré en contacto con mi agente. Creo que podrá hacerse algo útil. Hablaré primero con él.

—Ah, es muy amable de su parte.

—Bien, es algo que necesita su aprobación. No es nada que vaya a causarme molestia alguna, desde luego.

El anunciador de la puerta señaló la presencia de un visitante, Monroe-Alpha. Hamilton le dejó pasar y le advirtió en voz baja que tratase a Smith como a un igual. Transcurrió algún tiempo en fórmulas de cortesía antes de que Clifford dejase escapar su entusiasmo.

—Tengo entendido que sus principios son los de un ciudadano de la época industrial, señor.

—Yo fui principalmente un chico de ciudad, si es eso lo que quiere decir.

—Sí, ésta era la implicación. Esperaba que estuviese usted en condiciones de decirme algo de la vida sencilla y feliz que comenzaba a declinar en su período.

—¿A qué se refiere usted? ¿A la vida en el campo?

Monroe-Alpha bosquejó un corto relato acerca de las nociones que tenía sobre un rústico paraíso sobre la tierra. Smith le miraba atónito.

—*Mr. Monroe* —repuso Smith—, alguien ha debido gastarle alguna broma pesada o mucho he de equivocarme. No reconozco nada familiar en esa imagen que me ha hecho de mi época.

La sonrisa de Monroe-Alpha mostró una cierta condescendencia.

—Claro está que usted era un hombre de la ciudad. Naturalmente esta clase de vida le resulta poco familiar.

—Lo que usted ha descrito puede ser algo no familiar, pero no las circunstancias. Yo he seguido de cerca, viviéndolo, la recolección de las cosechas en el campo en dos temporadas, hice mucho deporte campestre y solía pasar los veranos y las vacaciones de Navidad en la granja que tenía mi familia, en mis años juveniles.

Si usted piensa que hay algo de romántico o deseable *per se* en vivir feliz sin las comodidades de la civilización, le creo totalmente equivocado. Debería haber intentado abrir un par de hoyos en una mañana helada o haber intentado cocinar una comida en un hogar con troncos de madera humeantes.

—Seguramente que tales cosas hubieran estimulado a cualquier hombre. Es la básica y primitiva lucha del hombre con la Naturaleza.

—¿Le cayó a usted alguna vez la pata de un mulo en el pie?

—No, pero...

—Inténtelo alguna vez. Honestamente, señor... no me gustaría ser impertinente; pero creo que está usted completamente desorientado sobre el particular. La vida sencilla del campo está bien para algunos días de vacaciones. Pero día tras día es una calamidad. ¿Romántico? ¡Diablos, hombre! No hay tiempo para sentir romanticismo en esa vida y maldito el incentivo que tiene.

La sonrisa de Clifford se hizo algo más forzada.

—Tal vez no estemos hablando de la misma cosa. Después de todo, usted proviene de un período en que ya la vida natural había sido desbordada por el dominio de las máquinas. Sus evaluaciones pueden estar distorsionadas.

Smith había comenzado ya a sentirse un tanto excitado.

—Odio tener que decírselo, señor Monroe; pero no tiene usted idea de lo que está diciendo. La vida del campo en mi época, miserable como era, estaba en proporción directa a cuanto se hallaba respaldada por la industrialización. No disponían de luz eléctrica ni agua corriente; pero ya contaban con el Correo y todo lo que ello implicaba.

—¿Tenían qué? —preguntó Hamilton.

A Smith le llevó algún tiempo explicar lo que significaba hacer las compras por correo.

—Pero de lo que usted hablaba acerca de ese hombre noble y primitivo y auto-suficiente, es una utopía. Si tenía que derribar un árbol, necesitaba un hacha. Cuando necesitaba matar un ciervo, tenía que adquirir una escopeta. No, señor Monroe, sé muy bien de lo que estoy hablando. También estudié ciencias económicas. (Esta advertencia puso en los ojos de ambos una cierta mueca divertida). Nunca hubo y creo que nunca lo habrá una criatura sencilla como

esa que ha descrito antes. Aquel hombre era un salvaje, con la suciedad extendida por todo su cuerpo y los piojos picándole la cabeza. Tenía que trabajar dieciséis horas diarias para poder sobrevivir. Dormía por lo general en un sucio jergón o en pleno suelo. Desde este punto de vista, este nombre estaba sólo a dos pasos de distancia del animal.

Hamilton se sintió aliviado cuando terminó aquella discusión, por la advertencia del anunciador de la puerta. Ya era hora, porque Clifford se hallaba realmente incómodo. Y Hamilton se sentía molesto de veras. Trató de imaginarse cómo un hombre tan brillante como Monroe-Alpha, tan fenomenal con los cálculos y los números, fuese algo tan inocente acerca de las cosas humanas.

La pantalla del anunciador mostró la figura de McFee Norbert. Hamilton pensó en no haberle dejado pasar; pero no hubiera sido político. Aquel gusano tenía la desagradable costumbre de caer siempre en cualquier parte cuando menos se le esperaba. Hamilton no tenía otro remedio que aguantarlo... todavía.

McFee se comportó bastante bien. Se le vio visiblemente impresionado por Monroe-Alpha, cuyo nombre y posición conocía; pero trató de no demostrarlo. Hacia Smith mostró un aire condescendiente.

—Vaya, así que usted es el hombre procedente del pasado. Bien, bien. ¡Qué divertido! Creo que no ha acertado usted a venir en buen tiempo.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—¡Ah, habría que explicárselo! Pero diez años a partir de ahora, sí que será una buena época, ¿eh, Hamilton? —dijo riendo a carcajadas.

—Quizá —repuso Hamilton brevemente, tratando de volver la atención sobre Smith—. Puede usted hablar con Monroe-Alpha sobre eso. Piensa que podríamos mejorar las cosas. —Y lamentó haber hecho aquella observación, ya que McFee se volvió con interés inmediatamente hacia Monroe-Alpha.

—¿Interesado en cuestiones sociales, señor?

—Pues sí... en cierto aspecto.

—Yo también. Tal vez podamos reunimos y charlar.

—Sería un placer, estoy seguro. Bien, Félix, he de dejarte ahora.

—Y yo también —dijo McFee—. Puedo llevarle adonde quiera.

—No se moleste.

Hamilton se mezcló en el diálogo.

—¿Quería usted verme, McFee?

—No es nada importante. Espero verle esta noche en el club.

Hamilton comprendió la sugerencia. Era una orden directa para informar a la conveniencia de McFee. McFee se volvió hacia Clifford añadiendo:

—No es ninguna molestia, en absoluto. Llevo su mismo camino.

Y Hamilton les vio salir y alejarse con un vago desasosiego.

CAPÍTULO XVII

«¡Mátelo en el acto!».

Longcourt Phyllis se dejó ver un momento en la sala de espera del Centro de Desarrollo y saludó a Hamilton.

—Hola, osito.

—Hola, Phil.

—Estaré contigo dentro de un momento. Tengo que cambiarme.

—Estaba vestida con el equipo aséptico propio del Centro, colgándole del cuello una máscara inhaladora y la cabeza cubierta con un casco.

—De acuerdo, guapa.

Phyllis volvió pronto, vestida con ropas enteramente femeninas. Iba desarmada. Hamilton la miró con mirada aprobatoria.

—Así está mejor —dijo—. ¿Qué era esa mascarada?

—Ah, te refieres a ese uniforme aséptico. Estoy ahora en una nueva sección. En los controles naturales. Es preciso tener un cuidado impresionante para manejarlos. ¡Pobrecitos!

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué. Están sujetos a infecciones. No nos atrevemos a dejarles que se revuelquen por el suelo con los demás. Cualquier rozadura y algo que puede ocurrir de cuidado. Tenemos que esterilizar hasta el alimento que toman.

—¿Y por qué molestarse? ¿Por qué no dejar que los débiles desaparezcan?

Ella pareció molesta.

—Podría responder a eso convencionalmente, diciendo que los controles naturales son de incalculable valor de referencia para la genética, pero no lo haré. El punto principal es que se trata de seres humanos. Son tan preciosos para sus padres como tú fuiste para los

tuyos, oso polar.

—Lo siento. No conocí a mis padres.

Ella le miró repentinamente arrepentida.

—¡Oh, Félix... lo había olvidado!

—No importa. Lo que no logro comprender es cómo te encierras a ti misma en esta jaula de monos. Debe ser terrible.

—Bueno, bueno. Los niños son siempre encantadores.

Y lo cierto es que no dan disgustos. Alimentarlos ocasionalmente, ayudarles cuando lo necesitan y quererlos mucho. Eso es todo.

—Yo siempre he sostenido la teoría del tonel.

—¿La qué?

—Tomas a un chiquillo de temprana edad y lo colocas en un barril. Lo vas alimentando a través de un agujero.

Y a la edad de diecisiete años le pones un tapón. Ella hizo una mueca.

—Tío cochino, para ser un hombre encantador como eres, tienes un horrible sentido del humor. En serio, tu método carece de la parte esencial de los recuerdos básicos de un niño, las caricias que recibe en sus primeros días de las enfermeras.

—Yo apenas si recuerde nada de eso. Yo pensé que la idea básica era cuidarse de sus necesidades físicas y, por lo demás, dejarlo estrictamente solo.

—Estás desorientado sobre el particular. Solían tener antes una noción parecida; pero era tonta... y contra-biológica. —Ocurría que la falsa orientación de Hamilton tenía su origen en la absurda aplicación de aquella teoría infundada y pasada de moda. Las madres habían evitado el que fuese aplicada en muchos casos; pero el caso de Hamilton era distinto. Para Phyllis, había sido el más trágico... el de un bebé que nunca deja el Centro de Desarrollo. Cuando encontraba alguna de esas excepciones entre los dejados a su custodia, le dedicaba sus mayores ternuras. Pero nada le dijo de esto—. ¿Por qué supones que los animales lamen a sus crías?

—Para limpiarlos, imagino.

—¡Disparate! No irás a esperar que un animal tenga en cuenta la limpieza. Es una caricia, una expresión de afección instintiva. Los llamados instintos son muy instructivos, Félix. Nos indican los valores de la supervivencia.

Hamilton se encogió de hombros.

—Ya estamos aquí.

Entraron en un restaurante —en un restaurante de pago— que Hamilton había elegido y se dirigieron a un reservado, ya previsto de antemano. Comenzaron a comer en silencio. El usual humor sardónico de Hamilton había quedado desvanecido por algo que daba vueltas en su mente. Aquel asunto del Club de Supervivientes... donde había entrado tan confiada y alegremente; pero que ahora iba tomando unos tonos ominosos ya que le estaban preocupando seriamente. Deseó que Mordan, o más bien, el gobierno, *actuara*.

La realidad es que no se había adentrado en la organización tan rápidamente como había esperado. Ellos estaban anhelantes de utilizarle, y deseando además el apoyo de su dinero; pero lo cierto es que Hamilton aún no había obtenido una clara visión de sus manejos. Aún no sabía quién era realmente McFee Norbert ni conocía exactamente el número de los miembros de la organización. Mientras tanto, las cosas se ponían más y más complicadas.

Le había sido permitido ver una cosa que tendía a mostrarle que la organización era más antigua y mayor de lo que había imaginado. McFee Norbert le había escoltado personalmente, en una de las lecciones finales del proyecto educacional del Nuevo Orden, hasta un lugar en el campo, cuya localización se hallaba cuidadosamente oculta para Hamilton y donde se le permitió contemplar los resultados de los experimentos clandestinos en genética.

¡Y qué serie de bestiales horrores!

Había contemplado a través de una ventanilla de cristal, niños «humanos» cuyas branquias embrionicas habían sido retenidas y estimuladas de tal forma que se encontraban igualmente bien en el agua o respirando aire, como anfibios, aunque requiriendo una atmósfera húmeda constantemente.

—¿Será muy útil en Venus, no cree usted? —comentó McFee—. Hemos llegado a la conclusión de que los otros planetas del sistema solar no son útiles. Naturalmente los jefes vivirán aquí la mayor parte del tiempo, pero con una adaptación especial que será utilísima para permanecer en cualquier planeta. Recuérdeme que le muestre los tipos anti-radiación y de baja gravedad.

—Oh, sí, será muy interesante —repuso Hamilton poniendo énfasis en sus palabras con un gran esfuerzo—. Y a propósito, ¿de dónde consiguen el material genético?

—Esa es una pregunta impertinente e irrelevante, Hamilton; pero la contestaré. Usted es un tipo jefe... y tendrá que conocerlo eventualmente. El plasma germinal masculino lo suministramos nosotros mismos. El de las hembras ha sido capturado entre bárbaros... usualmente.

—¿No cree que eso más bien significa un material inferior?

—Seguramente. Son simples experimentos. Ninguno de ellos será retenido. Tras el Cambio, será otra historia distinta. Tendremos un material superior para comenzar... usted, por ejemplo.

—Sí, por supuesto. —Hamilton no le dio importancia a continuar por aquel camino—. Nadie me ha dicho cuáles serán nuestros planes para los bárbaros.

—Los jóvenes miembros no tienen necesidad de discutir todavía este asunto. Guardaremos algunos de ellos para experimentación. A su debido tiempo, el resto será liquidado.

Un plan limpio y efectivo, pensó Hamilton. Las tribus esparcidas de Eurasia y África, luchando para encontrar el camino de vuelta a la civilización tras los espantosos desastres de la Segunda Guerra y destinadas sin su consentimiento al olvido del laboratorio de la muerte. Volvió a decidir que desde luego le cortarían las orejas a McFee a su debido tiempo.

—Esta es posiblemente la exhibición más estimulante —continuó McFee mientras se movía de un lado a otro. Hamilton miró en la dirección en que McFee había señalado. Pudo ver lo más parecido a un idiota hidrocefálico, el primero que Hamilton veía en toda su vida. Tenía los ojos con la mirada propia de un niño pero con una enorme cabeza—. Un tipo tetroide —declaró McFee enfáticamente—. Noventa y seis cromosomas. Pensamos que este sería el secreto del hipercerebro pero nos equivocamos. Los geneticistas están ahora sobre la pista segura.

—¿Y por qué no lo matan?

—Lo haremos a su debido tiempo. Aún quedan cosas interesantes que aprender de ese tipo.

Había otras cosas... cosas que Hamilton prefirió olvidar. Se dio cuenta después de que había tenido mucha suerte de tener la

suficiente fuerza de voluntad para ocultar sus secretos pensamientos.

La propuesta exterminación de los bárbaros le recordó a Hamilton otra cuestión. Y curiosamente, en la mayor parte, por lo que se refería a John Darlington Smith, cuya aparición había tenido un efecto indirecto sobre los planes del Club de Supervivientes. La apremiante lógica de los planes para el Nuevo Orden implicaba automáticamente la muerte de los ineficaces y débiles controles naturales, así como la destrucción de los sintetizadores. Los geneticistas recalcitrantes y contra-revolucionarios en general.

Los planes para estos últimos no habían levantado oposición; pero la mayor parte de los miembros del Club se sentían sentimentalmente apegados a los controles naturales. Los consideraban con una especie de sentimiento paternal que los miembros de una clase gobernante frecuentemente sienten hacia el sujeto de las razas «inferiores». Precisamente el pensar lo que había que hacer con ellos, el resolver tal problema psicológico, es lo que había demorado la hora cero para el Cambio.

El estasis de Adirondack les dio los medios.

McFee había anunciado el cambio táctico la noche del mismo día en que Smith se había entrevistado con Hamilton. Los controles naturales serían colocados en estasis por un período indefinido. Era un procedimiento totalmente humano, los prisioneros permanecerían intocados sin daño alguno en semejante estado, para emerger en un futuro distante. McFee preguntó a Hamilton qué le parecía el proyecto, tras haberse celebrado la reunión.

—Creo que sería popular —admitió Hamilton—. Pero ¿qué ocurrirá cuando se dejen en libertad?

McFee, que pareció sorprendido, soltó prontamente la carcajada.

—Usted y yo somos hombres prácticos, ¿no?

—Quiere decir...

—Pues claro que sí. Pero cierre la boca por ahora.

Phyllis decidió que ya era hora de interrumpir los pensamientos de Hamilton en su profunda preocupación.

—¿Qué te está royendo por dentro? —preguntó ella—. No has dicho dos palabras seguidas desde que te sentaste ahí.

Hamilton volvió en sí de su abstracción.

—Ah... no es nada importante —mintió—. Tú tampoco hablaste

mucho. ¿Tienes alguna preocupación?

—Sí —admitió ella—. He seleccionado precisamente el nombre de nuestro futuro hijo.

—¡Por los pantanos de Venus! ¿No crees que es algo prematuro todavía? Tú sabes condenadamente bien que no vamos a tener ningún hijo.

—Eso está por ver, cochinito.

—¡Humm! ¿Y qué nombre se te ha ocurrido para ese hipotético retoño?

—Theobald... Bold para la gente^[4] —respondió ella como en sueños.

—Bold para la gente... mejor sería ponerle Jabez.

—¿Jabez? ¿Qué quiere decir?

—El que aporta la aflicción.

—¡El que aporta la aflicción! ¡Cochino! ¡Sigues siendo un oso con barbas y bigotes!

—Sí, ya lo sé. ¿Por qué no te olvidas de todo esto, dejas esa ruidosa ocupación que tienes a alguna chica enfermera y formas un equipo conmigo?

—Repíte eso con más calma.

—Te estoy sugiriendo el matrimonio.

Ella pareció considerar la cuestión.

—Dime, cochinito, ¿qué es lo que tienes en la cabeza?

—Tú puedes escribirlo en la ficha. Ortoesposa, compañera registrada, pareja legal... cualquier contrato que te venga en gana.

—¿Y a qué debo atribuir ese súbito cambio de opinión, osito?

—No es tan repentino. He estado pensando desde... desde que trataste de pegarme un tiro.

—Aquí debe haber algo equivocado. Hace dos minutos decías que Theobald era algo hipotético y casi imposible.

—Espera un momento. Yo no dije nada acerca de los hijos. Esa es otra cuestión. Estaba hablando de nosotros dos.

—¿Ah, sí? Bien, comprendo, amo Hamilton. Cuando me case, tienes que saber que nunca me convertiré en una especie de super-recreo para ningún hombre. —Y siguió dedicándole la atención a la cena.

Un espeso silencio siguió a sus palabras durante unos minutos.

—¿Te has disgustado conmigo?

—No. Cochinito, eres ahora una rata.

—Sí, ya conozco eso también. ¿Has terminado?

—Sí. ¿Vienes a casa conmigo?

—Me gustaría; pero no puedo esta noche.

Tras dejar a Phyllis en su apartamento, volvió a la Sala del Lobo. Se había convocado una asamblea general para aquella noche, sin excusa ni pretexto para ningún miembro. Daba también la casualidad que era la primera reunión promovida para las dignidades menores de la sección de mando.

La puerta del club estaba abierta. Unos cuantos miembros reunidos en el interior se movían de un lado a otro charlando moderadamente y en amistosa plática, de acuerdo con la doctrina. Era incluso posible que estuviesen presentes uno o dos extraños al Club. Tal presencia era deseada cuando nada importante iba a tratarse. Más tarde, se les despediría con la debida cortesía.

Hamilton anduvo de un lado a otro, saludando a las varias caras conocidas que encontró, se tomó una jarra de cerveza y tomó asiento para contemplar una partida que se celebraba en uno de los rincones de uno de los salones.

Algún tiempo más tarde McFee apareció por allí y con una imperceptible seña le advirtió que estuviera dispuesto, así como que se despidiera a los extraños presentes en el Club. El visitante extraño de aquella noche se mostró reacio a abandonar el Club pero no fue gran problema deshacerse de él. Cuando se hubo marchado, McFee se dirigió a todos:

—Al negocio, hermanos. —Y dirigiéndose hacia Hamilton—: Usted se quedará para la conferencia de esta noche, ya sabe.

Hamilton aprobó con un gesto la orden, y sintió que alguien le tocaba en el hombro y una voz amiga que le decía:

—Félix... ¿qué tal?

Se volvió ante la voz conocida. Sin embargo, fue su reacción animal rapidísima la que le hizo darse cuenta con más prontitud. Era Monroe-Alpha.

—Sabía que eras uno de los nuestros —dijo su amigo.

—Vaya a su sección —le ordenó McFee secamente con aire feliz —. He estado pensando cuando...

—Sí, señor. Te veré más tarde, Félix.

—Claro que sí, Cliff.

Siguió a McFee hasta el salón del Consejo, contento de la breve oportunidad que tenía para ordenar debidamente sus pensamientos. ¡Cliff! ¡Por el Gran Huevo! ¡Cliff! ¿Qué haría en medio de aquel nido de víboras? ¿Por qué no le había visto a él? Se explicó por qué, por supuesto. Un miembro de una sección tenía verosímilmente pocas posibilidades de encontrarse con un miembro de otra. Instrucciones diferentes, en diferentes noches y así sucesivamente. Maldijo a la totalidad del sistema. Pero ¿por qué Cliff? Cliff era el más amable, el más gentil, el más alejado de los hombres capaces de manejar una pistola. ¿Por qué habría caído tan bajo?

Consideró la idea de que Monroe-Alpha podía ser un agente provocador, como él mismo... y la sorpresa de haberle encontrado allí. O tal vez no sorprendido, muy bien podía conocer la situación de Hamilton, aunque éste desconociese la de su amigo. No, aquello carecía de sentido. Cliff carecía del talento necesario para la intriga. Sus emociones estaban presentes siempre en sus facciones. Era translúcido como el aire. Su actuación positiva no valdría un comino.

McFee estaba ya hablando a la asamblea.

—¡Camaradas jefes! ¡Me ha sido ordenado que os transmita buenas noticias! ¡El Cambio ha llegado!

La asamblea se movía inquieta. Hamilton no quitaba ojo de encima. ¡Al diablo con todo aquello! ¡Tener que compartir la misma silla de montar con aquel estúpido bendito de Clifford!

—¡Bournby!

—Sí, señor.

—Usted y su sección irán a las comunicaciones esenciales. Aquí está la pauta a seguir. Memorícenla. Cooperarán con el jefe de propaganda.

—De acuerdo.

—Steinwitz, su sección está asignada a la Central de Energía. Tome sus instrucciones. ¡Harrickson!

—Sí, señor.

Y así fue dando órdenes a uno tras otro, mientras Hamilton escuchaba con la mitad de su mente consciente y el rostro impasible, tratando de imaginar la misión y las órdenes que le serían confiadas a él. Era preciso avisar a Mordan. ¡Aquello era fundamental! Era urgentísimo y sería lo primero en realizar cuando

tuviese las manos libres. Tras aquello, si había tiempo de sacar fuera de la tormenta a aquel niño estúpido de Cliff, lo intentaría de todos modos.

—¡Hamilton!

—Sí, señor.

—Misión especial. Usted...

—Un momento, jefe. Algo me viene a la imaginación que considero un peligro para el movimiento.

—¿De veras? —Y el aspecto de McFee resultó tan impaciente como frío.

—Se trata del joven miembro Monroe-Alpha. Deseo que sea asignado a mi grupo.

—Imposible. Espera sus órdenes.

—No me estoy comportando indisciplinadamente —declaró Hamilton con decisión—. Da la casualidad que conozco a este hombre mejor que cualquiera de ustedes. Es un tipo errático e inclinado al histerismo. Es además un desviado pero personalmente muy afecto a mi persona. Deseo que esté conmigo y no quitarle ojo de encima.

McFee tabaleó los dedos sobre la mesa impaciente.

—Totalmente imposible. Su celo excede el sentido de la subordinación. No repita el error. Además, si lo que dice es verdad, es mejor que se quede fuera, ya que no le será útil en nada. Mosely, usted es su jefe de sección. Vigílele. Y si es preciso, destrúyale.

—Sí, señor.

—Y ahora, Hamilton... —Y Hamilton comprobó con el corazón metido en un puño que su intento de hallar una salida para Monroe-Alpha no había hecho más que colocar a su amigo en una situación de mayor peligro. Las palabras de McFee restallaron en sus oídos—. En el momento de la acción, conseguirá usted ser recibido por el moderador de Genética, Mordan. Cárgueselo al instante, sin darle la menor oportunidad de defenderse.

—Ya conozco su rapidez —repuso Hamilton secamente.

McFee se relajó un poco.

—No necesita ayuda ninguna en su misión, ya que usted puede conseguir verle fácilmente, como usted y yo sabemos.

—Está muy bien.

—Por tanto no le ha sido asignada ninguna sección. Imagino que

le encantará esta misión, ya que tiene usted un interés personal en realizarla, según pienso. —Y favoreció a Hamilton con una sonrisa gatuna.

«Sí, le cortaré las orejas en pedazos, en pedacitos muy pequeños», pensó Hamilton Pero se las arregló para mostrar una sonrisa y repuso:

—Está usted en lo cierto.

—¡Claro que sí! Bien, eso es todo, caballeros. Que nadie salga hasta que dé la señal, después háganlo de uno en uno o por parejas. ¡A sus secciones!

—¿Cuándo empezamos? —aventuró alguien.

—Lean sus instrucciones.

Hamilton se detuvo algo más tarde con McFee en uno de los salones.

—No tengo instrucciones escritas. ¿Cuándo es la hora cero?

—Ah, sí. En realidad, no había sido señalada todavía. Esté dispuesto de ahora en adelante. Permanezca donde pueda ser localizado al instante.

—¿Aquí?

—No. En su apartamento.

—Me iré, pues.

—No, no se marche. Salga cuando se haya ido el resto. Venga a tomar un trago conmigo y ayúdeme a relajarme. ¿Cómo era aquella canción de «*Los niños de los pilotos planetarios*»? Me gustaba mucho.

Hamilton empleó la hora siguiente en ayudar a relajarse al Gran Hombre.

La sección de Monroe-Alpha salió poco después de que McFee lo hubiera ordenado. Hamilton hizo uso de su recién adquirida categoría de miembro superior para comprobar que él y su amigo se hallaban entre los primeros grupos de acción. Una vez en el exterior, Monroe-Alpha tenso y excitado por el inmediato proyecto de actuar, comenzó a parlotear.

—¡Cierra la boca! —le ordenó Hamilton.

—¡Félix...!

—Haz lo que te han dicho —le repuso salvajemente—. A tu apartamento.

Monroe-Alpha continuó en un silencio pesado. Hamilton no deseaba hablar con él hasta no hallarse a solas. Mientras, no

quitaba ojo al teléfono. La distancia no era muy grande. Sólo unos cuantos bloques de edificios. Pasaron junto a dos cabinas telefónicas. La primera estaba ocupada, la segunda mostraba un cartelito transparente: Averiada. Soltó una sorda maldición y continuó.

Acabaron por encerrarse, dándose prisa, en el apartamento de Monroe-Alpha. Una vez dentro, Hamilton cerró la puerta con prisa y se dirigió de un salto hacia su amigo, quitándole el arma que llevaba a la cintura, antes de que Cliff hubiese hecho el menor movimiento.

Monroe-Alpha dio un paso atrás, con la mayor sorpresa pintada en el rostro.

—¿Por qué has hecho eso, Félix? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Acaso no confías en mí?

Hamilton le miró de arriba a abajo.

—Condenado estúpido —le dijo—. ¡Eres un completo, histérico y loco estúpido!

CAPÍTULO VIII

«Tú, junto a mí, en el tumulto».

—¡Félix! ¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que te ocurre?

La expresión de Clifford era de tan completa sorpresa, tan inocente de hacer nada que estuviese mal hecho, que Hamilton se encontró momentáneamente desconcertado. ¿Sería posible que Monroe-Alpha, como él mismo, fuese un agente gubernamental y supiese que él a su vez también lo era?

—Espera un momento —le dijo sombríamente—. ¿Qué situación es la tuya en todo esto? ¿Eres leal al Club de los Supervivientes o estás en él como un espía?

—¿Un espía? ¿Pudiste pensar que yo fuese un espía? ¿Es por eso que me has quitado la pistola?

—No —repuso Hamilton furioso—. Tenía miedo de que *no fueras* un espía.

—Pero...

—Métete esto en la cabeza. Yo soy un espía. Estoy metido en esto para destruirlo de raíz. Y... ¡Maldita sea! Si no fuera bueno, te volaría ahora mismo la cabeza de un tiro y continuaría con mi trabajo. Y tú, tonto del diablo, lo estás echando a rodar...

—Pero... pero Félix *yo sabía* que estabas en ello. Esto ha sido una de las cosas que me han persuadido. Yo sabía que tú no querías...

—¡Pues bien, no! ¿En qué lugar estás situado? ¿Estás conmigo o contra mí?

Monroe-Alpha miró a su amigo, después al arma que empuñaba y nuevamente al rostro de Hamilton.

—Bien, sigue adelante y dispara.

—¡No sigas siendo un majadero!

—Adelante. Puedo ser un tonto... pero no un traidor.

—No un traidor... ¡Tú! Nos has vendido ya al resto de nosotros. Monroe-Alpha sacudió la cabeza.

—Yo nací en esta cultura. No tenía elección y no le debo ninguna lealtad. Ahora creo tener la visión de una sociedad que vale la pena. No la sacrificaré para salvar mi propia piel.

Hamilton soltó un juramento.

—Dios nos libre de un idealista. ¿Te gustaría que este grupo de ratas gobernaran el país?

El teléfono comenzó a llamar lenta, pero insistentemente.

—«Alguien llama... alguien llama... alguien...». —Los dos amigos lo ignoraron.

—No son ratas. Se han propuesto edificar una sociedad verdaderamente científica y yo estoy con ellos. Tal vez el cambio sea un poco cruento; pero es algo inevitable al principio. Se hace para lo mejor...

—Cierra la boca. No tengo tiempo para discutir ahora contigo sobre ideologías. —Y se dirigió hacia Monroe-Alpha que reculó al ver a Hamilton venir sobre él.

Y repentinamente, sin quitar los ojos de la cara de Monroe-Alpha, Hamilton le golpeó brutalmente; pero con cálculo, en el diafragma, de forma que se lo dejase paralizado... y lo consiguió. Arrastró a Monroe-Alpha junto al teléfono que seguía sonando y llamando y le puso una rodilla sobre la espalda, agarrotándole la garganta con una mano.

—Un movimiento y te ahogo —le advirtió. Con la mano derecha alcanzó el auricular. Aproximó el rostro a la pantalla.

El rostro de McFee apareció en ella.

—¡Hamilton! ¿Qué diablos está usted haciendo ahí?

—Me iba a casa con Monroe-Alpha.

—Eso es una directa desobediencia. Ya responderá usted por eso... más tarde. ¿Dónde está Monroe-Alpha?

Hamilton le dio una explicación plausible, breve y falsa.

—Una buena ocasión para hacerlo —comentó McFee—. Bien, dele usted las siguientes órdenes: ha quedado relevado de toda obligación. Dígale que se marche lejos y permanezca cuarenta y ocho horas sin ser visto. He decidido no correr ningún riesgo con él.

—De acuerdo.

—Y usted... ¿se da cuenta de lo cerca que ha estado de perder mis órdenes? Tiene que entrar en acción diez minutos antes de que el grupo entre en movimiento. Ya está en marcha.

—¿Ahora?

—Ahora.

Hamilton cerró el circuito. Monroe-Alpha había comenzado a luchar por poner el teléfono en funcionamiento. Pero Hamilton le tenía sujeto con la rodilla en la espalda y teniéndole la garganta atenazada con la mano izquierda. Era una situación que no podía mantenerse indefinidamente.

Aflojó la presión un poco sobre su amigo.

—¿Has oído esas órdenes?

—Sí —convino Monroe-Alpha roncamente.

—Vas a ponerlas en vigor inmediatamente. ¿Dónde tienes el coche?

Silencio. Hamilton le volvió a apretar de firme.

—Contesta. ¿Lo tienes en la terraza?

—Sí.

Hamilton no se molestó en dar más explicaciones. Sacó su pistola automática pesada y se la colocó a Monroe-Alpha tras la oreja, propinándole un golpe seco. La cabeza de Clifford rebotó un instante y después se inclinó a un lado inconsciente. Hamilton se volvió hacia el teléfono y señaló el número personal de Mordan. Aguardó inquieto, mientras operaba la distante llamada, temiendo que la respuesta fuese que no había nadie que respondiera. Se sintió aliviado cuando el instrumento repuso: «Señalando».

Tras un tiempo de espera que a Hamilton pareció interminable —tres o cuatro segundos— el rostro de Mordan apareció en la pantalla.

—Ah, hola, Félix.

—Claude... ¡Ha llegado el momento! Ahora.

—Sí, ya lo sé. Por eso estoy aquí. —Tras él se advertía su oficina.

—¿Lo... *sabía*?

—Sí, Félix.

—Pero... bien, no importa. Voy ahora mismo para allá.

—De acuerdo. —Y cerró el circuito.

Hamilton reflexionó un instante acerca del peligro quecorría

moviéndose por el apartamento de su amigo, proyectando sombras por las paredes. Pero no tenía tiempo que perder. Arrastró a Monroe-Alpha a su dormitorio. Encontró lo que buscaba pronto, unas pequeñas cápsulas de color de rosa, que Clifford usaba habitualmente para el insomnio, y se volvió hacia su amigo. Continuaba inconsciente.

Lo levantó en sus brazos, salió al corredor y buscó el elevador. Pasó junto a un sorprendido ciudadano que se le quedó mirando.

—Ssssh. Podría despertarse. Abra el elevador por mí, ¿tiene la bondad?

El ciudadano le miró con ciertas dudas; pero accedió a lo que se le había solicitado.

Encontró el pequeño coche aéreo de Monroe-Alpha sin gran dificultad, sacó la llave del bolsillo de su amigo y lo abrió. Metió el cuerpo en su interior, dispuso el autopiloto para dirigirse al tejado de la Clínica y soltó la barra de propulsión. El tráfico automático por sobre la ciudad era más fácil que el realizado con controles manuales. Se llevó cinco minutos hasta llegar donde Mordan; ahorrando de todos modos otros diez minutos de haber conducido a mano. Aquello le compensó el tiempo perdido con Monroe-Alpha.

Su amigo comenzaba ya a mostrar signos de vida. Hamilton tomó un vaso de la guantera del coche aéreo, lo llenó de agua y disolvió tres cápsulas. Le acabó de despertar dándole unos golpes en la cara.

Monroe-Alpha despertó.

—¿Qué pasa? —dijo—. Detente. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Bebe esto. —Hamilton le puso el vaso en los labios.

—¿Qué ha ocurrido? Me duele la cabeza horriblemente.

—No te preocupes... es que has sufrido una caída. Bebe. Te sentirás mejor.

Monroe-Alpha obedeció dócilmente. Cuando hubo terminado, Hamilton le observó de cerca, imaginando si tendría que golpearle de nuevo antes de que el hipnótico hiciese efecto. Pero Monroe-Alpha no dijo nada más y poco después dormía a pierna suelta.

El coche aterrizó suavemente en la plataforma superior de la Clínica.

Hamilton levantó el panel del comunicador, metió el pie y empujó con fuerza. Se produjo un claro ruido de cristales y cables

rotos. Puso el piloto dirigido hacia el sur, sin destino fijo, abrió la puerta y salió fuera del vehículo. Se volvió, hurgó en el interior, buscó la barra impulsora, aunque vaciló un instante antes de ponerla en funcionamiento. Sacó la llave selectora del piloto. Después se apartó, puso en marcha la barra impulsora y se apartó varios pasos. Conforme se cerraba la puerta de acceso, el pequeño coche aéreo levantó el vuelo y tomó una altura de crucero normal.

Hamilton no esperó a perder de vista el aparato y se volvió inmediatamente para descender a la Clínica.

Monroe-Alpha se despertó con la boca seca, y un espantoso dolor de cabeza. Unas náuseas terribles le aprisionaban el diafragma, con el sentimiento de un inevitable desastre. Comenzó a poner en orden sus pensamientos. Se dio cuenta de hallarse en el aire, en el coche volador y solo; pero sin imaginar por el momento cómo pudo haber entrado allí ni por qué se hallaba en tal situación. Había tenido unas pesadillas terribles, que aún parecía sufrir despierto. Había algo que debería hacer y pronto.

Sí... era el Día. ¡El Día del Cambio!

Pero ¿por qué estaba allí? Debería hallarse con su sección. No, McFee había dicho... ¿Qué era lo que había dicho? Y... ¿dónde estaba Hamilton? *¡Hamilton era un espía!* ¡Hamilton estaba a punto de traicionarlos a todos!

Necesitaba informar de ello a McFee inmediatamente. ¿Dónde estaba? No importaba... ¡había que llamarle!

Entonces fue cuando encontró los destrozos causados en el comunicador del aparato. Y el brillante sol del exterior le dijo que ya era demasiado tarde, demasiado tarde... Lo que hubiera sucedido por la traición de Hamilton, ya habría tenido lugar. Demasiado tarde.

Las piezas sueltas comenzaron a colocarse en su lugar. Recordó la desagradable entrevista con Hamilton, el mensaje de McFee y la lucha. Aparentemente había sido dejado fuera de combate. No había otra cosa que hacer, sino volver atrás, buscar a su jefe y confesar su fracaso. No. McFee le había dado órdenes de permanecer al margen de la lucha. Tenía que obedecer. El Todo era mayor que las partes.

Pero aquellas órdenes no podían ser entonces de aplicación... McFee estaba ignorante de quién era Hamilton. Lo supo entonces.

Aquello era cierto. ¿Qué era lo que McFee había dicho? *«He decidido no correr riesgos con él»*.

Ellos no confiaban en él. Incluso McFee le conocía por lo que era... un idiota de marca mayor que haría siempre lo equivocado, a destiempo. Nunca había sido bueno para nada. Toda su capacidad consistía en manejar los números hábilmente. Lo sabía. Todo el mundo lo sabía. Hazel también. De encontrarse a la chica que tanto le había gustado, lo mejor que podría hacer sería salir corriendo lejos de ella. Hamilton lo sabía igualmente. Hamilton ni siquiera se había molestado en matarle... no valía la pena ni de que lo mataran.

Ellos no lo deseaban realmente en el seno del Club de Supervivencia, su presencia no valía allí ni un comino. Sólo contaban con él para su eficacia con los números en el Nuevo Orden. McFee ya le había hablado sobre aquello, preguntándole si podría hacerlo. Naturalmente que sí podía. Eso era todo lo que era... un buen funcionario.

Bien, si ellos le querían para eso, lo haría. No era orgulloso. Todo lo que deseaba era servir. Serviría para construir la gran matemática financiera de un nuevo Estado de tipo colectivo. Y seguro que no le mantendrían mucho tiempo, tras de todo, una vez terminada su utilidad, encontraría justificado tomar para siempre el gran sueño...

Se irguió hallando cierta satisfacción en una total abnegación por su parte. Bebió casi un litro de agua y se sintió un poco mejor. Rebuscó en el depósito delantero del coche, encontró una lata de jugo de tomate, que tomó también, y acabó sintiéndose mucho mejor, aunque en una melancólica forma. Entonces investigó su situación viajera. El coche se cernía en el espacio, había hallado el límite extremo de su radio de acción automático. El suelo se le ocultaba a través de las nubes, aunque la luz del sol brillaba por doquier en donde se encontraba. El piloto le mostró la longitud y latitud; una referencia consultada a los mapas le mostraba un lugar situado en algún lugar sobre las Montañas de Sierra Nevada, casi precisamente sobre el Gran Parque de los pinos gigantes del Canadá.

Aquello le estimuló un cierto interés. El Club de los Supervivientes, en su aspecto público y social, había designado el

Árbol del General Sherman como presidente emérito. Era una simpática alusión aquella, pensó... el tomar como símbolo aquella cosa indestructible, la Cosa Más Vieja de la Tierra.

El piloto saboteado comenzó a parpadear ante sus ojos. Podía manejarlo manualmente; pero no podría entrar en el tráfico de la capital hasta que fuese reparado. Debería hallar primero cualquier pequeña ciudad.

No. McFee había ordenado que se alejara y que permaneciese aislado y al margen de la lucha, y McFee sabía muy bien lo que ordenaba. Si iba a cualquier ciudad, tendría que verse mezclado con la lucha.

No admitió sinceramente que ya había dejado de tener estómago para ello... que las palabras de Hamilton habían dejado poca duda al respecto.

Sin embargo, tenía que reparar el coche. Tal vez hubiese alguna estación de servicio dentro del Gran Parque Nacional. Sí, seguramente que la habría, debido al gran tráfico turístico. Y seguramente que el Cambio no llevaría lucha alguna hasta allí.

Dispuso la maniobra a ciegas y comenzó a descender.

Cuando hubo aterrizado, se le aproximó una persona.

—No puede quedarse aquí —le dijo el hombre—. El Parque está cerrado.

—Necesito urgentemente una reparación del coche —dijo Monroe-Alpha—. ¿Por qué está cerrado el Parque?

—No puedo decírselo. Parece que ocurre algo anormal. Las fuerzas de policía han sido llamadas hace unas horas y hemos despejado el Parque de turistas. Aquí no queda nadie más que yo.

—¿Podría usted hacer la reparación?

—Tal vez podría. ¿Qué es lo que le ocurre?

Monroe-Alpha se lo mostró.

—¿Podría usted arreglarlo?

—No podrá arreglarse el equipo de comunicación, ya que podría dañar al piloto del coche. Parece como si hubiese sido destrozado por usted mismo.

—No lo hice yo. —Abrió un departamento del interior, localizó su pistola y se la enfundó. El guarda de los bosques estaba desarmado y con la placa de paz al pecho. Se calló inmediatamente.

—Voy a darme un paseo mientras usted lo arregla.

—Sí, señor. No me llevará demasiado tiempo.

Monroe-Alpha sacó su billetera y extrajo un billete de veinte créditos que entregó al guardabosques.

—Tenga. Llévelo al hangar.

Clifford deseó estar solo, no hablar con nadie en absoluto, y menos con cualquier inquisitivo extraño. Se volvió alejándose en dirección al Parque.

Al aterrizar había visto muy poco de los Grandes Árboles, envuelto por la niebla y con el acuciante problema de tomar tierra. Tampoco había visto antes el Parque. Es cierto que había visto muchas fotografías —¿quién no?— pero las fotografías no son los árboles a lo vivo. Comenzó a andar, más dedicado a su desasosiego interior que a los gigantes que le rodeaban.

Pero el lugar le hechizó.

No se apreciaba el sol, ni el cielo. Los árboles se perdían en un techo de neblina a una remota distancia sobre la cabeza. No existían ruidos de ninguna clase. Sus propios pasos se perdían igualmente en una alfombra de agujas de pino, siempre verdes. Parecía no existir horizonte que limitara el paisaje, sino una sucesión sin fin de columnas, las unas delgadas y esbeltas de los pinos jóvenes, de un metro de diámetro, y las otras, macizas e impresionantes, correspondientes a los grandes y antiguos. Le envolvían por todas partes, la vista no podía distinguir otra cosa que árboles... árboles, con la neblina como techo y la alfombra formada por las hojas caídas, a trozos blanqueada por parches de nieve obstinada y endurecida, caída durante el invierno.

Allí no existía el tiempo. El bosque había sido, era y sería así. El tiempo era algo al margen de la existencia del bosque. No existía la necesidad del tiempo, los árboles lo negaban, lo ignoraban. Las estaciones transcurrían ligeras, como notas musicales que suenan, se oyen y se desvanecen. Daba la impresión de que eran demasiado rápidas para que los árboles las apreciaran, algo demasiado pequeño para ser vistas por ellos.

Se detuvo y se aproximó a uno de los gigantes más viejos en apariencia con precaución, con el respeto de un joven que trata con la edad. Tocó su corteza, tímidamente al principio, y después con la presión de toda la mano conforme ganaba confianza. No estaba fría, sino cálida y viva a despecho de la humedad que la recubría. Salía

del árbol a través de su piel rugosa y cálida a modo de una tranquila fuerza interior. Monroe-Alpha sintió, a un nivel en que las palabras no son precisas para la expresión de los pensamientos, que el árbol se hallaba sereno y seguro de sí mismo y en cierta forma de expresión telúrica, feliz.

Clifford llegó hasta el Viejo inesperadamente. Había estado deambulando por el inmenso bosque, sintiéndolo más bien que pensando en él. De haber existido signos visibles que le hubieran advertido de su presencia, no los habría visto posiblemente. Pero no eran precisos signos para decirle lo que vio en aquel instante. Los otros gigantes eran enormes y viejos; pero éste los dejaba enanos, como los otros dejaban a los más jóvenes.

Cuatro mil años había permanecido allí, sosteniéndose, sobreviviendo, construyendo su gigantesca armadura de madera viva. Egipto y Babilonia habían sido jóvenes con él. David había cantado sus salmos y había muerto después. El Gran César había manchado el suelo del Senado con su sangre ambiciosa. Mahoma había huido de Medina en la Hégira. Cristóbal Colón había solicitado el favor de una reina española para su hazaña del Descubrimiento. Los hombres blancos encontraron el árbol, siempre de pie, todavía fuerte y verde. Y le habían denominado con el nombre de un hombre conocido solo a través de aquel hecho: el general Sherman. El Árbol del General Sherman.

No tenía necesidad de nombres. Era algo valedero por sí mismo, el ciudadano viviente más antiguo del mundo, algo quieto, inmenso, imperturbable, viviente y sin preocupaciones; una entidad asombrosa y única en la vida del planeta.

No permaneció mucho tiempo junto a él. Su presencia parecía aplastarle, como le había ocurrido a cuantos hombres le habían visto. Continuó caminando entre el bosque, hallando la compañía de aquellos inmortales menores, casi joviales por contraste. Cuando se halló de vuelta cerca del hangar subterráneo, frente al cual había dejado su coche aéreo, se apartó de nuevo, siempre con el deseo de no ver a nadie. Y continuó su paseo en otra dirección.

Muy pronto encontró el camino bloqueado por una sólida masa gris de granito, trabajada desde el suelo hasta perderse de vista en la neblina superior. Una serie de escalones tallados hábilmente en la roca conducían hasta la cima. Al pie de aquella escalera

monumental, había tallado un nombre: Moro Rock. La reconoció, recordando las fotografías vistas en otras ocasiones y por un breve vistazo dirigido al lugar mientras aterrizaba en el Gran Parque. Constituía una enorme y sólida masa de piedra, con una alta cima terminada en un pico y amplia como una montaña; un lugar apropiado para un *sábat*.

Comenzó a subir. A poco, los árboles habían quedado atrás. No había nada, excepto él mismo, la niebla gris y la roca grisácea. Sus pensamientos se aferraron a la sola finalidad de vigilar dónde poner los pies. En un momento determinado, grito. El sonido de su voz se perdió, sin eco y sin respuesta.

El camino conducía por un paso como el filo de un cuchillo; a su izquierda una profunda falda rocosa y a la derecha un vacío gris sin fondo sobre la nada. El viento soplabla a su través. Después el sendero volvía a subir la cara de la roca de nuevo.

Comenzó a darse prisa, había tomado una decisión. Él no podría nunca emular la eterna y serena certidumbre del viejo árbol... no estaba construido para eso. Ni tampoco lo estaba, y lo sabía bien, para la vida que conocía. No había necesidad de volver a ella, ni de encararse con Hamilton o con McFee, fuese quien fuese el que venciera en aquella partida de muerte. Allí existía un buen lugar, un lugar donde morir con limpia dignidad.

Se apreciaba una caída de mil metros hacia el fondo de la montaña rocosa.

Alcanzó la cima finalmente y se detuvo, tomando aliento del esfuerzo final realizado. Se hallaba dispuesto y el lugar también... cuando vio que no estaba solo. Allí había otra figura inclinada, con el rostro apoyado en las manos, mirando al vacío.

Se volvió y estuvo a punto de marcharse. Su resolución había sido trastornada por la presencia de otra persona. Se sintió confuso e incierto. Después volvió el rostro para mirar aquella persona. Su mirada era amistosa y carente de sorpresa. La reconoció en el acto... casi sin sorpresa tampoco por su parte, extrañándose en cierta forma de no haberse sorprendido. Y Clifford vio que ella también le había reconocido.

—Ah... hola —dijo un poco estúpidamente.

—Ven y siéntate —repuso ella.

Clifford aceptó en silencio y se sentó en el suelo con las piernas

cruzadas junto a ella. Ella no dijo nada por el momento, sino que permaneció en la forma en que estaba cuando Monroe-Alpha llegó al lugar, observándole, no de cerca, sino con tranquila quietud. A él le gustó. Parecía desprenderse de ella una cálida ternura, al igual que de los bosques del pie de la montaña en que se hallaban.

A poco habló.

—Intenté hablarte después del baile. Parecías desgraciado.

—Sí, sí, es cierto.

—Ahora no lo eres.

—No —repuso él instintivamente, comprobando con cierta sorpresa que era verdad—. No, ahora soy feliz.

Permanecieron nuevamente en silencio. Ella parecía no tener necesidad de hablar mucho, ni de moverse apenas. Monroe-Alpha se sintió calmado, aunque su calma no era tan profunda.

—¿Qué estabas haciendo aquí? —aventuró Monroe-Alpha.

—Nada. Esperándote, tal vez. —La respuesta no era lógica; pero le gustó a él.

A poco, el viento se hizo más frío y la niebla de un gris más profundo. Comenzaron a descender. Esta vez el camino parecía más corto. Clifford hizo un intento de ayudarla, que ella aceptó, aunque parecía más segura de sus pies que de él, comprendiéndolo ambos. Finalmente se sintieron seguros sobre la suave alfombra del suelo del bosque y ya no hubo necesidad de tomarle el brazo o la mano.

Encontraron un grupo de ciervos. Uno de ellos, un gran macho de cinco puntas, que les dirigió un rápido vistazo, volvió pronto al serio trabajo de comer su hierba, habiendo sido momentáneamente turbada su dignidad; dos hembras de gamo y tres cervatillos aceptaron su presencia con la tranquila seguridad de la inocencia largamente protegida. Las hembras se mostraron pasivamente amistosas, disfrutando con que se les rascara, especialmente la piel detrás de las orejas.

Los cervatillos se mostraron traviesamente curiosos. Les envolvieron, olisqueando sus ropas, pisoteándoles los pies y jugueteando, hasta salir disparados, por alguna súbita alarma, con sus grandes y suaves orejas flotando al viento. La chica les ofreció un puñado de hojas arrancadas a un arbusto próximo y rió abiertamente cuando le lamieron los dedos. Monroe-Alpha trató también de reír, sin conseguirlo apenas.

Clifford se sintió compelido a descargar su íntima tensión en ella, conforme paseaban juntos y al intentarlo, tropezó. Se detuvo mirándola, medio esperando ver el disgusto impreso en los ojos de la joven. Pero no había ninguno.

—No sé qué es lo que has hecho —le dijo— pero no has sido malo. Algo alocado tal vez; pero no malo. —Ella se detuvo, parecía confusa momentáneamente y añadió reflexivamente—: No he conocido nunca a gente mala.

Monroe-Alpha trató de describirle algo de los ideales del Club de los Supervivientes. Le habló de los planes de los controles naturales de la forma más fácil y clara de explicar. No era nada inhumano, sólo era preciso un mínimun de coerción necesaria, una libre elección entre una simple operación esterilizante y un viaje hacia el futuro... todo ello a favor del más grande interés de la raza humana. Siguió hablando de aquellas cosas como algo que podía ser hecho si las gentes fuesen lo suficientemente inteligentes como para aceptarlo de buen grado.

Ella sacudió la cabeza.

—Creo que es algo por lo que no me preocuparía en absoluto —dijo, y cambió de sujeto.

Él se sintió sorprendido cuando comenzó a oscurecer.

—Supongo que deberíamos darnos prisa para llegar al refugio.

—El refugio está cerrado —repuso ella. Era cierto, recordó Monroe-Alpha. El Parque estaba cerrado, y se suponía que ellos no deberían encontrarse allí. Le preguntó a la chica si tenía allí su coche aéreo o si había venido a través del túnel. De una u otra forma, ella tendría que dejarle, cosa que no le gustaba en absoluto. A él no le importaba el tiempo, sus cuarenta y ocho horas de ausencia no se cumplirían hasta el día siguiente.

—He visto algunas casetas mientras vine por este camino —sugirió él.

Las encontraron, medio escondidas en un claro del bosque. Estaban sin mobiliario alguno y evidentemente fuera de todo servicio; pero eran fuertes y servían muy bien para protegerse contra la inclemencia del tiempo. Entraron en una de ellas. Monroe-Alpha rebuscó entre los antiguos cacharros polvorientos de la caseta y halló un calentador con combustible suficiente, según mostraba el dial indicador, para más tiempo del preciso en sus circunstancias.

Había agua también, aunque nada de alimentos. Aquello tenía poca importancia.

Tampoco había ningún cojín a mano; pero el suelo estaba limpio y tibio.

Ella se recostó en pleno suelo, pareció arrebujarse, tras hallar una posición agradable, a la manera animal, y le dijo:

—Buenas noches. —Cerró los ojos. Monroe-Alpha creyó que se había quedado dormida inmediatamente.

Cuando despertó, lo hizo con el sentido de un bienestar tal como no lo había disfrutado en muchos días, quizás en meses. No intentó analizar el porqué, sino saborearlo sencillamente, dejando infiltrarse en su espíritu aquella placentera sensación, al igual que un gato que descansa en la falda de una persona de la familia.

Después, se fijó en las bellas facciones de la chica, a través de la caseta, y supo por qué se sentía tan placenteramente encantado. Ella todavía permanecía dormida, con la cabeza descansando en el brazo. Un sol brillante entraba por la ventana de la caseta forestal e iluminaba sus facciones. Era no necesariamente un rostro de extraordinaria belleza tal vez, aunque no pudo encontrarle defecto alguno. Su encanto descansaba en su calidad juvenilmente inocente, era un aspecto de maravillosa frescura, como si ella gozara en la vida de cada nueva experiencia, como realmente nueva y excitante y la gozara en su totalidad... tan diferente de la enfermiza melancolía que él solía sufrir permanentemente.

Que *había* sufrido. Por que se dio cuenta de que el encanto de la joven era algo contagioso, de que le había cautivado y que debía el placer de sus nuevas sensaciones a la presencia de ella.

Decidió no despertarla. Tenía mucho en qué pensar de todos modos, antes de que tuviera que hablar con alguien. Se dio cuenta de que sus dificultades del día anterior habían naufragado en la nada. McFee era un cuidadoso jefe revolucionario; y si había considerado adecuado mantenerle fuera del combate y la lucha, era algo que no necesitaba reclamarse ni hacer preguntas. El Todo era mayor que las partes. La decisión de McFee debió estar inspirada seguramente por Félix... seguramente con la mejor de las intenciones.

¡Buen amigo el viejo Félix! Extraviado en sus ideas y mal conducido pero un gran tipo de cualquier forma. Tendría que ver la

forma de interceder a favor de Hamilton, cuando llegase la reconstrucción. Ellos no se darían el lujo de alimentar rencores, si bien el Nuevo Orden no tenía lugar para las emociones personales. Sólo para la lógica y la ciencia.

Habría mucho que hacer y él podría seguramente ser muy útil. La fase inmediata comenzaba aquel día, afrontando el control natural, dándoles la elección de dos alternativas humanas. Abriendo una encuesta oficial y pública en todos los sectores y determinando abiertamente quiénes estaban dispuestos a adaptarse para servir al Nuevo Orden. Ah, sí, había mucho que hacer. Le pareció mentira de qué forma había creído el día de antes que no habría lugar para él.

De haber sido un hombre tan diestro en psicología como lo era en matemáticas, podría haber reconocido posiblemente su propia forma de ser tal y como era; un entusiasmo casi religioso, el deseo de ser una parte de un gran todo, subordinando sus pequeños problemas para mantener y dar vida a una super-entidad. Se le había dicho, desde luego, en su primaria instrucción, que los movimientos políticos revolucionarios y las cruzadas emprendidas por las religiones eran un proceso del mismo tipo, diferenciándose solamente en los credos y el lenguaje; aunque era algo que él jamás había experimentado, ni en un sentido ni en otro. Por tanto, falló en reconocer lo que le había ocurrido. ¿Frenesí religioso? No, aquello era absurdo, Monroe-Alpha se tenía a sí mismo por un agnóstico extremadamente arraigado en sus convicciones.

Ella abrió los ojos, le vio y sonrió, sin moverse.

—Buenos días —dijo ella.

—Buenos días —repuso Clifford—. Descuidé ayer preguntarte por tu nombre.

—Mi nombre es Marión —repuso—: ¿Y el tuyo?

—Monroe-Alpha Clifford...

—Monroe-Alpha —murmuró la chica—. Es una buena línea familiar, Clifford. Supongo que tú... —No pudo continuar hablando, su expresión cambió súbitamente en un aspecto de sorpresa, hizo dos intentos de respirar normalmente escondió la cara entre las manos y comenzó a estornudar convulsivamente.

Monroe-Alpha se incorporó súbitamente, totalmente despierto de sus pensamientos y con el encanto de aquella situación perdido. ¿Ella? ¡Imposible!

Pero se encaró con la primera prueba de su nueva resolución hallada, firmemente. Sería algo condenadamente desagradable; pero tenía que hacerlo. El Todo es mayor que las partes. Incluso le pareció encontrar una melancólica satisfacción en el hecho que cumpliera con su deber, no importando qué doloroso tuviera que ser.

—Has estornudado —le dijo acusadoramente.

—No fue nada —repuso ella—. El polvo... y la luz del sol.

—Tienes la voz pastosa. Tu nariz se ha congestionado. Dime la verdad. Tú eres una «natural», ¿verdad?

—Eres tú el que no comprendes. Yo soy una... ¡Oh...!

La joven volvió a estornudar dos veces seguidas en rápida sucesión, dejando después la cabeza inclinada.

Monroe-Alpha se mordió el labio inferior.

—Odio esto tanto como tú —dijo—, pero estoy firmemente convencido de que eres un control natural, hasta que me demuestres lo contrario.

—¿Por qué?

—Traté de explicártelo ayer. Tengo que llevarte al Comité Provisional... de lo que estuve hablando, es ya un hecho establecido.

Ella no respondió. Se limitó a mirarle fijamente. Aquello hizo la situación más incómoda para Monroe-Alpha.

—Vamos. No es preciso hacer una tragedia de la cuestión. No tendrás que entrar en la estasis. Una simple operación indolora te dejará incambiada, y además no turbará tu equilibrio endocrino. Tal vez, no habrá necesidad de ello. Déjame ver tu tatuaje.

Ella continuaba silenciosa. Monroe-Alpha sacó la pistola y le apuntó.

—No trates de jugar conmigo. Hablo muy en serio, —Apuntó hacia el suelo, directamente frente a ella y disparó en un lugar, de donde ella se apartó súbitamente ante la llama surgida de la madera quemada y la pequeña bocanada de humo producida—. Si me obligas tendré que achicharrarte. No estoy bromeando te repito. Déjame ver tu tatuaje.

Cuando a pesar de todo, ella siguió impasible, Monroe-Alpha se dirigió hacia Marión, la tomó rudamente por un brazo y la obligó a ponerse en pie.

—Vamos, he dicho que me enseñes el tatuaje.

Marión vaciló, se encogió de hombros y finalmente dijo:

—De acuerdo; pero tendrás que lamentarlo. —Levantó el brazo izquierdo y mientras él levantó la cabeza para leer la cifra tatuada cerca de la axila, ella le golpeó seca y brutalmente en el estómago. La pistola cayó de sus manos.

Clifford trató de sujetarla; pero la chica había desaparecido. Se encontró solo. La puerta de la caseta estaba abierta, mostrando una panorámica de pinos y de bosques; pero sin ninguna figura humana en toda su extensión.

Un arrendajo azul soltó un agudo chillido, cruzó de un árbol a otro dejando tras sí un destello azulado; y después todo volvió a quedar en el mismo silencio.

Monroe-Alpha se asomó al exterior y miró en todas direcciones, cubriendo con el arma el área de su entorno; pero el Gran Bosque se la había engullido. Ella tendría que estar cerca y al alcance de la mano, por supuesto, su carrera había espantado al arrendajo azul. ¿Pero en dónde? ¿Tras cuál de aquellos cientos de árboles? De haber existido nieve, habría rastreado sus pisadas; pero allí la nieve se había derretido, quedando sólo de trecho en trecho algunas manchas en los hoyos, y las agujas de pino que formaban aquella inmensa alfombra en el suelo del bosque borraban toda traza de pisada humana.

Comenzó a merodear con la incertidumbre de un perro de caza no entrenado. Le pareció captar un movimiento por el rabillo del ojo, se volvió y vio un blanco destello, disparando instantáneamente sobre él.

Le había herido, de eso estaba seguro. Su objetivo había caído tras un joven pino, que bloqueaba su visión. Se dirigió hacia el retoño con pasos vacilantes, con la intención de rematarla misericordiosamente, si por casualidad su primer disparo la hubiese mutilado.

Pero no era ella, sino una cervatilla. La descarga le había quemado la mitad del anca y le había penetrado en los órganos vitales. El movimiento que había visto y oído pudo no haber sido más que un reflejo moribundo del animal. Tenía los ojos abiertos, suaves con la dulzura de los ciervos, y parecía mirarle con la tristeza infinita de un gentil reproche. Se volvió inmediatamente,

sintiéndose enfermo. Era el primer animal no humano que había matado en su vida.

Empleó algunos minutos más en buscar a Marión. Su sentido del deber se aquietó diciéndose a sí mismo que ella no tendría ninguna oportunidad de salir del bosque de ningún modo. Se vería obligada a volver en su busca.

Monroe-Alpha no volvió más a la caseta forestal. No había dejado nada allí y presumió que el calentador que había mantenido una tibia temperatura en el interior estaría equipado con una desconexión automática. De no ser así... bien, aquello poco importaba. Se dirigió inmediatamente al aparcamiento, donde halló su coche aéreo, saltó dentro y accionó la barra impulsora. Se produjo una respuesta instantánea en el sistema de señales del tráfico del Parque, evidenciado por unas grandes letras resplandecientes en el anunciador del coche: NO CRUZAR SOBRE EL BOSQUE GIGANTE. DESVIARSE A TRES MIL Y SALIR A TODA PRISA. Obedeció sin pararse a pensar en ello; su mente no estaba en el anunciador del aparato en aquella ocasión.

Realmente su mente no se hallaba en nada particular. De nuevo el letargo y la amarga melancolía volvieron sobre él, tras el enervamiento sufrido al principio del Reajuste. Ahora se sentía aprisionado por aquellos crónicos sentimientos con renovada fuerza. ¿Para qué todo? ¿Para qué propósito era aquella ciega lucha sin sentido, de mantenerse vivo, de engendrar, de combatir? Dispuso el aparato tan pronto como surgió por los aires y le mostró la vista de Mount Whitney, con la irrazonada y semi-inconsciente intención de acabar de una vez allí y entonces.

Pero el aparato no estaba construido para estrellarse. Con el incremento de la velocidad, el co-piloto extendió el alcance de sus instrumentos sensoriales, los klystrons informaron al órgano mecánico de la dirección, los solenoides repiquetearon brevemente y el aparato se desvió rectamente hacia el pico de la montaña.

CAPÍTULO IX

Cuando morimos... ¿morimos totalmente?

Cuando volvió la espalda al coche aéreo de Monroe-Alpha, ya en vuelo, y al lugar donde había abandonado premeditadamente a su amigo, Hamilton apartó a Clifford de su mente. Demasiado que hacer y muy poco tiempo disponible. ¡De prisa!

Se sorprendió y no le gustó encontrar que la puerta que daba al edificio desde el tejado respondía inmediatamente al código usado por el personal de la clínica, una combinación que Mordan le había dado privadamente. Tampoco encontró guardas tras la puerta de acceso. Por lo visto, todo el lugar estaba abierto a cualquier intruso...

Entró como una tormenta en la oficina de Mordan con tal impresión en la mente.

—Esto está tan desprotegido como una iglesia —restalló—. ¿Qué idea tienen ustedes?

Miró a su alrededor. Además de Mordan, en la habitación se hallaban Martha, la jefe técnico del personal, y Longcourt Phyllis. La sorpresa que sufrió ante la presencia de esta última se reforzó por el hecho de verla armada.

—Buenas tardes, Félix —repuso Mordan tranquilamente—. ¿Por qué debería estar esto protegido?

—¡Por toda la Galaxia! ¿Está usted en condiciones de resistir al ataque?

—Pero no hay razón alguna para esperar ningún ataque —comentó Mordan—. Este no es ningún punto estratégico. No hay duda que planean tomar la Clínica más tarde; pero la lucha se desarrollará en cualquier otra parte.

—Eso es lo que usted piensa, Claude. Yo sé algo mejor.

Mordan no hizo comentario alguno. Permanecía sentado, impasible, y Hamilton comenzó a hablar; pero Mordan le detuvo levantando una mano.

—Hay otros hombres en el edificio. Ninguno de ellos sabe tirar ni manejar una pistola. ¿Cuánto tiempo tenemos disponible?

—Diez minutos... o menos tal vez.

—Informaré a la estación central de paz. Puede que nos envíen unos cuantos monitores de reserva. Martha, envíe al personal a su casa. —Y se volvió hacia el teléfono.

La luz usualmente resplandeciente de la pantalla, fue sustituida por otra mucho menos brillante. El alumbrado de emergencia había entrado en funciones. No hacía falta decir que la energía procedente de la Central estaba cortada. Mordan insistió en el teléfono; pero el aparato estaba mortalmente silencioso.

—El edificio no puede resistir con dos hombres armados —observó, como pensando en voz alta—. No creo que sea necesario; pero es indispensable defender un punto vital: el banco de plasma germinal. Nuestros amigos no son tontos del todo. Aunque sigue siendo una mala estrategia. Se olvidan de que un animal atrapado se defiende con una sola garra. Vamos, Félix. Tenemos que intentarlo.

El significado del ataque contra la Clínica estuvo claro para Hamilton. El banco de plasma germinal. El único existente en la capital del que habían surgido todos los genios de los siglos pasados. Si los rebeldes lo capturaban aunque no venciesen en la lucha, tendrían en sus manos un único e irremplazable rehén. En caso desesperado, muy bien podrían cambiarlo por sus vidas.

—¿Qué quiere decir con eso de «dos pistolas»? —preguntó Phyllis—. ¿Qué ocurre con esto, es que no vale? —Y desenfundó la suya.

—No me atrevo a poner su vida en peligro —dijo Mordan—. Ya sabe usted por qué.

Sus ojos se cerraron por un momento. Y contestó con dos palabras:

—Fleming Marjorie.

—Hum... ya comprendo. Muy bien.

—¿Qué es lo que está ella haciendo aquí? —preguntó Hamilton—. ¿Y quién es Fleming Marjorie?

—Vino aquí para hablar conmigo... con respecto a usted. Fleming Marjorie es otra prima en quinto grado de ustedes. Una carta de cromosomas extraordinaria también. ¡Vamos! —Y comenzó a andar de prisa.

Hamilton se dio prisa tras él, pensando furiosamente. La significación de las últimas observaciones de Mordan le llegó con cierto retardo. Cuando las comprendió bien se halló a sí mismo considerablemente molesto; pero no había tiempo que perder hablando de aquello. Evitó mirar a Phyllis.

Bainbridge Martha se les unió al salir de la estancia.

—Una de las chicas ha dado el aviso —informó a Mordan.

—Está bien —repuso Mordan sin detenerse. El banco de plasma germinal se erguía en medio de una gran estancia de tres pisos de altura y ancha en esa proporción. El banco en sí mismo estaba dispuesto en hileras a la manera de una biblioteca. Una plataforma dividía la altura a medio camino, desde la cual los técnicos podían alcanzar las células en el nivel superior.

Mordan fue directamente al tramo de escaleras del centro de la masa y subió rápidamente a la plataforma.

—Phyllis y yo cubriremos las dos puertas frontales —ordenó—. Félix, usted lo hará con la puerta de atrás.

—¿Y yo? —preguntó Martha.

—¿Usted, Martha? Usted no sabe disparar.

—Disponemos de otra pistola —dijo señalando el cinturón de Hamilton. Este miró confuso. Tenía razón. Allí tenía olvidada la que había arrebatado a Monroe-Alpha. La tomó y se la dio a Martha.

—¿Sabe usted cómo usarla? —preguntó Mordan.

—Supongo que será accionando el disparador de fuego cuando tome la puntería, ¿no es eso?

—Sí.

—Es todo lo que necesitaba saber.

—Muy bien. Phyllis, usted y Martha cubrirán la puerta trasera. Félix y yo defenderemos la entrada principal, una puerta cada uno.

El antepecho de la plataforma estaba rodeado por una valla de acero, no demasiado alta, ni tampoco sólidamente de una sola pieza, ya que aparecía agujereada a trechos con pequeñas aberturas, parte de un diseño ornamental. El plan era sencillo, agacharse tras la valla, espiar las puertas de acceso a través de las aberturas y

usarlas como troneras para hacer fuego.

Esperaron.

Hamilton sacó un cigarrillo, lo encendió y dio unas chupadas, sin quitar ojo de la puerta izquierda. Ofreció la cajetilla a Mordan, que la rehusó con un gesto sin palabras.

—Claude, hay algo que no puedo comprender bien...

—¿Y eso?

—Por qué diablos no ha aplastado esto el gobierno antes de haber llegado tan lejos. Supongo que no seré el único que estuviera en el secreto en todo el movimiento. ¿Por qué no ha intervenido usted?

—Yo no soy el gobierno —respondió Mordan midiendo sus palabras—, ni tampoco el Consejo de Política. Yo sólo podría haber aventurado una opinión.

—Oigámosla.

—La única forma de atrapar a todos los conspiradores, era la de esperar a que se mostrasen a sí mismos. El haberlos detenido sólo hubiera supuesto para una gran parte un desagradable proceso, como caso extremo. De ésta, serán exterminados hasta el último hombre.

Hamilton reflexionó unos momentos sobre el particular.

—A mí no me parece que los políticos arriesguen la totalidad del estado por una demora tan peligrosa.

—Los que hacen la política tienen una gran visión de las cosas. Biológicamente es mejor estar seguro de que la purga es definitiva y a fondo. Pero esto nunca fue puesto en duda, Félix.

—¿Cómo puede usted estar seguro? Ahora estamos en un mal momento, como resultado de haber esperado.

—Usted y yo estamos en un lío, desde luego. Pero la sociedad vivirá. Puede que tome algún tiempo a los monitores reclutar la suficiente milicia para reducirles en algunos puntos clave de los que hayan podido conquistar, pero el logro final es seguro.

—¡Condenación! —se quejó Hamilton—. No debería ser preciso tener que esperar a reclutar voluntarios entre los ciudadanos. La fuerza de policía debería ser lo suficientemente fuerte.

—No —repuso Mordan—. No, yo no lo creo así. La policía de un estado nunca debería ser más fuerte o mejor armada que los ciudadanos. Unos ciudadanos armados, con voluntad de luchar, sin

el fundamento de la libertad civil. Esa es, claro está, una personal evaluación de las cosas.

—Pero supongamos que no lo hacen. Supongamos que vencen esas ratas inmundas. Sería la culpa del Consejo Político.

Mordan se encogió de hombros.

—Si la rebelión tiene éxito, a pesar de los ciudadanos armados, entonces es que se ha justificado por sí misma... biológicamente. Y a propósito, dispare con calma, Félix, cuando entre el primer hombre por su puerta.

—¿Por qué?

—Su arma es muy ruidosa. Si viene solo, ganaremos algún tiempo.

Siguieron esperando. Hamilton comenzó a creer que su reloj se había detenido, hasta que comprobó que su cigarrillo ya estaba casi consumido. Echó un rápido vistazo a la puerta a su custodia.

—¡Pssst! —advirtió a Mordan.

El hombre entró con precaución, con el arma preparada. Mordan le fue siguiendo con el punto de mira, hasta que se encontró en el interior y se detuvo en línea directa con la puerta. Entonces, le abatió de un disparo certero en la cabeza. Félix le miró de reojo y se dio cuenta de que era el individuo con quien había bebido unas horas antes en la tarde.

Los dos siguientes entraron juntos. Mordan le hizo señas de que no disparase. Pero no pudo esperar mucho tiempo; vieron cómo cayeron simultáneamente sin casi poder distinguir quién había disparado el primero.

—Esto se pone al rojo vivo —remarcó Mordan—. El elemento de sorpresa empieza a echarse de menos. —Por encima del hombro se dirigió a las mujeres—: ¿Qué tal va eso, señoras? ¿Ha ocurrido algo por ahí?

—Todavía no.

—¡Aquí llegan!

Hamilton disparó tres veces, tumbando a otros tres asaltantes. Uno de ellos se removió en el suelo, intentando rehacerse para disparar. Le disparó otro balazo, rematándole en el acto.

—Gracias —le dijo Mordan.

—¿Por qué?

—Era el secretario de mi archivo. Debería haberle matado por

mí mismo.

Hamilton anotó que Mordan había matado a cuatro individuos en su puerta silenciosamente, mientras que él se dedicaba a detener a los asaltantes de la suya tan ruidosamente con la Colt. Aquello hacían ya cinco en su puerta, uno en medio y cuatro en la de Mordan.

—Si esto continúa, se formará una barricada de carne viviente.

—Que vivía —corrigió Mordan—. ¿No cree que ya lleva demasiado tiempo en la misma tronera?

Hamilton se cambió a otra y preguntó a las mujeres.

—¿Qué tal va eso, chicas?

—Martha ha tumbado a uno —repuso Phyllis.

—¡Bien, por ella! ¿Qué tal te va a ti?

—Todo va bien.

—Me alegro. Achichárralos para que no muevan ni un dedo.

—No te preocupes.

Dejaron de oírse más pasos acelerados en los asaltantes. Uno de ellos asomó una porción de la cabeza y disparó sin puntería fija, reculando inmediatamente tras el umbral. Ellos le devolvieron los disparos; pero con poca esperanza de haber conseguido nada. Los objetivos ya no aparecían dos veces seguidas en el mismo lugar y sólo durante fracciones de segundo. Mordan y Hamilton iban de un lado a otro en el antepecho, tratando de enfilar las habitaciones más alejadas; pero sus enemigos se habían vuelto cautos.

—Claude... estaba pensando en algo divertido.

—¿Sí?

—Supongamos que me matan en esto. Seguirá usted firme con su propósito, ¿verdad?

—Sí. ¿Y qué hay de divertido?

—Pues que si me matan, a usted también le matarán probablemente. Me dijo usted que mi depósito de plasma solo estaba registrado en su memoria. Entonces ganará por una parte y perderá todo al mismo tiempo.

—No exactamente. Dije que no estaba registrado. Pero se halla identificado en mi testamento... y mi albacea testamentario llevará el plan adelante.

—Bien. Así, pues, soy padre de todos modos. —Y disparó en aquel instante sobre una forma que apareció súbitamente en la

puerta a su cargo. Se oyó un grito de dolor y la forma desapareció del umbral—. ¡Por el Gran Huevo! Tengo que estar perdiendo mi puntería. —Y soltó un balazo a la puerta de forma que al rebotar produjo un silbido espeluznante, repitiendo lo mismo con la de Mordan—. Esto es para que se guarden bien de asomar la cabeza. Mire, Claude, si tuviese usted la elección de poder hacerlo, ¿qué preferiría? ¿Que cayéramos los dos, asegurando así su propósito acerca de mi hipotético retorno, o que volviéramos a discutir los dos igual que antes, desde el principio?

Mordan pareció considerar la pregunta.

—Pienso que me gustaría volver a discutir mi punto de vista. Me temo que dentro de mi persona no haya nada de espíritu mártir.

—Eso es lo que pensaba yo también.

Algo más tarde, dijo Mordan:

—Félix, creo que no se están retirando de nuestro fuego. Lo que apareció antes no fue la cara de un individuo.

—Creo que tiene razón. No pude haber fallado dos veces seguidas últimamente.

—¿Cuántas balas le quedan?

Hamilton no las contó; lo sabía y ya era suficiente preocupación. Disponía de cuatro cargadores cuando salió de la Sala del Lobo, llevando tres en el cinturón y uno en la pistola; veintiocho balas en total. El último cargador estaba en la pistola y ya había disparado dos veces con él.

—¿Y usted?

—Casi por el mismo estilo. Pude haber usado sólo media carga.

—Pareció pensar algo urgente—. Cubra las dos puertas. —Y se fue arrastrando urgentemente hasta donde se hallaban las dos mujeres de guardia en la puerta trasera de la Clínica.

Martha le oyó y se volvió hacia él.

—Mire esto, jefe —insistió mostrando la mano izquierda.

Mordan miró, comprobando que las dos primeras falanges del dedo índice las tenía quemadas junto con la primera del dedo pulgar, si bien estaban limpiamente cauterizadas.

—¿No es un desastre? —se quejó ella—. Nunca estaré en condiciones de volver a operar. Ni de poder efectuar ninguna manipulación.

—Sus ayudantes lo harán. Es su cerebro lo que cuenta.

—Sí que está usted bien enterado. Son una partida de estúpidos torpes, todos y cada uno de ellos. Es un milagro que sepan vestirse por sí mismos.

—Lo siento de veras, Martha. ¿Cuántas cargas le quedan?

La situación allí no difería mucho de la de los hombres. El arma pequeña de Phyllis, sólo contaba ya con veinte disparos. Entre la de Mordan y la tomada a Monroe-Alpha contaban con cincuenta. Phyllis había retirado a Martha cuando resultó herida, con idea de utilizar la pistola de rayos de Martha cuando la suya ya quedara exhausta.

Mordan les advirtió de que economizasen los disparos y se volvió a su puesto.

—¿Algo nuevo? —preguntó a Hamilton.

—No. ¿Cuál es la situación?

Mordan se la dijo.

Hamilton dejó escapar un silbido apagado, sin apartar el ojo del objetivo.

—¿Claude?

—Sí, Félix.

—¿Cree usted que saldremos con bien de ésta?

—No, Félix.

—Hum... Bien, al menos habrá sido una bonita fiesta. —Algo más tarde, añadió—: ¡Maldita sea...! No quiero morir. Todavía no, Claude. He pensado en otra broma.

—Veamos.

—¿Cuál es la cosa que podría dar a la vida interés... un real interés?

—Eso es lo que estoy tratando de responderle a usted desde hace tiempo.

—No, no. A la pregunta por sí misma.

—Ya la ha dicho usted —repuso Mordan con precaución.

—Bien. La única cosa que podría darnos una base real para nuestra vida es conocer *de una forma segura* si ocurre o no algo después de la muerte. Cuando morimos, ¿lo hacemos absolutamente... o no?

—Hum... dando eso por sentado, ¿en qué consiste esa broma?

—La broma reside en mí mismo. O más bien en mi futuro hijo. Es posible que dentro de pocos minutos conozca la respuesta. Pero

él no la sabrá. Se halla ahora mismo en forma de célula viviente depositado por ahí cerca, durmiendo en uno de esos refrigeradores. Y no hay forma humana de que yo le dé a conocer la respuesta. *Pero él es el único que necesitarla saberlo.* ¿No resulta divertido?

—Hum... Si ésa es la idea que tiene usted de una broma, Félix, le sugiero que se deje de bromear.

Hamilton se encogió de hombros.

—Estoy considerado como un tipo de ingenio en ciertos círculos. A veces tengo un éxito bomba conmigo mismo.

—¡Aquí están de nuevo!

Esta vez era un ataque organizado, extendiéndose desde ambas puertas. Ambos permanecieron demasiado ocupados durante algunos segundos, después todo volvió a quedar en calma nuevamente.

—¿Ha caído alguno?

—Creo que dos —repuso Mordan—. Cubra usted la escalera. Yo permaneceré aquí.

No se trataba de una precaución personal, sino de una táctica. El ojo y la mano de Mordan eran rápidos, aunque Hamilton era más joven y hombre más capaz.

Vigiló la escalera tumbado sobre el vientre, con la mayor parte del cuerpo escudado contra el enemigo. Tuvo suerte en el primer disparo, el atacante cayó con la cabeza deshecha. Hamilton le había metido un balazo en el cráneo que lo había hecho estallar literalmente. Después volvió rápidamente al otro extremo de la escalera. Pero su pistola había quedado vacía del todo.

El segundo atacante llegó rápido. Hamilton le dejó aproximarse y saltó sobre él luchando a brazo partido. Se oyó un crujir de huesos y el enemigo cayó al pie de la escalera limpiamente.

Hamilton informó de lo sucedido a Mordan.

—Bien. ¿Dónde está su pistola?

Hamilton se encogió de hombros y extendió las palmas de sus manos vacías.

—Tiene que haber al menos dos pistolas de rayos al pie de la escalera —sugirió Mordan—. Pero no le dará tiempo, ¡Vuelva aquí y tome la de Martha!

—Sí, señor.

Se arrastró hacia atrás, se aproximó a Martha y le pidió la

pistola, rogándole que se escondiera entre las vitrinas. Ella protestó.

—Ordenes del jefe. —Después se dirigió a Phyllis—: ¿Qué tal va eso, muchacha?

—Muy bien, cochinito.

—Procura esconder la cabeza, guapa.

Miró al calibrador de ambas pistolas. Tenían aproximadamente la misma carga de repuesto todavía. Se aproximó a ella y la besó rápidamente.

—Eso es por tu buena conducta, nena.

Mordan le informó de la falta de actividad.

—Pero tendría que haberla —añadió—. No nos atrevemos a gastar disparos sobre objetivos casuales y pronto se darán cuenta.

Después siguió lo que parecía una espera interminable.

—Creo —dijo Mordan finalmente— que haríamos mejor en gastar una carga en lo primero que aparezca. Así podríamos seguir obteniendo una apreciable demora, y seguir ganando tiempo.

—Tal vez tenga razón.

Pronto tuvieron a la vista un objetivo, seguros de que era un hombre de verdad y no una estratagema. Mordan lo abatió. Cayó a la vista de ellos; pero los disparos parecieron no haberlo matado, permitiéndosele que volviera trabajosamente y dolorido a su punto de partida del exterior de la puerta. Hamilton le miró un momento.

—Mire aquí, Claude, valdría la pena, sabe... conocer qué es lo que ocurrirá cuando se apaguen del todo las luces. ¿Por qué es que nadie trata de explicarlo seriamente?

—Ya lo hace la religión y la filosofía.

—No es eso lo que quiero decir. Yo debería haberme preocupado como cualquier otro... —Y se detuvo repentinamente—. ¿No huele usted a algo?

Mordan olió intensamente el ambiente.

—No estoy seguro. ¿A qué olor se refiere?

—A un olor dulzón. —Hamilton sintió una extraña sensación—. Creo que es gas. Nos han pescado definitivamente. Hasta la vista, amigo.

Trató de arrastrarse por el pasadizo que conducía hasta donde Phyllis se hallaba de vigilancia; pero sólo logró adelantar un par de pasos, cayó sobre el rostro y permaneció inmóvil.

CAPÍTULO X

El único camino a seguir

Resultaba agradable estar muerto. Agradable y en absoluta paz, sin monotonía. Pero un poco solitario. Echó de menos a los otros, al sereno Mordan, a la graciosa Phyllis y a Cliff y a su rostro inexpresivo y helado. Y allí estaba también aquel hombrecito divertido, patético y sorprendente que gobernaba el bar de la Vía Láctea... ¿cómo le había llamado? Podía recordar muy bien su cara; pero ¿qué nombre le había dado? Herbie, Herbert o algo parecido... los nombres no tenían ya el mismo sabor cuando faltaban las palabras. ¿Por qué le habría llamado Herbert?

No tenía importancia. La próxima vez no elegiría ser un matemático. Las matemáticas resultaban pesadas, sin color... algo así como la sensación de haber terminado una partida antes de comenzarla. No había diversión posible en una partida, si se sabía de antemano el resultado. Había diseñado un juego de tal suerte, a quien había denominado *Futilidad*, ya que, no importando la forma de jugar, se ganaba siempre. El mismo no era Hamilton... no, en aquel juego. Era un geneticista ¡y de los buenos! Era un juego dentro de otro gran juego. Cambiar las reglas conforme se seguía la partida. Mover los jugadores constantemente de sitio. Emplear trucos con uno mismo.

—«¡No mires y te daré una sorpresa!».

Aquélla era la esencia de una partida... la sorpresa. Se hacía apartar la memoria, prometiendo no mirar al juego, entonces se jugaba en la parte que correspondiese en el juego, siguiendo las reglas asignadas a cada jugador. A veces las sorpresas resultaban bastante terribles, aunque... no le habría gustado quemarse los dedos. ¡No! Él no había jugado en tal posición en absoluto. Aquella

parte era algo automático, algunas piezas tenían que serlo. Él mismo se había quemado los dedos y le pareció real entonces.

Siempre ocurría igual al despertarse. Siempre resultaba difícil recordar qué postura había adoptado él mismo en el juego, olvidando que había jugado plenamente. Bien, aquélla era la partida, la única a seguir y no había otra cosa que hacer. ¿Pudo haber evitado que la partida hubiera cambiado de signo? Aun habiéndose metido en ella hasta el cuello. Pero ya pensaría en otra la próxima vez. La próxima vez...

Sus ojos no funcionaban en debida forma. Los tenía abiertos; pero no podía distinguir nada. Era infernal la forma en que todo le rodaba por la cabeza. Allí ocurría algo que iba mal, muy mal.

—¡Eh! ¿Qué es lo que ocurre aquí?

Era su propia voz. Se incorporó y la ropa se desprendió de sus ojos. Todo aparecía demasiado brillante, sus ojos estaban entonces deslumbrados.

—¿Qué le ocurre, Félix? —Se volvió en dirección a donde provenía la voz y enfocó a la figura convenientemente. Era la de Mordan, que yacía en una cama a pocos pasos de distancia. Había algo que deseaba preguntarle a Mordan; pero se le escapaba de la mente.

—No me siento bien, Mordan. ¿Cuánto tiempo hace que estamos muertos?

—No estamos muertos. Se siente un poco enfermo y eso es todo. Pronto se recobrará.

—¿De veras? ¿Sólo estoy un poco enfermo?

—Sí. Yo también lo estuve hace treinta años. Era bastante parecido a esto.

—Oh... —Todavía andaba dándole vueltas por la cabeza algo que quería preguntar a Mordan; pero no había forma de recordar en lo que consistía. Era algo importante, desde luego, y Claude tendría que saberlo. Mordan lo sabía todo, y dispondría lo necesario.

Era algo tonto, ciertamente. Pero Claude tendría que saberlo.

—¿Quiere usted saber qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Mordan.

Tal vez fuera aquello.

—¿Nos han gaseado, verdad? No recuerdo nada después de aquello. —No era exactamente la verdad, era algo distinto. No pudo

recordarlo.

—Sí, fuimos gaseados; pero fue hecho por nuestros propios policías. A través del sistema de aire acondicionado. Tuvimos mucha suerte. Nadie sabía que estábamos asediados en el interior; pero no estaban seguros de que todo el personal estuviese fuera del edificio... de otra forma hubieran empleado un gas mortal.

La cabeza de Hamilton comenzó a aclararse. Ahora recordaba la lucha con sus detalles.

—¿Así? ¿Cuántos cayeron? ¿Cuántos fallamos en alcanzar?

—No lo sé exactamente, probablemente sea demasiado tarde para descubrirlo. Probablemente estén todos muertos.

—¿Muertos? ¿Por qué? No los matarían después de haber caído aletargados, ¿verdad?

—No... pero este gas que respiramos es letal sin un antídoto inmediato... y me temo que los médicos hayan estado demasiado atareados. Nuestra gente fue atendida en primer lugar.

Hamilton hizo una mueca.

—Viejo hipócrita... ¡Oiga! *¿Qué ha pasado con Phyllis?*

—Ella está perfectamente y Martha también. Lo comprobé cuando desperté. Usted tuvo que haber recibido una dosis mayor de la que yo percibí. Tal vez usted luchó más.

—Tal vez. No podría decirlo. Y... otra cosa, ¿dónde estamos? —Sacó las piernas de la cama, con intenciones de incorporarse. Fue un intento inútil, porque volvió a caer de cara sobre la cama.

—Quédese quieto —le ordenó Mordan—. No estará bien hasta transcurridas algunas horas todavía.

—Supongo que se encontrará usted bien —admitió Hamilton, volviendo a acostarse—. Esta sensación es divertida. Pensé que iba a ponerme a volar...

—Estamos en la puerta próxima a la Enfermería de Carstairs, en un anexo temporal —continuó Mordan—. Naturalmente, las cosas están un poco embrolladas hoy.

—¿Se terminó ya toda la fiesta? ¿Ganamos la partida?

—Por supuesto que vencimos. Ya le dije que esto no ofrecería duda.

—Lo sé; pero sigo sin comprender su confianza.

Mordan consideró la forma de responderle.

—Tal vez sería más fácil decir que ellos nunca supieron lo que se

llevaban entre manos. Los jefes de la revolución eran, en la mayor parte de los casos, tipos genéticamente pobres, con una fatuidad mucho más allá de sus capacidades. Yo dudo que cualquiera de ellos tuviese la suficiente imaginación para concebir lógicamente las complejidades del gobierno de una sociedad, incluso de una sociedad hecha a la medida, como habían soñado.

—Pues hablaban como si lo supiesen.

Mordan aprobó con un gesto.

—Sin duda. Esto es un error común y es tan viejo en la raza como desde la época en que existe la organización social. Un modesto hombre de negocios piensa que su pequeño negocio es tan complejo y difícil como todo un gobierno. Por inversión de conceptos, se concibe a sí mismo tan competente como para planear un gobierno como el primer magistrado o el más alto jefe ejecutivo. Yendo hacia atrás, en la Historia, no tengo la menor duda de que han existido muchísimos hombres rústicos que pensaron siempre que el oficio del rey era sencillo y que cualquiera de ellos pudo haberlo desempeñado mejor, de habersele dado la más pequeña oportunidad. Lo que siempre conduce a esto es la falta de imaginación y un desbordante engrimiento y fatuidad.

—Yo no pensé que ellos estuviesen faltos de imaginación.

—Es que existe una gran diferencia entre la imaginación constructiva y la incontrolada y fantástica productora de sueños a pleno día. Una es sicopática y produce el megalómano, incapaz de distinguir la realidad de la fantasía. El otro resultado es el fantástico y testarudo. En cualquier caso, queda en pie el hecho de que ellos no contaban en sus filas ni con un simple científico competente, ni un sintetizador de ninguna clase, en la totalidad de su organización. Puedo aventurarme a predecir que, cuando podamos revisar sus registros, encontraremos que casi todos los rebeldes, todos tal vez, son hombres que nunca han sido personas de éxito en ningún aspecto. Su sola prominencia la encontraban entre ellos mismos.

Hamilton reflexionó sobre este último punto. Realmente, había comprobado bastante bien el hecho. Todos le habían parecido individuos frustrados. No había reconocido una cara, entre ellos, que significase algo fuera del Club de los Supervivientes. Pero dentro del Club, aparecían hinchados con su auto-importancia, planeando esto, decidiendo aquello, hablando de cuanto harían

cuando «hubiesen ganado». Un hato de gentes despreciables, todas ellas. Pero gente peligrosa, a despecho de cuanto Mordan decía. Puesto que podrían achicharrar a cualquier persona, en la forma en que lo hubiera hecho cualquier otro hombre más inteligente; para el caso era igual.

—Félix, ¿está despierto todavía?

—Sí.

—¿Recuerda usted la conversación que tuvimos durante la lucha?

—Pues... sí, creo que sí.

—Estaba usted a punto de decirme algo cuando el gas nos atacó.

Hamilton tardó en responder. Recordaba lo que había tenido en la mente; pero le resultaba difícil decirlo con palabras adecuadas.

—Es algo así, Claude. Me parece a mí que los científicos profundizan en todos los problemas, excepto en los importantes. Lo que un hombre quiere saber, es: ¿Por qué? Y todo lo que la ciencia le dice es «qué».

—El «porqué» no es asunto de la ciencia. El científico observa, describe, hace hipótesis y predice. El «qué» y el «cómo» son su campo de acción. El «porqué» se sale por completo de su esfera.

—¿Por qué no deberían encontrar el «porqué»? A mí no me importa saber qué distancia hay de la Tierra al Sol. Yo quiero saber por qué el Sol está allí y por qué yo me encuentro aquí mirándolo. Yo pregunto para qué es la vida, y ellos me responden mostrándome la forma de hacer un pan mejor.

—El alimento es importante. Trate de vivir sin él.

—El alimento no tiene importancia tras haber resuelto ese problema.

—¿No se sintió hambriento alguna vez?

—Una vez... cuando estuve estudiando las ciencias básicas social-económicas. Pero fue algo instructivo. No esperé nunca volver a sentir hambre, ni nadie más tampoco. Esto es un problema resuelto y no nos dice nada. Yo quiero saber: ¿Qué vendrá? ¿Hacia dónde? ¿Por qué?

—Yo he pensado mucho en esas cuestiones —dijo Mordan con calma— mientras permanecía usted durmiendo. Los problemas de la filosofía parecen ser ilimitados y no resulta ni siquiera saludable hacer una permanente inmersión de la mente en los problemas

ilimitados. Pero la pasada noche parecía usted sentir que el problema clave, para usted mismo, era el antiguo, el antiquísimo problema de si un hombre significa algo más que sus cien años vividos sobre la Tierra. ¿Lo sigue sintiendo todavía?

—Sí... creo que sí. Si hubiese algo, algo más de todoesto, tras esta loca aventura a la que llamamos el vivir, yo podría sentir la existencia de ese punto entre la totalidad de este frenético revoltijo de la vida, aunque no conociese ni pudiera conocerlo en su justa respuesta mientras permaneciese vivo.

—Suponga que no lo hubiera. Supongamos que, cuando el cuerpo de un hombre se desintegra, él mismo desaparece absolutamente. Yo particularmente me siento inclinado a decir que lo encuentro como una hipótesis probable.

—Bien... no sería un conocimiento muy agradable; pero al menos sería mejor que nada. Usted podría planear su vida racionalmente, al menos. Un hombre podría incluso estar en condiciones de conseguir una cierta satisfacción en hacer planes para cosas mejores para el futuro, tras haber desaparecido. Un cierto placer en la anticipación.

—Yo le aseguro que sí es posible —afirmó Mordan—. Pero supongo, en otro aspecto, que la cuestión que me planteó en nuestra primera entrevista estaba así plenamente respondida.

—Hum... sí.

—Así, pues, ¿querrá usted cooperar en el programa genético que se planeó para usted?

—Sí... pero...

—No le propongo que me responda aquí y ahora. ¿Le gustaría cooperar si usted supiese que se hacía con ello un serio intento de responder a su pregunta?

—¡Eh, un momento! Usted gana y yo pierdo. Debería tener derecho a ver esa respuesta. Supongamos que usted asigna a cualquiera la misión de mirar la cuestión y vuelve con un informe negativo... tras haber yo cumplido mi parte en el trato.

—Es imprescindible de su parte que deposite en mí suconfianza. Tal investigación puede no estar completa en muchos años, o quizás en toda una vida. Pero supongamos que yo declaro que tal investigación sería intentada, seriamente, tenazmente, por todos los medios, sin regatear ninguno, ¿consentiría usted entonces en

cooperar?

Hamilton se cubrió la cara con las manos. En su cerebro había miríadas de factores entremezclados como en una loca danza, algunos de los cuales le resultaban desconocidos o inapreciables, no queriendo hablar de la mayor parte de ellos.

—Si usted pudiese... *si* usted... creo tal vez...

—Vamos, vamos —tronó en aquel momento una voz en la habitación—. ¿Qué es lo que ocurre aquí? No tienen ustedes que excitarse todavía.

—Hola, Joseph —saludó Mordan al recién llegado.

—Buenos días, Claude. ¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor.

—Tienes todavía que dormir bastante más. Ponte ahora mismo a dormir.

—Muy bien. —Y Mordan cerró los ojos.

Aquel hombre llamado Joseph se detuvo ante Félix, le tomó la muñeca, le revolvió los párpados y le examinó los ojos.

—Usted también.

—Necesito levantarme.

—Todavía no. Deseo que duerma primero unas cuantas horas. Míreme. Usted se siente adormecido. Tiene usted mucho sueño. Tiene usted...

Hamilton apartó los ojos de la mirada de aquel hombre.

—¡Claude!

—Está dormido. No podrá usted posiblemente despertarlo.

—Oh... Mire... ¿es usted médico, verdad?

—Ciertamente.

—¿Hay algo que se pueda hacer para evitar el roncar?

El hombre se sonrió entre dientes.

—Todo lo que puedo sugerirle es que duerma usted a pesar de los ronquidos. Es lo que deseo que haga ahora. Se está usted durmiendo. Duerma...

Cuando le dieron de alta, trató por todos los medios de ver a Phyllis. Resultaba difícil dar con ella, dado que las escasas acomodaciones en los hospitales de la ciudad se hallaban abarrotadas y seguramente habría sido acomodada como otras muchas personas en locales habilitados urgentemente al efecto. Cuando la encontró por fin, no le permitieron verla. Estaba

durmiendo, le dijeron. Ni tampoco estuvieron inclinados a suministrarle la menor información en cuanto a su condición sanitaria, por lo que tuvo que resignarse y esperar.

Supo finalmente que se encontraba perfectamente, excepto la ligera indisposición subsiguiente al envenenamiento por el gas. Tuvo que conformarse con aquello. De haberse tratado de cualquier hombre, pudo haber provocado una seria disputa; pero resultaba imposible con aquella inflexible matrona que le salió al paso, dos veces más testaruda de lo que él mismo era.

Hamilton tenía la excelente facultad de apartar de la mente lo que resultaba imposible de resolver. Así, Phyllis se apartó de sus pensamientos, cuando salió del local. Se dirigió automáticamente a su apartamento y entonces se acordó, por primera vez en muchas horas, de Monroe-Alpha.

¡El muy estúpido de Clifford! Trató de imaginarse qué pudo haberle ocurrido. Se sentía retraído a preguntar abiertamente por él, ya que ello podía dar la pista de su contacto con la rebelión. Le pareció verosímil que el mismo Monroe-Alpha ya hubiera hallado los medios como para hacerlo por sí mismo.

Llamó a la oficina de su amigo. No estaba allí. Lo hizo después a su apartamento. Ninguna respuesta. Temporalmente bloqueado, decidió ir en persona al apartamento de su amigo con la presunción de que pudiera estar refugiado allí. No obtuvo respuesta al llamar a la puerta. Conocía la combinación, aunque ordinariamente no solía hacer uso de ella. Aquello sólo lo empleaba en ocasiones extraordinarias.

Monroe-Alpha estaba sentado en la sala de estar. Levantó la vista al entrar Hamilton; pero ni se levantó, ni dijo nada. Hamilton se aproximó lentamente hasta encontrarse frente a él.

—Vaya... ya estás de vuelta.

—Sí.

—¿Cuánto hace que has vuelto?

—No lo sé. Horas.

—¿De veras? Llamé por teléfono.

—No sabía que eras tú.

—Sí que lo era. ¿Por qué no respondiste?

Monroe-Alpha no respondió, le miró sombríamente y apartó la vista.

—¡Vamos, hombre, despierta va! —restalló Hamilton exasperado —. Vuelve a la vida. El intento fracasó. Ya lo sabrás, supongo.

—Sí. —Después añadió—: Estoy dispuesto.

—¿Dispuesto a qué?

—¿Vienes dispuesto a arrestarme, no es eso?

—¿Yo? ¡Por el Gran Huevo! No soy ningún policía.

—Está bien. No me importa.

—Mira, Cliff —dijo Hamilton seriamente—. ¿Qué es lo que te ocurre? ¿Sigues todavía indigestado con el veneno barato de ese McFee? ¿Es que estás determinado a ser un mártir? Te has comportado como un tonto... pero no hay necesidad de seguir insistiendo más en esa postura. Ya he informado de que eras un agente mío. (Al decir aquello anticipó las circunstancias, después lo haría de veras... si era necesario). Tu situación está clara. Bien, habla, hombre. ¿No te habrás mezclado en la lucha, verdad?

—No.

—Ya supe que no lo harías, después de las píldoras hipnóticas que te hice tragar. Una más y hubieras escuchado cantar los pajaritos. ¿Qué es lo que te ocurre, pues? ¿En qué radica la dificultad? ¿Sigues todavía siendo un fanático acerca de ese absurdo del Club de los Supervivientes?

—No. Eso fue un tremendo error. Estaba loco.

—Desde luego que sí. Pero ahora... todo eso ha terminado. No tienes nada de que preocuparte. Vuelve al lugar que ocupabas y jamás habrás hecho nada tan sabio.

—No vale la pena, Félix. Nada vale la pena. Así y todo, gracias. —Y sonrió melancólicamente, falto de toda voluntad.

—Bien. ¡Por amor de...! Tuve una buena idea al darte una buena zurra, para sacarte del lío.

Monroe-Alpha no respondió. Tenía el rostro escondido entre las manos, y parecía no haber oído nada. Hamilton le sacudió por un hombro.

—¿Qué te ocurre? ¿Es que ha sucedido algo? Algo que yo no sepa...

—Sí. —Y la respuesta fue casi un susurro.

—¿Tendrías la bondad de contármelo?

—Creo que ya no importa.

Pero comenzó a hablar, y una vez que hubo comenzado

continuó en voz baja sin levantar la cabeza. Parecía estar hablando consigo mismo, como si fuese algo que deseara aprenderse de memoria.

Hamilton le escuchó impaciente; no sabiendo cuándo iría a detenerle. Nunca había oído a un hombre desnudarse de tal forma contando sus secretos, como lo estaba haciendo Monroe-Alpha. Le pareció algo casi indecente.

Pero Clifford siguió y siguió hasta terminar con la triste imagen de lo sucedido en todos sus detalles con Marión en el Gran Bosque.

—Y así es como volví aquí —concluyó. No dijo nada más, ni levantó los ojos.

Hamilton pareció asombrado.

—¿Y eso es todo?

—Sí.

—¿Estás seguro de no haber omitido nada?

—No, claro que no.

—Entonces, en el Nombre del Huevo, ¿qué estás haciendo aquí?

—Nada. No había otro sitio adonde ir.

—Cliff, todavía volveré a darte otra paliza de muerte. Márchate. Levántate de ese sillón y márchate.

—¿Adonde?

—A buscar a esa chica, ¡tonto de remate! Vete y encuéntrala.

Monroe-Alpha sacudió la cabeza lentamente.

—Pareces no haberme escuchado. Te dije que intenté achicharrarla de un disparo.

Hamilton respiró profundamente, para añadir después:

—Escúchame. No conozco mucho sobre las mujeres y a veces me parece que lo ignoro todo. Pero estoy seguro de esto. Si vuelve a verte y te comportas como un hombre, no te dejará marchar. Te lo perdonará.

—¿Quieres decir que lo hará... de veras? —preguntó.

Monroe-Alpha con expresión trágica todavía en la cara; pero aferrándose a la esperanza.

—Pues claro que sí, hombre. Las mujeres lo perdonan todo. —Y añadió en seguida—: De no haber sido así, hace ya mucho que la raza humana habría desaparecido del planeta.

CAPÍTULO XI

«... ¿entonces el hombre es algo más que genes!».

—No puedo decir —remarcó el honorable miembro de Great Lakes Central—, que conceda una alta evaluación al argumento del hermano Mordan sobre el proyecto establecido para que el joven Hamilton consienta en propagarse. Es cierto que no estoy del todo familiarizado con los detalles de las secuencias genéticas implicadas en la cuestión, y...

—Debería estarlo —interrumpió Mordan ácidamente— si hubiera leído el completo informe redactado ya hace dos días.

—Le ruego que me perdone, hermano. En esas cuarenta y ocho horas, he estado ocupadísimo con otras cosas graves. La cuestión del Valle del Mississipí, ya sabe. Era algo urgente.

—Lo siento —se excusó Mordan—. Es fácil para un profano en la materia olvidar las demandas y el tiempo de un planeador genético...

—Bien, no importa. No es preciso que empleemos una excesiva cortesía entre nosotros. De todas maneras, he mirado por encima las primeras sesenta páginas mientras estuvimos reunidos, y eso, con el previo conocimiento del caso que ya tenía, me ha proporcionado una idea aproximada de su problema. Pero, dígame, ¿estoy en lo cierto al pensar que Hamilton no retiene nada exclusivamente en su carta? ¿Tiene usted alternativas de selección?

—Sí.

—Usted esperaba acabar con su generación descendiente... ¿cuántas generaciones serían precisas, usando elecciones alternas?

—Tres generaciones adicionales.

—Eso es lo que yo pensé también y ésa es mi razón para estar en desacuerdo con su argumento. El propósito genético de la sucesión

es, según yo pienso, de la mayor importancia para la raza; pero una demora de cien años más o menos, no es importante... no suficientemente importante para justificar una empresa tan grande como un total esfuerzo para investigar la cuestión de la supervivencia tras la muerte.

—¿Debo considerar —interrumpió el presidente de turno—, que desea usted hacer constar su oposición a la proposición del hermano Mordan?

—No, Hubert, no. Usted se ha anticipado... sin razón. Estoy apoyando su proposición. A pesar del hecho de que yo considere sus razones, que aunque buenas, pueden ser insuficientes para que evalúe la propuesta como válida por sí misma. Creo que debería apoyarse totalmente.

El honorable miembro de las Antillas levantó la vista del libro que estaba leyendo.

—Pienso que George debería ampliar la razón que acaba de dar.

—Bien, lo haré. Nosotros, los hombres que conducimos la política, somos como un piloto que realiza un esfuerzo en gobernar su nave sin tener idea del destino a que se dirige. Hamilton ha puesto el dedo en el punto más débil de toda nuestra cultura... debería realmente ser un proyectista por sí mismo. Todas las decisiones que tomemos, aunque estén basadas en datos, están conformadas por nuestra filosofía personal. Los datos son examinados a la luz de esta filosofía. ¿Cuántos de ustedes tienen una opinión sobre la supervivencia después de la muerte? Solicito que se muestre levantando las manos. Vamos, sean honestos consigo mismos.

Aunque de cierta forma vacilante, todos levantaron las manos en alto, tanto hombres como mujeres.

—Ahora —continuó el miembro de los Grandes Lagos—, levanten las manos aquellos que estén seguros de que sus opiniones son correctas.

Todas las manos bajaron, excepto la del miembro de la Patagonia.

—¡Bravo! —exclamó Rembert de los Lagos—. Debería haber supuesto que usted estaría segura.

La mujer se quitó el cigarro que tenía entre los dientes para decir a la Asamblea.

—Eso lo sabe cualquiera. —Y continuó tranquilamente la labor de aguja que estaba haciendo.

La honorable miembro de la Patagonia contaba ya cien años de edad y era la única de control natural del Consejo Político. Su distrito la había venido confirmando en su puesto a lo largo de más de cincuenta años seguidos. La vista le fallaba algo ya, aunque conservaba toda su dentadura amarillenta. Sus facciones talladas en caoba mostraban más evidencia de su sangre india que caucásica. Todos solían reconocer que le tenían cierto miedo.

—Caravala —dijo Rembert—. Tal vez pueda usted abreviar la cuestión dándonos una respuesta.

—Yo no puedo dar esa respuesta... aparte de que no me creerían si la diese. —Permaneció silenciosa unos instantes y después continuó—: Dejen al chico que haga las cosas a su gusto. Lo hará de todas formas.

—¿Apoya usted o se opone a la proposición de Mordan?

—La apoyo.

Se produjo un corto silencio. Todos los miembros de la Cámara apenas si podían recordar cuándo Caravala se había inclinado por el lado erróneo de una cuestión en su larga carrera de gobernante.

—Debería ser obvio para mí —continuó Rembert— que la sola filosofía racional y personal, basada en la convicción de que, cuando morimos, todo termina definitivamente, es una filosofía de completo hedonismo. Un hedonista, en tales condiciones, podría buscar el placer en la vida en muy sutiles, indirectos y sublimados aspectos; sin embargo, el placer tiene que ser su único propósito racional, sin importar cuan elevada pueda aparecer su conducta. Por otra parte, la posibilidad de que *algo* existe además de la vida física en la corta duración de nuestro paso por la Tierra abre ante nosotros una ilimitada posibilidad de evaluaciones, al margen de lo hedonista. Me parece un tema apropiado para ser investigado.

—Dando por sentado ese punto —comentó la representante femenina de la Unión Noroeste—, ¿nos corresponde mezclarnos en ello? Nuestras funciones y autoridad están limitadas, se nos prohíbe por la Constitución el mezclarnos en materias espirituales. ¿Qué opina usted, Johann?

El miembro a quien iba dirigida la pregunta era la única persona representante religiosa de la Asamblea, un sacerdote, el muy

reverendo mediador para algunos correligionarios del Río Grande. Su prominencia política era de lo más excepcional, ya que la mayoría de sus votantes electores no pertenecían a su fe.

—Yo no veo, Geraldine —replicó—, que tenga aquí aplicación la restricción constitucional. Lo que el hermano Mordan propone es una investigación científica pura y fría. Sus consecuencias podrían tener implicaciones espirituales, si proporcionan resultados positivos; pero una recta investigación no es una violación de la libertad religiosa.

—Johann tiene razón —dijo Rembert—. No existe tema inapropiado para la investigación científica. Johann, hemos permitido a usted y a los suyos tener un monopolio sobre tales materias por demasiado tiempo. La más seria cuestión que existe en el mundo ha sido dejada a la fe o a la especulación. Ya es hora de que los científicos se ocupen de ella, o tendremos que admitir que la Ciencia sólo sirve para contar pedruscos.

—Bien, sigan adelante. Estaré realmente interesado en ver qué pueden ustedes hacer con tales cuestiones... en el laboratorio.

Hoskins Geraldine le miró.

—Me gustaría saber, Johann, qué actitud sería la suya si esta investigación nos revela hechos que contravienen alguno de sus artículos de fe.

—Eso —respondió Johann imperturbable— es una cuestión a resolver conmigo mismo. No tiene necesidad de afectar a este Consejo.

—Yo pienso —observó en aquel momento el presidente de turno— que podríamos determinar en este momento una preliminar expresión de opinión. Algunos apoyan la propuesta... ¿hay alguien que se oponga? —No hubo respuesta—. ¿Hay alguien indeciso? —Tampoco hubo respuesta, aunque uno de los miembros se removió en su asiento—. ¿Deseaba usted hablar, Richard?

—Todavía no. Apoyo la propuesta; aunque hablaré más tarde sobre el particular.

—Muy bien. Así pues, parece existir unanimidad. Así se hace constar en acta. Se elegirá por votación a un instigador, más tarde. ¿Ahora, Richard?

El miembro representante general de los ciudadanos transeúntes indicó que estaba dispuesto.

—La investigación no cubre suficiente territorio.

—¿Sí?

—Cuando se propuso como un medio para persuadir a Hamilton Félix para que accediese a los deseos de los geneticistas del Estado, era suficiente. Pero ahora lo emprendemos nosotros. ¿Es cierto?

El presidente giró la vista por toda la Asamblea, recogiendo signos de aprobación de todos, excepto de la anciana Caravala, desinteresada al parecer de la cuestión.

—Sí, es verdad.

—Entonces, deberemos acometer, no precisamente uno de los problemas de la filosofía, sino todos ellos. Son las mismas razones a aplicar.

—No nos hallamos bajo la necesidad de estar conformes, ya sabe.

—Sí, ya lo sé y no estoy para ello impedido por las dificultades de la lógica verbal. Estoy realmente interesado, y estimulado por tal perspectiva. Deseo para todos nosotros la extensión de esa investigación científica.

—Muy bien. Yo también estoy interesado. Pienso que podríamos muy bien emplear los próximos días en discutirlo. Pospondré la elección del instigador hasta que determinemos el alcance de adonde queremos ir.

Mordan había intentado solicitar el ser excusado de su presencia, una vez terminada su misión; pero, ante la nueva perspectiva de las cosas, decidió continuar. Como ciudadano tenía derecho a escuchar, si así lo deseaba y, como distinguido sintetizador, nadie hubiese tenido nada que objetar a su presencia física en el círculo de aquellas discusiones.

El miembro representante general de los transeúntes, continuó:

—Deberíamos enumerar e investigar todos los problemas de la filosofía, especialmente los problemas de la Metafísica y la Epistemología.

—Yo había pensado —intervino el presidente— que la Epistemología había sido ya bastante bien establecida.

—Ciertamente, ciertamente... en el limitado sentido de estar de acuerdo sobre la naturaleza semántica de la comunicación simbólica. El discurso y otros símbolos de comunicación necesariamente se refieren a lo ya acordado, referente a los hechos

físicos, no importa cuan alto sea el nivel de abstracción, para que la comunicación tenga lugar. Más allá de eso, no podemos comunicarnos. He ahí por qué el hermano Johann y yo no podemos discutir acerca de la religión. El lleva un mundo en su propio interior y no puede explicar lo que significa... como yo llevo el mío. No podemos incluso estar seguros de que estamos en desacuerdo. Nuestras nociones sobre religión pueden ser idénticas pero no podemos hablar acerca de ello en una *completa significación*, y así lo dejamos estar.

Johann se sonrió, con su imperturbable buena condición; pero no dijo nada. Caravala levantó la vista de la costura que tenía en las manos y dijo agudamente:

—¿Se ha convertido esto en un centro de desarrollo de conferencias?

—Lo siento, Caravala. Estamos de acuerdo sobre el método de la comunicación simbólica... el símbolo, *no es* el atributo, el mapa *no es* el territorio, el sonido de las palabras *no es* el proceso físico. Vamos más allá y admitimos que el símbolo *nunca* compendia todos los detalles del proceso a que se refiere. Y concedemos que los símbolos pueden ser usados para manipular otros símbolos... peligrosa, pero útilmente. Y estamos de acuerdo en que los símbolos deberían ser estructuralmente tan similares como fuese posible a los referentes, para los propósitos de la comunicación. Hasta tal extensión la epistemología está establecida; pero el problema clave de la epistemología, *cómo* sabemos, *qué* sabemos y *qué* significa tal conocimiento, lo hemos establecido al ponernos de acuerdo en que lo ignoramos... como el hermano Johann y yo en la cosa teológica.

—¿Propone usted seriamente que lo investiguemos?

—Desde luego. Es el problema clave en el problema general de la personalidad. Existe una fuerte interconexión entre ello y el objeto de la propuesta de Mordan. Consideremos por un momento: si un hombre «vive» tras que su cuerpo haya muerto o antes de que su cuerpo haya sido concebido, *entonces un hombre es algo más que sus genes y su subsiguiente entorno*. La doctrina de la no responsabilidad personal por los actos personales ha llegado a hacerse popular a través de la suposición contraria. No entraré en las implicaciones —ello debe ser evidente para todos vosotros— por lo que respecta a la ética, la política y en cualquier campo. Pero

noten ustedes el paralelo entre el concepto mapa-territorio y carta de cromosomas-hombre. Estos problemas básicos están todos interrelacionados y la solución de cualquiera de ellos puede ser la clave para todos los demás.

—No mencionó usted la posibilidad de la comunicación directa sin los símbolos.

—Lo he presupuesto. Esta es una de las cosas que convinimos en olvidar cuando aceptamos las declaraciones semánticas como la palabra final sobre la Epistemología. Pero ello debería ser vuelto a reconsiderar. Hay *algo* en la telepatía, aun cuando no podamos medirlo ni manipular con ello. Cualquier hombre que haya estado felizmente casado lo sabe muy bien, aunque tenga miedo de hablar del asunto. Los niños, los animales y los hombres primitivos han tenido y tienen *algún* uso de esa entidad misteriosa. Tal vez hayamos sido demasiado listos. Pero la cuestión debería ser reconsiderada.

—Hablando de cuestiones filosóficas en general —intervino el miembro de New Bolívar—, ya hemos convenido en subvencionar una de ellas. El proyecto del doctor Thorgsen —el estelario balístico — el Eidouranium, le llamaría yo. El origen y destino del Universo es ciertamente un problema clásico de la metafísica.

—Tiene usted razón —dijo el presidente—. Si seguimos la propuesta de Richard, el proyecto del doctor Thorgsen debería ser incluido.

—Sugiero que no asignamos al doctor Thorgsen crédito suficiente.

—La subvención podía ser incrementada; pero no ha empleado mucho de tal subvención. Parece tener poco talento para emplear el dinero.

—Tal vez necesite ayudantes más capacitados. Ahí está Hargrave y, naturalmente, Monroe-Alpha Clifford. Monroe-Alpha se está desgastando en el Departamento de Finanzas.

—Thorgsen conoce a Monroe-Alpha. Tal vez éste no quiera trabajar en el proyecto.

—Es posible también que Thorgsen haya vacilado en solicitar su colaboración. Thorgsen es esencialmente un hombre modesto, como lo es Monroe-Alpha.

—Eso parece más verosímil.

—En cualquier caso —terminó el presidente—, tales detalles son a considerar por el instigador y no por la totalidad del Consejo. ¿Se encuentran dispuestos a emitir su opinión? La cuestión es la propuesta del hermano Richard en su más amplio sentido. Yo sugiero que pospongamos la elaboración de los detalles relativos a los proyectos hasta mañana y días siguientes. Mientras tanto, ¿se opone algún miembro de la Cámara?

No hubo ninguna oposición y por tanto un absoluto consentimiento.

—Bien, que así sea —estableció el presidente. Y sonrió—. Parece que estamos a punto de caminar por donde Sócrates anduvo gateando.

—Arrastrarse, no «caminar» —corrigió Johann—. Nos hallamos limitados de cara a los métodos experimentales de la Ciencia.

—Es verdad, es verdad. Bien, no hay que olvidar que «el que se arrastra, no tropieza». Y ahora, vamos con los demás asuntos. ¡Tenemos todo un estado que gobernar!

CAPÍTULO XII

«Adonde tú vayas...».

—¿Te gustaría dedicar parte de tu interés a un gladiador? —preguntó Félix a Phyllis.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—De la empresa de Smith Darlington... del fútbol. Vamos a ultimar el contrato y a vender este juego. Nuestro agente opina que será una excelente inversión y, verdaderamente, yo creo que tiene razón.

—El fútbol —repitió Phyllis meditativa—. Me dijiste algo relativo a eso; pero no lo comprendí bien del todo.

—De todos modos, es algo tonto. Veintidós hombres que salen a jugar a un espacio abierto y combaten a manos limpias.

—¿Por qué?

—La excusa es mover un esferoide de plástico, de pequeño tamaño, de un lugar a otro.

—¿Y qué diferencia existe entre uno u otro lugar?

—Ninguna realmente... pero es tan razonable como cualquier otro juego.

—No acabo de comprenderlo, querido —decidió Phyllis—. ¿Por qué tendría nadie que luchar si no desea matar a nadie?

—Tendrás que verlo para comprenderlo bien. Es excitante de veras. Yo me he encontrado a mí mismo gritando de entusiasmo.

—¡Tú!

—Pues sí, yo. El viejo Félix, calmoso como un gato. Voy a apoyarlo porque estoy convencido de que será muy popular. Venderemos los permisos para ver el juego físicamente y después toda clase de derechos menores, tales como su retransmisión, registro, etc. Smith tiene una gran cantidad de ideas sobre varias

combinaciones de juego entre ciudades y organizaciones, distinguiéndolas con símbolos y colores en los equipos, himnos particulares y demás. Sí, está lleno de ideas. Es un tipo extraordinario para ser un bárbaro.

—Sin duda tiene que serlo.

—Será mejor que compre una parte del negocio para ti. Es una proposición puramente especulativa que ahora puedes adquirir barata. Te haré rica con eso.

—¿Y de qué me servirá tener más dinero?

—Pues no lo sé. Podrías gastártelo en mí.

—Me parece bastante tonta la idea. Tú estás literalmente forrado de créditos y nadando en la abundancia.

—Bien, eso me trae a la memoria otro sujeto de discusión. Cuando nos hayamos casado, podrás pensar en la forma de ayudar a gastarlo.

—¿Te preocupas ahora de eso?

—¿Por qué no? Los tiempos han cambiado. No hay obstáculo alguno que se oponga. Ahora soy del mismo pensar que Mordan.

—Así me lo dijo a mí.

—¿Lo hizo de veras? ¡Por el Nombre del Huevo! ¡Todo el mundo se me anticipa! ¡No importa! ¿Cuándo estableceremos el contrato?

—¿Qué te hace pensar que lo vamos a llevar a cabo?

—¿Eh? Oye, espera un momento. Yo pensé que todo lo que nos diferenciaba era una diferencia de opinión acerca de los niños.

—Has pensado demasiado. Lo que yo dije era que jamás me casaría con un hombre a quien no le gustasen los niños.

—Pero yo entendí que te referías... —Hamilton se puso en pie y comenzó a dar vueltas, nervioso, por la habitación—. Oye, Phyllis, ¿es que no te gusto?

—Eres bastante encantador... en tu propia y terrible forma de serlo.

—Entonces, ¿dónde radica la dificultad?

Ella no respondió.

Hamilton añadió en seguida.

—No sé si hay alguna diferencia desde que piensas así; pero yo te quiero, ya lo sabes, ¿no es cierto?

—Ven aquí. —Hamilton se aproximó adonde estaba ella sentada. Ella le tomó por las orejas y le obligó a bajar la cabeza.

—Cochinito, grandísimo bribón... tenías que haber dicho eso hace ya diez minutos. —Y le besó en los labios amorosamente.

Algún tiempo después, dijo ella como en sueños:

—Oso feroz...

—Sí, cariño...

—Después de que tengamos a Theobald, tendremos una niñita, después otro chico y después tal vez otra nena.

—Humm...

Ella se puso en pie.

—¿Qué te pasa? ¿Es que no te gusta la perspectiva? —Y le miró fijamente.

—Seguro, claro que sí.

—Entonces, ¿por qué miras de esa forma tan displicente?

—Estaba pensando en Cliff. Ese pobre desgraciado...

—¿No ha encontrado todavía la pista de la chica?

—Ni el menor rastro.

—¡Oh, querido! —Y le rodeó con los brazos.

En efecto, no halló el menor signo de Marión en el Bosque de los Gigantes, aun habiendo cruzado en todas direcciones con el coche aéreo. No existía ninguna mujer registrada con el nombre de Marión. No hubo forma de hallar a nadie que pudiese identificarla con la descripción que Monroe-Alpha dio de ella. Tampoco existía ningún aparato en cuya lista de pasajeros estuviese registrado su nombre. Tampoco los propietarios de los aparatos conocían a la tal Marión. Conocían a otras mujeres de ese nombre; pero no a la Marión que Cliff buscaba. Diversas pistas le llevaron a búsquedas que le decepcionaron cruelmente.

Quedaban los Smith-Estaire, en cuya casa de la ciudad la había visto por primera vez. Consultó con la señora de la casa, tras la decepción sufrida en el Gran Parque. No, no recordaba a tal persona. «Después de todo, querido doctor Monroe-Alpha, la fiesta estaba superpoblada de gente» le respondió.

Monroe-Alpha le solicitó si guardaba la lista de invitados. Por supuesto la conservaba. ¿Qué clase de anfitriona pensaba que era ella? ¿La podría ver? Pues claro que sí. Se envió a buscarla a la secretaría.

No existía en la lista ninguna Marión.

Volvió después a la casa. ¿No se habría equivocado la señora?

No, no había error posible. Bien, la gente suele llevar a otras personas a fiestas como aquélla, ¿había pensado la señora en tal punto? De ser así, no existía registro posible alguno. ¿Podría hacer un esfuerzo por recordar? No, no podía. Era mucho pedir. ¿Sería mucho molestar si le entregaba una copia de la lista de invitados? No, claro que no, con mucho gusto.

Pero primero tuvo que escucharla.

—Se hace literalmente *imposible* conseguir sirvientes a ningún salario razonable.

¿No podría él hacer algo en su obsequio? Pero ¿de qué forma podría él hacerlo? Él era el hombre que manejaba el dividendo, ¿no era así? Pero ahí estaba lo peor. Con dividendos tan altos, nadie quería servir a nadie, a menos que no se sobornase especialmente a alguien.

Monroe-Alpha trató de explicarle a la señora que él no tenía control alguno sobre el dividendo, sino que era simplemente el matemático que funcionaba entre la realidad de los hechos económicos y el Consejo Político. Pero pudo darse buena cuenta de que la señora no le creía.

Intentó decírselo; pero se lo calló, ya que le estaba pidiendo un favor, pero quiso haberle dicho que en su caso jamás hubiera intentado servir a nadie a menos que no estuviese a punto de morir de hambre. Monroe-Alpha le sugirió la idea de que hiciese uso de la excelente automatización de los productos fabricados por su marido, suplementados por las compañías de servicio. Pero ella no quiso ni pensar en la cuestión. «Eso es tan vulgar, querido... Le digo a usted que nada reemplaza a un sirviente bien entrenado. Pienso que gentes en tal situación, deberían sentirse orgullosas de tal profesión. Yo creo que lo haría si llegara el caso».

Impaciente, pero con exquisito cuidado, Monroe-Alpha se puso a examinar la enorme lista de los invitados a la fiesta. Algunas direcciones eran de personas que vivían fuera de la capital, algunas tan lejos como en Sudamérica, Johnson Smith-Estaire era un anfitrión de categoría. Se sintió desamparado al no poder inquirir personalmente a aquellas lejanas personas. Tendría que alquilar agentes para tal servicio. Y así lo hizo. Tomó todo el crédito de que disponía... ¡el servicio personal se había puesto tan caro! E incluso tomó prestado crédito de sus emolumentos para cubrir el déficit de

la búsqueda. Dos de los invitados a la fiesta famosa habían muerto ya en el tiempo transcurrido. Puso más agentes a trabajar, investigando cuidadosamente a sus amistades, relaciones y medio ambiente, tratando siempre de localizar a una mujer llamada Marión. Procuró investigar incluso con las familias de las personas fallecidas por miedo a que se perdiese el posible rastro.

Los demás, los que vivían en la capital, fueron investigados por Monroe-Alpha en persona. Las respuestas variaban hasta el infinito.

«No, no llevamos a nadie a la fiesta de los Smith-Estaire. ¿Una mujer llamada Marión? Déjeme ver... hay tantas... Oh, ésa no, lo siento. ¿Sería Selby Marión? No, Selby Marión es una mujer menudita con el pelo rojizo... Lo lamento, amigo. ¿No quiere tomar una copa? ¿No? ¿Qué prisa tiene?».

«Ah, sí. Mi prima se llama Faircoat Marión. Hace poco apareció en un estéreo-visión. ¿No es ésa la que está buscando? Lo sentimos, siempre contento de atender a los amigos de los Smith-Estaire. Magnífica mujer la señora, ¿eh?... Y tan divertida en sus fiestas...».

«Nosotros llevamos alguien a la fiesta, ¿verdad, querida? Oh, sí, fue a Reynolds Hans. Con ella llevaba a una chica algo extraña. No, no puedo recordar su nombre, ¿te acuerdas tú, cariño?».

El doctor Reynolds no consideró la encuesta de Monroe-Alpha como ninguna intrusión. Sí, recordaba muy bien la fiesta última de los Estaire, donde lo pasó maravillosamente. Sí, en efecto, había acompañado a su prima desde San Francisco. Pues, ¡sí! Su nombre era Marión. Hartnett Marión. ¿Cómo sabía su nombre? ¡Vaya, qué interesante! Así lo había hecho él en una ocasión. Aunque había perdido el rastro de la chica, volvió a verla a la semana siguiente en otra fiesta. Pero casada, sin embargo y al parecer muy enamorada de su marido... afortunadamente.

Bueno, no, no se refería a la Marión casada, sino a la otra chica... una joven llamada Francine. ¿Tenía tal vez algún retrato de su prima? Bien, iría a mirarlo. Tal vez conservara una foto de conjunto de cuando eran chicos guardada por algún álbum. ¿Dónde estaría? Un momento, iba a buscarlo. Aquí está, esta es Marión, en la fila frontal, la segunda a la izquierda. ¿Era aquélla la chica buscada?

¡Era ella! ¡Era *ella*!

¿A cuánta velocidad podría conducir un coche aéreo? ¿Cuántas

infracciones de tráfico podría cometer sin la intervención de la patrulla aérea? ¡Pronto... pronto...!

Se detuvo un momento para tomar aliento y hacer descansar el corazón que le latía alocadamente en el pecho antes de llamar a la puerta. La mirilla le investigó antes de que la puerta se abriese dejándole paso.

La encontró sola.

Se detuvo al verla, incapaz de moverse, incapaz de hablar, con la cara pálida como un muerto.

—Vamos, entra —dijo ella.

—Tú... ¿me recibes?

—Desde luego. Te estaba esperando.

Monroe-Alpha buscó los ojos de la chica. Seguían siendo cálidos y dulces aunque algo turbados.

—No... comprendo. Traté de matarte.

—No quisiste hacerlo realmente, sé que no lo deseabas.

—Yo... pero... ¡Oh, Marión, Marión! —Y se aproximó a ella y se puso de rodillas, dejando caer la cabeza en la falda de Marión. Allí se estremeció sollozante, como el que jamás ha aprendido a llorar.

Ella le tocó en el hombro dulcemente con la mano.

—Querido... Querido mío...

Monroe-Alpha levantó finalmente los ojos y vio que el bello rostro de la chica también estaba húmedo por las lágrimas.

—Te quiero —dijo finalmente de una forma trágica, como si hiciera con ello un daño irreparable.

—Lo sé. Yo también te quiero.

Mucho más tarde, ella le dijo:

—Ven conmigo.

Él la siguió a otra habitación donde comenzó ella a darse prisa hurgando en un gran guardarropa.

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo algo de que preocuparme primero.

—¿Primero?

—Esta vez me voy contigo.

De vuelta, Monroe-Alpha empleó la frase «después de que nos hayamos casado».

—¿Tienes el propósito de casarte conmigo?

—Por supuesto. ¡Si tú lo permites!

—¿Te casarías con una control natural?

—¿Por qué no? —y lo dijo con valor, decididamente, casi sin darse cuenta.

¿Por qué no? Bien, los ciudadanos romanos, orgullosos de su patricia sangre latina, pudieron haberlo dicho igualmente. La aristocracia blanca del Viejo Sur pudo haberle explicado, en su corta historia, el por qué no. Los apologistas de la raza mística «aria» pudieron haber definido las razones. Por supuesto, en cada caso las personas, al dar sus razones hubieran tenido en la mente una «raza» diferente al explicar el horror de tal acto, pero en el fondo las razones hubieran sido las mismas. Incluso Johnson-Estaire-Smith podría haberle explicado el «por qué no» y le habría suprimido de la lista de sus amistades en vista de tal alianza. Después de todo, reyes y emperadores habían perdido sus tronos por menores mezclas de razas.

—Eso es todo lo que quería saber —dijo ella—. Ven aquí, Clifford.

Él se aproximó, un tanto confuso. Ella levantó el brazo izquierdo: allí pudo Monroe-Alpha leer las cifras tatuadas. El número de registro era... bueno no importaba. Pero la letra de clasificación no era ni la «B» de tipo básico, tal como la que él llevaba, ni la «C» de control natural. Era una «X»... un tipo experimental.

Ella se lo dijo algo más tarde. Sus tatarabuelos habían sido controles naturales.

—Por supuesto, aún queda algo —dijo Marión—. Alguna vez me resfrío, si no me cuido a tiempo de tomar las píldoras. Soy un poco chapucera, Clifford.

Uno de los hijos de sus bisabuelos había sido identificado como una mutación, más bien favorable, casi ciertamente favorable. Su mutación no era demasiado ostensible, ni fácilmente reconocible, sino más bien algo sutil, tenía que ver bastante con la estabilidad emocional. Tal vez hubiera sido más fácil decir que era mucho más civilizado de lo que cualquier hombre hubiera esperado ser. Naturalmente, se habían hecho los necesarios intentos para conservar aquella mutación. Y Marión era una de sus conservadoras.

CAPÍTULO XIII

«Menos vida privada que un pez en un acuario».

Phyllis le chilló al volver a casa.

—¡Félix!

Hamilton dejó a un lado la caja que llevaba y la besó.

—¿Qué ocurre ahora, cabeza de chorlito?

—Esto. Mira. Léelo.

«Esto» era un mensaje escrito que él leyó en voz alta y que decía: «Espartero Caravala presenta sus respetos a la señora Longcourt Phyllis y solicita de su gentileza el permiso de visitarla mañana a las cuatro y media de la tarde».

—Hum... Estás picando alto, cariño.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—¿Hacer? ¡Vaya! Pues no creo que la cosa sea difícil. Puedes servirle una taza de té o cualquier otra cosa, pues tengo entendido que bebe como un tiburón.

—¡Oso barbudo!

—¿Qué te ocurre, criatura?

—No bromeas ahora conmigo. ¿Qué debo hacer, de veras? No sé cómo tratarla. Es un miembro del Consejo Político... y creo que no sabré lo que decirle.

—Bien, forma parte del Supremo Consejo Político. Pero es humana, ¿verdad? Nuestro hogar es digno y confortable. Por lo demás, ve y cómprate un nuevo vestido, o lo que consideres conveniente.

En vez de sentirse entusiasmada, Phyllis comenzó a llorar. Hamilton la tomó en sus brazos, la besó tranquilizándola y le dijo:

—Vamos, vamos. ¿Qué dificultad existe? ¿Es que he dicho algo inconveniente?

Phyllis se calmó enjugándose los ojos.

—No. No son más que nervios, supongo. Ahora estoy bien.

—Me tienes sorprendido. Nunca habías hecho nada parecido.

—No, tampoco estuve nunca para tener un hijo, como ahora.

—Vamos, esto está bien. Bien, llora cuanto quieras, si eso te hace bien. Pero no dejes que ese fósil te domine, chiquilla. No tienes que recibirla, ya lo sabes, si no lo deseas. Puedo llamarla y decir que te resulta imposible ahora.

Ella pareció recobrase de su inquietud pasajera.

—No, no hagas eso. En realidad quiero verla. Me siento curiosa y muy halagada.

Siguieron discutiendo ambos sobre la forma en que deberían interpretar la visita, si era hecha a los dos o sólo a Phyllis. Félix se sentía enemigo de estar presente, si su presencia no era requerida, e igualmente se sentía molesto al no poder mostrar su cortesía ante tan distinguida visitante. Como había hecho resaltar a Phyllis, su hogar era tan digno y bien acondicionado como el de la honorable miembro.

Telefoneó a Mordan, ya que sabía que éste se hallaba mucho más próximo a la famosa anciana y conocía de cerca sus costumbres, para pedirle parecer.

—Ella es la Ley en sí misma, Félix. Completamente capaz de romper cualquier regla establecida de conducta cortés, si así lo decide.

—¿Tienes alguna idea de por qué viene a visitarnos?

—Ni la más mínima. Lo siento, Félix.

El propio Mordan trató también de imaginarse la finalidad de la visita, pero fue lo suficientemente honesto consigo mismo para concluir que sus suposiciones resultaban inútiles. No podía imaginarlo; sencillamente nunca había comprendido a la vieja Caravala.

Madame Espartero Caravala estableció la cuestión por sí misma. Llegó vacilante, apoyándose en un fuerte bastón. Bien sujeto a la mano izquierda, humeaba un imponente cigarro encendido. Hamilton se aproximó a ella, se inclinó respetuosamente y comenzó a decir:

—*Madame...*

Ella le miró escrutadoramente.

—Tú eres Hamilton Félix. ¿Dónde está tu esposa?

—Si *madame* desea venir conmigo... —E intentó ofrecerle el brazo para que se apoyara.

—Puedo arreglármelas sola, hijo —dijo la anciana, con poca gracia. Sin embargo, se puso el cigarro sujeto a los dientes y aceptó el brazo de Hamilton. Este se maravilló del poco peso de la vieja Caravala, a juzgar por la presión del brazo... pero la garra de sus dedos era bien firme. Una vez en el salón de estar, en presencia de Phyllis, dijo la anciana:

—Ven aquí, hija. Deja que te mire.

Hamilton permaneció confuso, no sabiendo si quedarse o salir. La vieja dama se volvió, dándose cuenta de que aún estaba presente Hamilton, y le dijo:

—Has sido muy gentil en ayudarme a venir cerca de tu esposa. Gracias, hijo.

La formal cortesía de sus palabras chocó singularmente con sus primeras observaciones. Hamilton comprendió que estaba de más en la entrevista y se marchó.

Se retiró a su despacho privado, seleccionó un libro microfilmado, lo dispuso en el proyector y se acomodó para matar el tiempo que fuese necesario. Pero se encontró a sí mismo sin la atención necesaria en el relato seleccionado. Tuvo que volver tres veces sobre el mismo tema, sin comprenderlo bien.

¡Maldita sea! Podría muy bien haberse marchado a su oficina.

Porque Hamilton tenía una oficina... ahora. El pensamiento le hizo sonreír un poco. El hombre que jamás había consentido ligarse a nada, que había dividido sus beneficios con un hombre de negocios, más bien que sentirse preocupado con las preocupaciones derivadas de los mismos. Y con todo allí estaba, casado, esperando ser padre, viviendo en la misma casa que su esposa y... ¡teniendo una oficina! Era cierto, desde luego, que la oficina nada tenía que ver con sus asuntos de negocios.

Sin darse cuenta, se encontró inmerso en la Gran Investigación que Mordan había prometido. Carruthers Alfred, antiguo miembro del Consejo hasta que se retiró para proseguir sus propios estudios, había sido elegido como instigador para el gigantesco proyecto. Y a su vez, había elegido a Hamilton, quien protestó en principio en el sentido que él no era un sintetizador, ni un científico. Sin embargo.

Carruthers le necesitaba.

—Tú estás dotado de una imaginación errática y heterodoxa —le había dicho—. Este trabajo precisa de imaginación, cuanto menos ortodoxa, mucho mejor. No tendrás necesidad de trabajar en investigaciones de rutina; para eso ya tenemos técnicos por docenas, pacientes y bien entrenados.

Félix sospechó que Mordan había tenido que ver con su elección; pero no expresó su sospecha. Mordan, como Hamilton sabía, tenía una opinión excesiva de su capacidad. Hamilton se estimaba a sí mismo como un elemento de segunda fila, hombre competente y fuerte; pero de todos modos, de segunda categoría en lo científico. Aquella carta de cromosomas de que tanto hablaba Mordan no comprendía a todo un hombre dentro de su diagrama, colgada en la pared. Él no era aquella carta cromosómica. Ni tampoco sabía mucho más de sí mismo de lo que cualquier técnico genético habría sabido mirando a través de las lentes de un microscopio.

Pero tuvo que admitir que se había sentido contento al ser invitado a formar parte del gran proyecto, aquello le interesaba. Mordan había prometido cuanto ofreció y Hamilton se dio cuenta en seguida de que el gran proyecto no se emprendía para atraparle a él y frustrar su entusiasmo, el transcripto que se le entregó lo mostraba bien claro. Por tanto, no pudo sentirse chasqueado y por el contrario, se volvió realmente interesado en el proyecto por sí mismo, mejor dicho en ambos proyectos. Tanto en el de la Gran Investigación, como en el asunto privado de Phyllis y él, y el hijo que había de venir al mundo.

Hamilton trató de imaginarse cómo sería aquel retoño.

Mordan aparentaba una completa confianza en conocerlo. Les había mostrado la carta de cromosomas diploide resultante de sus gametos seleccionados resaltando de qué forma las características de ambos padres se combinarían en el hijo esperado. Félix no estaba muy seguro, a despecho de su razonable conocimiento de la teoría genética. A pesar de aquella difícil técnica, no se hallaba muy convencido de que la fabulosa complejidad de un ser humano pudiese hallarse simplemente envuelta y preparada dentro de una microscópica burbuja de protoplasma más pequeña que la punta de un alfiler. No *era* razonable. Tenía que haber algo más que todo aquello.

Mordan parecía encontrar altamente deseable y como cosa cierta que tanto él como Phyllis poseyesen tantas características mendelianas en común. Ello —había remarcado—, no solamente hacía la tarea de la selección de gametos mucho más simple y breve, sino que también reforzaba la seguridad de tales características, genéticamente hablando. Los genes hermanados tendrían que ser similares, en lugar de opuestos.

Por otra parte, Hamilton comprobó que Mordan favoreció la alianza de Monroe-Alpha y Harnett Marión, aunque eran tan disimilares como dos personas podían ser en su caso. Hamilton comprobó la inconsistencia de sus razonamientos. Mordan había sido imperturbable en sus convicciones.

—Cada caso genético tiene una discreta individualidad. Ninguna regla genética es invariable. Ellos se complementan el uno al otro.

Era, por lo demás, algo obvio que Marión había hecho a Clifford muy feliz, más feliz de lo que jamás Hamilton le había visto ser. El gran calamidad de Monroe-Alpha. Hamilton había sido largo tiempo de la opinión de que lo que Clifford necesitaba era un ama de casa que le tuviera las cosas a tiempo, que le mantuviera dentro de casa cuando llovía, por ejemplo, o que le impulsara a salir con el buen tiempo. Naturalmente, ninguna de aquellas opiniones acerca de Clifford disminuían la devota amistad que le profesaba.

Marión parecía estar muy dotada para todas las cosas. Apenas si le dejaba fuera de su vista. Trabajaba con él.

—¿Secretaria especial? —le dijo a Monroe-Alpha cuando éste se lo dijo—. ¿Qué es lo que hace? ¿Es una matemática, acaso?

—En absoluto. No conoce nada acerca de las matemáticas... ¡pero piensa que yo soy maravilloso! —Y su cara hizo un gesto infantil. Hamilton se quedó asombrado de ver de qué forma habían cambiado las facciones y la expresión de su amigo—. ¿Quién soy yo para contradecirla?

—Cliff, si te mantienes en esa forma, todavía tendrás un gran sentido del humor.

—Ella piensa que lo tengo ahora.

—Tal vez lo tengas. Conocí a un hombre que crió una vez cardos silvestres. Afirmaba que así las flores resultaban más bellas.

—¿Y por qué pensó tal cosa? —preguntó Monroe-Alpha confuso e interesado.

—No importa eso. Bien, ¿y qué es lo que hace Marión?

—Oh, muchísimas cosas. Le sigue la pista a las cosas que olvido, me trae una taza de té por la tarde, cuida de mis cosas... Lo más importante es que siempre está aquí cuando la necesito. Cuando tengo la cabeza cansada y hay algún concepto que no capto a su debido tiempo, levanto los ojos y allí está ella, sencillamente sentada mirándome. Puede que esté leyendo sencillamente, y cuando la miro no tiene nada que decirme, sino mirarme a su vez. Te aseguro que me ayuda mucho y nunca me fatiga. —Y sonrió de nuevo.

Hamilton comprobó por primera vez que nunca había existido nada de anormal en Monroe-Alpha, excepto que el pobre bobo jamás había sido feliz. No tenía defensas contra el mundo... hasta entonces. Marión, las poseía por los dos.

Deseó haber preguntado a Cliff qué pensaba Hazel de su nueva vida; pero se abstuvo de hacerlo, a pesar de la íntima amistad que le ligaba a su amigo. Pero Monroe-Alpha pareció adivinarlo.

—Ya sabes, Félix, estaba un poco preocupado con Hazel.

—¿Y eso?

—Sabía que estaba dispuesta a pedir el divorcio, aunque nunca me lo creí del todo.

—¿Por qué no?

Monroe-Alpha se sonrojó un tanto.

—Creo, Félix, que tratas de embrollarme de nuevo. De todas formas, ella pareció positivamente aliviada cuando le dije lo de Marión. Ha decidido ahora volver a bailar.

Félix pensó con lástima que aquello sería seguramente un grave error, como lo era casi siempre que una artista retirada pensaba en volver al público. Pero las próximas palabras de Clifford le demostraron que había ido demasiado lejos en sus suposiciones.

—Fue idea de Thorgsen.

—¿De Thorgsen? ¿De tu jefe?

—Sí. Le estuvo hablando de las estaciones fronterizas, particularmente de las de Plutón, naturalmente, aunque creo que también le mencionó las de Marte y el resto, Aquellas gentes gozan de pocas diversiones, fuera de la lectura y representaciones visuales en conserva.

Hamilton sabía a qué se estaba refiriendo, aunque lo cierto es

que nunca había pensado en ello. Con la excepción de las ciudades turísticas de la Luna, no existía apenas nada que atrajese a la gente a otros planetas, excepto los propósitos de la exploración e investigación. Los pocos que allí vivían se veían obligados a llevar una vida y una existencia casi monacal. La Luna era un caso especial, naturalmente; estando prácticamente situada como un jardín a la puerta de la casa y accesible de un fácil salto en el espacio, era tan popular para unas vacaciones románticas, como lo fue en tiempos el Polo Sur.

—Ella tuvo la idea, o Thorgsen se la sugirió, de viajar con una compañía de atracciones y girar una visita a todos los puestos fronterizos del sistema solar.

—Eso no parece muy comercial.

—No tiene que serlo. Thorgsen ha considerado la cuestión como digna de ser subvencionada. Argumentó que si la investigación y la exploración eran necesarias, la moral del personal implicado en ello era una cuestión de gobierno, a despecho de la política en contra de la participación del gobierno en asuntos de entretenimiento y diversiones, cuestiones de lujo o de bellas artes.

Hamilton emitió un silbido.

—¡Maravillosa idea! Vaya, ese principio es casi tan sólido como el de los derechos civiles.

—Sí, pero también es un problema de la Constitución. Y los proyectistas políticos no son tontos. No tienen necesariamente que continuar siguiendo un precedente. Fíjate en lo que estamos metidos ahora.

—Sí, ciertamente. Y a propósito, ése era el principal motivo que me ha traído a verte. Quería saber qué tal vas con todo esto.

En aquellos días, Hamilton ya se sentía poco a poco identificado con el proyecto gigantesco de la Gran Investigación. Carruthers no le había dado instrucciones fijas, sino que le recomendó que emplease unas cuantas semanas ambientándose en el problema.

La fase que ocupaba la atención de Monroe-Alpha, el Gran Eidouranium, del proyecto Thorgsen, estaba mucho más avanzada que cualquier otro aspecto de la totalidad del proyecto general, puesto que había sido concebida por separado y anterior a la Gran Investigación, que la incluía. Monroe-Alpha habíase incorporado a ella más bien tarde; pero Hamilton estaba seguro de que su amigo

llegaría a ser la figura dominante en el proyecto.

—Hargrave está mucho más capacitado para esta clase de trabajo que yo. Estoy recibiendo instrucciones tuyas, además de otros sesenta.

—¿Como es eso? Yo creía que tú eras la figura máxima en los números.

—Yo tengo mi especialidad y Hargrave conoce cómo hacer el mejor uso de ella. Tú es que no tienes, aparentemente, idea de cuán diversa y especializada es la matemática, Félix. Recuerdo un Congreso al que asistí el pasado año, en que había presentes mil asistentes. Bien, pues apenas si había dos docenas de miembros con los cuales pude hablar o hacerme comprender.

—Hum... ¿Y qué es lo que hace Thorgsen?

—Bien, él no es muy útil en el diseño matemático; él es realmente un astrónomo, o más propiamente hablando, un medidor cósmico. Pero está siempre en contacto con el equipo y, de todas formas, sus sugerencias son siempre de gran valor práctico.

—Ya comprendo. Bien... ¿vas consiguiendo lo que te propones?

—Sí —admitió Clifford—, a menos que deseara uno disponer de una hiperesfera, una hipersuperficie o cualquier líquido de cuatro dimensiones.

—Gracias, no continúes. Ya me estás atrapando con ese lenguaje. Compruebo nuevamente que estaba equivocado... y que estás adquiriendo un verdadero sentido del humor.

—Te lo digo completamente en serio —repuso Clifford sin sonreírse siquiera—. Aunque la verdad es que no tengo la menor idea de dónde podría encontrar eso y cómo podría manipularlo de tenerlo a la mano.

—¿A qué te refieres? Vamos, habla.

—Pues... desearía construir un integrador cuatridimensional, con el que podré integrar desde la superficie sólida de un alabe cuatridimensional. Acortaríamos enormemente el trabajo si pudiésemos conseguir tal cosa. La ironía del asunto es que yo puedo describir lo que deseo construir, en simbología matemática, y perfectamente, además. Haría maravillosamente lo que ahora tenemos que hacer disponiendo sólo de integradores ordinarios de alabes tridimensionales, en una operación en que el sistema que empleamos requiere una interminable serie de cálculos. Es como

para volverse un poco chiflado... la teoría es tan clara y sencilla y los resultados tan insatisfactorios.

—Lo siento por ti. Creo que lo mejor será que sigas con Hargrave.

Hamilton se marchó tras aquella conversación. Era evidente que aquellas máquinas humanas de calcular no necesitaban nada de su persona, y que sabían muy bien lo que se llevaban entre manos. El proyecto era importante, endiabladamente importante: investigar qué había sido el Universo y lo que sería en el futuro. Pero se hallaba absolutamente cierto de que era un asunto de muchísimo tiempo y que él habría de vivir siglos para verlo concluido seguramente, lo cual era perfectamente absurdo. Clifford le había dicho de la manera más natural, sin inmutársele la cara lo más mínimo, que esperaba optimistamente que los cálculos preliminares podrían ser comprobados después de tres a tres siglos y medio después. Tras ello, podría esperarse razonablemente poder construir una máquina realmente valiosa que pudiera decir cosas que jamás habría soñado el hombre en conocer.

Por tanto, dejó la cuestión a un lado. Admiró la elegancia espiritual y el desprendimiento generoso de los hombres que eran capaces de trabajar a semejante escala; pero aquello no era para él.

La Gran Investigación en sus fases iniciales pareció caer en media docena de otros proyectos importantes, algunos de los cuales le interesaron más que otros, porque podrían mostrar sus resultados dentro del alcance de la duración de su vida. Algunos, sin embargo, eran tan colosales como la construcción del Gran Eidouranium. La distribución de la vida a través del universo físico, por ejemplo, y la posibilidad de que otra inteligencia, no humana, pudiese existir en alguna otra parte. De ser así, entonces era posible, con un extremadamente alto grado de probabilidad matemática, que algunas de tales formas de vida, al menos, estuviesen más avanzadas que el hombre. En cualquier caso podrían dar al hombre «una mano» en su educación filosófica. Podrían muy bien haber descubierto el «porqué» lo mismo que el «cómo».

Se había hecho resaltar que habría podido ser extremadamente peligroso, en el aspecto psicológico, que los seres humanos entraran en contacto con tales criaturas superiores. Aquel había sido el caso trágico de los aborígenes australianos en tiempos no demasiado

remotos de la Historia, en que, desmoralizados y hundidos por sí mismos, quedaron finalmente exterminados por su propio sentido de inferioridad ante la presencia de los colonizadores ingleses.

Pero los investigadores aceptaron serenamente el peligro; los hombres de ciencia no estaban constituidos para obrar en forma distinta.

Hamilton no estaba seguro de que ello fuese un peligro. Para algunos podría serlo; pero él no podía concebir que un hombre como Mordan, por ejemplo, perdiese su moral bajo ningunas circunstancias posibles. De todos modos, el proyecto era concebido a muy largo plazo. Primero, era preciso alcanzar las estrellas, lo que requería la invención y construcción de una nave estelar. Y aquello era una empresa grandiosa. Las grandes naves que en solitario cruzaban el espacio interplanetario, como enlace entre los diversos planetas, no eran lo bastante rápidas. Era indispensable hallar una nueva forma de propulsión, si se quería que los viajes estelares no se llevasen toda una vida, en un simple trayecto.

Que se encontraría la vida en cualquier parte del universo era cosa por descontada y segura, aunque fuesen precisos milenios de exploraciones. Después de todo, consideró Hamilton, ¡el Universo era tan grandioso! A los europeos les había llevado cuatro siglos el expandirse por los dos continentes del «Nuevo Mundo»... ¡Qué sería por la Galaxia!

Pero la vida sería hallada. No era sólo una íntima convicción, sino un hecho científicamente admisible y determinado como la más próxima inferencia de un estadio de la investigación científica. Arrhenius el Grande^[5] ya había establecido su brillante especulación, allá en los comienzos del siglo XX, en el sentido de que las potentes esporas portadoras de la vida podían ser transportadas de planeta a planeta y de una estrella a otra, por la presión de la luz. El tamaño óptimo de tales diminutas partículas, empujadas por la presión lumínica, debería ser del orden de los bacilos. Las esporas de los bacilos son prácticamente indestructibles, contra ellas nada puede el calor, el frío, ni la radiación. Permanecen, además, casi al margen del tiempo en estado letárgico, en espera de encontrar el medio adecuado ambiental para resurgir y recomenzar su ciclo biológico. Arrhenius calculó que las esporas impulsadas desde la estrella Alfa del Centauro^[6] pudieron haber

llegado a la Tierra en unos nueve mil años... lo que significa, en el espacio y el tiempo, un simple abrir y cerrar de ojos a escala cósmica.

Si Arrhenius tenía razón, entonces el universo estaba poblado por doquier y no sólo la Tierra. No importaba si la Vida se había originado primero en la Tierra, o en cualquier otro lugar, o en distintos cuerpos celestes al mismo tiempo, una vez comenzado el proceso, su extensión era cosa cierta, en el caso, claro está, de que Arrhenius estuviese en lo cierto. Ya que las esporas, alojándose y multiplicándose, ocuparían la totalidad de cualquier planeta con cualquiera de las formas de vida apropiadas para tal planeta.

El protoplasma es proteico y como Proteo, el héroe mitológico, tiene mil caras distintas. Cualquier simple sustancia protoplasmática puede convertirse en una compleja forma de vida, bajo la selección y la mutación.

Arrhenius había sido justificado espectacularmente en parte, en los comienzos de la exploración interplanetaria. La vida se había encontrado en todos los planetas excepto en Mercurio y Plutón, aunque en Plutón existían aún débiles signos de una vida primitiva del pasado. Además, el protoplasma parecía ser el mismo allí donde era hallado —increíblemente variado; pero presumiblemente relacionado—. Resultó decepcionante no haber encontrado vida inteligente en el Sistema Solar... ¡habría sido tan magnífico contar con vecinos próximos! Las pobres criaturas degeneradas y muertas de hambre, descendientes de los *una* vez poderosos Constructores de Marte, apenas si podían ser considerados como inteligentes. Un perro terrestre vulgar y común les hubiera sobrepasado en destreza y en habilidad inteligente.

Pero la más sorprendente y satisfactoria vindicación de Arrhenius se produjo al haber captado las esporas en el espacio exterior... ¡en el supuesto estéril y muerto vacío del espacio!

Hamilton se convenció de que la búsqueda y hallazgo de otras vidas inteligentes, no se produciría durante su vida sobre la Tierra. Y tampoco aquello era su fuerte. Todo lo que podría hacer sería diseñar unos cuantos ingeniosos dispositivos para servir de auxiliares mecánicos en hacer la nave más habitable; pero por lo que concernía al problema clave, la energía propulsora, se hallaba con un retraso de veinte años en la línea de tal especialización. No,

permanecería en contacto, se entrometería un poco en el asunto, y de ello informaría a Carruthers... era todo cuanto podía hacer por su parte.

Pero existían otras muchas posibilidades de investigación, ya comenzadas, cosas que tenían que ver con los seres humanos, con los hombres, en sus más esotéricos y menos estudiados aspectos. Cosas de las que nadie sabía nada y a las que Hamilton podría acometer a nivel igual a los demás. ¿Adonde va un hombre después de su muerte? Y, por el contrario, ¿de dónde procede? Tomó nota mental de esto último... y repentinamente se dio cuenta de que la mayor parte de su atención había sido dedicada a la primera parte del eterno par de preguntas sin respuesta. ¿Qué es la telepatía y cómo se aprecia? ¿Cómo es que un hombre puede vivir una vida totalmente distinta en sus sueños? Existían docenas más de tales problemas, todos ellos rehusados por la ciencia, que nunca quiso mezclarse ni intentar resolverlos, simplemente porque resultaban demasiado resbaladizos y de los que se había marchado lejos, diciendo ¡fu! como el gato. Todos ellos estaban relacionados con alguna turbulenta característica de la personalidad humana —fuese la que fuese—, y cualquiera de ellos muy bien podría conducir a una respuesta, así como a un propósito... o significado.

Hamilton sintió hacia tales cuestiones la libre y fácil actitud del hombre a quien se le pregunta si podría pilotar un cohete. «No lo sé, nunca lo he intentado». Pues bien, él lo intentaría. Y ayudaría a Carruthers a ver la cuestión, mostrándole que muchos otros trataron el asunto fuerte y consistentemente, siguiendo hasta el fin de cualquier intento en el que se pudo haber pensado, guardando para ello un meticuloso, completo y científico método de investigación. Seguirían rastreando hacia atrás el Ego humano, hasta captarlo y atraparlo, fijándolo definitivamente, si fuese posible.

¿En qué consistía el «ego»? Hamilton no lo sabía; pero estaba convencido de que existía. Algo que no consistía precisamente ni en su cuerpo ni en sus genes. Sabía que podría localizarlos, en el pequeño espacio que ocupaba su cabeza, no más allá, y en tan reducido volumen corporal. Allí era donde *él mismo* vivía, y por supuesto, todos los demás hombres.

Hamilton no podía calcular muy acertadamente por qué Carruthers lo necesitaba, ya que no estaba presente en una

conversación sostenida entre Mordan y Carruthers.

—¿Qué tal va mi joven problema? —le preguntó un día.

—Muy bien, Claude. Ciertamente, muy bien —repuso Carruthers.

—¿En qué lo estás utilizando?

—Bien... —repuso Carruthers apretando los labios— lo uso como filósofo sólo que él lo ignora.

Mordan se sonrió entre dientes.

—Mejor es que no lo sepa. Creo que se sentiría ofendido si le llamaran filósofo.

—No lo haré. Realmente, me resulta muy útil. Ya sabes qué imposibles resultan la mayor parte de los especialistas, y qué pedantes la mayor parte de nuestros hermanos sintetizadores.

—¡Tate, amiguito! Eso suena a herejía.

—¿Es cierto, verdad? Pero Félix es un tipo utilísimo. Tiene una mente ágil y sin inhibiciones. Su mente *está siempre al acecho*.

—Ya te dije que su linaje es de primera fila.

—Sí, es cierto. De vez en cuando tus chicos de la genética surgen con la respuesta adecuada.

—No siempre vamos a equivocarnos. El Gran Huevo tiene que amar a los seres humanos, para eso ha hecho tantísimos.

—El mismo argumento podría aplicarse a las ostras, y quizá mejor.

—Eso es distinto —repuso Mordan—. *Yo soy el único que ama a las ostras*. Y a propósito, ¿has cenado?

Félix dio un respingo cuando el teléfono que tenía junto al codo comenzó a zumbir. Empujó el botón de escucha y oyó la voz de Phyllis.

—Félix, cariño, ¿quisieras venir para decir adiós a *madame* Espartero?

—Voy en seguida, amor.

Hamilton volvió a la sala, sintiéndose vagamente incómodo. Había olvidado la presencia de la anciana dirigente política.

—*Madame*, tendría la bondad de permitir...

—¡Ven aquí, muchacho! —le dijo con agudeza—. Quiero verte a la luz. —Hamilton se aproximó y quedó de pie frente a ella, sintiéndose poco menos que como un chiquillo del Centro de Desarrollo frente a los médicos que se ocupan de su desarrollo

físico. ¡Condenación! La vieja le estaba mirando como si fuera un caballo y ella la compradora.

Caravala se incorporó repentinamente y afirmó con un golpe del bastón en el suelo.

—Lo conseguirás. —Y lo dijo como si aquel conocimiento le preocupara de algún modo. Se extrajo un nuevo cigarro de alguna parte de su indumentaria, se volvió hacia Phyllis y dijo—: Adiós, hija. Y gracias. —Y tras aquello se dirigió hacia la puerta.

Félix tuvo que darse prisa para abrirla y dejarla salir. Después se volvió hecho una furia hacia Phyllis.

—¡No sé cómo he podido contenerme!

—¡Vamos, Félix!

—Detesto a estas enfáticas y odiosas viejas. No acabo de comprender por qué la cortesía y las buenas formas ha de ser la obligación de los jóvenes y la rudeza el privilegio de la edad.

—Vamos, Félix. No actúa tampoco de esa forma. Yo creo más bien que es que se halla demasiado atareada y con prisa. Y es encantadora.

—Pues no actúa de esa forma.

—Oh, vamos, no quiere de ningún modo causar tal impresión. Debe hallarse bajo el imperativo de la urgencia.

—¿Por qué tiene que estarlo?

—¿No lo estarías tú... a su edad?

Hamilton no había considerado el asunto desde semejante punto de vista.

—Tal vez tengas razón. Las arenas del tiempo... y todo eso. ¿De qué estuvisteis hablando?

—Oh... de muchísimas cosas. De cuándo espero la criatura, qué nombre vamos a ponerle y qué planes tenemos para ella y cosas así.

—Apuesto a que casi todo lo habló ella.

—No, fue al contrario. Ella hizo alguna pregunta ocasional.

—¿Sabes, Phyllis? Una de las cosas que menos me gusta de todo esto, y de nuestra vida, tuya y mía, es el excesivo y molesto interés que los extraños ponen en ello. No tenemos más vida privada que la de un pez en un acuario.

—Sé a lo que te refieres; pero no creo que ella se condujera así. Hablamos cosas de mujeres. Y resultó delicioso.

—¡Hummmff!

—De todas formas, ella apenas habló de Theobald. Le dije que tenemos intención de traer una hermanita para Theobald enseguida. Y ella pareció muy interesada. Quiere saber cuándo, y qué planes haremos para *ella*, y qué nombre pensamos ponerle. No había pensado en tal cosa. ¿Qué se te ocurre a ti, como nombre bonito para una niña, Félix?

—El Gran Huevo sabe... me parece demasiado prematuro todo eso, y darse demasiada prisa. Espero que le dijeras que eso se llevaría todavía mucho tiempo.

—Sí; pero pareció decepcionada. Pero yo lo haré, después que nazca Theobald. ¿Te gusta el nombre de Justina?

—Parece bastante bien. ¿Qué tiene de particular?

—Ella lo sugirió.

—¿De veras lo dijo ella? ¿Cómo sabe que será una niña?

CAPÍTULO XIV

«... y pégale cuando estornude».

—Y ahora, Félix, no te excites.

—Pero ¡maldita sea, Claude! ¡Está ahí dentro ya demasiado tiempo!...

—No hace tanto. Los primeros niños suelen tardar en llegar.

—Pero, Claude, vosotros los biólogos deberíais haber descubierto ya algo mejor que esto. Las mujeres no deberían tener que parir sus niños con tanta dificultad.

—¿Entonces?

—¿Cómo habría yo de saberlo? Con la ectogénesis, tal vez.

—Nosotros practicaríamos la ectogénesis, si quisiéramos —repuso Mordan imperturbable—. Ya ha sido hecho. Pero sería un error.

—¿Por el Gran Huevo! ¿Por qué?

—Por naturaleza es algo contra la supervivencia. La raza dependería de una asistencia mecánica demasiado compleja para reproducirse. Llegaría el tiempo en que no fuese asequible. Los tipos de supervivencia son los que lo hacen en tiempos difíciles y en los fáciles. Una raza ectogenética no iría realmente lejos en condiciones primitivas. La ectogénesis no es nada nuevo... en realidad ha estado en uso durante millones de años.

—No, supongo que... ¿cómo? ¿Cuánto tiempo has dicho?

—Millones de años. ¿Qué es la postura de un huevo, sino ectogénesis? No es eficiente, arriesga al azar en demasía a los cigotos jóvenes. El gran pájaro bobo y el dido^[7] aún seguirían vivos de no haber sido ectogenéticos. No, Félix, nosotros, los mamíferos tenemos un método mejor.

—Está muy bien para ti el decirlo. Pero no es a tu mujer a quien

le está ocurriendo.

Mordan evitó contestar a aquello. Continuó dando conversación a Hamilton.

—Lo mismo puede aplicarse a cualquier técnica que haga la vida más fácil a expensas de su dureza y consistencia. ¿No has oído nunca hablar de los niños embotellados, Félix? No, seguramente que no, es un término ya casi olvidado. Pero tiene mucho que ver con el por qué los bárbaros desaparecieron casi totalmente tras la Segunda Guerra Genética. Todos no fueron muertos, ya sabes, siempre quedan algunos supervivientes, a pesar de lo dura que pueda ser una guerra. Pero en su mayor parte lo fueron por ese procedimiento de generarse en botellas y la generación así planeada casi desapareció por casi nada. Faltaban botellas y faltaron vacas. Sus madres no podían alimentarlos.

Hamilton levantó una mano con gesto irritado. La serena apariencia de Mordan, así se lo pareció, al hablar de tales acontecimientos, le estaba enojando.

—¡Al diablo con todo eso, Mordan! ¿Tienes otro cigarrillo?

—Tienes uno en la mano.

—¿Eh? Ah, sí, perdona. —Casi con rabia, lo arrojó y extrajo otro de su bolsillo. Mordan sonrió y no dijo nada más.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro menos diez.

—¿Nada más? Parecía mucho más tarde.

—¿No estarías más tranquilo si estuvieras ahí dentro?

—Phyllis no lo permitiría. Ya sabes cómo es, Claude... un látigo de acero. —Y sonrió; pero sin ninguna alegría.

—Vosotros sois más bien dinámicos y positivos.

—Oh, vamos tirando. Ella me deja hacer las cosas a mi manera y más tarde descubro que he hecho precisamente lo que deseaba que hubiera hecho.

Mordan no tuvo dificultad en reprimir la sonrisa. Ya estaba comenzando a imaginar el porqué de la demora. Se dijo a sí mismo que su interés en aquello era puramente científico e impersonal. Pero no parecía serlo, ciertamente.

En aquellos instantes se descorrió la puerta y una asistenta les dijo con expresión alegre:

—Ya pueden entrar.

Mordan estaba más cerca de la puerta, e hizo intención de pasar primero. Hamilton alargó el brazo y retuvo a su amigo por el hombro.

—¡Eh! ¿Quién es el padre en este asunto? —Y pasó por delante—. Tú tienes que esperar tu turno.

Ella parecía un poco pálida.

—Hola, Félix.

—Hola, Phil. —Y se inclinó sobre ella—. ¿Te encuentras bien?

—Claro que sí, para eso estoy aquí, para hacerlo bien. Vamos, borra esa mala cara que tienes. Después de todo, tú no inventaste la paternidad.

—¿Estás segura de que todo ha ido bien?

—Sí, tonto. Tengo que parecer una facha.

—No, estás muy guapa, como siempre.

Una voz próxima a su oído le dijo:

—¿No quiere usted ver a su hijo?

—¿Eh? Oh, sí, claro que sí. —Se volvió y miró. Mordan se apartó dejándole paso. La enfermera sostenía el bebé en sus brazos; pero sin soltarlo. El bebé parecía ser un niño normal; pero aquel color casi naranja de la piel... Bien, no lo sabía. Quizá fuera normal.

—¿No merece tu aprobación? —preguntó Phyllis vivamente.

—¿Eh? Ah, sí, seguro, seguro que sí. Es una criatura muy hermosa. Se parece a ti.

—Los niños recién nacidos no se parecen a nadie, sino a otros recién nacidos.

—¡Vaya, maestro Hamilton —intervino la enfermera— de qué forma está usted sudando! ¿No se siente bien? —Y cambiándose el bebé con verdadera pericia al otro brazo, le mostró una toalla para que se secase el sudor de la frente—. Tómelo con calma. Llevamos setenta años en este mismo lugar y nunca hemos perdido a ningún padre.

Hamilton intentó decirle que ya era mayor cuando el establecimiento era nuevo; pero se contuvo. Se sintió un poco inhibido, cosa rara en él.

—Nos llevaremos el niño fuera durante un rato —dijo la enfermera—. No permanezcan demasiado tiempo.

Mordan se excusó cortésmente y se marchó.

—Félix —dijo ella pensativamente—. He estado pensando en

algo.

—¿Y eso?

—Tenemos que mudarnos.

—¿Por qué? Pensé que te gustaría nuestro hogar.

—Y me gusta. Pero deseo un lugar en el campo.

Hamilton pareció sentirse momentáneamente sorprendido.

—No, querida, ya sabes que yo no soy un tipo bucólico.

—Tú no te mudarás si no lo deseas. Pero Theobald y yo sí que lo haremos. Quiero que se revuelque por el suelo, que tenga un perro y muchas otras cosas más.

—Pero ¿para qué una medida tan drástica? Todos los Centros de Desarrollo tienen aire, luz del sol y jardines.

—No quiero en absoluto que pase su tiempo en ningún Centro de Desarrollo. Son necesarios, sin duda; pero no existe sustituto para la vida de la familia.

—Yo me crié en un Centro de Desarrollo.

—Puedes echar una mirada al espejo...

El chiquillo fue creciendo de una forma nada espectacular. Se arrastró por el suelo a gatas a una edad razonable, trató de ponerse en pie, se quemó los dedos unas cuantas veces y trató de engullirse la ración usual de extraños objetos intragables, que suelen tratar de hacer todos los crios.

Mordan parecía satisfecho. Y Phyllis también. Félix no tenía un criterio muy seguro del particular.

A los nueve meses Theobald intentó pronunciar unas cuantas palabras, y después cerró la boca por una larga temporada. A los catorce meses, comenzó a hablar ya en frases completas, cortas y con arreglo a su particular estructura del lenguaje; pero frases al fin y al cabo. El sujeto de su conversación, o más bien, sus declaraciones, eran consistentemente egocéntricas. Todo ello normal, naturalmente; nadie esperaría que un niño de esa edad escribiese ensayos sobre las bellezas del altruismo.

—¿Y eso es tu super-niño, verdad? —dijo Hamilton un día a Mordan, mientras Theobald se revolcaba por el suelo casi desnudo y trataba de arrancarle las orejas a un perro medio indignado y, por lo visto, poco dispuesto a colaborar con el nene en tal propósito.

—Pues, sí.

—¿Y cuándo comenzará a hacer sus milagros?

—No hará ningunos milagros, Félix. No es nada único en ningún respecto, es sencillamente la mejor criatura que hemos podido concebir en todos los aspectos genéticos. Es uniformemente *normal*, en el mejor sentido de la palabra... más bien óptimo.

—Humm. Me alegro que no tenga tentáculos que le salgan de las orejas o una cabeza monstruosa o algo parecido. Ven aquí, hijo.

Theobald ignoró a su padre. Podía muy bien aparentar estar sordo cuando le convenía, parecía encontrar particularmente difícil oír la palabra «no». Hamilton se levantó del sillón que ocupaba y le recogió del suelo. No tenía ningún propósito determinado, sino acunarlo en sus piernas y distraerse un poco con el nene. Theobald se resistió a separarse del perro durante unos instantes, y después aceptó el cambio de situación. Era capaz de mostrarse furioso cuando las cosas no le convenían y volverse extremadamente díscolo.

Incluso hasta llegar a morder. Hamilton llegó ya a tener la experiencia de aquel nuevo aspecto de su hijo, en su mes decimoquinto. Phyllis le había amonestado severamente para que no volviese a morder más, so pena de una buena zurra; pero Hamilton conservó una pequeña aunque permanente cicatriz en el dedo pulgar izquierdo.

Hamilton se sentía casi desordenadamente inclinado hacia el crío, aunque resultaba beligerante a primera intención. Le hería íntimamente que el niño no se preocupase por él y estuviese en cambio dispuesto a aceptar juguetes o regalos del «tío Claude», o de otro extraño cualquiera, cuando daba la casualidad de que se hallaba en forma de aceptar cualquier cosa.

Por consejo de Mordan y decisión de Phyllis —Félix no tuvo voto en aquel asunto— ella le recordaba que *ella*, y no él, era una psicopediatra y así Theobald no fue enseñado a leer antes de los treinta meses de edad, aunque por comprobaciones experimentales, mostró que podía comprender las ideas básicas de los símbolos abstractos. Phyllis empleó la extendida técnica de conseguir que el chiquillo comprendiese las características abstractas de los símbolos agrupados, mientras le hacía resaltar las diferencias individuales. Theobald se mostró más bien aburrido con el asunto y pareció no

hacer progresos durante las primeras tres semanas. Después, pareció súbitamente darse cuenta de que en aquello había algo especial dedicado a él, al reconocer aparentemente su propio nombre en una carta recibida desde la oficina de Félix.

Nueve semanas tras haber comenzado la instrucción, ésta terminó. El leer era un arte adquirido, la futura instrucción la iría adquiriendo sobre la marcha. Phyllis le dejó estar y restringió sus esfuerzos en la cuestión de la lectura, en la que progresó de una forma impresionante.

Hamilton se preocupó por la obsesión del chiquillo en todo lo impreso. Phyllis le aconsejó que no se preocupase.

—Ya se le pasará. Hemos extendido repentinamente su campo psicológico, y tiene que explorarlo durante un cierto tiempo.

—Pues conmigo no ocurrió así. Yo leía mientras me ocupaba de cualquier otra cosa. Para mí ha sido como un vicio.

La criatura leía con cierto balbuceo y con cierta subvocalización, acudiendo por supuesto, en demanda de ayuda cuando se encontraba alguna nueva palabra para él, no bien definida por el contexto. Un hogar no estaba tan bien equipado para una educación extensional como un Centro de Desarrollo. En el Centro no aparecía ninguna palabra nueva que no estuviese representada por ejemplos que pudiesen ser bien captados.

Pero Theobald siguió adelante con sus primeras letras, aunque su hogar, confortablemente grande, habría tenido que tener el tamaño de un museo para acomodar los ejemplos en grupos de cualquier referencia sobre las que inquiría constantemente. Los recursos de Phyllis se alargaron hasta el límite; pero tropezó con el principio cardinal de la pedagogía semántica: no definir nunca un nuevo símbolo en términos de otros ya conocidos, siempre que fuese posible en su lugar, aclararlo, en su propia referencia.

La memoria eidética del chiquillo se hizo primero evidente en relación con la lectura. Leía rápidamente, aunque con ciertas dificultades y siempre recordaba cuanto había leído. Para él no existía la normal costumbre de los niños de prendarse de un libro determinado y volver a releerlo una y otra vez. Una vez leído uno, ya se quedaba convertido en papel viejo que había que tirar al canasto y empezar con otro nuevo.

—¿Qué es lo que significa «infatuado», mamá? —Hizo esta

pregunta en presencia de su padre y de Mordan.

—Hum... —comenzó ella con precaución—, dime qué palabras has encontrado en relación con esa.

—No es que yo me sienta simplemente infatuado contigo, como parece pensar esta vieja cabra de Mordan. Tampoco entiendo esta otra. ¿Es que el tío Claude es una cabra? Pues no lo parece.

—¿Qué es lo que el chiquillo ha estado leyendo ahora? —preguntó Hamilton. Mordan no dijo nada y le hizo una seña con el codo.

—Creo que sé lo que es —dijo Phyllis aparte a su marido. Y volviéndose hacia el niño, le preguntó—: ¿Dónde lo encontraste? Vamos, díselo a mamá.

Ninguna respuesta.

—¿Estaba en el escritorio de mamá? —Ella sabía que había estado allí, donde guardaba secretamente una serie de cartas y de recuerdos de los días anteriores en que ella y Félix habían resuelto sus diferencias. Y ella tenía la costumbre de volverlas a leer privada y secretamente—. Vamos, díselo a mamá.

—Sí.

—Eso se pasa de castaño oscuro, ya sabes.

—No me viste cogerla —repuso el crío triunfalmente.

—No, eso es verdad. —Ella pensó rápidamente. Phyllis deseaba alimentar la fe del chiquillo; pero ponerle freno a la desobediencia. Para estar seguros, la desobediencia era más frecuentemente una virtud que un pecado; pero... Oh, bien ella pondría en orden la cuestión.

—Este chiquillo parece no tener el menor sentido moral en ningún aspecto —murmuró Hamilton.

—¿Lo tienes tú? —y se volvió hacia Theobald.

—Había muchas más, mamá. ¿Quieres oírlas?

—No, ahora no. Contestaré primero tus dos preguntas.

—Pero, Phyllis... —interrumpió Félix.

—Espera, Félix. Tengo que responder a sus preguntas.

—Supongamos que tú y yo nos damos una vuelta por el jardín para fumarnos un cigarro —sugirió Mordan—. Phyllis estará un rato bastante ocupada.

Sí, bastante ocupada. «Infatuado» era en sí mismo un término algo difícil para un chiquillo, pero ¿cómo explicarle a sus cuarenta

y dos meses el alegórico uso de los símbolos? Phyllis no tuvo todo el éxito que hubiera deseado, Theobald se refirió a partir de entonces a Mordan indistintamente como «tío Claude» o «la vieja cabra».

La memoria eidética es una característica recesiva mendeliana. Tanto Phyllis como Félix tenían tal cualidad en su grupo genético procedente de un antepasado, y Theobald lo tenía de sus dos padres, por selección. La potencialidad enmascarada como recesiva en ambos progenitores, resultaba por tanto efectiva en el chiquillo. Los términos «recesivo» y «dominante» son relativos, los dominantes no anulan a los recesivos como los símbolos de una ecuación. Tanto Phyllis como Félix tenían una excelente memoria, fuera de lo usual, pero la de Theobald era algo cerca de lo perfecto.

Las características recesivas mendelianas son corrientemente indeseables y la razón es simple. Las características dominantes van siendo suprimidas por la selección natural en cada generación. La selección natural (la condena a muerte de los pobremente equipados) oscila intermitentemente en uno u otro sentido, de una forma inexorable como la entropía. Una característica dominante mala, realmente mala, sería erradicada fuera de la raza en pocas generaciones. Las peores dominantes aparecen solamente como mutaciones originales, ya que o bien matan a sus portadoras o impiden la reproducción. El cáncer embrionario es una de ellas, y la completa esterilidad es otra. Pero una recesiva puede pasar de generación en generación, enmascarada y no sujeta a la selección natural. Llegará un tiempo en que un niño reciba, de una determinada generación, las recesivas de ambos progenitores y surge potente, más potente que nunca. He ahí por qué los primeros geneticistas hallaron tan difícil eliminar tales recesivas como la hemofilia y la sordomudez; resultaba imposible, hasta que los genes en cuestión fueron registrados en cartas por medios extremadamente difíciles, indirectos e inferenciales, hasta poder decir si un adulto en perfecta salud se hallaba o no «limpio». Pero podía pasar sutilmente a sus hijos. Nadie lo sabía.

Félix preguntó a Mordan por qué, en vistas de la mala reputación de las recesivas, la memoria eidética daba la casualidad que constituía una recesiva más bien que una dominante.

—Te responderé de dos formas —dijo Mordan—. En primer lugar, los especialistas aún siguen discutiendo del porqué algunas

cosas son recesivas y otras dominantes. En segundo lugar, ¿por qué llamar a la memoria eidética un rasgo deseable?

—Pero... ¡Por el Gran Huevo! ¡Tú seleccionaste eso para el niño!

—Para estar seguros, efectivamente, lo seleccionamos para tu hijo. «Deseable» es también un término relativo. ¿Deseable para *quién*? La memoria completa de las cosas es una gran riqueza sólo si se tiene mente para utilizarla; en caso contrario es una maldición. Se hallaron tales casos antes de tu época y la mía, ocasionalmente, pobres criaturas que aparecían aplastadas bajo su propia experiencia; capaces de distinguir todos los árboles uno a uno e incapaces de hallar el bosque, además de llevar una vida anodina y olvidados de los demás. No necesitaban recordar mucho y no lo hacían. Pero con Theobald es diferente.

Habían estado hablando en la oficina de Mordan. Este tomó de su escritorio un archivo de memorándums arreglados sistemáticamente, de quizás un millar de cartas, y se dirigió a Hamilton.

—¿Ves esto? Aún no los he mirado, son los datos con que los técnicos me informan debidamente de sus trabajos. —Y tomó el paquete de documentos y los esparció limpiamente tirándolos al suelo.

—Los datos siguen ahí todavía, pero ¿cómo utilizarlos ahora?

Presionó un botón de su escritorio y entró inmediatamente el secretario del archivo.

—Albert, ¿quiere tener la bondad de volver a poner todo eso en orden? Lamento que se me hayan caído de las manos.

Albert pareció sorprendido; pero repuso en el acto.

—Desde luego, jefe —volviendo a recoger el material esparcido.

—Theobald tiene el poder cerebral, para hablar sencillamente, de arreglar sus propios datos para estar en condiciones de encontrarlos cuando los necesita y para usarlos. Estará capacitado para saber lo que desea y la relación que guarda con sus distintas partes, abstrayendo de esa masa de datos los detalles significativos que precise. La memoria eidética es un rasgo deseable en *él*.

Aquello sería cierto, sin duda; pero a Hamilton no se lo parecía así. Conforme el chiquillo crecía, fue desarrollando un molesto hábito de corregir a sus padres por la más pequeña minucia, en las que parecía ser de una agudeza desconcertante. «No, madre, no

ocurrió el último miércoles, fue el jueves pasado. Lo recuerdo porque fue el día en que papá me llevó a pasear más allá del estanque, y vimos a una señora muy guapa vestida con un bonito vestido verde. Papá sonrió y ella se detuvo a preguntarme cómo me llamaba y le dije que mi nombre era Theobald, que el de papá era Félix y que tenía cuatro años y un mes de edad. Papá se puso a reír y ella rió también y entonces papá dijo...».

—Está bien, está bien —intervino Hamilton—. Tienes razón. Fue el jueves pasado. Pero no es preciso corregir a las personas por cosas como ésa.

—¡Pero cuando están equivocadas tengo que decírselo!

Félix le dejaba ir; pero reflexionó que a Theobald le sería necesario ser extremadamente rápido con una pistola cuando se hiciese mayor.

En Félix se desarrolló una arraigada afición a la vida del campo. De no ser por sus atenciones y servicios a la Gran Investigación, hubiese emprendido serios trabajos en la horticultura. Resultaba bello y producía una gransatisfacción poder construirse un hermoso jardín, al gusto y al capricho de uno mismo y con sus propias manos.

Habría empleado todas sus vacaciones y días libres alrededor de sus plantas si Phyllis le hubiera ayudado. Pero los fines de semana y vacaciones de ella eran menos frecuentes que los suyos, ya que se dedicó por entero a uno de los Centros de Desarrollo tan pronto como Theobald fue lo suficientemente grandecito para no necesitar cuidados especiales. Y cuando disponían de un día festivo, a ella le gustaba marcharse a cualquier parte, una excursión campera a cualquier hermoso lugar, usualmente.

Tenían que vivir cerca de la capital, a causa del trabajo de Félix; pero el Pacífico se encontraba sólo a unos quinientos kilómetros de distancia. Entonces empaquetaban un buen almuerzo, se llegaban a sus hermosas playas, se bañaban, tomaban el sol pródigamente y después comían.

A Félix le gustó conocer la reacción del crío la primera vez que vio el océano.

—Bien, hijo, aquí está. ¿Qué piensas de este gran océano?

—Me parece muy bien —repuso lacónicamente.

—¿Eso es todo?

—El agua parece tranquila. Y el Sol debería estar por allí y no aquí. Y ¿dónde están esos grandes árboles?

—¿Qué grandes árboles?

—Esos grandes árboles delgados con muchas ramas en la copa.

—Humm... ¿y qué hay de malo en el agua?

—No es *azul*.

Hamilton se volvió adonde Phyllis se hallaba descansando tumbada en la arena.

—Puedes decirme si Baldy ha visto alguna vez en los estéreos palmeras reales... sobre una playa, ¿una playa tropical, tal vez?

—No que yo sepa. ¿Por qué?

—Trata de recordar. ¿Has empleado alguna vez esa imagen para darle alguna explicación sobre el mar?

—No, estoy segura que no.

Ella rebuscó cuidadosamente en su excelente y bien dispuesta memoria.

—No, tendría que recordarlo con seguridad. Jamás le habría puesto tal imagen ante los ojos sin habérselo explicado convenientemente.

El incidente ocurrió antes de que Theobald hubiese entrado en el Centro de Desarrollo; lo que hubiera visto, habría tenido que ser en la casa. Por supuesto que era posible que lo hubiese visto en algún momento en la televisión; pero corrientemente no se la dejaban ver y ninguno de los dos recordaba tal escena. No obstante, resultaba condenadamente divertido.

—¿Qué ibas a empezar a decir, querido?

Hamilton repuso sencillamente:

—Nada, absolutamente nada.

—¿Qué clase de «nada»?

Hamilton sacudió la cabeza.

—Es demasiado fantástico. Mi mente erraba sin tino.

Se volvió hacia el chico e intentó empujarle a ciertos detalles que le ayudasen a descubrir el misterio. Pero Theobald no hablaba. De hecho, ni siquiera escuchaba.

En otra ocasión similar, pero mucho más tarde, ocurrió otro incidente más productivo. Félix y el chico habían estado tirándose al agua desde la orilla hasta cansarse. Al menos Félix lo estaba. Y se pusieron a descansar sobre la arena, dejando que el sol les secara el

cuerpo mojado de agua. En seguida, la sal, al secarse, comenzó a picarle en la piel, como siempre solía ocurrirle.

Félix rascó a Theobald entre los omóplatos, reflexionando sobre la gatuna naturaleza del chico en muchos aspectos, incluso en la sibarítica forma en que aceptó aquel pequeño placer. Sólo que por unos instantes se mostraba tan satisfecho con que le dieran aquel gusto, para aparecer momentos después tan distante como un gato persa. O decidir abrazarse a él.

Después Félix se puso boca abajo. Theobald se le acercó para devolverle el favor. Félix comenzó a sentirse también gatuno...; ¡daba tanto gusto! Y comenzó a darse cuenta de un curioso e inexplicable fenómeno.

Cuando cualquier ser humano le había prestado el gran servicio, de rasarle la piel, delicioso como era en sí, *jamás* había acertado en el sitio justo. Con una torpeza irritante, a despecho de la más cuidadosa indicación, el rascador siempre lo hacía o un poco más arriba, o más abajo, o alrededor del sitio exacto; pero nunca, nunca en el verdadero lugar, hasta que frustrado realmente, él mismo se tenía que ver obligado a casi dislocarse el hombro para hacerlo por sí mismo.

Félix no había dado al chiquillo la menor instrucción sobre el particular. De hecho casi estaba quedándose dormido bajo la extática relajación de los cuidados de su hijo, cuando algo le llamó repentinamente la atención.

Theobald estaba rascándole en el lugar exacto.

Sí, lo hacía en la pequeña área en que la piel le picaba bajo la acción de la sal, un área de sensaciones, fuera de la cual, hubiera resultado inútil la acción del chico. Aquello era algo a discutir con Phyllis. Se levantó y fue a decírselo, sugiriéndole al muchacho que fuese a darse una vuelta por la playa para que no oyese la conversación que sostendría con la madre.

—Phyllis...

—¿Sí, Félix?

—¿Qué clase de persona puede rascar en donde a otra persona le pica?

—Un ángel.

—No, en serio.

—Bien, dímelo.

—Lo sabes tan bien como yo. ¡Este chiquillo es un telépata!

Ambos miraron a la playa donde jugueteaba una pequeña y tostada silueta afanándose en sus juegos cerca del agua.

—Sé lo que la gallina siente cuando empolla a sus polluelos — dijo Phyllis. Y se puso rápidamente en pie—. Voy a mojarme y a que la sal se me seque en la espalda. Tengo que descubrir algo de lo que me has referido.

CAPÍTULO XV

«Probablemente, un callejón sin salida...».

Hamilton Félix se llevó el pequeño a la ciudad al día siguiente. Existían muchos elementos agregados a la Gran Investigación, que conocían muchas cosas relacionadas con el asunto, que ignoraban tanto Phyllis como él. Instaló al chiquillo en su propia oficina, le entregó un libro ilustrado y llamó por teléfono a Jacobstein Ray. Jacobstein tenía a su cargo el equipo investigador de la telepatía y los fenómenos con ella relacionados.

Explicó a su amigo que no podría abandonar la oficina por el momento. Le rogó si podría venir por ella, a menos que no estuviese demasiado ocupado. Jacobstein se presentó a los pocos minutos. Los dos hombres se reunieron en un despacho aparte del chiquillo y Félix le explicó lo sucedido en la playa, sugiriéndole que observara lo necesario en la criatura.

Jacobstein pareció realmente interesado.

—Pero no esperes mucho de esto —le advirtió—. Ya hemos evidenciado la telepatía en los niños pequeños una y otra vez, bajo circunstancias que establecen estadísticamente la certidumbre de que están recibiendo información al margen de cualquier medio físico. Pero nunca ha sido posible controlar este asunto, el niño jamás fue capaz de explicar lo sucedido y esta capacidad va desvaneciéndose hasta anularse a medida que crece y se hace más coherente. Parece marchitarse al igual que la glándula timo.

Hamilton manifestó su sorpresa.

—¿La glándula timo? ¿Tiene acaso alguna relación?

—No. Empleé la palabra sólo como una figura de expresión.

—¿Y no podría serlo en realidad?

—Me parece de lo más inverosímil.

—Todo acerca de este asunto parece de lo más inverosímil. ¿Qué te parece si le pusiéramos en observación por un buen biostático y uno de tus ayudantes?

—Lo haré si lo deseas.

—Bueno. Vamos a intentarlo. Probablemente será un callejón sin salida; pero nunca se sabe.

Permítasenos decir en seguida que, en efecto, *era* un callejón sin salida. Nunca se obtuvo nada con ello, sino el añadir algo más a la enorme masa de información negativa que constituye el cuerpo del conocimiento científico.

Félix y Jacobstein volvieron al despacho en que Theobald estaba sentado y leyendo. Comenzaron por sentarse ellos mismos, para colocarse al mismo nivel del chiquillo y Félix hizo la presentación con la debida atención a la enorme y vulnerable dignidad de un muchacho. Después añadió:

—Mira, hijo, papá quiere que vayas con Jake y le ayudes en algunas cosas durante una hora o así. ¿Qué te parece?

—¿Por qué?

La pregunta era dura y a la defensiva. Con una mentalidad aparentemente menos desarrollada que un adulto había hallado el óptimo procedimiento para zafarse de la experimentación.

—Jake desea hallar algunas cosas de la forma en que trabaja tu mente. Hablará contigo de este asunto. ¿Querrás... ayudarle?

Theobald pareció pensar sobre el particular.

—Le haré el favor a papá.

Phyllis tenía que habérselo advertido. Theobald parecía más bien lento en alcanzar el grado de integración social necesario para apreciar la fría satisfacción de conferir beneficios a los demás.

—¿Y me harás tú también un favor? —preguntó contraatacando.

—¿Qué es lo que deseas?

—Un gran conejo macho de grandes orejas.

El chiquillo había estado criando conejos con la asistencia de algún adulto; pero sus grandiosos planes se habían reducido a llenar la casa de una serie de gordos y peludos roedores. No obstante, Hamilton se sintió aliviado de que el favor solicitado no fuese tan importante.

—Tenlo por seguro, hijo. Lo tendrás inmediatamente.

Theobald no respondió, se incorporó significando con ello que

estaba dispuesto y salió con Jacobstein.

Tras haberse marchado, Hamilton consideró el asunto por un momento. Un nuevo conejo macho estaba bien; no le habría importado de igual manera si en su lugar hubiera pedido una coneja. De todos modos, tendría que tomar una determinación en relación con los peludos roedores, y pronto, ya que de lo contrario podría considerar el jardín de la casa arruinado por completo.

Theobald parecía haber descubierto, con su activa y total dedicación y la colaboración de sus conejos, un interesante pero totalmente erróneo concepto neo-mendeliano de las características heredadas. ¿Por qué, deseaba saber, las conejas blancas solían tener a veces conejitos marrones? Félix le hizo resaltar que un macho marrón tendría que ver en tal cuestión, pero pronto parecía atollarse y volvía sobre Mordan acerca del particular, aceptando de éste las explicaciones adecuadas. Por lo visto, Theobald estaba ahora dispuesto a conseguir un macho de grandes orejas. El chiquillo había formulado un interesante y decididamente especializado sistema aritmético para conservar los registros de los conejos, basado en la proposición de que uno más uno hacen, al menos, cinco. Hamilton lo había descubierto al encontrar los símbolos en el cuaderno de notas del chico, que conservaba cuidadosamente oculto. Theobald interpretó tales signos para él, con ostensible disgusto.

Hamilton mostró aquellos registros a Monroe-Alpha en la inmediata ocasión en que él y Marión aparecieron en casa. Lo había considerado como un divertido e insignificante pasatiempo; pero Clifford lo tomó con su grave seriedad.

—¿No crees que ya va siendo tiempo de que empiece a estudiar aritmética?

—Vamos, no creo que sea preciso todavía. Creo que es algo pronto aún, apenas si podría comprender el análisis matemático.

Theobald ya iba siendo guiado por la ruta convencional de la geometría generalizada para niños, el análisis y el cálculo. Naturalmente, no se había confrontado con la tediosa, pesada y especializada práctica aritmética mnemónica... apenas si era poco más que un bebé.

—Y no creo que sea demasiado niño para eso. A su edad, yo había diseñado ya un sustituto para las notaciones posicionales.

Creo que Theobald podrá hacerlo también.

Monroe-Alpha no estaba advertido de la memoria eidética del chiquillo y Hamilton lo dejó pasar. No tenía la intención de decirle a Monroe-Alpha nada acerca de Theobald con respecto a su base genética. Aunque la costumbre no impedía discutir tales cosas, el buen gusto sí. Era mejor dejar solo al chiquillo, respetando su vida privada infantil. Él y Phyllis sabían que los geneticistas tenían conocimiento de todo y de que se trataba de un ejemplar de primera fila en su linaje. Llegó a lamentar aquello, ya que implicó visitas de intrusos tales como la de la vieja Caravala.

Theobald no sabía nada o muy poco de su herencia ancestral hasta que fuese un hombre hecho y derecho. Sería mejor que lo supiera a la edad en que el mismo Félix fue advertido por Mordan sobre su significación racial.

Era mucho mejor así. La pauta de las características heredadas de un hombre eran racialmente importantes e inescapables de todas formas; pero el pronto y excesivo conocimiento del hecho y el mucho pensar sobre el particular podrían tener un efecto sofocante sobre el individuo. No había más que mirar a Cliff, a punto de volverse chiflado a fuerza de tanto pensar en sus abuelos. Bueno, aquello ya lo había arreglado Marión...

No, no era bueno hablar mucho de tales cosas. El mismo Hamilton había hablado demasiado de aquello algún tiempo antes y lo cierto es que lo había lamentado desde entonces. Había estado diciéndole a Mordan su propio punto de vista acerca de Phyllis en el caso de tener más hijos... tras que llegase la nena, por supuesto. Phyllis y él no se habían puesto todavía de acuerdo y Mordan había vuelto a ver a Phyllis.

—Me gustaría que tuvieras, al menos, cuatro hijos, preferiblemente, seis. Más sería mejor aún; pero probablemente no habría tiempo suficiente para seleccionar convenientemente tal cantidad.

Hamilton casi explotó.

—Me parece que te gusta hacer planes con demasiada facilidad... para las demás personas. No tengo entendido que tú hayas hecho nada en tal sentido. Tú también eres un elegido en tu linaje, ¿y qué? ¿Es ésta una proposición de un solo sentido?

Mordan, como siempre, había conservado su serenidad.

—No he hecho nada para evitarlo. Mi plasma germinal está depositado y disponible, si es deseado. Todos los moderadores del país conocen mi carta de cromosomas, en la forma rutinaria usual.

—Pero queda el hecho de que tú no has hecho mucho personalmente para tener chicos.

—No, es cierto. Martha y yo tenemos tantos en nuestro distrito, y tantos por venir que apenas si tenemos tiempo para concentrarnos en uno solo.

De aquella conversación y peculiar fraseología, Hamilton se sintió repentinamente inclinado a decir algo.

—Oye, tú y Martha estáis casados, ¿*no es verdad?*

—Sí. Hace veintitrés años.

—Bien, entonces... pero...

—No *podernos* —repuso Mordan sin rodeos, sin perder nada apenas de su calma habitual—. Ella es una mutación... estéril.

Las orejas de Hamilton se pusieron rojas al pensar que por irse tanto de la lengua había obligado a aquel extraordinario amigo a revelar desnudamente algo tan íntimo y particular de su vida privada. Nunca había imaginado la verdadera relación existente; Martha *nunca* llamaba Claude otra cosa que «jefe», no empleaba palabras íntimas ante la gente ni dejaba entrever nada en sus maneras en público. Sin embargo, aquello explicaba muchísimas cosas, la íntima cooperación entre el técnico y el sintetizador, el hecho de que Mordan se hubiese dedicado a la genética tras haber comenzado una brillante carrera en la administración social y la intensa y paternal dedicación e interés en sus obligaciones.

Y diose cuenta, no sin cierta sorpresa, de que Mordan y Martha eran tan padres de Theobald como Phyllis y él mismo; padres adoptivos, padrinos. Padres mediadores habría sido el justo término. Y eran padres mediadores de cientos y de miles de criaturas, seguramente que no sabría calcular la cifra.

Bien, tendría que ocuparse de su trabajo y volver a casa pronto a causa de Theobald. Volvió a su escritorio. Un memorándum captó su mirada, escrito de él mismo para él mismo. Hum... Mejor sería hablar con Carruthers. Le llamó por teléfono.

—¿Jefe?

—¿Sí, Félix?

—Estuve hablando con el doctor Thorgsen el otro día y tengo

una idea... aunque quizá no tenga demasiada importancia.

—Vamos, adelante.

Hamilton le explicó que, allá en Plutón, la temperatura es bajísima y terriblemente fría. Raramente sube por encima de los 18 grados centígrados *absolutos* incluso en la cara expuesta al Sol. Y eso, refiriéndose al mediodía y de cara a la luz. La mayor parte de la maquinaria de los observatorios se hallaba expuesta a tan intenso frío. Máquinas y dispositivos que funcionaban perfectamente en la Tierra no funcionaban en Plutón y viceversa. Las leyes físicas parecían invariables; pero las características de los materiales cambian cuando cambia la temperatura, basta considerar el agua y el hielo por ejemplo.

El aceite lubricante es, en tales condiciones, sólo un polvo seco. El aceite deja de comportarse como tal. Los científicos exploradores tenían que diseñar necesariamente una nueva tecnología, antes de que Plutón pudiese ser conquistado.

No solamente para los móviles, sino para los estables, tales como el equipo eléctrico. Los equipos eléctricos dependen, entre otros factores, de la resistencia característica de los conductores; el frío extremo rebaja grandemente la resistencia eléctrica de los metales. A 30 grados centígrados absolutos, el plomo se convierte en un superconductor que carece de resistencia, sea la que fuere. Una corriente eléctrica inducida en tal plomo parece seguir hacia adelante sin desvanecerse lo más mínimo.

Existen otras muchas peculiaridades. Hamilton no entró decididamente en todas ellas, era cosa segura que un brillante sintetizador, tal como su jefe, conocía los hechos más sobresalientes de tales asuntos. El hecho principal consistía en esto: Plutón era un laboratorio natural para investigaciones de bajas temperaturas, no sólo en beneficio de los observatorios cósmicos, sino para cualquier otro propósito.

Una de las clásicas dificultades de la ciencia es el hecho de que un investigador puede siempre pensar cosas que desea medir o calcular, antes de que los instrumentos necesarios para tal propósito hayan sido diseñados. La genética se mantuvo en pie prácticamente durante un siglo antes de que con el ultramicroscopio alcanzase el punto en que los genes pudieran ser observados. Pero las peculiares cualidades de los superconductores y casi superconductores dieron

a los físicos una oportunidad, al usar metales helados en nuevos instrumentos y construir así dispositivos que detectaran fenómenos más sutiles de los que jamás pudieron haber sido antes detectados.

Thorgsen y sus colegas tenían bolómetros estelares tan precisos y sensibles, que casi podían afirmar que podían detectar el rubor de una mejilla a diez parsecs de distancia. La colonia de Plutón contaba con un receptor electromagnético de radiaciones que podía, en ciertas ocasiones, recibir mensajes de la Tierra, si el Gran Huevo sonreía y todos mantenían los dedos cruzados.

Pero la telepatía, si es que aquello era físico de algún modo — ¡fuese lo que fuese su significado físico!— tendría que ser detectado por alguna especie de dispositivo. Que tal dispositivo debería ser extremadamente sensitivo, era cosa fuera de toda duda, por tanto Plutón parecía un lugar adecuado para desarrollarlo y ponerlo en práctica.

Existía cierta esperanza en continuar con ello. Un instrumento —Hamilton no podía recordar cuál había sido— había sido allí perfeccionado, había funcionado satisfactoriamente, y después había continuado aunque ciertamente de forma bastante errática, cuando los dos que lo habían perfeccionado intentaron demostrar en presencia de una multitud de colegas su funcionamiento. Parecía sensible a la presencia de seres vivos.

A los seres *vivientes*. En cambio, con masas equivalentes, con la temperatura de la sangre igual y superficies similares, no trastornaban el dispositivo. Pero se alteraba inmediatamente en presencia de seres humanos. Se le llamó «detector de la vida» y el director de la colonia vio posibilidades en ello e instigó una serie de futuras investigaciones.

La llamada de atención de Hamilton a Carruthers consistía en esto: ¿no sería que el llamado «detector de la vida» era sensitivo a cualquiera que fuese el nombre dado a la telepatía? Carruthers pensó que era muy posible. ¿No sería aconsejable investigarlo en la Tierra? Decididamente, sí. ¿O sería mejor enviar un equipo investigador a Plutón, donde las bajas temperaturas hacían la investigación más fácil? Lo mejor sería hacerlo en ambos sentidos, desde luego.

Hamilton hizo notar que transcurriría un año y medio hasta la nueva salida del transporte interplanetario hacia Plutón.

—No importa eso —le respondió Carruthers—. Puedes planear un envío especial. El Consejo lo aprobará.

Hamilton se volvió hacia su dictáfono y habló durante varios minutos, dejando registradas las pertinentes instrucciones a dos de sus más brillantes ayudantes jóvenes.

Haciendo un repaso hacia atrás en la literatura y los escritos de la raza, se había dado cuenta de que los problemas más alejados del espíritu humano, con los que ahora estaba tratando, ocuparon en tiempos mucha más atención por parte de los hombres que lo que en aquel momento era el caso. El espiritismo, las apariciones, informes de muertos aparecidos en sueños con mensajes determinados y otras experiencias de ultratumba, habían obsesionado la atención de muchas personas. La mayor parte de los datos que se conservaban parecían tener un origen psicopático. Pero no todos. Aquel gran Flanmarion, por ejemplo, un astrónomo profesional (¿o fue más bien un astrólogo?) había realizado grandes trabajos en tal sentido, mucho antes de que se conociesen los vuelos espaciales, y de todas formas, un hombre con la cabeza bien puesta sobre los hombros y con una básica apreciación del método científico, lo había realizado en aquellas edades pretéritas^[8]. Flanmarion había coleccionado una enorme cantidad de datos, los cuales, al menos en un uno por ciento, eran verdaderos y demostraban la supervivencia del ego tras la muerte física, más allá de cualquier duda razonable.

A Hamilton le produjo una gran emoción haberlo leído. Por su parte, tenía la certeza de que aquellas historias de los pasados días históricos no constituían evidencias de primer orden; pero algunas de ellas, tras haber sido examinadas por semánticos psiquiatras, podían ser utilizadas como evidencias de segundo orden. En cualquier caso, la experiencia del pasado podría dar una valiosa pista para futuras investigaciones. La tarea más dificultosa de la Gran Investigación era el conocer dónde comenzar a mirar.

Existían un par de viejos libros escritos por un autor llamado Doon, o Dunn o algo parecido —los cambios de los símbolos en el discurso hacían el nombre incierto— que se había dedicado a coleccionar una tediosa serie de registros sobre predicciones de los sueños durante más de un cuarto de siglo. Pero había muerto y nadie había continuado sus trabajos, que cayeron en el olvido. No

importaba, la paciencia de Dunn sería vindicada, sobre diez mil hombres, en adición a sus otras actividades, realizando la práctica de registrar los sueños experimentados inmediatamente tras haber despertado, antes de hablar con nadie e incluso antes de levantarse del lecho. Si los sueños eran una ventana abierta al futuro, la cuestión debería ser bien establecida, de una forma concluyente.

El propio Hamilton trató de comenzar por él mismo, registrando sus sueños. Desgraciadamente a este propósito, soñaba raramente. Bien, otros lo harían, y mantendría contacto con ellos.

Los viejos libros que obtuvo Hamilton y a través de los cuales, intentó profundizar en su contenido, eran oscuros en su mayor parte y las pocas traducciones que de ellos se habían hecho hacían del idioma expresado en ellos algo un tanto azaroso. Existían eruditos de lenguajes comparados, por supuesto, pero incluso para ellos, el trabajo resultó difícil. Afortunadamente, se tenía a mano un hombre que podía leer el inglés del año 1926 y por lo menos el de un siglo posterior a tal fecha, un siglo particularmente rico en tales investigaciones y en el que el método científico comenzó a tener importancia definitiva. Se trataba de Smith John Darlington, el hombre surgido de Adirondack. Hamilton había solicitado su cooperación. Pero Smith no quería prestar atención a nada que no fuese su industria del fútbol. Ya tenía tres asociaciones de diez grupos de «batalla» cada una y una cuarta en formación. Sus negocios marchaban de locura, se hallaba en el camino claro y radiante de convertirse en tan rico como deseó siempre haber sido en su época, y le disgustaba perder su tiempo en otra cosa distinta. No podría negarse frente al hombre que le inició en los negocios, si éste insistía.

Pero sería preciso que lo hiciera. Félix insistió. Empezó por telefonearle.

—Hola, Jack.

—¿Qué hay, Félix?

—¿Tienes algo más para mí?

—Sí, ya tengo otro montón de cuartillas que me llegan al hombro.

—Magnífico. Envíamelas cuanto antes, ¿quieres?

—Seguro que sí. Oye, Félix, esto es terriblemente pesado, en su mayor parte.

—No lo pongo en duda. Pero tienes que pensar cuánto mineral es preciso tratar para obtener un gramo de uranio puro. Bien, te dejo. Gracias y hasta luego.

—¡Espera un instante! La pasada noche tuve un mal encuentro. Pensé que podrías aconsejarme lo que hacer...

—Bien, adelante.

Parecía ser que Smith, que, a despecho de su éxito financiero, era un hombre con placa de paz al pecho y técnicamente un control natural, había ofendido sin darse cuenta a un ciudadano armado, rehusando dejar paso automáticamente en una plaza pública. El ciudadano le había recordado a Smith la etiqueta obligada. Smith no acababa nunca de ajustarse a las costumbres de una diferente cultura y se había producido de la forma más descortés imaginable: golpeó al ciudadano con el puño, tumbándole por el suelo y haciéndole sangrar por la nariz. Naturalmente, se vio obligado a pagar una serie de multas, todas ellas de grandes facturas. Y el amigo más íntimo del ciudadano ofendido se presentó a la mañana siguiente, con un desafío formal.

Smith no tenía otro remedio que aceptarlo y pegarse un tiro con él, o presentar sus excusas aceptablemente; caso contrario, sería expulsado del cuerpo de ciudadanos de la ciudad, con unos monitores de la policía que vigilarían que las costumbres fuesen mantenidas debidamente.

—¿Qué debo hacer? —preguntó a Hamilton.

—Yo te aconsejaría que te excuses —le repuso Félix, no viendo otra salida; ya que aconsejarle la lucha sería la sugerencia para el suicidio. Hamilton no es que tuviera muchos escrúpulos sobre el suicidio, pero juzgó correctamente que Smith prefería seguir viviendo.

—Pero, no puedo hacer eso... ¿qué crees que soy, un negrito?

—¿Qué tiene que ver tu color con eso? No entiendo lo que quieres decir.

—Oh, no importa. Pero no puedo excusarme, Félix. Yo iba delante de él en la línea. De veras que fue así.

—Pero tú ibas con la placa de paz.

—Pero... mira, Félix. Deseo pegarme un tiro con él. ¿Quieres actuar por mí?

—Lo haré si me lo pides. Pero te matará, ya lo sabes.

—Puede que no. Puede que yo sea el que lo mate a él.

—No en un duelo, amigo. Las pistolas están contrastadas. La tuya no funcionará hasta que el árbitro dé una señal luminosa.

—Soy bastante rápido.

—Estás fuera de clase en este asunto, Smith. No puedes ni jugar tú mismo al fútbol. Ya sabes por qué.

Smith lo sabía. Había planeado jugar, cuando su empresa comenzó a funcionar. Unos pocos encuentros con los hombres que había calculado al efecto le convencieron pronto de que se hallaba por debajo del término medio de la clase física del período. En particular, sus reflejos eran tardíos. Tuvo que morderse los labios y callar.

—Quédate en casa y no salgas fuera de tu apartamento —le aconsejó Félix—. Yo me ocuparé de lo que pueda hacerse mejor en todo esto.

El amigo enviado por el ciudadano se comportó cortésmente; pero lamentándolo mucho se negó. Lo sintió profundamente ante el maestro Hamilton; pero estaba actuando bajo instrucciones. ¿Podría el maestro Hamilton hablar con su principal? Ahora, realmente, la cosa resultaba muy difícil. Pero admitió que las circunstancias eran algo fuera de lo usual... en fin, le concedería tiempo para telefonearle y volver a llamarle.

Hamilton, ante el permiso recibido de llamar a su principal, le telefoneó. No, el desafío no podía ser evitado y la conversación sería considerada estrictamente en secreto. Era el procedimiento, ya sabía. Estaría dispuesto a aceptar una excusa formal por parte del ofensor; en realidad no tenía ningún deseo de matar a aquel hombre.

Hamilton le explicó que Smith no aceptaría tal humillación... y no podría a causa de su pasado psicológico. Era un bárbaro de otras épocas, y sencillamente no podía ver las cosas desde el punto de vista de un caballero. Hamilton identificó a Smith como el Hombre del Pasado.

El principal aprobó con un gesto de la cabeza.

—Ya estoy enterado, ahora. De haberlo sabido hubiera ignorado su rudeza:... y le habría tratado como a un chiquillo. Pero no lo supe a tiempo. Y ahora, en vista de lo que hizo... bien, mi querido señor, no puedo ignorarlo, ¿verdad?

Hamilton concedió que, en efecto, merecía una satisfacción; pero le sugirió que le haría públicamente impopular matar a Smith.

—Es más bien un ídolo público, ya sabe, señor mío. Estoy inclinado a pensar que la mayor parte consideraría un asesinato obligarle a luchar.

El ciudadano ya había pensado en ello. Más bien un terrible dilema, ¿no era cierto?

—¿Qué tal la idea de combatirle físicamente... y castigarle en la forma en que le dañó a usted, incluso con más fuerza?

—¡Oh, sí, ciertamente, querido señor!

—Ha sido una idea —dijo Hamilton—. Podría usted pensar en ello. ¿Podría concederle tres días de gracia?

—Más, si lo desea usted. Ya le dije que no tenía intención de empujarle a un duelo. Quería simplemente pulir sus formas. Es posible hacerlo con él en cualquier otra forma.

Tras haber cortado la comunicación, Hamilton llamó a Mordan, cosa común cada vez que se encontraba embrollado.

—¿Qué piensas que podría hacer, Claude?

—Bien, no existe ninguna buena razón para que no le dejes seguir adelante si quiere matarse. Individualmente, es su vida la que se juega, socialmente no es ninguna pérdida.

—Olvidas que estoy utilizándole como traductor. Además, más bien me resulta simpático. Es patéticamente valiente frente a un mundo que no comprende.

—Humm... bien, en tal caso, trataremos de encontrar una solución.

—Sabes, Claude —dijo Félix seriamente—, estoy empezando a tener mis dudas acerca de todas estas costumbres. Puede que me vaya haciendo viejo; pero lo que encontraba muy divertido cuando era soltero, ahora me parece un poco diferente, al ir por la ciudad fanfarroneando. Incluso he pensado en ponerme una placa de paz.

—¡Oh, no, Félix, tú no harás eso!

—¿Por qué no? Muchísima gente lo hace.

—Eso no es para ti. La placa es la admisión de la derrota, un reconocimiento de inferioridad.

—¿Y qué tiene eso de particular? No me preocupa lo que la gente piense.

—Estás equivocado, hijo. Creer que tú podrás vivir fuera de tu

matriz cultural es una de las más cómodas falacias y tiene las peores consecuencias. Tú formas parte de tu grupo tanto si lo quieres como si no y estás ligado a él por las costumbres.

—¡Pero sólo son costumbres!

—No las menosprecies. Resulta más fácil cambiar las características mendelianas que cambiar las costumbres. Si intentas ignorarlas, te obligarán a inclinarte a ellas cuando menos lo esperes.

—¡Pero, maldita sea, Claude! ¿Cómo puede haber progreso alguno si no rompemos las costumbres?

—No las rompas... evítalas. Tómalas en consideración, examina cómo funcionan y sírrete de ellas. No necesitas desarmarte para permanecer al margen de las luchas. Si lo hicieras, te meterías a cada momento en una ¡si te conozco! en la forma en que lo hizo Smith. Un hombre armado no necesita luchar. Yo no he sacado mi pistola desde no recuerdo ya cuántos años.

—Pensando en eso, es cierto que tampoco he sacado la mía desde hace cuatro años o más.

—Esa es la idea. Pero no asumamos que la costumbre de ir armados es inútil. Las costumbres tienen siempre una razón tras ellas que las asiste, a veces buena y mala en otras. Esta es buena.

—¿Por qué lo crees así? Yo solía pensarlo igualmente; pero ahora tengo mis dudas.

—Bien, en primer lugar, una sociedad armada es una sociedad cortés. Las maneras son buenas, cuando se sabe que los actos están respaldados con la propia vida. Para mí, la cortesía es el *sine qua non* de la civilización. Claro que es sólo una personal evaluación. Pero la lucha a tiros tiene un sentido fuertemente biológico. No tenemos ahora por qué dedicarnos a matar a los débiles y a los estúpidos en nuestra época. Sin embargo, permanecer como ciudadano armado tiene para un hombre, o bien el ser rápido con su ingenio o con sus manos, preferiblemente ambas cosas. Es una buena cosa. Claro está que nuestra combatividad tiene que ver con nuestro pasado y nuestra historia. —Hamilton aprobó con la cabeza, sabía que Mordan estaba refiriéndose a la Segunda Guerra Genética —. Hemos preservado esa herencia intencionalmente. Los planeadores no habrían suprimido la costumbre de llevar armas, si hubieran podido.

—Tal vez sea así —repuso Félix con calma— pero parece que

debería existir otro camino de hacerlo. En esta forma, es más bien bastante chapucero. A veces los sustentadores de la costumbre caen achicharrados.

—Los que están alerta, no —resaltó Mordan—. Pero no esperes que las instituciones humanas sean eficientes. Nunca lo han sido del todo, es un error suponer que hayan podido hacerlo... en este milenio o en el próximo.

—¿Por qué no?

—Porque somos chapuceros, individualmente, y por consecuencia, colectivamente. Fíjate, a la próxima oportunidad que tengas, en una jaula llena de monos. Observa cómo hacen las cosas y escucha su parloteo. Lo encontrarás instructivo. Comprenderás mejor a los humanos.

Félix hizo una mueca.

—Creo que veo lo que quieres decir. Pero ¿qué puedo hacer acerca de Smith?

—Si consigue salir de ésta, creo que sería mejor que llevara una pistola en lo sucesivo. Tal vez imprimas en su mente la idea de que su vida depende de la suavidad de sus palabras. Pero, por el momento... conozco al individuo que le ha desafiado. Supongamos que le sugieres que yo sea el árbitro.

—¿Vas a dejarles que *luchen*?

—En mi propia forma. Pienso que podría arreglar las cosas para que luchen a manos limpias.

Mordan había rebuscado en su enciclopédica memoria y había encontrado un hecho que Hamilton no había apreciado en su totalidad. Smith procedía de un período decadente en el cual la lucha a mano se había estilizado como pegarse a puñetazo limpio. Sin duda tenía que ser adepto a ella. Era necesario que uno de ellos no emplease la pistola a la que se sentía adepto, ni que el otro emplease los puños en su lugar, por la misma razón. Así, Mordan deseaba ser árbitro y definir las reglas del encuentro.

Así no fue preciso conceder demasiada importancia a aquel hombrecito, poco importante y gris llamado J. Darlington Smith. Hamilton se vio obligado a rehusar el asistir al encuentro como padrino, puesto que Carruthers le necesitaba urgentemente, y por consiguiente, asistir a la pelea. Se enteró en seguida de que Smith se hallaba inmovilizado en una enfermería sufriendo de algunas

heridas poco corrientes. Pero no perdió la visión del ojo izquierdo y los demás daños fueron completamente reparados en un par de semanas.

Todo aquello ocurrió algunos días más tarde de la conversación sostenida con Mordan.

Hamilton volvió a su trabajo. Había varias cosas urgentes a que atender. Un equipo de investigadores, en particular, le pertenecía. Había notado, cuando era un niño, que un objeto físico, especialmente si era metálico, puesto cerca de la frente por encima del puente de la nariz, parecía producir cierta clase de respuesta en el interior de la cabeza, no estando, aparentemente, en relación con los sentidos fisiológicos. No había pensado en ello más desde hacía muchos años, hasta que la Gran Investigación le llevó a pensar en tales cosas. ¿Era una cosa real, o pura imaginación? Era una simple tirantez de los nervios, un sentimiento extraño, pero distinto y diferente de cualquier otra sensación. ¿La experimentaba otra gente quizá? ¿Qué era lo que lo causaba? ¿Significaba algo?

Se lo mencionó a Carruthers, que le respondió:

—Bien, no te pongas a especular sobre ello. Pon un equipo a trabajar en el asunto.

Y así lo hizo. Ya habían descubierto que la sensación no era nada extraordinario; si bien se habían ocupado muy poco de su estudio. Resultaba algo difícil de describir. Se hallaron sujetos que la percibían en un alto grado mayor que otros. Hamilton cesó de ser un sujeto de propia experimentación.

Llamó al jefe del equipo.

—¿Algo nuevo, George?

—Sí y no. Hemos dado con un elemento que puede distinguir entre diferentes metales casi el ocho por ciento de las veces y entre la madera y el metal siempre. Pero seguimos todavía sin encontrar qué es lo que lo produce.

—¿Necesitas algo?

—No.

—Bien, llámame si me necesitas.

No había que suponer que Hamilton fuese muy importante en la Gran Investigación. No era el solo hombre importante que Carruthers tenía, como asimismo sucedía en diversos otros equipos. Era probable que la Gran Investigación hubiera continuado por toda

la vida, aún no habiendo cooperado en ella. Pero no hubiera progresado en la misma forma.

Pero es que resulta muy difícil evaluar la importancia relativa de los individuos. ¿Qué era lo más importante? ¿El primer tirano de Madagascar, o el rústico paisano que lo asesinó? El trabajo que Félix hacía tenía el mismo efecto. Y así sucedía con los ocho mil otros individuos que tomaban parte en una u otra forma en la Gran Investigación.

Jacobstein le llamó, cuando pudo distraer su mente de otros asuntos.

—¿Félix? Puedes venir ya y llevarte a tu retoño, si lo deseas.

—De acuerdo. ¿Cuáles fueron los resultados?

—Para volverse loco. Comenzó por contestar siete preguntas correctamente de un tirón, y después se negó sistemáticamente a seguir contestando. Tales resultados no podría catalogarlos sino como por azar.

—¿Se comportó así? —Y en aquel momento Hamilton pensó en el conejo macho de grandes orejas.

—Pues sí, ciertamente. Creo que nos ha tomado el pelo.

—Bien, será cosa de intentarlo otro día. Mientras, esperearemos.

—Me gustaría ayudarte, ya lo sabes.

Theobald estaba sencillamente sentado, sin hacer nada, cuando Félix entró en el despacho.

—Hola, pequeño. ¿Dispuesto a volver a casa?

—Sí.

Félix esperó a estar dentro del coche aéreo y con el piloto automático dirigido al hogar.

—Ray me dijo que no te habías portado muy bien con él.

Theobald le dio vueltas al anillo que tenía puesto en un dedo. Pareció concentrarse en aquello.

—Bien, responde, ¿lo hiciste, o no?

—Quería que jugase a unos juegos estúpidos —declaró el chiquillo—. No tienen el menor sentido.

—¿Y entonces lo dejaste?

—Sí.

—Pensé que me dijiste que le ayudarías.

—No dije que quisiera hacerlo.

Félix recordó lo anterior en relación con el experimento. Tal vez

tuviese razón el niño, no pudo recordarlo muy bien.

—Me pareció que se había mencionado un gran conejo con grandes orejas.

—Pero —resaltó Theobald—, tú me dijiste que podría tenerlo de todas formas. ¿No fue así?

El resto del viaje transcurrió en el más completo silencio.

CAPÍTULO XVI

¿No te gustaría una hermanita?

Madame Espartero Caravala volvió a llamar inesperadamente y sin ninguna ceremonia. Les llamó por teléfono diciéndoles sencillamente que iba a verles. Ya había informado a Phyllis en la ocasión anterior que esperaba volver para ver al niño. Pero habían transcurrido más de cuatro años, sin tener la menor noticia, y Phyllis había dejado ya la cosa por olvidada. Después de todo, no podía confiarse mucho en el tiempo de un miembro del cósmicamente remoto Consejo de Política.

Ellos habían tenido de tanto en tanto algunas referencias de Caravala por los noticiarios; *madame* Espartero fue reelegida sin oposición para otro período gubernamental. La gran vieja dama del Consejo delicada de salud. Caravala luchando por sobrevivir. Los planeadores homenajearlo los sesenta años de servicio del miembro decano del Consejo. Estereogramas por doquier... la vieja dama era toda una institución continental.

Félix había pensado, cuando la vio por última vez, que parecía más vieja que cualquier ser humano lo hubiese sido jamás. Y comprobó al verla de nuevo que estaba equivocado. Ella aparecía aún más increíblemente frágil, hundida y moviéndose a costa de enormes esfuerzos. Comprimía los labios a cada movimiento. Pero su mirada seguía brillante y su voz se mantenía firme todavía. Seguía dominando cuanto le rodeaba.

Phyllis se adelantó a saludarla.

—Estamos encantados. Nunca creímos volverla a ver de nuevo.

—Ya te dije que volvería a ver a tu hijo.

—Sí, lo recuerdo; pero ha pasado tanto tiempo y no venía usted...

—No tiene sentido ver nuevamente a un chico hasta que no hable y pueda desenvolverse por sí mismo. ¿Dónde está? Traédmelo.

—¿Félix, quieres ir a buscarlo?

—Pues claro que sí, querida. —Félix salió en busca de Theobald, tratando de imaginarse cómo él, un hombre maduro en plena posesión de todo su poder, se dejaba gobernar por aquella vieja, ya dispuesta a la cremación. ¡Era algo infantil de su parte!

Theobald no estuvo dispuesto a abandonar a sus conejos.

—Estoy muy ocupado, papá.

Félix consideró la idea de volver a la sala de estar y decir que *madame* Espartero podría ir a ver al chico con sus conejos en el jardín. Pero aquello habría sido una mala faena a Phyllis.

—Mira, hijo, hay una señora que desea verte.

Ninguna respuesta.

—¡Vamos, responde! —le anunció Félix—. ¿Quieres venir andando o prefieres que te lleve a rastras? A mí me resulta igual.

Theobald comenzó a mirar de abajo a arriba los dos metros de estatura de su padre, y sin otro comentario, comenzó a andar en dirección a la casa.

—*Madame* Espartero, éste es Theobald.

—Ya lo veo. Ven aquí, Theobald.

El chico permaneció impertérrito.

—Vamos, acércate a ella, Theobald —le ordenó Phyllis con viveza y el muchacho obedeció en el acto.

Hamilton trató de imaginar por qué razón el chiquillo obedecía más a la madre que a él, siendo como era más bueno para el niño y más complaciente que Phyllis. Ya era la milésima vez que tenía que hacer un esfuerzo para refrenar su temperamento con la criatura.

Madame Espartero le habló en voz baja, demasiado como para que el matrimonio pudiera oírla. El muchacho parecía resplandecer de alegría, pareció mirar a otra parte; pero la vieja dama insistió y el chico siguió prestándole la mayor atención, respondiéndole en el mismo tono de voz. Estuvieron hablando por algunos minutos en aquella forma.

Finalmente, se echó hacia atrás en el sillón y dijo en voz alta:

—Gracias, Theobald. Puedes irte ahora si quieres.

El chico salió volando de la casa. Félix pensó en salir tras él;

pero decidió quedarse. Escogió un sillón tan lejano como las buenas formas lo permitían, se sentó en él y esperó.

Caravala escogió otro de sus cigarros, le dio una serie de chupadas hasta convertirse en el centro de una nube de humo y volvió su atención exclusivamente a Phyllis.

—Es un muchacho muy sano —anunció—. Sí, fuerte y sano. Lo hará muy bien.

—Me siento feliz de que piense usted eso.

—No es que lo piense. Lo sé.

Después hablaron de otras cosas relacionadas con el chico, de poca trascendencia. Félix tenía la idea de que la vieja dama se hallaba improvisando hasta que llegase el momento de soltar lo que tenía en su mente.

—¿Cuándo esperan ustedes traerle a la hermanita?

—Yo estoy dispuesta en cualquier momento —repuso Phyllis—. Lo he estado durante meses. La están seleccionando ahora.

—¿Qué es lo que están seleccionando? ¿Algo diferente del chico?

—No en los aspectos generales... excepto en una cosa. Por supuesto que habrá mucha variación de lo que es Theobald, porque, entre tantas, muchas de las alternativas serán estudiadas para hacer una elección definitiva.

—¿De qué particular estaba usted hablando hace un momento?

Phyllis se lo dijo. Puesto que el próximo hijo sería una niña, la pauta cromosómica contendría dos cromosomas x, uno de cada uno de sus progenitores. Y la filoprogenitura es, por supuesto, una característica íntima unida al sexo. Hamilton, había que recordarlo, estaba falto de ello en un grado moderado. En Theobald, su cromosoma x, derivaba de su madre; Mordan esperaba confiadamente que sería normal en su deseo de tener hijos propios cuando se hiciese lo bastante viejo para que tales cosas le importasen.

Pero la proyectada hermanita de Theobald heredaría de ambos padres en tal respecto. Ella podría ser más bien fría al deseo de tener hijos. Sin embargo, si los tenía, entonces *su* retoño no se hallaría en desventaja por este rasgo altamente deseable de supervivencia, puesto que pasaría a sus herederos, pero en uno de sus dos cromosomas x, por selección, y ella podría transmitir

solamente el de su madre. El rasgo indeseable de Hamilton sería eliminado para siempre.

Caravala escuchó atentamente la explicación y aprobó con gestos vivos de cabeza.

—Pon en ello toda tu mente, hija... y lo demás no te importe.

Siguió hablando de otras cosas durante un breve rato más, hasta que súbitamente preguntó:

—Entonces, ¿eso será en cualquier momento? ¿Puedo creerlo así?

—Sí —convino Phyllis.

Caravala se puso en pie dispuesta a marcharse tan repentinamente como había venido.

—Espero volver a tener el honor de su presencia, *madame* Espartero —le dijo Félix cordialmente.

La vieja dama se detuvo, se volvió y le miró con fijeza. Se quitó el cigarro de la boca e hizo una mueca.

—¡Ah, volveré! Puedes contar con eso.

Cuando se marchó, le dijo Phyllis a Félix.

—Me hace mucho bien cuando la veo, Félix.

—A mí no. Más bien parece un cadáver ambulante.

—¡Vamos, cochino!

Félix salió al exterior y llamó a su hijo.

—¡Eh, chico!

—Hola, papá.

—¿Qué fue lo que te estuvo diciendo?

Theobald murmuró algo de entre lo que Félix pudo sacar en claro «gran tunante».

—Tómalo con calma, hijo. ¿Qué es lo que quería de ti?

—Quería que le prometiese algo.

—¿Y lo hiciste?

—No.

—¿De qué se trataba?

Theobald había ya dejado de escuchar a su padre.

Más tarde, tras una agradable cena en el fresco del jardín, Félix se volvió hacia las noticias, más bien perezosamente. Escuchó un poco de música y repentinamente llamó a su esposa.

—¡Phyllis!

—¿Qué ocurre?

—¡Ven aquí! ¡Ahora mismo!

Ella corrió junto a su marido que señaló al aparato.

—«... *madame* Espartero Caravala. Según parece ha debido morir instantáneamente. Se supone que debió caerse desde lo alto del ascensor. Será largo tiempo recordada, no solo por su larga permanencia como ilustre miembro del Consejo, sino por sus trabajos iniciales como...».

Phyllis cerró la televisión. Félix pudo apreciar que tenía los ojos llenos de lágrimas y se abstuvo de recordarle a Phyllis lo que estuvo a punto de decir, en relación con la seguridad demostrada por la anciana de que volvería con toda seguridad a visitarles de nuevo.

Hamilton no encontró aconsejable llevar nuevamente el chico a Jacobstein en vista de la antipatía mostrada por Theobald. Pero puesto que había otros investigadores en el programa de la investigación, les presentó al chico, concibiendo al respecto una teoría propia. Anteriormente, recordando el fracaso ocurrido con Jacobstein, supuso que se habían aplicado métodos considerados solamente para niños. Esta vez le dijo a Theobald que intentarían con él los métodos correspondientes a personas adultas.

Y salió adelante. Fue la cosa más sencilla. Ya hubo otros casos parecidos, advirtiéndole el jefe de la investigación a Félix que no esperase demasiado, ya que, por lo general, la facultad telepática de los niños solía desvanecerse pronto, cosa que Félix sabía. No obstante lo hizo. Theobald, al menos dentro de los límites de las condiciones establecidas, podía leer en las mentes ajenas.

Y así fue como Félix llamó de nuevo a Mordan, para decirle lo que tenía pensado. ¿Creía él también que Theobald fuese una mutación?

—¿Mutación? No. No tengo datos para creerlo así.

—¿Porqué no?

—«Mutación» es un término puramente técnico. Se refiere solamente a una *nueva* característica que puede ser heredada según las reglas mendelianas. Ignoro lo que será esto de tu hijo. Supongamos que consigues descubrir qué es la telepatía en tu hijo... bien, ¡estaré en condiciones de decírtelo con respecto a Theobald cuando pasen treinta años a partir de ahora!

Bien, aquello podía esperar. Era suficiente que el muchacho fuese telépata... al menos por el presente. El dispositivo telepático

proyectado, derivado del plutoniano «detector de la vida», comenzaba a ser prometedor. Había sido duplicado en el frío laboratorio auxiliar de los alrededores de Buenos Aires y había funcionado en idéntica forma a como lo hacía en Plutón. Se había perfeccionado grandemente, una vez que los investigadores supieron la dirección a seguir, aunque presentó grandes dificultades.

Una de las dificultades se había presentado en una forma singular. La máquina, mientras que respondía a seres sensibles (no respondiendo a las plantas, ni a la vida animal en sus formas más bajas), hizo poco más... no era realmente una entidad telepática. Había un gato, de dudoso origen, que se había convertido a sí mismo en la mascota del laboratorio, introduciéndose allí y tomando posesión del mismo. En cierta ocasión en que el aparato se hallaba sensibilizado, el operador se retiró sin fijarse y pisó la cola del gato. El animal protestó en debida forma como suelen hacerlo los gatos. Pero al técnico, actuando como receptor, aún le gustó menos, teniendo que quitarse el casco con los auriculares, inmediatamente. Según dijo, le había gritado furiosamente.

Posteriores experimentos pusieron de relieve como evidente que la máquina era especialmente sensible a la tormenta talámica surgida por cualquier emoción violenta. Cualquier elaboración cerebral fría, apenas si tenía efecto sobre ella. En consecuencia fue preciso sacrificar a muchos más gatos en aras de la investigación científica.

Theobald desarrolló una extraña antipatía por la compañía de su madre durante el período en que ella estuvo esperando la llegada de la hermanita. Aquello trastornó a Phyllis, Félix trató de quitarle la razón sobre el particular.

—Oye, hijo, ¿es que mamá no ha sido buena para ti?

—Sí, seguro.

—Entonces, ¿qué es lo que te ocurre? ¿Por qué no la quieres?

—Sí que la quiero... pero no me gusta *ella*. —Y resaltó esta última palabra de forma tal que no había error posible en su apreciación.

Félix tuvo un rápido cambio de impresiones con su mujer acerca del particular y en voz baja.

—¿Qué te parece, Phyllis? Pensé que no le habíamos dicho nada

todavía.

—Yo no le he dicho nada.

—Ni yo tampoco... estoy bien seguro. A lo mejor Claude... pero no, Claude no es posible que le haya dicho nada. Hum... bien, solo hay una forma en que haya podido descubrirlo: lo ha hecho por sí mismo.

Y miró a su hijo con cierto malestar; no resultaba demasiado conveniente tener un miembro telepático formando parte de la familia. Bien, ya se le pasaría, como solía ocurrirle frecuentemente.

—Bien, Theobald, dime una cosa.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Es tu hermanita la que te disgusta?

El muchacho rebufó e indicó claramente su opinión. Aquello no sería otra cosa que un tipo de celos natural en los niños. Se volvió de nuevo hacia su hijo.

—Mira, pequeño, no tienes que pensar en que la hermanita vaya a cambiar nada de cómo papá y mamá te quieren, ¿verdad?

—No, supongo que no.

—Una hermanita te distraerá mucho. Tú serás mucho más grande que ella, sabrás muchas cosas más y podrás enseñarle muchas cosas. Tú serás más importante.

Ninguna respuesta.

—¿Es que no deseas tener una hermanita?

—*Esa* no.

—¿Por qué no?

El chico se volvió hacia otra parte y su padre pudo oírle decir vagamente: «... gran tunante». Y añadió claramente: «Y sus cigarros apestan».

El matrimonio esperó a que el chiquillo estuviese dormido y presumiblemente con su facultad telepática en funciones.

—Parece bastante evidente —dijo Félix a su esposa— que ha identificado a Caravala en su mente con Justina.

Ella estuvo de acuerdo.

—Al menos es un consuelo que no sea yo la que haya caído en desgracia. De todas formas, creo que esto es serio. Creo que haríamos bien en consultar a un psiquiatra.

Su marido pareció conforme.

—De todos modos, hablaré de esto a Claude.

Claude Mordan rehusó el preocuparse por la cuestión.

—Después de todo —dijo— es perfectamente natural que los parientes consanguíneos de una misma familia se desagraden unos a otros. Este es un primer dato de psicología. Si no puedes conseguir que se lleve bien con la idea de la hermanita, tendrás que ponerlos aparte. Una molestia desagradable, eso es todo.

—Pero ¿cómo puede determinarse eso?

—No soy un psiquiatra. Yo no me preocuparía demasiado. Los chiquillos suelen cometer acciones extrañas y divertidas sobre las cosas, con frecuencia. Si las ignoras, todo eso desaparece, por lo general.

El psiquiatra se lo confirmó igualmente. Pero le resultó imposible hacer cambiar de postura a Theobald en el problema. El chiquillo había tomado su partido, formando su opinión, se afirmó en ella y rehusó argumentar más en absoluto.

Resultaba un asunto de la mayor significación, aparte del desencanto enorme producido en Theobald, que una persona telepática hubiese estado en condiciones de localizar a una persona a quien jamás había visto y de cuya existencia no tenía razón para sospechar. Aquello fue una pieza de bastante tamaño que manejar en la Gran Investigación. Con todo detalle, Hamilton informó a Carruthers sobre el particular.

Carruthers se interesó extraordinariamente. Preguntó, tomó la cuestión hogareña como propia y la fue alimentando y siguiendo paso a paso. Al día siguiente llamó a Félix para explicarle el plan que había concebido.

—No es nada urgente, ni te presiono para que lo hagas. Ni siquiera te lo pido, si encuentras algún inconveniente. Se trata de tu esposa, y del bebé que esperaréis. Pero creo que es una oportunidad única para avanzar en la Gran Investigación.

Félix consideró el asunto.

—Te lo contestaré mañana.

—¿Qué tal te parece —le dijo aquella noche a Phyllis cuando se encontraron solos— el ir a Buenos Aires para tener allí a Justina?

—¿Buenos Aires? ¿Por qué ir allí?

—Porque es donde existe la única máquina telepática de la Tierra. Y no puede ser sacada del laboratorio especial en frío en que está montada.

CAPÍTULO XVII

Punto final

—Ya lo tengo de nuevo.

El receptor del telégrafo hizo tal anuncio sombríamente. La máquina parecía mostrarse quisquillosa todavía; durante los días pasados había trabajado muy bien —¡en total veinte minutos!— y después rehusó ponerse en marcha el resto del tiempo. Daba la impresión de haber absorbido en demasía algunas de las contrariedades de la sutil forma de vida que estaba registrando.

—¿Qué has conseguido saber?

—Parece como un sueño... Agua... grandes extensiones de agua. Y detrás la orilla, picos montañosos. —Un registro cercano a su codo anotaba cuidadosamente todas sus declaraciones, en los momentos exactos.

—¿Estás *seguro* de que es la nena?

—Seguro como lo estaba ayer. Todo es ahora diferente... *Saben* a algo distinto. No se cómo expresarlo. ¡Un momento! Algo más... una ciudad, una ciudad muy grande, mayor que Buenos Aires.

—Theobald —dijo Mordan cariñosamente al chiquillo—. ¿Puedes seguir oyéndola?

Mordan había venido con la familia, porque Félix estaba seguro de la ascendencia de Claude sobre su hijo, mucho mayor que la suya. El chiquillo no podía oír el receptor telepático desde donde estaba situado, aunque Claude pudiera tomar un auricular. Phyllis, por supuesto, se hallaba en otra habitación, ocupada en sus asuntos fundamentales... y no establecía diferencia ni para la máquina, ni para Theobald. Félix se hallaba nervioso y descompuesto.

El muchacho se echó hacia atrás, sentado como estaba sobre las piernas de Mordan.

—Ella ya no está sobre el océano. Se ha ido a la ciudad capital.

—¿Estás seguro de que es la ciudad capital?

—Seguro. —Su voz se hizo desdenosa—. Yo he estado allí, ¿verdad? Y hay una gran torre.

Más allá y al otro lado del tabique alguno preguntaba:

—¿Una ciudad moderna?

—Sí. Podría ser la capital. Tiene un enorme pilón.

—¿Y otros detalles?

—No me preguntéis más cosas... ahora parece nuevamente un sueño... se está moviendo otra vez. Estamos en una habitación... mucha gente, todas personas mayores. Están hablando.

—¿Qué más ahora, hijo? —preguntó Claude.

—Ah, se ha ido de nuevo a la fiesta.

Dos observadores, que permanecían a la escucha, estaban murmurando entre sí.

—No me gusta esto —dijo uno de ellos—. Es terrible.

—Pero está sucediendo.

—Pero ¿no te das cuenta de lo que significa, Malcolm? ¿Dónde puede extraer una criatura aún no nacida tales conceptos?

—Telepáticamente de su madre. El hermano es ciertamente un telépata.

—¡No, no! No, a menos que todas nuestras ideas de la cerebración estén equivocadas. Las concepciones están limitadas a las experiencias o cosas similares a las experiencias. Un niño que aún no ha nacido no ha experimentado nada, excepto el tibio calor de su refugio uterino y la oscuridad. *No podría* tener tales concepciones.

—Humm...

—Bien, ¡contéstame!

—Pues... no puedo.

Alguien decía en aquel momento al receptor:

—¿Puedes conocer a alguno de los presentes?

Y se quitó el casco con los auriculares.

—¡Deja de molestarme! ¡Expulsas mis propios pensamientos cuando lo haces! No, no puedo. Son como imágenes de un sueño. No puedo sentir nada, a menos que ella piense en ello.

Un poco más tarde.

—Algo está ocurriendo... el sueño ha desaparecido. Es

molesto... es bastante desagradable... ella se está resistiendo... es... es... ¡Oh, cielos! ¡Es horrible! *¡No puedo soportarlo!*

Se quitó definitivamente el casco y se irguió, pálido y tembloroso. En el mismo instante Theobald gritó.

Fue cuestión de segundos que una mujer saliese de la habitación de Phyllis dirigiéndose hacia Hamilton.

—Ya puede venir —le dijo en tono alegre.

Félix se marchó de donde estaba su hijo sobre las rodillas de Mordan.

—Quédate con tío Claude, muchacho —le dijo, y se fue con su esposa.

CAPÍTULO XVIII

HORIZONTES FUTUROS

Resultaba delicioso poder ir nuevamente a la playa y que Phyllis pudiera acompañarle en aquellas pequeñas excursiones. Era grato tomar el sol con la familia y gozar del agua, disfrutando de aquel saludable placer.

Las cosas no habían salido como las había planeado; pero las cosas raramente lo hacen. Ciertamente que no habría podido creer unos cuantos años antes sentarse como entonces, con Phyllis, Theobald y Justina. Una vez le había preguntado a Mordan por el significado de la Vida... ahora ya no le preocupaba. La vida era buena, fuese lo que fuese. Y la antigua pregunta se contestó por sí misma. Que los psicólogos argumentaban a su gusto... había alguna especie de vida tras uno... donde un hombre podría encontrar al fin la respuesta completa a todas sus preguntas.

Y para la pregunta principal: *¿Tendremos otra oportunidad?*, la respuesta había llegado por la puerta trasera. Había algo más para el ego de un niño recién nacido que su esquema genético. Justina lo había respondido, tanto si lo sabía como si no. Con ella había existido la memoria, había vivido antes, en realidad. Hamilton estaba convencido del fenómeno. Por tanto, la consecuencia era cierta, que el ego iría a alguna parte, tras la desintegración del cuerpo. ¿Dónde? Ya se sabría, llegado el momento.

Parecía extremadamente verosímil que Justina no supiese lo que había demostrado (y por supuesto, no había forma de preguntárselo). Sus concepciones telepáticas, tras haber nacido, fueron algo sin significado, confuso y sin relación, como era de esperar en una criatura. La amnesia de *shock*, la habían llamado los psicólogos. El nacer debía ser algo como el ser despertado de un

profundo sueño por una rociada de agua fría en la cara. Aquello, produciría un *shock* en todo el mundo.

No supo establecer con seguridad todavía si en realidad deseaba continuar o no en la Gran Investigación. Podría dedicarse perezosamente a criar bulbos de dalias y a tener hijos. No lo sabía. La mayor parte de todo aquello le parecía algo remoto y personalmente se sentía satisfecho. Empezar el trabajo en que Cliff estaba sumido... y así por siglos y siglos. Cliff había comparado la gigantesca tarea como el tratar de descubrir el completo argumento de una larga cinta estereoscópica, por el instantáneo destello de una sola fotografía.

Pero la terminarían... algún día. Theobald tal vez no lo vería, con seguridad; pero vería muchas más cosas que su padre, y el hijo de Theobald aún vería más. Y los hijos de sus nietos alcanzarían las estrellas, y así la cadena sin fin, sin límites.

Resultó maravilloso que Theobald olvidase por completo la ridícula idea de confundir y asociar a Justina con la vieja Caravala. Era cierto que no parecía muy aficionado a la niña; pero era cosa bastante esperada. Más bien parecía confuso por la pena, e interesado, por lo demás. Y allí estaba inclinado sobre el moisés de la pequeña Justina.

—¡Theobald!

El muchacho se irguió rápidamente.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada.

Tal vez... pero *parecía* como si la hubiese pellizcado.

—Bien, creo que podrías encontrar otro sitio donde jugar. La nena tiene necesidad de dormir ahora.

El muchacho lanzó una rápida mirada a la nena y se apartó. Caminó despacio hasta el agua.

Félix volvió a tumbarse, tras haber mirado a Phyllis. Sí, estaba todavía durmiendo. Era aquel un mundo agradable, volvió a reasegurarse mentalmente, lleno de cosas interesantes. Miró de reojo a Theobald. El crío se estaba ahora divirtiendo de lo lindo, y disfrutaría más cuando fuese creciendo... ¡si sabía moderar su instinto de meter sus tunantes narices en todo!



ROBERT ANSON HEINLEIN. Nació el 7 de julio de 1907, en el pequeño pueblo de Cutler, Missouri, en el seno de una familia compuesta por siete hermanos. Pasó gran parte de su niñez en la ciudad de Kansas. Antes de empezar a escribir ciencia ficción, asistió a la Universidad de Missouri y a la Academia Naval de Annapolis, graduándose en 1929. Sirvió cinco años en la Armada, a bordo de destructores y portaaviones, retirándose finalmente del servicio activo después de contraer tuberculosis, la primera en una serie de enfermedades que lo acompañarían hasta el fin de su vida. Después de retirarse de la Armada (como teniente), estudió física y matemática en la Universidad de California, en Los Angeles. Probó suerte en un gran número de ocupaciones, pero ninguna le atrajo de forma definitiva.

Se involucró en política, pero abandonó después de haber perdido una elección para cargo en la Legislatura de California, en 1939. Ese mismo año leyó el anuncio de un concurso organizado por una de las revistas pulp de la época (Thrilling Wonder Stories), en el cual se ofrecían 50 dólares al mejor relato corto. Heinlein escribió «Life-line».

(La línea de la vida), pero en vez de mandarla al concurso, lo hizo a una revista competidora, la Astounding Science-Fiction, cuyo

director era John Campbell, porque se enteró que ahí estaban pagando los cuentos a un centavo la palabra, y el suyo tenía siete mil. No sólo vendió ese relato por 70 dólares, (fue publicado en la edición de agosto de 1939), sino que a partir de entonces escribió sin pausa, excepto durante la 2.^a guerra mundial. Curiosamente, ese concurso en el que Heinlein no participó, fue ganado por Alfred Bester, con el relato *The Broken Axiom*, (*El Axioma Roto*), que fue el primer cuento publicado por ese autor. Desde entonces, Heinlein trabajó con un nivel de producción tan grande, que decidió adoptar varios seudónimos para que no se publicaran dos historias del mismo autor en la misma edición de una revista. Sus seudónimos fueron Anson McDonald, Lyle Monroe, Caleb Saunders, John Riverside y Simon York (este último para una historia de detectives).

Durante la Segunda Guerra Mundial, abandonó la ciencia ficción temporalmente y trabajó en investigación para los trajes de presión que usarían los pilotos al volar en condiciones de extrema altitud (parecidos a los trajes espaciales). También colaboró en investigaciones referidas al uso del radar en la Armada, en una Estación Experimental en Filadelfia (El mismo sitio donde Asimov y L. Sprague de Camp trabajaron, convocados allí por Heinlein).

En los años treinta, Heinlein se casó con Leslyn McDonald. Se divorció en 1947, probablemente porque ella se había vuelto una alcohólica incurable. Un año después, contrajo matrimonio con la teniente de la Armada Virginia Doris Gerstenfeld, que había trabajado con él durante la guerra. Virginia era bioquímica y, por si fuera poco, hablaba siete idiomas. Parece que, en ella, Heinlein encontró a la pareja ideal.

Después que finalizó la guerra, se consagró exclusivamente a escribir. De 1948 a 1962 escribió catorce libros de ciencia ficción para jóvenes, (no significa que no valieran la pena para los adultos). La diferencia primaria entre éstas obras y sus libros para adultos es una ausencia casi total de sexo y el hecho de que los héroes siempre son adolescentes. Como es de suponerse, dada la época en que fueron escritos, éstos son los libros de Heinlein que padecieron mayor cantidad de cortes, desde que los editores sólo aprobaban material juzgado apropiado para la juventud (según sus propios

parámetros). Por suerte para los entusiastas, algunos de estos trabajos (incluyendo algunas novelas para adultos) se han publicado sin cortes, en los últimos años.

Estos libros juveniles se hicieron con un didacticismo científico que no afectó la narrativa. Durante los años cincuenta, junto con las novelas para adolescentes, Heinlein escribió varias obras para adultos, como, por ejemplo: *The Puppet Masters* (Amos de Títeres, 1951); *Double Star* (Estrella Doble, 1956), *The Door into Summer* (1957) y *Starship Troopers* (Tropas del Espacio, 1959).

En 1965 los Heinlein vuelven a California, esta vez a Santa Cruz. En 1967 gana de nuevo el Hugo por *La Luna es una cruel amante* (*The Moon Is A Harsh Mistress*). En 1970 una peritonitis casi acaba con su vida, pero se recupera y en 1973 publica *Tiempo para amar* (*Time Enough For Love*). Durante los años siguientes Heinlein interrumpió su producción de ficción, hasta que en 1980 publica *El número de la bestia* (*The Number of The Beast*). La seguirán otras cuatro novelas hasta que el 8 de mayo de 1988 fallece apaciblemente mientras duerme. Sus cenizas fueron esparcidas sobre el Océano Pacífico, y las de su esposa Virginia lo siguieron cuando murió en 2003.

Notas

[1] ZIGOTO = El producto de la fusión de dos gametos para dar origen a un nuevo ser por reproducción sexual. (N. del T.). < <

[2] LA ESFINGE. El autor se refiere aquí a la leyenda clásica de Edipo, rey de Tebas, cuando huyendo del oráculo que le había pronosticado matar a su padre y desposarse con su madre, huyó y en el camino se encontró a la Esfinge, situada a las puertas de Tebas. La Esfinge era un monstruo alado con rostro y pecho de doncella y el resto de león. Solía detener a todos los caminantes, poniéndoles en aprietos con acertijos. Al que no los acertaba, les daba muerte. A Edipo, también le planteó el siguiente enigma: «Cuadrúpedo por la mañana, bípedo al mediodía, con tres pies al atardecer».

Edipo le repuso, con su clara inteligencia, que era el hombre, y la Esfinge presa de la mayor vergüenza y desesperación se lanzó a un precipicio matándose, aunque según otra leyenda, fue muerta por el mismo Edipo. (N. del T.). < <

[3] GANÍMEDES. El mayor de los cuatro satélites de Júpiter, descubiertos por Galileo en 1610, con envolvente atmosférica y donde se supone que hay vida. < <

[4] BOLD. El intrépido. (N. del T.). < <

[5] SVANTE AUGUSTOS ARRHENIUS. Famoso biólogo y físico sueco, Premio Nobel 1903 (1850-1927).
(N. del T.). < <

[6] ALFA DEL CENTAURO. La estrella más brillante de la constelación del Centauro, considerada entonces como la más próxima a nuestro Sol. Recientemente se ha descubierto y comprobado otra como la más próxima definitivamente a nuestro sistema solar, llamada «Próxima Centauri». Dista unos 4,5 años luz de nosotros. (N. del T.). < <

[7] DIDO. Especie extinguida de aves, que vivió en Madagascar y otros lugares de la Tierra, desaparecida probablemente por llegar al límite de su capacidad de adaptación. (N. del T.). < <

[8] CAMILO FLANMARION. Fue, en efecto, un célebre astrónomo profesional de fines del siglo XIX en Francia, su país natal. Autor de numerosas obras de Astronomía, en sus últimos años se ocupó de investigaciones del espíritu. En este último aspecto, su obra más famosa es «La mort et ses mystères». No fue en modo alguno astrólogo, sino un científico brillante y un espíritu apasionado por la Astronomía. Se le llamó «el poeta de la Creación». (N. del T.).

< <